



AVISO LEGAL

REVISTA

Título: *Cuadernos Americanos*, julio-agosto de 1960 núm: 4 vol: CXI

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Avenida Coyacán No. 1085
Apartado Postal 985
Teléfono 22-24-05

DIRECTOR-GERENTE
JESÚS SILVA HERZOG

EDICIÓN AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHÁVEZ

AÑO XIX

4

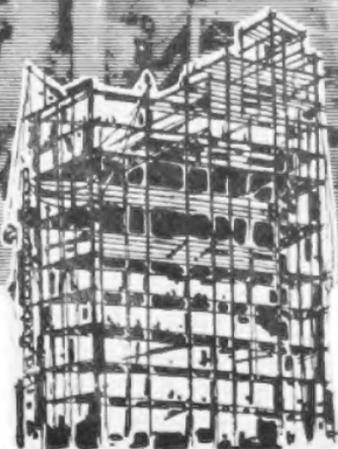
JULIO - AGOSTO
1960

ÍNDICE
Pág. 3



CON
FIERRO Y ACERO
DE MONTERREY

SE EDIFICA
UN MEXICO
MEJOR



..... y para conseguirlo, aportamos:

las materias primas más adecuadas
los equipos más modernos y
la experiencia de más de 50 años
en el campo de la industria siderúrgica mexicana.

en constante superación.

**CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y
ACERO DE MONTERREY, S. A.**

DEPTO. DE VENTAS

EN MEXICO BALDERAS No. 68 1er. PISO - 18 56 21 46 02 40

EN MONTERREY, Calzada Adolfo Prieto al Oriente. 3 20 20



BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA



UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbró por su inmensidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

- LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
- LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
- LOS GERMANOS
- LA CIVILIZACION BIZANTINA
- CAROLINGO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
- EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFICO
- DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
- LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
- EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
- VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
- LA CIVILIZACION EGEA
- LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGUEDAD
- ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII (a. de C.)
- EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
- LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
- LA CIUDAD GRIEGA
- EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION URBANA
- LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
- ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
- LUIS XIV Y EUROPA
- EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
- LOS HITITAS
- LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TENE
- LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CELTICA
- EL MUNDO ROMANO
- LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
- LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
- LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
- LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
- LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

ENVIE
HOY MISMO
ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.

Sírvase remitir el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, dándome y conociendo sus condiciones de pago.

Nombre _____
 Domicilio _____
 Localidad _____
 Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C

APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.



EN SUS MANOS...

**¡NUESTRO
PROGRESO
INDUSTRIAL!**

**Mientras usted
gana dinero...**

**LA INVERSION DE SUS AHORROS
EN TITULOS FINANCIEROS, SERIE "N",
DE NACIONAL FINANCIERA, S. A.,
IMPULSA EL DESARROLLO INDUSTRIAL DE MEXICO.**

Los Titulos Financieros Moneda Nacional Serie "N" rinden 10% ANUAL, EXENTO DEL PAGO DE IMPUESTOS. El primer pago trimestral fué de 2.5%.

Se ofrecen en denominaciones de 100, 1,000, 10,000 y 100,000 pesos.

La amortización es en un solo pago, en efectivo, el 31 de Diciembre de 1964.

**ADQUIERALOS EN LA VENTANILLA
DE SU BANCO**

TITULOS FINANCIEROS SERIE ^{CO}N**^{FIANZA} NACIONAL FINANCIERA, S. A.**

VENUSTIANO CARRANZA NUM 25

MEXICO 1, D. F



Si usted dispone de RON BATEY, lo demás es lo de menos, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto... ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos... ¡lo que importa es RON BATEY!

Vea y escuche "La Hora Batey con Poco Malgosto" todos los Jueves a las 22:00 horas por XEW-TV Canal 2

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937



CAPITAL Y RESERVAS: \$317,275,216.23



ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL



VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

PLAZA DE LA REPUBLICA NUM. 35
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

- Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

- Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.



CONSEJO DE ADMINISTRACION. **Presidente:** Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente:

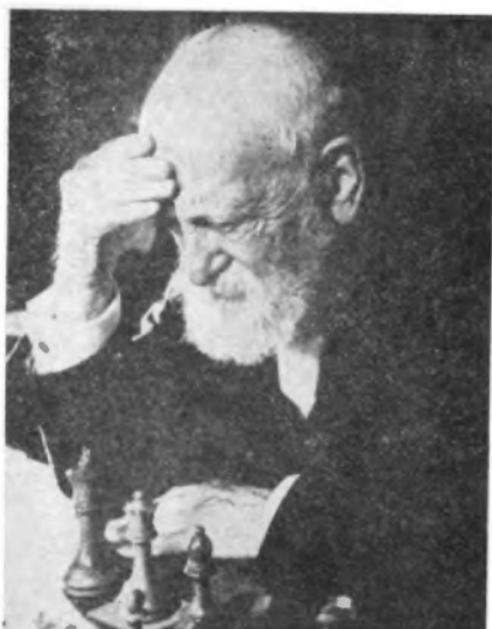
Sub-Gerente:

Lic. Ricardo Torres Gaitán. Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.



Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:
**FONDO DE INVERSIONES RENTABLES
MEXICANAS, S. A.**

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

¡Urbanización terminada!

Obtenga ganancias tangibles y de cuantía, sin esperar
"años y felices días".

CON TANTITO DE SU SUELDO PUEDE USTED
"APARTAR" UN LOTE



Los servicios de agua, drenaje, pavimentos, banquetas, alumbrado y los UNICOS JARDINES de la zona, están **TOTALMENTE TERMINADOS** de acuerdo con las especificaciones y bajo la supervisión de las autoridades del Departamento del Distrito Federal, por lo que usted podrá tener la facilidad de construir de inmediato. Podrá comprobarlo cuando venga a **ELEGIR** o a **RESERVAR "CON TANTITO DE SU SUELDO"**, el lote que será el patrimonio familiar.

**AGUA Y DRENAJES — PAVIMENTOS — ALUMBRADO
JARDINES**

Informes en la caseta del Fraccionamiento y en nuestras
oficinas de la Av. Juárez 100, 7o. Piso.
Tels. 10-03-68 y 10-03-69.

COLONIA VALLE DEL TEPEYAC, S. A.



Es la última oportunidad de adquirir un terreno en la
Ciudad de México.

FRACCIONAMIENTO VALLE DEL TEPEYAC

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:	Precios:		
	México	Espa- ña y Amé- rica	Otros países
	\$	Dls.	Dls.
"MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA", por Luis Yáñez Pérez con la colaboración de Edmundo Moyo Forras			
	(Agotado)		
"LOS DISTRITOS DEL RIEGO DEL NOR-OESTE", por Jacques Chonchol	20.00	2.00	2.25
"LOS BOSQUES DE MEXICO", Relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz	20.00	2.00	2.25
"ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON EN MEXICO", por Javier Barajas Manzano	20.00	2.00	2.25
"DIAGNOSTICO ECONOMICO REGIONAL", por Fernando Zamora y un grupo de técnicos. Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional	100.00	10.00	11.25

Novedades:

"EL INGRESO NACIONAL Y EL DESARROLLO ECONOMICO", por Efigenia Martínez de Navarrete	15.00	1.50	1.75
"NUEVOS ASPECTOS DE LA POLITICA ECONOMICA Y DE LA ADMINISTRACION PUBLICA EN MEXICO", por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas	20.00	2.00	2.25

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

! SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL!..

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN



SEGUROS CHAPULTEPEC S. A.

INSTITUCION MEXICANA DE SEGUROS

M. E. SCHULTZ N° 140

México A. D. F.

CONSORCIO PARA PROMOCIONES INDUSTRIALES, C. A.

Organización venezolana que se encarga de promover empresas industriales.

Suministra ayuda técnica. Proporciona organización administrativa. Mediante los Bancos y Financieras asociados al Consorcio, realiza la colocación de los valores industriales de las empresas que promueve.



Apartado 6847,

Caracas, Venezuela.

Las instituciones financieras de la construcción,

BANCO DE LA CONSTRUCCION, C. A.

Y

FINANCIERA DE LA CONSTRUCCION,

S. A. (FINACO)

contribuyen al desarrollo de esta importante industria
y en general de las otras actividades económicas
del país.



CENTRO PROFESIONAL DEL ESTE

CARACAS - VENEZUELA

LA CERVEZA



BEBIDA DIGNA DE ENTRAR EN SU HOGAR

Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura: una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llega el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su bajo contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará cerveza —la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional— porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.



ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso.

México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.



Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

ULTIMOS EXITOS EDITORIALES:

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Obra crítica

("Biblioteca Americana". 846 pp. Emp.)

J. STRACHEY

El capitalismo contemporáneo

(Economía. 326 pp.)

R. HELIODORO VALLE

Historia de las ideas en Centroamérica

("Historia de las Ideas en América". 308 pp.)

ALFONSO REYES

Obras completas. Tomo XI

(Última Tule — Tentativas y Orientaciones — No hay tal lugar...
400 pp. Emp.)

Diánoia: Anuario de Filosofía

(1960. 272 pp.)

C. BRESCIANI-TURRONI

Curso de economía política

(576 pp. Emp.)

H. BROWN

Examen del futuro

(Sociología. 284 pp.)

H. BARUK

Psiquiatría moral

(Psic. y Psico. 320 pp.)

P. GUIRAUD

La semántica

(Brev. 153. Emp. 118 pp.)

F. C. COPLESTON

El pensamiento de Santo Tomás

(Brev 154. 304 pp. Emp.)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XIX

VOL. CXI

4

JULIO - AGOSTO
1 9 6 0

MÉXICO, D. F., 1^o DE JULIO DE 1960

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Agustín YÁÑEZ

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4

Julio - Agosto de 1960

Vol. CXI

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

	<i>Págs.</i>
ADOLFO LÓPEZ MATEOS. México y Cuba	9
OSVALDO DORTICÓS TORRADO. Cuba y México.	11
LOLÓ DE LA TORRIENTE. La revolución y la cultura cubana	13
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. El fracaso de París. Reflexiones sobre la coexistencia pacífica .	27
VICENTE GIRBAU LEÓN. España y la guerra fría. I. El cerco diplomático	41
<i>El Congreso de Maracay</i> , por FEDRO GUILLÉN	59

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

TOMÁS G. PERRÍN. Dos jornadas —la de plata y la de oro— en la vida de Gregorio Marañón .	73
JUAN CUATRECASAS. El sentido hipocrático de Marañón	80
CEFERINO PALENCIA. El doctor don Gregorio Marañón en su obra literaria	92
INDALECIO PRIETO. La ideología de Marañón .	110
J. REFORZO MEMBRIVES. La personalidad polifacética de Marañón	132

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

EMILIO SOSA LÓPEZ. La naturaleza humana y el sentido del sacrificio	153
---	-----

	Págs.
FREDERIC H. YOUNG. La filosofía contemporánea en los Estados Unidos: 1900-1950 . . .	174
PRESENCIA DEL PASADO	
MARCEL BATAILLON. Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima	197
EDUARDO ORTEGA Y GASSET. Comprensión histórica. Rectificación de rumbos. La Inquisición	217
DIMENSION IMAGINARIA	
A. VALBUENA BRIONES. La poesía gauchesca .	235
ALEJANDRO LORA RISCO. Introducción a la poesía de César Vallejo	261
MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS . Los ojos de los enterrados	278



ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Los dos presidentes se saludan el día de su llegada	12
El pueblo saluda a Dorticós	„
Los estudiantes penetran al Hotel del Prado para vitorear al Presidente de Cuba	„
El Gral Lázaro Cárdenas y su esposa visitan a Dorticós . .	„
El Presidente de México entrega la Condecoración del Aguila Azteca al Presidente de Cuba	„
En la exposición de pintura cubana. De izquierda a derecha: Celestino Gorostiza, Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Manuel Tello, Secretario de Relaciones de México; el Presidente Dorticós; Jaime Torres Bodet, Se- cretario de Educación de México	„

En el Fondo de Cultura Económica. De izquierda a derecha: Raúl Roa, Ministro de Relaciones de Cuba; Jesús Silva Herzog, Director de <i>Cuadernos Americanos</i> ; el Presidente Dorticós y Gilberto Bosques, Embajador de México en Cuba	12
También en el Fondo de Cultura Económica. De izquierda a derecha: el Embajador Portuondo; Dorticós; el periodista Jorge Carrión, y Arnaldo Orfila Reynal, Director de la Institución	„
En la Comisión Permanente del Congreso de la Unión	„
En el Ingenio Emiliano Zapata, el pueblo espera la visita del Presidente de Cuba	„
En el Ingenio Emiliano Zapata, Dorticós con un niño del pueblo	„
El Presidente de Cuba saluda a los estudiantes universitarios	„
Los estudiantes universitarios se reúnen con el Presidente de Cuba	„
En la Embajada de Cuba en México, Dorticós y Portuondo en la cena de despedida que ofrecieron a López Mateos	13
Retrato foca	52
Franco saluda a su amigo Hitler	„
El español del éxodo y del llanto	„
Mujer española. Inútilmente pide la libertad de su hijo encarcelado hace veinte años	„
Eisenhower saluda a su amigo Franco	53
El Dr. Gregorio Marañón. Oleo de Zuluaga	76
José Hernández	236
Una carátula del Martín Fierro	„
2 ilustraciones	237
2 ilustraciones	252
2 ilustraciones	253

Nuestro Tiempo

MÉXICO Y CUBA*

Por *Adolfo* LOPEZ MATEOS

ME complace recibir en nuestro suelo, en nombre del pueblo y del Gobierno mexicanos, al Primer Magistrado de la República de Cuba, representante de una nación amiga con la que México está vinculado no sólo por antiguos y fraternales lazos, sino por similares aspiraciones de justicia.

La comunicación abierta y el contacto cordial entre mexicanos y cubanos data, en efecto, de muchos lustros. Esta amistad nace en los días aciagos de la Colonia, antes de la existencia de las dos repúblicas, y se acendra y consolida su vida como naciones independientes. Mexicanos y cubanos, así en tiempos de paz como en tiempos de lucha encontraron siempre en el otro país una acogida y un trato generosos.

Todavía hoy recordamos con orgullo la presencia de José Martí en México. Podéis estar seguros de que no la olvidaremos nunca. El héroe cubano, a quien su patria asignara con razón el epíteto de apóstol, ingresó por su propio genio en la constelación de las grandes figuras americanas. Hecho a la vez de firmeza inquebrantable y de humana ternura, el amor que entonces concibió por México hubo de acompañarlo durante toda su vida, y aquí, entre espíritus afines se impregnó de aquella obsesión de una "América nuestra", a cuyo servicio—por el bien de los pueblos americanos—hemos de consagrar cada día nuevos y redoblados esfuerzos.

Decía Martí: "Si de algo serví antes de ahora, ya no me acuerdo. Lo que yo quiero es servir más. Que este espíritu de servicio nos inspire y nos conduzca."

* Publicamos para conocimiento de nuestros lectores fuera de México, el discurso de Bienvenida del Presidente López Mateos al Presidente Dorticós y la respuesta de éste, al arribar la Delegación de Cuba al puerto aéreo de la capital mexicana.

Encontrará usted, señor Presidente, en el pueblo de México, una nación que trabaja empeñosamente por su mejoramiento social, cultural y económico, bajo las banderas de la Revolución Mexicana. Los principios revolucionarios que la Constitución Política de 1917 recoge y exalta a la majestad de la ley, norman la presente unidad de la vida mexicana y su infatigable y reconfortante afán de superación.

Este pueblo nuestro cree apasionadamente en la igualdad jurídica de los Estados y en el principio de la no intervención en los asuntos internos de los demás que constituye el fundamento necesario de una convivencia pacífica entre iguales. Imbuido de estas manifestaciones esenciales del respeto mutuo, nuestro pueblo busca la concordia entre todos los pueblos y singularmente entre los de la joven comunidad de nuestras repúblicas latinoamericanas que estamos convencidos, será llamada algún día a asumir responsabilidades ineludibles en la salvaguardia de la civilización.

También encontrará usted, que México, respetuoso de la autodeterminación de cada pueblo, está atento a Cuba y la comprende con fraternal interés, seguro de que cuanto allá ocurre, no puede de ninguna manera sernos extraño y de que los cubanos sabrán hallar en medio de los esforzados sacrificios que toda mutación inevitablemente produce, los mejores caminos para realizar su genio y sus aspiraciones nacionales.

Nosotros, que hemos recorrido etapas semejantes, comprendemos y valorizamos el esfuerzo de transformación que Cuba está llevando a cabo. También aquí la reforma agraria —a pesar de nuestros errores iniciales y de nuestras deficiencias— ha sido factor determinante para hacer posible la Patria nueva de que estamos orgullosos. Confiamos en que la Revolución Cubana, sea, como lo ha sido la Revolución Mexicana, un paso más hacia la grandeza de América.

Al dar a usted y a sus acompañantes la fraternal bienvenida a nuestro país, me complazco en expresarle, señor Presidente, nuestro sincero deseo de que su permanencia entre nosotros les sea agradable y confortante, y nuestra confianza en que esta visita servirá para reafirmar los lazos de amistad que felizmente han unido siempre a México y Cuba.

CUBA Y MÉXICO

Por *Oswaldo DORTICÓS TORRADO*

EXCELENTÍSIMO señor Presidente:
Debo agradecerles, con sinceridad entrañable, vuestras hermosas palabras de salutación y bienvenida. La generosa hospitalidad mexicana hubo de acogermé en alguna ocasión en trance de dificultades y deberes. Yo guardaré para esta tierra el imperecedero reconocimiento a que dicha acogida me compromete. Hoy regreso a vuestra patria y de nuevo el aliento fraterno del país que Vuestra Excelencia tan dignamente representa me propicia el clima efusivo de sus nobles sentimientos.

Lazos históricos y espirituales vinculan a nuestras naciones de modo tan firme y sostenido que ningún acontecer histórico en nuestros respectivos pueblos podrá ser ajeno a la recíproca preocupación y responsabilidad. Es, por ello, que siempre hemos estado en Cuba muy alertas a los esfuerzos sin pausas de esta gran nación por alcanzar su plenitud de destino, a impulsos de esa fecunda fuerza creadora, que es la Revolución Mexicana.

Sabemos también, que el pueblo mexicano está cotidianamente atento al proceso de radicales y justas transformaciones por el que transita hoy la patria de José Martí, cuya Revolución es, por la profundidad de su calado y por sus vastas proyecciones americanas, hermana de la que amaneció en México en 1910.

Hijo legítimo de su propia historia, México posee, como pocos pueblos, la fina capacidad de resonancia que demanda la comprensión de la compleja y ardua lucha de los pueblos que enfrentan cuantas fuerzas osan salirles al paso, y se aperciben a arrostrar todos los peligros y sacrificios para coronarlas.

Traigo a Vuestra Excelencia un cálido y fraternal saludo del pueblo de Cuba, del Gobierno Revolucionario y de la Revolución Cubana, que os agradecería hiciérais llegar, como portavoz y Mandatario de vuestro bravo, generoso y valiente pue-

blo, a toda la nación mexicana, cuna radiante de Cuauhtémoc, de Hidalgo, de Juárez, de Zapata y de Madero, la altiva nación en cuyo suelo guarda en cada metro cuadrado de su territorio, como la nuestra, el polvo sagrado de un héroe de la libertad.



Los dos Presidentes se saludan el día de su llegada.



El pueblo saluda a Doricós.



Los estudiantes penetran al Hotel del Prado para vitorear al Presidente de Cuba.



El Gral. Lázaro Cárdenas y su esposa visitan a Doriticos.



El Presidente de México entrega la Condecoración del "Aguila Azteca" al Presidente de Cuba.



En la exposición de pintura cubana. De izquierda a derecha: Celestino Gorostiza, Director del Instituto Nacional de Bellas Artes; Manuel Tello, Secretario de Relaciones de México; el Presidente Dorticos, Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación de México.



En el Fondo de Cultura Económica. De izquierda a derecha: Raúl Roa, Ministro de Relaciones de Cuba; Jesús Silva Herzog, Director de "Cuadernos Americanos"; el Presidente Dorticós y Gilberto Bosques, Embajador de México en Cuba.



También en el Fondo de Cultura Económica. De izquierda a derecha: el Embajador Portuondo, Dorticós, el periodista Jorge Carrión y Arnaldo Orfila Reynal, Director de la Institución.



En la Comisión Permanente del Congreso de la Unión.



En el Ingenio "Emiliano Zapata", el pueblo espera la visita del Presidente de Cuba



En el Ingenio "Emiliano Zapata", Doricós con un niño del pueblo.



El Presidente de Cuba saluda a los estudiantes universitarios.



Los estudiantes universitarios se reúnen con el Presidente de Cuba.



En la Embajada de Cuba en México, Dorticós y Portuondo en la cena de despedida que ofrecieron a López Mateos.

LA REVOLUCIÓN Y LA CULTURA CUBANA

Por Loló DE LA TORRIENTE

*Nos enorgullecemos de ser una trin-
chera de la cultura, de la sangre y del
sentimiento de América Latina.*

(Dr. Fidel Castro ante una magna
asamblea de representantes de todo el
Continente. Abril. 1960).

I

LA Revolución Cubana, convertida en Gobierno, está consolidando su poder. Apoyada en una amplia base popular dirige su mayor impulso hacia la conquista de la soberanía nacional, la independencia económica y el bienestar social, aspiraciones que se vieron frustradas, desde el inicio republicano, por la penetración imperialista y las supervivencias feudales de la Colonia. Las leyes y disposiciones emanadas de la Revolución, en la hora presente, tienden a romper aquellos vínculos dándonos fisonomía y carácter propios. El sueño de Martí está cumpliéndose y el sentimiento de nacionalidad florece en el laborioso cultivo de una tierra cálida y feraz. Al lado de las leyes de la Reforma Agraria, el castigo a los criminales de guerra, la recuperación de bienes malversados, las disposiciones fiscales, las de reforma integral de la enseñanza y las que se refieren a la defensa de nuestro patrimonio y fuentes de riqueza, así como al desarrollo y organización de las reservas nacionales, las demandas populares por la autodeterminación, representan las de mayor caudal y energías más creadoras.

Esta demanda unifica a Cuba. Sometida y explotada, desde la colonización por encomenderos, esclavistas, negreros y monopolistas, ahora se siente con las alas fuertes para remontar vuelo librándose de sus opresores. Cuando se estableció la Re-

pública las formas coloniales permanecieron intactas tanto en las condiciones de vida y trabajo como en las relaciones comerciales sobre todo en lo que se referían al campesinado cuya existencia estaba sometida a la miseria y el hambre, el oscurantismo y las supersticiones, mientras en las zonas urbanas la malversación y el cohecho enriquecían a una casta político burocrática (con la que operaba el capital financiero yanqui) que se resguardaba, a su vez, en la alta oficialidad de un Ejército cabeza visible del Estado policiaco en que Cuba estaba organizada para el saqueo y el crimen impune.

La práctica de una política anticubana ha entregado nuestras riquezas. Con irrefutables datos podría demostrarse cómo han descendido, en los últimos años, la salubridad y la educación públicas. Las oligarquías más desvergonzadas han robado a nuestro pueblo aliándose a los consorcios extranjeros que han aumentado fabulosamente sus ganancias. En una isla de sol ardiente, de campo fértil y ciudades populosas, millares de niños viven amenazados por el paludismo y millares crecen sin escuela expuestos en la vertiente de la vagancia. La población rural no ha tenido porvenir ni seguridad y la valla de gallos, el *bar*, el prostíbulo han sido los horizontes abiertos a millares de ojos febriles. El Gobierno de nuestra República no ha sosegado aquella mirada inquieta que brotaba de pueblos olvidados. Y, por esto, a pesar de que la tierra es el recurso natural más utilizado, nuestro guajiros no muestran apego a ella y la rendición es pobrísima. Esto se debe a que el dieciséis por ciento (de las 146,000 caballerías explotadas en nuestro país) es el *único cosechado* por sus dueños mientras el resto es ocupado y trabajado por precaristas y aparceros que viven con la amenaza constante del desalojo.

Educadores, pensadores y escritores han estudiado y planteado los graves problemas que estragaban la salud del organismo social. La denuncia ha venido produciéndose desde el siglo XIX y mientras conspiraciones, luchas y guerras no representan otra cosa que una cruzada de la inteligencia por sus fueros y privilegios. No precisa ahondarse mucho para entrar en la redondez de la cultura cubana que culmina brillantemente en la obra de José Martí. Es en los primeros lustros del siglo XIX que José Agustín Caballero redacta un proyecto de reformas para someter a la consideración de España. Es —desde entonces— “constante” en nuestra vida la preocupación

cultural y la filosófica que ensancha los cauces normales de la política, la economía y la sociología. Estas vertientes corren —primero— por vías reformistas para desbordar —después— por la independencia como ideal.

El pasado siglo presencia el florecimiento de una aristocracia criolla refinada y culta. Los jóvenes se educan en Londres y París. Visitan Estados Unidos. El auge de la industria azucarera, la esclavitud, la producción cafetalera y la exportación de tabaco permiten el desarrollo de capitales nativos que se ponen al servicio de la causa emancipadora. Si es cierto que aquel servicio fue tímido y vacilante, en sus orígenes, no es menos cierto que a medida que nuestra sociedad avanza, se hace más firme y generoso, más armónico en relación con las grandes aspiraciones nacionales. Desde los iniciales planteamientos reformistas se asciende al ideal revolucionario, al sacrificio y a la entrega. La evolución se producía de una manera *objetiva*, de acuerdo con el medio social, con nuestra capacidad como pueblo y con relación a la época en que vivía la humanidad que oscilaba entre lo radical y lo cauteloso, lo objetivo y lo previsor que como aliento libertador traía en su torbellino la Revolución Francesa.

Del medio cubano surge el estilo de José Antonio Saco. Un estilo que profundiza en el análisis y la reflexión. Un estilo que ha sido llamado *de sosiego* que el escritor hace gravitar sobre la desnudez de su prosa. Es el "estilo realista" de la argumentación y la exposición que elabora la cultura cubana en la diaria afirmación del acontecer callejero identificado con la aventura, la palabra y la acción. Aquel estilo, despojado de ornato, liberado de fantasías, estremece la estructura colonial deslizándose por el subsuelo en un riego provechoso y profundo. Al principio se habla en términos de *reforma*. Reformistas, y hasta esclavistas, eran Caballero, Varela, Saco, Luz, Delmonte. La poesía da su tono de bronce magnífico y Heredia se extralimita. Los refinamientos de Delmonte aplacan las malicias y enriquecen, con el encanto de lo legendario y folklórico, costumbrista y romántico, una "cultura nacional" que parecía destinada a desenvolverse entre apreciaciones económicas e informaciones políticas.

Nace así nuestra cultura de fuente abundante. La enriquecen corrientes diversas que bajan de abrupta montaña. Recorre la planicie alimentando el ensueño poético de un pueblo

nacido en primaveral consorcio con la belleza. En un prodigioso proceso de asimilación se identifican pueblo y poesía, poesía y pueblo. Este proceso nutridor desborda en la pasión martiana, excluyente de reformismos, que salva y acrecienta el patrimonio de la cultura patria. Es en virtud de la exaltación ciudadana que la cultura proyecta, hacia el exterior, el primer escritor cubano de talla verdaderamente universal que sorprende, en las fuentes populares, lo que de nutridor revela la epopeya de la independencia. Es José Martí. Si en Varela, medio siglo antes, había alentado el pensamiento de la época, en Martí, a fines del siglo XIX, están vivas las aspiraciones de una colectividad que en su esforzada marcha se niega a volver atrás aceptando aquel conformista "reconocimiento" de la "personalidad colonial" que pedía el estatuto de Varela. La realidad circundante es otra y el Apóstol la recoge en el Manifiesto de Montecristi para la "ordenación jurídica de un Estado" en el que debían participar, por igual, los hombres todos del país.

La presencia de Varela se prolonga en Saco. Polemista formidable desmenuza la política colonial de España, calificándola de *torpe y extraviada*, aquella otra que pretende atarnos al carro de la *anexión* que en el fondo consideraba una forma disfrazada de *absorción* por parte de imperios poderosos sobre países débiles a los que dominaban bajo el pretexto de "campañas civilizadoras". Discutido y combatido (hasta nuestros días) José Antonio Saco representaba el pensamiento más disciplinado de Cuba colonial. En una advertencia estuvo acertado y aunque se le escamoteen otros méritos hay que reconocer que fue el primero en advertir que *anexión era absorción*. Es decir, negación y exterminio del propio carácter. En realidad Saco simbolizó una época. Época esclavista feudal que se extinguía al contagio del fuego que propagó el ilustrismo. Estaba naciendo eso que los economistas de hoy llaman "gran burguesía". Se abren bancos, se instalan industrias, se construyen ferrocarriles. Cuba está en la encrucijada de su destino y Saco y los cubanos cultos practican una ciencia positiva, una doctrina de la realidad de los hechos, de la que emergían concepciones, análisis y planteamientos.

Reveladora de la posición de Saco es la entrevista que ya viejo —en París— celebra con Francisco Vicente Aguilera, a quien recibe con gentileza y comprensión. Ha estallado la

guerra de los diez años. Están frente a frente¹ la razón y la acción. La antigua dialéctica parecía vencida por el impacto fascinante de la nueva historia. El diario acontecer dando savia al viejo tronco. Las generaciones chocando y cruzándose completando la órbita de las ideas. Saco escucha sin convencerse mientras Aguilera insiste sin renunciar. El joven tiene fe en la acción combativa. El viejo siente ya la amargura de los años. Ni uno ni otro abdica de su amor a Cuba y de su esperanza libertadora, pero ni uno ni otro espera demasiado de eso que Martí consideró parte esencial y activa: el pueblo. Aquella actitud se explica por lo que ambos próceres representaban en los momentos de la entrevista. Saco, al pasado. A la sociedad esclavista colonial. Aguilera a la naciente burguesía criolla formada por terratenientes que quieren administrar sus propias riquezas. Una, con respecto a la otra, era la avanzada, pero el pueblo, como tal, no representaba—todavía—la organización, la vertebración de un estado de ánimo revolucionario y consciente, que se haría palpable en la gloriosa campaña de 1895.

La "realidad nacional" va fortaleciendo la conciencia cultural que no excluye y sí asimila el ensueño poético en un sedimento vigoroso que Martí hizo fluir de la magnificencia de su prosa y de la sencillez de su verso. Cuando alborea el siglo XX, de la instauración de una República mediatizada por la Enmienda Platt, la cultura cubana encuentra ciudadanos dignos que recogen y vigorizan el gran legado, aunque las intervenciones y supervivencias feudales lo deformen, secuestren y menosprecien.

II

LA República ignoró al pueblo. La "democracia" era letra muerta. Rara, extraña democracia que no contaba con las mayorías productoras del país. La calidad no se estimaba y los valores se subvertían ignorándose el verdadero pensamiento cubano. Fue así relegándose una "cultura nacional" que está afianzada en la historia misma de nuestro pueblo. La

¹ La entrevista es relatada por Medardo Vitier en *Las ideas en Cuba*. Editorial "Trópico". La Habana. 1938.

tradición, los hábitos, las costumbres fueron perdiéndose y la expresión genuina debilitándose con extraños injertos que arruinaban nuestra naturaleza. Sólo algunos escritores, muy esforzados, insistieron en la tarea logrando obras de interés, aunque casi inadvertidas en un escenario de pugnas, rivalidades y controversias, como era lo usual en los años iniciales del siglo. La lucha de facciones había quebrantado la unidad nacional que se resentía en la batallona polémica de tribuna abierta que si en los tiempos de la campaña libertadora había servido para despertar las conciencias y orientarlas por el camino de la "guerra justa" ahora, en cambio, resultaba más eficaz para el rejuego de tendencias y partidos políticos que complacían la intervención y el entreguismo.

En un proceso de rápida y avorazada penetración imperialista las grandes compañías y monopolios se establecieron en las provincias más ricas absorbiendo las tierras mejores, las minas, los servicios públicos y las reservas todas del país. Nuestras tierras desmontadas para el cultivo cañero convierten a Cuba, de más en más, en monocultor. Al cubano sólo le dejan, para vivir, la burocracia mal pagada y controlada por el favoritismo político, el magisterio, en condiciones de sacrificio extraordinario, y la política. La Escuela de Leyes, en la Universidad de La Habana, se ve invadida por una asistencia excesiva de jóvenes de la clase media y clase elevada ansiosa de convertir a sus hijos en "doctor", patente exigida para hacer carrera política o administrativa. A muchos de nuestros más estudiosos "muchachos" los contagió el medio corrompido y abyecto. Otros se frustraron en el ejercicio de una profesión que requiere ciertas condiciones personales adversas a la honorable disposición. Las Escuelas de Ciencias estaban muchísimo menos pobladas, no obstante la necesidad de técnicos, mientras el país se debatía en una crisis de médicos, abogados y filósofos que no tenían dónde prestar sus servicios.

En el primer cuarto de siglo Cuba había sufrido una segunda intervención norteamericana, campañas políticas escandalosas y subversivas, guerrillas raciales y la quiebra total de su economía y reserva mundial. En el cuadro de la Primera Guerra nuestro país, que se había declarado beligerante al lado de los aliados, era tan sólo una factoría dirigida y administrada por Estados Unidos que terminaba, en nuestro suelo, su política de penetración económica y hegemonía política

que ejercía a través de personeros de las oligarquías más reaccionarias. La cultura, como es natural, respondía a aquella situación de dependencia y el deterioro de nuestro espíritu de creación era lamentable y visible. En una superficie densa y viscosa se ahogan las ansias cubanas, el íntimo sentir, la capacidad del pueblo. Pocas voces se levantan y el mensaje de los mejores pierde eco como en urna de cristal. Juan Gualberto está viejo y Sangüily, que había combatido la absorción, ha completado su órbita vital. Está en pie el viejo Varona que dio a su generación el tinte sombrío del pesimismo y, entre el rumor de los caracoles, Carlos de la Torre se entrega a la investigación. La Patria cubana era un esquite al garete. Un barco fantasma que navegaba sin hombres acarreado azúcar para importar los dólares de la tentación. Los *hombres prácticos* parecían haber ganado la batalla y se *disponían a construir* una Cuba que los *idealistas cultos* no habían podido *salvar*. Jesús Castellanos, abogado de la generación del 1910, había fallecido enarbolando la bandera del ideario martiano. Los que llegaban eran aún muy jóvenes. Los que pasaban eran muy viejos. La mala política y la coyuntura internacional se cebaban sobre los despojos de un Cuba frustrada y violada.

La insurgencia de los "jóvenes del 1910" no llega a mucho. Los pequeños núcleos cultos pertenecen a la *élite*. Una Sociedad de Conferencias que abre sus sesiones en Prado y Neptuno (el "Ateneo") para una sociedad culta que entiende de filosofía, poesía y música, mientras *Cuba Contemporánea*, como publicación, es la única capaz de resistir una larga existencia (de 1913 a 1926) entabada entre crisis económicas y búsquedas estéticas. El máximo interés, en aquellos momentos, se concentra en la obra de Martí que está siendo reunida y publicada, pero —además— la historia, en sus diversas ramas, la sociología y las relaciones políticas están mereciendo la atención de grupos nuevos que se reúnen en la redacción de *El Figaro* o en la Biblioteca Nacional que ha sido creada en 1902. Viejos papeles, textos, manuscritos, correspondencia. Todo va explorándose. La investigación encuentra adeptos entusiastas y el "estilo de sosiego", creado por Saco, encuentra continuador feliz en Manuel Sangüily para reafirmarse, después, con "los nuevos" que ensayan el análisis materialista dialéctico de interpretación histórica.

El realismo objetivo gana terreno en nuestras letras y un aliento esperanzador permite advertir cómo el cauce de la inteligencia sigue corrientes distintas que comunican con el pueblo. Cuando comienza 1930 un valioso grupo de cubanos ha realizado una obra intelectual nueva, profunda y cubanísima. Es por aquellos años, y en virtud de aquella obra que enriquece nuestro patrimonio cultural, que el pensamiento y la acción vuelven a identificarse luchando en la misma trincheira contra el colonialismo y las formas de opresión imperialista. La batalla de la liberación espiritual es tan ardua como la económica y política. Lo clásico español, fecundo y sólido, reaparece en la antigua plaza de la Catedral² y aunque Ortega y Gasset, García Lorca y Juan Ramón Jiménez competían con parnasianos y simbolistas, no era menos cierto que los ecos de Walt Whitman llegaban hasta la poesía social estrenada por un poeta chino negroide³ que cantaba la "salutación fraterna al taller mecánico", abriendo brechas por un "arte funcional", al servicio del pueblo, frente al "artepurismo" que predicaba un esteticismo a lo T. S. Eliot.

La figura apostólica de aquella generación es Rubén Martínez Villena. Su obra escrita no es abundosa, pero la ejemplaridad de su vida fulgura como estrella en noche cerrada. Su mirada penetrante llega a lo profundo y su protesta es tan viva, tan firme, tan sentida que aún conmueve y fecunda como semilla en el surco. El poeta que hay en Rubén no reduce al hombre puro y sincero, que se abraza a su pueblo, para reprochar a los gobernantes el mal uso de sus facultades que someten a la miseria y la explotación a los conciudadanos indefensos. Atrapado por la tuberculosis apenas le alcanza el tiempo para ver la caída de un tirano, oír el grito de las multitudes antiimperialistas y demandar la retirada de los barcos yanquis surtos en puertos habaneros. La consigna de "¡abrogación de la Enmienda Platt!" está en la calle. Cuando Rubén muere, la unidad sindical revolucionaria está edificada sobre la conciencia de los trabajadores. El pueblo inicia una nueva etapa. No importan los errores. No importan las derrotas circunstanciales. Lo que importa es la experiencia, la lección formidable de la historia. Lo que importa, en Rubén,

² Se montó al aire libre, con enorme éxito, *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega.

³ Regino Pedroso,

es su calidad humana. Sus planteamientos respecto a la soberanía de Cuba y a la ingente tarea de la liberación económica.

El caudal que aquéllos aportaron a nuestra cultura es rico y variado. Se dieron hombres vehementes, mesiánicos, poseídos de un desesperado amor a Cuba y se dieron líderes políticos, ejecutivos audaces y convencidos revolucionarios que firmaron decretos de nacionalización de empresas.⁴ Floreció una juventud estudiosa, sagaz y combativa,⁵ capaz de entregarlo todo por un limpio concepto de honestidad ciudadana; el pueblo en masa se solidarizó con la política de expropiación petrolera del Gral. Lázaro Cárdenas, con la resistencia tenaz de Augusto César Sandino y contra las dictaduras oprobiosas de Guatemala y Venezuela, así como con la República Española y contra los planes de falangistas y clericales. El tema humano y el estilo objetivo, cortante, directo señoreaba en una prosa sólida que se preocupaba por "lo nacional" desprendiéndose por igual del pintoresquismo folklórico que del extranjerismo banal. Así nuestra música y pintura amplían sus perspectivas y recrean en un sosiego creador que busca la raíz y el acontecer de nuestro trajín espiritual. La novela, el relato corto, la poesía, el ensayo y la crónica dan entonces sus frutos mejores.

Sólo la política, en abyecta complicidad con los enemigos tradicionales de nuestra libertad y progreso, es capaz de frustrar—de nuevo— el ideal republicano que tantas vidas había costado. La Segunda Guerra Mundial vuelve a arrastrarnos en la vorágine del oro que comprándonos la conciencia hundía en el lodo el concepto de moral ciudadana. Los grandes negocios, las concesiones onerosas, los contratos extralegales, las ganancias fáciles y los repartos de comisiones y dividendos "levantan" una pequeña burguesía burocrática hasta las esferas de la gran burguesía. Una sociedad, llamada a cumplir un gran destino,⁶ es amenazada por la desintegración y va directa al suicidio colectivo. El aula se reemplaza por el cuartel. La escuela por el prostíbulo y el garito. Las universidades no funcionan y las instituciones "de cultura" sólo sirven para los "títulos" y "créditos" presupuestales. El libro ha perdido

⁴ Antonio Guiteras.

⁵ Eduardo Chibás.

⁶ Gustavo Pitaluga. *Diálogo sobre el destino*. La Habana. 1954.

su valor. Nada tiene que ver en aquella corrupción, los últimos años se caracterizan por una vergonzosa actitud frente a la vida que se complacía con una Capital de "grandes progresos materiales", en la que el espíritu se deprimía contemplando a una juventud desaprensiva, lectora de Franz Kafka o regodeada en la lascivia de Vladimir Nabakov, mientras una minoría selecta se entregaba al heroísmo de la lucha revolucionaria, la tortura o la muerte.

III

LA Revolución aportará enorme caudal a la cultura. Luchar por nuestra soberanía es luchar por nuestra emancipación espiritual y por la producción de una obra propia, legítima y natural, expresiva de nuestro modo de vivir y pensar. El problema de nuestra cultura es el de nuestra economía y educación popular. El mismo de nuestros medios de producción. Deformado nuestro carácter se ha viciado el centro vital de nuestra capacidad creadora. Carentes de una tradición vigorosa (como México o Perú) hemos vivido suspensos, detenidos entre corrientes adversas y asfixiantes. El más ligero análisis nos permitirá apreciar la urgente necesidad en que estamos de transformar (más que reformar) la educación pública, educar revolucionariamente nuestra mente y revalorizar el patrimonio de nuestra cultura para salvar cuanto representa aliento de *cubanía y universalidad*. Hora es de dar a nuestra vida espiritual ámbito más abierto, más claro y protegido exaltando los verdaderos valores para su estímulo, trabajo y consagración.

El Gobierno Revolucionario está sobre la marcha de estas cuestiones. La reforma integral de la enseñanza y las diez mil aulas que ha creado en los sitios más apartados y abruptos del país así lo prueban. Cuba no había contado jamás con un líder tan claro, tan realista y tan objetivo como el Dr. Fidel Castro que ha planteado, en memorable discurso,⁷ los lineamientos generales de la política educacional. Del enfoque realizado se desprende su sana intención de cambiar a Cuba y de hacer una mentalidad nueva que responda a las nece-

⁷ La noche del 13 de marzo de 1960 en la escalinata de la Universidad de La Habana.

sidades del tiempo y el espacio en que vivimos. Las nuevas generaciones avanzarán con paso firme desarrolladas en su propia vocación desde los inicios escolares. Con el desarrollo de una nueva mentalidad se creará un nuevo estilo de vida, más ponderado, más acorde con nuestra sensibilidad y con las reservas materiales y morales de que disponemos. Esta transformación hará que Cuba salte, de su enquistamiento semi-feudal y colonialista, a la soberanía plena y a la libertad material y espiritual.

Lo primero que planteó el Dr. Castro fue el "cultivo de la inteligencia". El cubano carente de recursos no ha podido concurrir a la escuela y en edad escolar se ha visto obligado a realizar trabajos ínfimos o a —lo que es muchísimo peor— vagabundear y jugar hasta caer en los abismos de la delincuencia. El Gobierno de la Revolución se apresta a facilitar medios de estudio a miles de niños o jóvenes bachilleres que han dejado las aulas ante la necesidad de resolver apremiantes problemas económicos. Veinte mil jóvenes estudiantes disfrutarán de los beneficios de este empeño educativo del Gobierno que les proporcionará alojamientos, ropas, alimentos, libros y materiales. Dos edificios, de veinte pisos cada uno, están siendo convertidos en "residencias estudiantiles" y —además— todas las fortalezas y ciudadelas de la dictadura han sido entregadas al Ministerio de Educación para ser convertidas en escuelas. Se calcula que en septiembre, cuando comience el nuevo curso escolar, más de cincuenta mil escolares disfrutarán de estos beneficios.

Además se edificarán tres ciudades universitarias ("José A. Echevarría", en La Habana; "Marta Abreu", en Las Villas; "Antonio Maceo", en Oriente) de las cuales dos (las de provincias) están muy adelantadas. Estas ciudades se levantan con el aporte espontáneo y entusiasta de estudiantes, profesores y técnicos. Estos centros han reformado y ampliado sus "planes de estudio" creando nuevas facultades, vinculando a las clases más laboriosas con la tarea universitaria e invitando a profesores (nacionales y extranjeros) para que cooperen en la reorganización y labores académicas. Sin forzar la vocación el Gobierno estimula los estudios técnicos y científicos, y —en todo caso— alienta en el alumnado el estímulo escolar y universitario facilitando, a los graduados, trabajos, contratos y servicios bien retribuidos. Pero el Estado exigirá,

de los ciudadanos, el máximo esfuerzo haciéndolos adquirir un sentido de responsabilidad más estricto hasta la cabal comprensión que el sacrificio de una vida mejor y una Patria demandan. Sólo el personal esfuerzo eleva al hombre compenetrándolo de un profundo respeto por su semejante y por sí mismo.

Algunas de nuestras mejores instituciones han sido transformadas en beneficio de la colectividad y están prestando gran servicio. La Biblioteca Nacional "José Martí", con uno de los edificios mejores de la América Latina, está regida por una dirección idónea que ha puesto en función departamentos nuevos; lo mismo ha ocurrido en el Archivo Nacional que posee un fondo de riqueza inédita. Aquí se ha creado la Escuela de Archiveros que desarrolla equipos técnicos y administrativos, haciendo del trabajo una verdadera especialidad. La Revolución está dando auge inusitado a las actividades de la cultura, aunque es evidente que sólo el tránsito de esta época, a otra más consolidada de nuestra vida económica y social, puede determinar los mayores (y mejores) éxitos y hacer recuentos de experiencia. La Imprenta Nacional,⁸ que constituía una vieja aspiración, se nucleó en centros gráficos de mucha actividad y pericia como eran los periódicos *El país*, *Excelsior* y *Diario Nacional* y, de acuerdo con la orientación oficial, se están editando los mejores textos de las letras cubanas en un sincero empeño por reafirmar y fortalecer la cultura.⁹

⁸ La Asociación Nacional de Hacendados de Cuba disfrutaba de una cuota fija y obligatoria por cada cantidad de azúcar crudo o su equivalente que elaboraban los ingenios en cada zafra. El Consejo de Ministros (21 de abril, 1960) acordó modificar el acuerdo por considerar que "la cantidad era excesiva para el sostenimiento y fines de la Asociación" por lo que puso en vigor una Ley en la que se dispone que en lo sucesivo "a partir de la zafra de 1960 la contribución obligatoria quede fijada en tres centavos por cada saco de azúcar de 325 libras y su distribución y destino serán los siguientes: medio centavo para la Asociación Nacional de Hacendados de Cuba y dos centavos y medio para el sostenimiento y fines de la Imprenta Nacional".

⁹ Los mejores textos de nuestros clásicos están agotados y muchísimos son casi desconocidos, porque fueron editados en ediciones limitadas. Muchos "papeles", cartas, informes, proyectos están inéditos. Los medios de divulgación eran muy pobres, pues los mejores (prensa, radio, cine y televisión) estaban en manos de empresas comerciales que no se ocupaban de la cultura. Sólo algunas instituciones privadas o grupos mostraban preocupación ("Lyceum Lawn Tennis",

Pero la mina de profundidad es la Sierra. Los "papeles" de la Sierra que han adquirido ya jerarquía histórica y cultural. Lo que se conoce del Diario de Campaña de Camilo Cienfuegos es de una excelencia natural y sencilla, descriptiva y llena de vitalidad. Lo poco que se ha leído de Raúl Castro y lo poquísimo (manifiestos, proclamas, leyes y disposiciones de la Sierra) de Fidel Castro revelan una "literatura de la Sierra" con un estilo propio, un concepto nuevo y genuino de "lo cubano" y un fervoroso sentido de "lo nacional". En la Sierra la nueva literatura cubana ganó su estilo propio en el espontáneo hablar del pueblo. Es decir, que se nutrió en la palabra y la emoción popular a la que debe su frescura y elegancia. Puede decirse que desde Martí y los capitanes del 95 (Maceo, Gómez, Miró Argenter) no se habían producido *letras* más frescas, espontáneas y sencillas, ni más cubanas. Por esto nuestra literatura de los años próximos estará contagiada de ese manantial prístino que baja de la Sierra para *fixar* valores dándole a las letras patrias su verdadero carácter y personalidad. Es decir, devolviéndole aquella autenticidad americana que Martí defendió y salvó.

El aporte de la Sierra es extraordinario como testimonio humano, como epopeya realmente vivida, como poesía sufrida y gozada por los hombres de carne y hueso entre escenarios magníficos de bosques, praderas y serranías, frente a mares intensos y profundos, bajo un cielo limpio y azul que cobija el drama de la existencia y alienta la afirmación de la alegría creadora. En la nueva literatura cubana el mar pondrá su rumor y las estrellas su luz. La tierra, colorada y húmeda, será al mismo tiempo panorama y personaje. Cuando los "papeles" de la Sierra sean publicados, los discursos de Fidel recogidos y glosados y los epistolarios abiertos, las letras cubanas recibirán una inyección de vida, de expresiva y gloriosa vida

"Ateneo de La Habana", "Orígenes", "Nuestro Tiempo") y editaban algunos libros. Las ediciones—siempre—han sido empresa romántica de los autores. No obstante esto en los últimos años se publicaron muy buenas obras que sirven para una revalorización de nuestra historia, geografía y cultura. (Véase *Azúcar y abolición*, Raúl Cepero Bonilla, 1948. *Geografía de Cuba*, Levi Marrero, 1950. *Geografía de Cuba*, Antonio Núñez Jiménez, 1954, primera edición. Ha sido reimpresa en 1960. *Los espirales del Cuje*, Lorenzo García Vega—novela). También la Universidad Central de Las Villas ha publicado algunos títulos de interés.

nacional. Nuestro arte era un "arte de gabinete". Pocos artistas conocían la campiña. Ignoran que están allá las obras mejores y que es necesario ir a la vastedad nacional para recoger, en las propias fuentes, los temas y las calidades del ingenio popular. De ahora en adelante habrá que trabajar con los materiales propios, con los elementos propios para producir una literatura propia.

Con razón el Dr. Fidel Castro ha podido afirmar que somos una "trinchera de la cultura". Nos hemos convertido en una avanzada del sentimiento de América Latina, porque no cabe duda que nuestro esfuerzo, revolucionario y cultural, encuentra la solidaridad de todos los pueblos hermanos que reservan sus tesoros mejores para provecho y gozo de sus hijos. Lo que el Jefe Rebelde sorprendió escondido en la Sierra Maestra, está en los anchos caminos del Nuevo Mundo que se bañan con el agua fragante de los grandes ríos y a la sombra propicia de montes gigantescos. Late como en el corazón de Cuba, en el de América, un ideal de humanidad y justicia que los mejores ciudadanos tratan de convertir en realidad. Por esto nos enorgullece y complace ser "una trinchera de la cultura, de la sangre y del sentimiento de la América Latina".

EL FRACASO DE PARÍS

REFLEXIONES SOBRE LA COEXISTENCIA PACÍFICA

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

Lo acontecido en París con la malograda conferencia en "la cima", plantea la necesidad de proceder a un examen detenido de la nueva situación internacional e incluso de la política de convivencia pacífica.

Todavía, semanas después de reintegrarse el presidente Eisenhower y los primeros ministros Krushchev y Macmillan a sus respectivas capitales, y de haber dado cada uno de ellos su versión sobre las causas del fracaso de la conferencia, y después de dirigirse el general de Gaulle al pueblo francés por la radio, no eran pocos los que continuaban preguntándose si la conferencia podía haber sido o no salvada.

Hablar hoy de ello podrá parecer historia pasada pero es importante para el enfocamiento de la nueva situación internacional creada y para la apreciación de sus posibles consecuencias, el que queden bien claramente registradas cuáles eran las disposiciones de ánimo durante la tarde del martes 17 de mayo en la que la conferencia recibió su último golpe definitivo.

A las cinco de la tarde de ese día, yo tuve de una fuente del Este la información de que Krushchev estaría dispuesto a participar en una reunión de los Cuatro, si dicha reunión era una reunión previa, no una sesión de la conferencia, y dedicada exclusivamente a una discusión amplia del asunto del avión norteamericano, que se hallaba en el origen de la crisis. El primer Ministro soviético insistía en que no era posible entrar de lleno a abordar los problemas que habían sido previstos para la conferencia, sin que hubiese habido una explicación preliminar, franca de un acontecimiento como el del avión-espía que de tal manera había conmovido la opinión pública soviética y la opinión internacional.

¿Cuál hubiese sido la actitud de Krushchev si esa reunión

destinada exclusivamente a aclarar el asunto del avión hubiera tenido lugar? Ya ahí la conjetura y la especulación son libres. Unos pueden pensar que el Ministro soviético habría mantenido íntegras, y con una rigidez que impediría todo acuerdo, sus demandas acerca de la condenación del incidente por el Presidente Eisenhower y la promesa de que los responsables serían castigados. Otros pueden creer que en el curso de una explicación general, con las intervenciones descontadas de carácter conciliatorio de Macmillan, se habría encontrado una salida a la crisis, contentándose Krushchev con que se le ofreciesen las excusas de rigor y se reiterase la promesa definitiva de que nunca más el territorio ruso sería violado por los aviones de los Estados Unidos.

Del lado soviético se tienen para ese cálculo de probabilidades sobre quiénes estaban en lo justo, los que desde el primer momento pensaron que no había manera alguna de restablecer la situación y los que, muy en minoría, estimaban que una compostura, aunque difícilísima era todavía posible, dos elementos de juicio: el comunicado publicado por los servicios de prensa de la presidencia del Consejo de la U.R.S.S. a las once de la noche del 17 de mayo y la conferencia de prensa de Krushchev del día siguiente 18 de mayo.

De la lectura del comunicado soviético y de las declaraciones del primer Ministro en la conferencia de prensa, cabe deducir que de habérsele dado la satisfacción de esa reunión previa en la que se hubiera discutido a fondo el asunto del avión norteamericano, la conferencia podría haber sido salvada. Contra esa interpretación, que a decir verdad en el Palais de Chaillot lo mismo entre los periodistas que entre los observadores diplomáticos el día en que nos separamos, era muy minoritaria, se mantenían firmes los que argumentaban que Krushchev había venido a París decidido a hacer naufragar la conferencia y por varios motivos: presión dentro de Rusia de los "duros" y del Ejército —y de ahí la presencia en París a su lado, como "vigilándole", del Mariscal Malinovski; presión de Pekín; convencimiento por parte del primer Ministro soviético de que la conferencia en "la cima" no iba a darle satisfacción en ningún problema de importancia para la U.R.S.S. y que por lo tanto era preferible, ante este conjunto de circunstancias, ver la conferencia muerta antes de nacer. En

una palabra, todo lo que se ha venido escribiendo en la prensa occidental y diciéndose en la radio desde el lunes 16 hasta hoy.

¿Cuáles pueden ser las consecuencias de la ruptura? —he ahí la pregunta que se oía el miércoles 18 de mayo por todas partes. Lo que más inquietaba ese día era la decisión que pudiese tomar el gobierno soviético en la cuestión de Berlín. La respuesta de Krushchev a esa cuestión en su conferencia de prensa del Palais de Chaillot, constituía ya para todo el que mantuviese la cabeza fría, una clara indicación de que no entraba en sus propósitos, ni el declarar inmediatamente que Berlín-Oeste debía pasar a ser una "ciudad libre", ni el firmar en los próximos meses un Tratado bilateral de paz con la República Democrática Alemana.

La respuesta de Krushchev a esa pregunta, la más importante entre las docenas que le fueron dirigidas durante las dos horas y media que duró su conferencia de prensa, mostraba que la Unión Soviética prefería reservarse para el momento oportuno, para más tarde, el actuar enérgica y decisivamente en la cuestión alemana. Krushchev respondió exactamente: "Berlín-Oeste, se halla situado dentro de la República Democrática Alemana. Nuestra posición al respecto es sobradamente conocida. En cuanto a si tenemos la intención de firmar un tratado con la República Democrática Alemana, la respuesta es sí. ¿Cuándo?, esa es cuestión nuestra". Y recordó de pasada "que los Estados Unidos habían firmado un Tratado de Paz con el Japón, sin preocuparse de las objeciones soviéticas".

Muchos de los corresponsales extranjeros que habían venido para el Gran Encuentro y que pudieron obtener un sitio en un avión para Berlín, se trasladaron a la antigua capital alemana a ver si Krushchev cerraba o no definitivamente la puerta a un entendimiento posterior con el Occidente. No debe de ser pasado por alto que la ruptura en París había sido acogida con júbilo por aquellos que desde el anuncio de la conferencia en "la cima", temblaban por el porvenir de la guerra fría. Mientras Krushchev hablaba a los periodistas en el Palais de Chaillot, se podía ver entre ellos a gentes como el Dr. Bela Fabian, presidente de una organización de emigrados políticos húngaros en los Estados Unidos, dirigiendo la claque que acogió al primer Ministro con silbidos en una demostración hostil intolerable, en el caso de un jefe de un gobierno extranjero que viene a hablar a la prensa.

En la vasta sala Werner Seetenbrinder del Palacio de los

Deportes de Berlín-Este, que fue en su tiempo el cuartel general de Goering, y ante diez mil militantes del partido, Krushchev el 20 de mayo, después de afirmar: "Nosotros no retrocedemos ante ningún esfuerzo para disminuir la tensión internacional", añadió: "Nosotros somos realistas y no nos lanzaremos a una política de aventura. Es evidente que ahora que las potencias occidentales han impedido la solución de estos problemas—los problemas concernientes a Alemania—, la Unión Soviética y todos los Estados Socialistas tienen el derecho absoluto de concluir un Tratado de Paz con la República Democrática Alemana. . . . Ahora bien, como nos inclinamos a creer que en seis u ocho meses se reunirá una conferencia en "la cima", parece justificado el aguardar y ensayar de concluir un Tratado de Paz en común con las cuatro potencias de la coalición contra Hitler".

El discurso de Krushchev en Berlín-Este, dando un nuevo respiro de seis u ocho meses a los occidentales en la cuestión de la firma de un Tratado de Paz con la República Democrática Alemana, fue bien acogido sobre todo en Inglaterra por "su relativa moderación", según la frase empleada por un comentarista de la radio británica. De hecho, el que el primer Ministro soviético en su intervención en Berlín-Este hablase en la forma que lo hizo venía a dar un nuevo argumento a los que en la tarde decisiva del 17 de mayo pensaban que la conferencia podía todavía ser salvada.

Para salvarla hubiese sido necesario del lado del Occidente una de estas dos cosas: o una mayor presión sobre Eisenhower de parte de Macmillan y de de Gaulle, o que el propio Eisenhower hubiese recordado que incluso después de abatido el avión-espía, Krushchev le había lanzado un "salvavidas".

Macmillan indudablemente hizo un esfuerzo para salvar la conferencia, pero algunos de sus críticos británicos piensan que la presión ejercida por él, la ejerció más bien sobre Krushchev para que retrocediera, en vez de ejercerla con mayor fuerza sobre Eisenhower para que ofreciese sus excusas.

Por lo que respecta al general de Gaulle, no se excedió ciertamente en sus esfuerzos de mediador, como parecía imponérselo el hecho de que la conferencia tuviese lugar en París. *Le Monde* lo reconocía así en uno de sus comentarios. Seguramente él consideró la partida perdida desde el momento mismo

en que el domingo 15 —la cronología de los acontecimientos es, en este caso muy importante— el primer Ministro soviético le informó de cuál iba a ser en substancia su intervención la mañana siguiente al reunirse los Cuatro en el Eliseo, y juzgando muy escasa, si no nula, la perspectiva de éxito en una mediación por su parte, no quiso que sufriese su prestigio si se empleaba a fondo en arreglar las cosas.

Hablando del general de Gaulle debe ser recordado una vez más que él, juntamente con el Canciller Adenauer, tienen la responsabilidad de que la conferencia en "la cima" no se reuniese en el mes de febrero, como quería Macmillan. Entonces la atmósfera internacional era mejor, estando aún vivo el "espíritu de Camp David". Pero el general de Gaulle necesitaba tener su bomba para presentarse ante los miembros del "club atómico, Estados Unidos, la Unión Soviética y la Gran Bretaña", como uno de sus iguales.

Por lo que se refiere a la segunda posibilidad de hacer viable la conferencia, el que Eisenhower hubiera aprovechado para una franca explicación que diese satisfacción a la Unión Soviética el "salva-vidas" que le había lanzado Krushchev, un editorial de *Izvestia*, órgano del Gobierno soviético (23 de mayo), afirma que a raíz del incidente del avión U-2, Krushchev hizo todo lo que estaba en su poder para salvar la autoridad del Presidente Eisenhower. Krushchev volvió a confirmarlo en su discurso de 28 de mayo en Moscú, diez días después del fracaso.

Eisenhower, en vez de aprovechar el cable de salvamento que le arrojó Krushchev, prefirió identificarse con los inmediatamente responsables, cubrir al Pentágono, y por consiguiente no es de extrañar el que durante las horas críticas de París, se oyese decir que los hechos estaban dando la razón a Mao Tse Tung (discurso de Wuhan), que sostenía que lo acontecido debería abrir los ojos de aquellos que pretendían que Eisenhower era mejor que los consejeros militares que le rodeaban. El discurso de Eisenhower, de explicación al pueblo norteamericano de lo ocurrido en París, no satisfizo al *New York Times*, que escribió: "La explicación dada por el presidente en relación con el asunto del U-2, constituyó la parte más débil de su discurso. Hubiese valido más declarar francamente que un insigne error había sido cometido".

De hecho la ruptura de la conferencia al comienzo, e in-

cluso en la opinión de algunos antes que comenzara, ya que la tesis soviética es que no llegó a tomar forma, constituyó, como ha sido dicho y redicho, una sorpresa general. Había algunos entre los cuales se contaba el autor de este artículo, que anticipaban un choque fuerte tan pronto como se entrase a discutir la cuestión de Alemania y de Berlín. El ritmo que ha tomado el rearme de Alemania en los últimos meses junto a la cuestión de las bases alemanas en el extranjero, en España por ejemplo, difícilmente permitía ya a Krushchev seguir ajustándose a lo que se suponía, inmediatamente que había sido anunciada formalmente su reunión en París, que era su intención: dejar que la primera conferencia en "la cima" pasase sin crisis seria; aguardar a que el presidente Eisenhower hubiese visitado Rusia, completando así la operación diplomática iniciada con la visita de Krushchev a los Estados Unidos y a que quedase despejada la incógnita de quién iba a ser elegido para ocupar la Casa Blanca, y luego, en la segunda conferencia en "la cima", plantear la cuestión alemana con fuerza y exigiendo que el Occidente eligiese, entre abandonar la política de rearme de Alemania y de bases norteamericanas en el extranjero, o renunciar a un acuerdo general con Moscú.

Es decir, crisis en la segunda semana de la conferencia, pero no a las dos horas de haberse reunido para cambiar las declaraciones iniciales.

Fue lo inesperado en el horario lo que vino a añadir al resurgimiento de la guerra fría, una vehemencia desconocida desde los días de la guerra de Corea. La nueva guerra fría, siguiendo a la que se dio por terminada en medio de la promesa del espíritu de Camp David, tuvo su primer estallido ruidoso en el largo pasillo del Palais de Chaillot, donde algunos de los adversarios interesados e identificables de la "détente", de la aproximación o reconciliación del Oeste con el Este, armaron el barullo a que hemos hecho referencia. Los periodistas, el público en general, se sintió realmente defraudado. Pero ese sentimiento de decepción por el fracaso de la conferencia, fue inmediatamente utilizado para una orquestación de voces apasionadas, irritadas, espontánea o deliberadamente, que hubiesen hecho imposibles los comentarios serenos y equilibrados de no encontrarse aún gentes de autoridad y de firmeza de carácter inmunes a la acusación de que cualquiera que no echa-

se toda la culpa de lo ocurrido a los rusos, era un comunista o un "comunistoide".

Ha sido uno de los grandes servicios prestados por Walter Lippmann, el gran periodista norteamericano, el haber sido el primero en arrostrar con un valor sin igual, en los Estados Unidos, en su memorable artículo "Recovery from shock" (Recuperándose de un choque), publicado en la *New York Herald Tribune* el 19 de mayo, la corriente de histerismo y de parcialidad que acompaña siempre a las explosiones de la guerra fría y aun sabiendo que de momento su análisis imparcial tenía que enfurecer a bastantes de sus lectores.

Es un artículo que tuvo una gran difusión pero que no está de más el ser divulgado de nuevo y comentado en sus pasajes esenciales. Lippmann, en vez de poner el énfasis en "lo que Krushchev nos dijo o nos hizo", lo pone en "lo que hicimos nosotros primero para herirnos a nosotros mismos... La herida fue inferida a través de la serie de errores, en cuestiones de la mayor gravedad, cometidos desde los sitios más elevados". El gran periodista percibió en seguida —y eso escribiendo desde Washington— la relatividad de la corriente de adhesión y simpatía occidental hacia el presidente Eisenhower en el trance difícil en que se veía colocado. "No debemos engañarnos sobre la extensión y la profundidad del descenso de confianza en la "leadership" (dirección por los Estados Unidos) americana, o acerca de lo que se piensa de la capacidad de juzgar, de la sagacidad y de la competencia política del gobierno en Washington".

Y más adelante: "Las palabras que escribimos son duras, pero ¿en qué otras palabras describiríamos lo acontecido la noche del domingo, cuando el Secretario de Defensa, que era en París uno de los consejeros del Presidente, ordenó un alerta, en escala mundial, de las fuerzas de combate americanas? En esa noche del domingo Mr. Macmillan y el general de Gaulle estaban todavía tratando de encontrar una salida al asunto del avión-espía. Y, sin embargo, fue el momento escogido por el Secretario de Defensa para "poner en movimiento una disposición de ejercicio de combate" que, aunque no sea la última fase precediendo la guerra de hecho, es una de sus fases preliminares. Este "blunder", este error, no era la obra de cualquier coronel olvidado en un aeródromo de Turquía (alusión al asunto del avión). Era la obra del Secretario de Defensa y

del Presidente". Y Walter Lippmann preguntaba irónicamente si es que se pensaba en que iba a haber un ataque por sorpresa contra el Occidente con el señor Krushchev en persona en París.

Otras voces importantes norteamericanas vinieron a recordar al pueblo de los Estados Unidos que en el origen de la nueva tensión Este-Oeste se hallaba el asunto del avión-espía y la manera desdichada con que había sido tratado por el presidente Eisenhower. Mientras el candidato demócrata, Senador Kennedy, manifestó que si él hubiese estado en el sitio de Eisenhower, él hubiese presentado sus excusas por el "desafortunado incidente", el líder demócrata Stevenson pudo ser citado diciendo que "el gobierno de los Estados Unidos había impedido toda negociación fructuosa con la U.R.S.S. y la señora Roosevelt (Krushchev había hecho en su conferencia de prensa del Palais de Chaillot el elogio del gran Presidente, añadiendo "pero Roosevelt está muerto y su política murió con él"), precisó que el incidente del U-2, había sido "un error estúpido" de parte de los americanos."

De los dirigentes demócratas aquellos que ven más lejos no se han limitado a criticar la actuación de Eisenhower y de Nixon durante el período preparatorio al encuentro de los jefes de Estado y de gobierno en París. Dan un paso más hacia adelante pidiendo un reajuste de la política exterior norteamericana a las circunstancias mundiales de hoy. Así doce parlamentarios demócratas han definido una nueva política exterior destinada a reemplazar aquella que ha fracasado. Preconizan especialmente una opción precisa sobre el problema alemán. "Es necesario escoger —dice el documento— entre una contribución militar más importante alemana a la O.T.A.N. y la reunificación de los dos Estados alemanes". No se pueden tener las dos cosas. No se puede seguir rearmando a Alemania y llegar a un acuerdo con los rusos. Los parlamentarios demócratas preconizan igualmente el reconocimiento de la República Popular de China y su admisión en las Naciones Unidas.

Aquí tocan una cuestión fundamental que afecta a la técnica misma de las conferencias en "la cima" y a la concepción de conjunto de toda la política de la coexistencia, o convivencia, pacífica. La ausencia de la República Popular de China de las conferencias en "la cima", es considerada hoy, por un número cada vez mayor de expertos en política internacional como una

de las fallas principales de la política de coexistencia pacífica. Reducida ésta únicamente a los Cuatro Grandes convencionales, adolece de la ausencia de una Potencia en continua ascensión. Si se trata verdaderamente de una reunión de los Grandes, China tiene su puesto por derecho propio en esa reunión y debiera ser incorporada a la conferencia en "la cima", que según Krushchev puede tener lugar en los próximos seis u ocho meses. Ya con motivo de las sesiones de la Comisión de Diez del Desarme en Ginebra, en la que además de la Unión Soviética participan otros cuatro Estados comunistas, y lo mismo por lo que se refiere a la otra conferencia ginebrina, la de suspensión de los ensayos nucleares, se ha oído decir frecuentemente que ningún acuerdo a que pudiera llegarse sería verdaderamente eficaz y operante sin el concurso de China.

De China se habló mucho durante los días de París en cuya experiencia se basan nuestras reflexiones sobre la coexistencia pacífica. Como observó cáusticamente Pierre Mendès-France en sus análisis de las causas del fracaso de la conferencia, "en cuanto se comienza a no comprender nada de la política internacional, se echa la culpa de todo a los chinos".

Pekín fue en efecto acusado de haber "endurecido" a Moscú y de ver con malos ojos la política de coexistencia pacífica. Los que así discurrían evidentemente no habían leído el discurso de Chou En-Lai, del 10 de abril, en la segunda sesión del Segundo Congreso Nacional del Pueblo, en el que se congratuló de que el período reciente hubiese aportado una cierta mejoría de la situación internacional. Es verdad que en el mismo discurso el primer Ministro de la República Popular de China, llamaba la atención sobre la existencia en los Estados Unidos de círculos que formaban parte de la Administración, muy influyentes, y que estaban todavía haciendo cuanto estaba en su poder "para obstruir la solución de muchos importantes problemas internacionales pendientes". El requerimiento a un estado de ánimo alerta, la recomendación de no confundir el deseo con la realidad, respondía con toda seguridad en el propósito de Chou En-Lai, al peligro que él evidentemente veía en el entusiasmo con que ciertos elementos de la extrema izquierda, en distintas partes del mundo, habían acogido el "espíritu de Camp David", considerando a Eisenhower definitivamente ganado por Krushchev para "la causa de la paz".

El autor del presente artículo ha sido testigo en discusio-

nes íntimas sobre la situación internacional con esos aludidos elementos de extrema izquierda, de la irritación que les producía cualquier observación crítica que uno se atreviese a hacer, en el sentido de que la política de convivencia pacífica estaba todavía lejos de triunfar. Pues si bien era absolutamente cierto que no había otra política exterior que esa, si se quería evitar a la humanidad la hecatombe de una guerra atómica, debía, en el interés mismo de su éxito, ser enfocada con un criterio severamente realista, y exigiendo una coherencia lógica en las posiciones de unos y otros.

Por ejemplo, era casi imposible ganar para la política activa, no simplemente formal de la coexistencia pacífica, llevada a su última consecuencia, la de promover un acercamiento entre el Oeste y el Este, al general de Gaulle. Su preferencia por "las posiciones de firmeza"; su necesidad, derivada de la guerra de Argelia, de alinearse en último término con los Estados Unidos, si bien de cuando en cuando asuma frente a ellos actitudes que contrarían a Washington; la manera como él ve el problema de Berlín y de Alemania en general, hacía muy difícil el coincidir con aquellos que desde su subida al poder en 1958, han venido especulando con una "reorientación hacia Rusia, la aliada tradicional", de la política exterior degaullista.

Lo mismo en el caso de España. La visita del presidente de los Estados Unidos a Franco escandalizó ciertamente a la opinión pública mundial. Pero se vio en ciertos sectores un gran cuidado en no ir en su condenación a extremos que pudiesen desagradar a Eisenhower y poner en peligro "el espíritu de Camp David". Pekín no vaciló en denunciarla como un ultraje al sentimiento anti-fascista de los pueblos que no olvidaban a Hitler y que Franco había sido impuesto a los españoles por él.

Los que luchan por la Liberación de España, conocen bien la importancia que concede el gobierno de la República Popular de China a la causa del pueblo español, con la que se halla cien por cien identificado. Aparte de ser Franco el aliado de Chiang Kai-Shek —en el mes de mayo el jefe del Estado Mayor Central, teniente general Muñoz Grande, antiguo jefe de la División Azul que combatió contra Rusia, acompañado de seis oficiales de alta graduación del ejército español, visitó Formosa en misión oficial— Pekín está convencido de que la Liberación de España tendrá una influencia considerable tanto en la América Latina, como sobre la Europa occidental.

La situación en la Europa occidental en el nuevo período de guerra fría que se ha abierto con el fracaso de la tentativa de reunir la conferencia en "la cima en París", es una situación mala que cambiaría, sin embargo substancialmente, si una España liberada cesase de ser uno de los principales puntos de apoyo de la reacción internacional.

En Francia el general de Gaulle, que como es sabido, decide por sí solo el curso de la política exterior francesa, es desde el fracaso de la conferencia objeto de los más grandes elogios norteamericanos. Se habla de él en los Estados Unidos como del aliado leal que sostuvo al presidente Eisenhower en una situación penosa y que le aconsejó mantenerse firme frente a Krushchev, aun a riesgo de que el Gran Encuentro de París se descompusiese sin remedio. En de Gaulle ven actualmente los norteamericanos el único hombre capaz de unir a la Europa occidental alrededor de una política de fortalecimiento de la O.T.A.N. —bien necesitada ciertamente de un tónico— y de contrarrestar "las debilidades pacifistas" de los británicos.

En Inglaterra, donde la campaña contra la bomba ha llegado a alcanzar una extensión mayor que en ningún otro sitio de Europa, Gaitskell, el líder laborista, en vez de aprovechar el fracaso de París para pedir una más vigorosa política de coexistencia pacífica y de negociación, libre definitivamente de la dirección fracasada de Washington, se ha pronunciado a favor de "las posiciones de firmeza". Hablando a los delegados del Sindicato de Obreros Municipales (General and Municipal Workers Union) en Great Yarmouth, el 23 de mayo, Gaitskell dijo que "si Europa no se mantiene unida y al lado de América, nos debilitaríamos cada uno de nosotros frente a cualquier posible amenaza soviética".

En Italia la constitución de un gobierno más hacia la izquierda y que hubiese podido adoptar una línea exterior más conforme con los verdaderos principios de una auténtica política de "détente", tropieza con la oposición del Vaticano.

Naturalmente todo ese esfuerzo acentuado desde el fracaso de París, para presentar un frente occidental "más unido que nunca", según la expresión del lenguaje oficial, revela por sí mismo el sentimiento de inseguridad de los propios promotores de una política más llena de ilusiones que de sustancia y de continuidad. Los próximos meses vendrán a demostrar todo lo

que hay de artificio y de simulación en la pretendida nueva solidaridad occidental.

Pero lo que queríamos subrayar al hablar de España, es que la Liberación de España, aparte de sus repercusiones en la América Latina, donde alentaría considerablemente el gran proceso actual en marcha de transformación política y social, inyectaría nuevo ánimo a las fuerzas que en Europa luchan hoy contra el avance de la reacción —una reacción que se beneficia y se nutre de la guerra fría y de la agravación de las tensiones internacionales.

Habrà que aguardar también a las elecciones en los Estados Unidos para ver en qué medida cabe esperar una rectificación de su política exterior, y si el pueblo de los Estados Unidos ha sacado finalmente la lección de los reveses que ha sufrido como consecuencia de la negativa de sus gobernantes a reconocer —y proceder de acuerdo con ello— el cambio operado en la relación de las fuerzas mundiales; un mundo en 1960 enteramente diferente del mundo de la post-guerra de 1945.

Hasta ahora los gobernantes norteamericanos continúan acumulando error sobre error. No habían pasado veinticuatro horas de lo ocurrido en París que, cualesquiera que sean las versiones opuestas de causas y responsabilidades, difícilmente habrá alguien con un mínimum de sentido de la valoración que pretenda presentarlo como una victoria de Eisenhower cuando el Presidente de los Estados Unidos se apresuró a escribir al general Franco dándole explicaciones sobre el fracaso de la conferencia. "Estoy convencido —decía Eisenhower en su carta— que esta experiencia servirá para fortalecer los lazos que unen a su país y al mío y para poner de manifiesto la amenaza a largo plazo que pesa sobre el mundo libre y que exige la máxima unidad y cooperación".

Este mensaje enteramente innecesario y fuera de lugar al dictador fascista, no puede tener sino un solo propósito, el de reiterar que Franco y Adenauer siguen siendo los dos favoritos de Washington y el preparar la construcción de la nueva base de los Estados Unidos en España, que definitivamente será convertida así en el principal punto de apoyo de la Aviación Estratégica de los Estados Unidos en Europa. Por otra parte las actividades alemanas en España, que habían adquirido contra los deseos de ambos gobiernos, el de Bonn y el de Madrid, una gran publicidad y que había obligado en vísperas de

la conferencia en "la cima" a proceder más cautelosamente, han vuelto ahora, con el fracaso de París a ser reanudadas en una escala todavía mayor.

La investigación parlamentaria del incidente del avión solicitada por el Senador Fullbright, ha sido vivamente resentida por Nixon y sus amigos.

Si Nixon fuese elegido, la situación internacional conocería una nueva agravación. Nada hay más lejos de la realidad que ese retrato de "un nuevo Nixon" lanzado por sus agentes electorales, naturalmente con su aprobación, cuando el vicepresidente de los Estados Unidos, cuyas afinidades con el macartismo han sido olvidadas por muchos, devolvió en Moscú la visita hecha unos meses antes por el vicepresidente del Consejo soviético Mikoyan, a Norteamérica.

El fracaso de la conferencia de París dio ocasión al vicepresidente Nixon a solidarizarse con una declaración del Secretario de Estado Herter, que acababa de hacer públicamente el elogio de Foster Dulles y de su política "del borde del abismo". de ser Nelson Rockefeller quien fuese a la Casa Blanca tampoco su política exterior sería mucho mejor.

Únicamente un presidente demócrata que, de no ser el propio Stevenson, llevase a Stevenson a la Secretaría de Estado, podría corregir la situación creada a los Estados Unidos como consecuencia de una política de la cual el asunto del avión U-2 fue únicamente el episodio de mayores resonadas consecuencias para el prestigio americano en el exterior.

La "leadership" (dirección de la alianza occidental por los Estados Unidos) americana, ha recibido en América Latina, en Asia y en otras partes en el curso de 1960, golpes muy duros que han disminuido su influencia y su autoridad. Corea del Sur, Turquía, y en el momento en que escribimos Japón, donde las manifestaciones contra la ratificación del tratado de alianza con los Estados Unidos, ha mostrado a un pueblo enteramente distinto del pueblo japonés de hace veinte años. Y donde hay un partido socialista, cuyo Secretario general, Inejiro Asanuma, pidió al presidente Eisenhower que renunciase a su proyectada visita al Japón, dada la oposición popular al tratado y al gobierno Kishi. Del partido socialista japonés podrían aprender ciertos partidos socialistas de la Europa occidental, a defender una política exterior más distinguible de las posiciones de la guerra fría.

A pesar del fracaso de la conferencia en "la cima" aún existen lugares de encuentro del Oeste con el Este, donde puede ser intentado reparar los daños de ese fracaso. Hay las dos conferencias, la del desarme, que marchó bastante mal durante su primera fase, y la de suspensión de ensayos nucleares, que marchó mucho mejor y que de no haberse producido la ruptura de París, hubiese podido fácilmente conducir a la firma del tratado que se había estado pacientemente elaborando en Ginebra.

Hay los intercambios comerciales Este-Oeste y los intercambios culturales, que es donde más se ha progresado en los dos últimos años.

Pero, nada de eso puede reemplazar a una gran política de conjunto de coexistencia pacífica, que tenga en cuenta las experiencias del fracaso de París, que no sea utilizada simplemente por los partidarios de la guerra fría, como un medio de ganar tiempo y de llevar adelante la carrera de armamentos. Una política de convivencia pacífica que tenga en cuenta ese cambio a que nos hemos referido en la relación de las fuerzas mundiales, en el equilibrio de poder, y que es —no se insistirá suficientemente en ello— el hecho sobresaliente de la presente situación internacional.

ESPAÑA Y LA GUERRA FRÍA

Por *Vicente GIRBAU LEÓN*

I. EL CERCO DIPLOMÁTICO

a. *Introducción*

EL día 24 de octubre de 1940 pasé por Madrid camino de Barcelona, después de una breve estancia en Marruecos. Recuerdo que el barco en que hice la travesía, un barco de cabotaje que hacía el servicio entre Melilla y Cádiz, fue detenido en el medio mismo del estrecho por uno de los barcos de escolta de un convoy británico. Era un atardecer y se destacaba a nuestra derecha la silueta del Peñón; saliendo del cual una larga línea de navíos se adentraba en el Mediterráneo, hacia Malta, y sin duda después hacia Egipto, donde había comenzado aquel otoño el famoso "rigodón del desierto". Era el momento álgido de la batalla de Inglaterra.

Octubre es la época más agradable de Madrid; el sol caliente todavía, viene del Guadarrama un viento fresco, sin ser aún frío, y la atmósfera es más ligera que nunca. Las mañanas de octubre son estimulantes en Madrid, y yo me sentía estimulado cuando salí de la estación y enfoqué el paseo del Prado. Frente a la estación compré el periódico, y al mirar la portada sentí un verdadero escalofrío. Estaban allí abrazados Franco y Hitler, que se habían entrevistado el día antes en Hendaya. Era todavía el Franco ridículo que la prensa republicana había llamado "General Pitimini", con un negro bigote recortado y unos rizos asomándole por debajo del gorro cuartelero. Hitler, en el momento culminante de su poder, se inclinaba protector sobre aquel pequeño judío que era su aliado.

Permítaseme y perdóneseme esta pequeña digresión personal. Si bien no es tratar de la política internacional español-

la durante la Guerra Mundial, ésta ha de figurar necesariamente como telón de fondo de la iniciación de este trabajo, del mismo modo que la guerra fría será el telón de fondo de la mayor parte de su desarrollo. En el momento en que contemplé el retrato de la entrevista de Hendaya, el escalofrío que sentí fue por la sensación de protagonismo histórico. Era entonces yo de los que creían en los desaforos y ridículos mitos imperiales con que quería educársenos, y que orientaban la política internacional española.

Existe una exposición autorizada de dicha política. En 1941 publicaron conjuntamente un libro el actual Ministro de Asuntos Exteriores y el actual Embajador en Washington.* Voy a insertar una larga cita del mismo, porque ahorra cualquier exposición:

Al terminar nuestra guerra con la victoria de Franco, las democracias habían sufrido una triple y formidable derrota estratégica, política y moral. Porque la España triunfadora era, ante todo, una nación recobrada a sí misma, con su voluntad de Imperio rescatada plenamente, dispuesta a imponer sus deseos en la esfera vital que por estricta justicia le corresponde. Porque alentaba en ella una nueva mentalidad política—La Falange—que estaba llamada a conjugarse de modo singular y armónico con el Nacional-Socialismo alemán y el Fascismo italiano. Y, finalmente, también porque la doble conjunción de nuestros intereses geográficos y políticos había de empujar a España, voluntaria y espontáneamente a estrechar su solidaridad con las potencias del Eje frente a los tortuosos manejos franco-ingleses para ir encerrando de nuevo a Alemania en un círculo de asfixia y de muerte.

La España no beligerante no recata su ferviente cordialidad hacia uno de los dos bandos en la guerra que desde el 1º de septiembre de 1939, a los cinco meses justos de alcanzarse la victoria en la nuestra, desencadenaron, en un acto de locura inalificable, las democracias británica y francesa contra el Tercer Reich, gobernado por el Führer-Canciller Adolfo Hitler. España sabía desde el comienzo por una cruda y dolorosa experiencia hecha en su propia carne, hasta dónde podía llegar

* FERNANDO MARÍA DE CASTIELLA y JOSÉ MARÍA DE AREILZA. *Reivindicaciones de España*. Madrid. Instituto de Estudios Políticos. 1941. Páginas 49, 50 y 51.

el frenesí belicista de los Churchill y de los Eden, cuando estiman que la resurrección de un pueblo interfiere con los intereses del Imperio Británico. Para nuestro país tampoco era una sorpresa contemplar a Francia entregada en manos de aquella taifa de metecos y judíos que disponían a su antojo de la Tercera República y habían de conducirla fatal e irremisiblemente a la catástrofe. Sabíamos, en fin, que si bien el inicio de la guerra europea revestía las formas de una rivalidad material y hegemónica entre el Imperio Británico y el Germano, la lucha no tardaría en plantearse en su verdadera dimensión, esto es, como una revisión implacable de las antiguas fronteras consagradas en Versalles, y también como un choque gigantesco entre los dos principios que informan los sistemas políticos del mundo: el de la democracia individualista y liberal, con el que conjuga la jerarquía y la autoridad, poniéndolas al servicio de los valores espirituales de la Patria. Convirtiéndose, en suma, la contienda en una guerra ideológica; de la que ha de surgir la solución del problema de la unidad de Europa.

Esta solución ha de fundarse en móviles de unanimidad cultural, política y económica, y en un fuerte sincronismo de equilibrio social que haga asequibles al mayor número de humanos las condiciones mínimas del bienestar vital. Es claro que una tal unidad tampoco puede conseguirse, sino a base de la perfecta compenetración del alma romana y el espíritu germánico, y para la que España reserva, como en otras ocasiones, su palabra equilibrada y reveladora.

b. Franco frente a la Gran Alianza

CERCA de cinco años después de aquella entrevista de Hendaya, las circunstancias históricas han cambiado radicalmente: en mayo de 1945 aquel Hitler dominador que abrazaba a su pequeño aliado judío había desaparecido, y pocos días después desaparecía también su Imperio de mil años. Sin embargo, la prensa española sigue presidida por el mismo pequeño aliado. En efecto, el 8 de mayo de 1945, la prensa anunciaba la capitulación alemana bajo inmensos retratos de Franco, a quien se llama el verdadero vencedor. "Victoria de Franco" (*Arriba*); "El hombre del día: Francisco Franco" (*Pueblo*); "En medio de la confusión universal sólo él vio claro" (*ABC*); "En

medio de la alegría de la paz, en la satisfacción del triunfo de los que han ganado en buena lid, el grito y la aspiración de los españoles, van hacia Franco" (*Alcázar*).

Quizá algún lector, ante la enormidad del hecho, se sienta poseído por la indignación, otros quizá por la admiración ante lo que parece una soberana astucia, que los acontecimientos posteriores han premiado. Pero precisamente esta enormidad, y la forma burda de su ejecución, son un índice de una característica que hemos de ver manifestarse a todo lo largo del trabajo. Franco, que es un excelente táctico, es en cambio un pésimo estratega. No hay en toda su política ningún cálculo de los datos reales, sólo un manejo día a día de tales datos, realizado, eso sí, con una gran destreza. Lo mismo hemos de ver luego en su política hispanoamericana, en su política árabe, en su política marroquí. Su decisión es mantenerse a ultranza, si posible navegando entre las circunstancias, formando el cuadro si es necesario. Un año antes, el 25 de mayo de 1944, había pronunciado Churchill un discurso en los Comunes del que se deducía, que al fin y al cabo, el mantenimiento era posible: allí inicia Churchill el nefasto mito, tan cuidadosamente cultivado y tergiversado por Franco, del apoyo que para los aliados representó la neutralidad española; casi como respuesta le escribió Franco la famosa carta que le ofrecía su apoyo frente a Rusia.

El fin de la guerra en Europa deja al régimen a la expectativa. En junio se reúne la conferencia de San Francisco. La prensa manifiesta su nerviosismo; declara que conviene al mundo que España conserve su régimen, y que Inglaterra y Estados Unidos bloquearán toda acción contra España; el 9 de junio expresa *Arriba* la esperanza de que España participará en la conferencia; cuando se aprobó la propuesta de Quintanilla de que no se admita en las Naciones Unidas a aquellos Gobiernos que han sido impuestos por las naciones vencidas, se guarda un riguroso silencio, así al desmentir el Ministerio de Asuntos Exteriores que el régimen hubiera sido impuesto por las potencias del Eje, el pueblo español se entera de la resolución por su mentís.

Franco toma sus medidas. El 19 de junio hace unas declaraciones a la United Press, que publica el *New York Times*, en las que afirma que el régimen es una verdadera democracia y declara su propósito de suprimir en fecha próxima la censura

previa y de proceder a elecciones. El 18 de julio promulga el llamado Fuero de los Españoles, y procede a un cambio de equipo ministerial; este cambio consagra el fin de los últimos restos de la dictadura fascista que siguió a la guerra civil y su sustitución por la dictadura eclesiástico-financiera que ha predominado desde entonces. La figura clave del nuevo Ministerio es, en Asuntos Exteriores, el dirigente de Acción Católica, Alberto Martín Artajo.

Los Tres grandes dicen en la declaración de Postdam: Los tres gobiernos se consideran obligados a declarar que no avallarán la entrada en las N. U. del Gobierno español, instaurado con el apoyo de las potencias del Eje y que, dados sus orígenes, índole, conducta y estrecha asociación con los Estados agresores, no reúne las condiciones necesarias para justificar su ingreso.

En la misma declaración se exige de España la evacuación de la zona de Tánger. En la conferencia de los Cuatro Grandes reunida en agosto en París, se establece un régimen provisional, y se declara que en un plazo de 6 meses se reunirá una conferencia que establecerá un régimen semejante al de 1923, en el que participarán los Estados Unidos y la U.R.S.S.; esa conferencia no se reunió nunca, y el régimen provisional siguió en vigor hasta que se volvió al régimen antiguo.

A estos ataques respondieron Franco y Artajo en sendos discursos pronunciados en Victoria el 17 de septiembre. Dijo Artajo que a España la atacaban, por ser católica, algunos países que no creían más que en principios diabólicos; y Franco dijo que siempre que había querido modificarse el derecho español introduciendo los "nuevos" principios de la Enciclopedia (se refiere a la Enciclopedia del siglo XVIII), se han producido resistencias populares con resultados sangrientos.

En esta época la única nota que parece destacarse de los comentarios de prensa, es un evidente deseo de que aumente la tensión internacional. Parece que por algún tiempo no vio Franco otra salida que una nueva guerra mundial. Tendrán que pasar años y estar España firmemente asentada en la guerra fría, para que esta postura se modifique. Así cuando en octubre de aquel año fracasa la conferencia de Londres, no

oculta la satisfacción, e igualmente cuando Truman declaró que consideraba inútil una nueva reunión de los Tres Grandes. Cuando después se anuncia la conferencia de Moscú hay una evidente sorpresa, la conferencia se denomina "Munich Oriental" (*Pueblo*, 17 de diciembre), la inquietud que la conferencia produjo se manifiesta cuando el 28 de diciembre, *Arriba* dice bajo grandes titulares que la conferencia no se había ocupado de España.

En diciembre de 1945 propuso el Gobierno francés a los dos grandes anglosajones, que se tomaran las medidas necesarias para sustituir el Gobierno de Franco por uno democrático. El 17 de enero de 1946 la Asamblea Constituyente pide al Gobierno que prepare la ruptura de relaciones. El 4 de febrero se produce la ejecución de Cristino García; el 17 el Gobierno, y el 22 la Asamblea, protestan contra la ejecución; el 26 se cierra la frontera; y el 27 comunica el Gobierno francés a los anglosajones que propone presentar el caso de España ante el Consejo de Seguridad.

A principios de marzo recibe Franco dos nuevos y duros golpes. El día 4 se publica el libro blanco americano sobre la conducta de España en la guerra. El día 5 publican Estados Unidos, Francia e Inglaterra la nota tripartita:

Mientras el General Franco siga al mando de España no puede esperar el pueblo español la plena y cordial asociación con los países vencedores. . . , que los dirigentes españoles patriotas y liberales hallen pronto el modo de eliminar a Franco por medios pacíficos, y declara la decisión de apoyar esta solución pacífica.

Todo ello siembra el natural nerviosismo. Ante las decisiones francesas la reacción es de falsa dignidad, *Arriba* dice, "a partir del 1º de marzo, Francia dejará de recibir de España piratas, naranjas y conservas". Pero el libro blanco y la nota tripartita siembran la alarma; a partir de entonces, el esfuerzo tiene a demostrar que Franco salvó a los anglosajones con su neutralidad, y que es para los Estados Unidos un aliado más seguro que Francia, minada por el comunismo, todo ello unido a la afirmación de que su régimen es verdaderamente democrático. En *Informaciones* de 7 de marzo se llega a llamar Gobierno Quisling al francés, y la máxima filigrana la realiza.

el *Correo Catalán* de 31 de marzo, con un artículo titulado "Vidas Paralelas: Abraham Lincoln y Francisco Franco".

Los meses siguientes están dominados por la acción de las Naciones Unidas. El 9 de febrero había aprobado la Asamblea, por 45 votos a favor, o en contra y 2 abstenciones, una resolución presentada por Panamá, invitando a todos los miembros de las Naciones Unidas a conformarse a la letra y al espíritu de las resoluciones de San Francisco y Postdam. El 10 de abril, Polonia, apoyada por Francia, pidió al Consejo de Seguridad que estudiara el caso español e invitara a todos los Estados miembros a romper relaciones con España. La prensa española se apresuró a informar de que en Londres se piensa que la propuesta polaca está dirigida contra Inglaterra y Estados Unidos. Pero existe la máxima confusión o inquietud. *ABC*, *Ya* y *Arriba* se dan falsa seguridad afirmando que las Naciones Unidas han perdido prestigio y que España no prestaría atención a estas maniobras; se afirma que atacan a España los masones y los comunistas porque es católica, así el 25 de julio, al hacer la ofrenda anual al Apóstol Santiago, se dice que éste había combatido en la guerra civil igual que en la reconquista (años después un actual Catedrático de Derecho Internacional propuso que se concediera al Apóstol la Cruz Laureada de San Fernando por su heroísmo en la "Cruzada"); *Arriba* perfecciona esta línea, y el 13 de julio dice que se ataca a España porque es el único país donde se defienden las libertades individuales.

El 24 de octubre de 1946 se reúne la Asamblea. Trygve Lie, en su informe, expresa su esperanza de que la Asamblea dará directrices a los Estados en lo referente a las relaciones con España; la Embajada española en Washington publicó al día siguiente una nota diciendo que algún día se conocerían las razones personales por las que Trygve Lie ataca a Franco. Polonia presentó su propuesta de que se ordenara a todos los Estados miembros la retirada de sus embajadores en Madrid, y que se declarara que mientras esté Franco en el poder, España será excluida de la Organización y de todos los organismos especializados; Estados Unidos pidió que se añadiera un párrafo invitando al pueblo español a derribar al régimen. La propuesta se envió a un Subcomité, que publicó el día 6 de diciembre un informe en el que se invita a todos los Gobiernos a conformar su conducta con los acuerdos de San Fran-

cisco y Postdam. El 9 de diciembre se reúne la Comisión Política y de Seguridad; rechaza primero una moción colombiana ofreciendo los buenos oficios de la América Española, declara que el régimen de Franco ha sido creado por las potencias del Eje e impuesto al pueblo español, y propone que todos los Estados rompan sus relaciones diplomáticas con él y que sea excluido permanentemente de las Naciones Unidas y de los organismos especializados. El día 12 la Asamblea rechaza la propuesta francesa de establecer un bloqueo económico y aprueba la moción de la Comisión por 34 votos a favor, 6 en contra y 13 abstenciones.

La reacción del régimen fue de verdadero pánico. Durante el mes de noviembre circuló el rumor de que Cuba iba a presentar una moción proponiendo que los países hispano-americanos organizaran un plebiscito, hubo artículos de prensa considerando la posibilidad de aceptar tal solución. Sin embargo, ante lo irremediable, Franco cierra el cuadro, y el 9 de diciembre tuvo lugar en Madrid la famosa manifestación repetida en varias ciudades españolas. Mucho se ha dicho, a propósito de estas manifestaciones, que la decisión de las Naciones Unidas fue un error, porque irritó al famoso orgullo del pueblo español frente a la intervención extranjera. En mi opinión tales especulaciones son completamente fantásticas; al analizar el volumen, verdaderamente extraordinario, de la manifestación de Madrid, se olvida que en la guerra civil una parte sustancial, si bien minoritaria, del pueblo español, estuvo al lado de Franco, ellos pusieron el entusiasmo en una manifestación que fue hinchada con la asistencia forzosa de los obreros encuadrados obligatoriamente en los sindicatos falangistas. Creo que la política seguida al terminar la Guerra Mundial, fue efectivamente un error, pero no por esa supuesta reacción de la dignidad española ofendida, sino porque, al replantear los términos de la guerra civil, provocó el reagrupamiento en torno a Franco de muchos que pensaban en la retirada; esta incipiente defección fue tan grande, que según se dice, en un Consejo de Ministros, poco después de la capitulación de Alemania, Franco se encontró solo, teniendo que enviar a buscar a los Ministros uno por uno a sus domicilios. La idea de una guerra civil inconclusa de la que faltaba la última batalla que había de invertir el resultado, provocó la reconstitución de la coalición de la guerra civil, o casi, y esta

coalición tenía todos los resortes del poder. Esta política sólo tenía sentido si se hubiera llevado a sus últimas consecuencias mediante medidas realmente coactivas.

Pero el que fuera equivocada no quiere decir que no fuera comprensible, y hasta inevitable que se siguiera.

c. *El protocolo Franco-Perón*

UNO de los 6 países que votaron contra la resolución de la Asamblea fue la Argentina. El día 25 salió de Buenos Aires hacia España el nuevo Embajador Pedro Rodio, y el 26 hizo Perón unas declaraciones al *World Telegram* sobre los sentimientos filiales de Argentina hacia España.

Así la colaboración con Perón, una de las tres maniobras aparentemente hábiles de Franco, las otras dos son la política árabe y la marroquí, le viene dada desde un principio. Franco necesita tener la apariencia de una política internacional; el acercamiento a Perón le da una, que tiene además la ventaja de permitirle seguir empleando la terminología grandilocuente de la hispanidad. Además, ante el desastroso estado de la economía española, agravado por la sequía de aquellos años, el Protocolo Franco-Perón viene a representar una especie de Plan Marshall restringido; podemos decir que sin los envíos argentinos de víveres muchos españoles hubieran muerto literalmente de hambre.

Pero la colaboración Franco-Perón no está basada en ningún plan político compartido. Perón tenía realmente una política internacional, descabellada, mal calculada, pero realmente existente. Espera lograr la independencia económica de Argentina y convertirla en polo de atracción para los países sudamericanos deseosos de independizarse de los Estados Unidos. Ulteriormente espera constituir así un foco real de poder; su idea de la tercera posición no es en él mera fraseología. Para constituir este foco de poder, desea utilizar la idea hispánica como bandera y aglutinante; es algo semejante al nacionalismo árabe de Nasser, y este es el sentido de su apoyo a Franco. La política de Franco es mucho más modesta. Franco desea en ocasiones la guerra mundial porque piensa que sólo así podrá mantenerse; en todo caso él desea un aumento de la tensión internacional que le permita engancharse en el carro norteamericano. Así el 6 de julio de 1947 publica Ar-

gentina un mensaje a todos los países del mundo en el que propugna una tercera posición, una rudimentaria prefiguración del futuro "neutralismo positivo". El 12 de julio publica una nota el Ministerio de Asuntos Exteriores español adhiriéndose a lo que llama plan argentino de paz. Siete días después hace Franco unas declaraciones a *International News Service* en las que insiste en que España es para Estados Unidos mejor aliado que Francia, y ofrece la gran posición estratégica española; y el 27 de julio había declarado pintorescamente a la *United Press* que el Gobierno español desea la amistad norteamericana a pesar del resentimiento del pueblo humilde, que no comprende la injusticia de que es objeto. No hay en la política argentina de Franco ningún cálculo de objetivos, sino un aprovechamiento de las circunstancias que se le ofrecen.

El verano de 1947 va a ver el punto culminante de esta amistad. El día 8 de junio llega a España en visita oficial Eva Perón. Franco y Perón cambian mensajes mutuos, y la radio española retransmite un mensaje de este último, el "mensaje de los trabajadores argentinos a la España inmortal y al Viejo Continente". Eva Perón fue recibida triunfalmente en todas las provincias españolas. En agosto aparece la ya vista "tercera posición", y el 12 de octubre, en el llamado Día de la Raza, Perón se dirige de nuevo radiofónicamente al pueblo español.

Pero el verano ha visto, asimismo, el nacimiento de los dos bloques; en septiembre termina la Conferencia de París sobre el Plan Marshall, verdadero nacimiento del bloque occidental, y en octubre se crea la Kominform, y Zdanov pronuncia en Belgrado un discurso en el que se habla de los dos campos. Franco ve ya otras perspectivas. Por eso en unas declaraciones que hace el 5 de noviembre a *O Jornal* de Río, habla de España como puente entre Europa y América, y postula una Comunidad Atlántica-Ibero-Anglosajona. Ante la guerra fría el tema próximo de la propaganda española va a ser el ataque a Francia y la estrategia periférica.

Pero es evidente que por el momento los dólares no van a llegar. Por eso, el 9 de abril de 1948 se firma el Protocolo Franco-Perón. Se acuerda la disposición del saldo de 350 millones de pesos correspondientes al crédito abierto a España en 1946, y la concesión de nuevos créditos de 1,750 millones de pesos hasta 1951. Hasta un total de 350 millones de pe-

tos anuales, la contrapartida habría de hacerse, en lo posible, en forma de exportaciones españolas, el resto en forma de inversiones argentinas en España. Para la ejecución de estos acuerdos se preve: a) la construcción de material ferroviario, naval y portuario para la Argentina en España, b) la construcción de zonas francas en los puertos españoles para instalar silos, cámaras frigoríficas, aparatos de carga y descarga, etc. . . , muy especialmente la construcción de un gran Puerto Franco, que había de llamarse Perón, en Cádiz, c) la participación de capital argentino en otras empresas españolas.

Aquel verano vio alguna otra prueba de espectacular cordialidad, especialmente el viaje de Martín Artajo a Buenos Aires, donde firmó un convenio en el que se disponía que los súbditos españoles y argentinos podrían hacer el servicio militar indistintamente en cualquiera de los dos países. Martín Artajo hizo unas declaraciones a la prensa en las que dijo que en caso de conflicto la posición inicial de España será la de neutralidad; y toda la prensa española y argentina, habla del bloque hispánico, al que la prensa española añade el bloque árabe, iniciando así el tema de España "puente entre dos mundos"; en efecto, aquel verano había visitado Madrid el primer Rey árabe de la serie, Abdullab de Jordania. En septiembre declaró en Lisboa Bramuglia, Ministro argentino de Asuntos Exteriores, que Argentina pensaba patrocinar la entrada de España en la O.N.U., y si bien no hizo tanto, sí pidió la anulación del acuerdo de 1945, como lo había hecho ya el año antes.

Pero la cordialidad decayó pronto, principalmente por la imposibilidad de realizar el contenido económico del Protocolo, unido a las dificultades económicas de los dos bandos. En 1949 se produjo una situación de tensión cuando los argentinos pretendieron imponer la nacionalidad a todo extranjero residente; se llega a un compromiso, pero en el curso de la polémica surgen reproches mutuos; la prensa española dice que los argentinos envían excedentes de pésima calidad, la Argentina que España no envía ninguna de las mercancías que se había comprometido a enviar y que las obras del puerto de Cádiz no habían comenzado; en realidad España se había comprometido a enviar mercancías de las que carecía, y sigue careciendo, y, si bien es cierto que la mercancía enviada por Argentina era en ocasiones de mala calidad, no es menos cierto

que fue a veces vendida a terceros países; la ayuda concluyó al comenzar las dificultades de la balanza de pagos argentina, por aquel entonces debía a España unos 2,000 millones de pesetas.

La relación con Perón constituye el primer espectacular fracaso exterior de Franco. La situación llegó a ser de extremada tensión. En 1950 se llegó a una cuasi-ruptura de relaciones, cuando José María de Areilza, el antiguo reivindicador y futuro Embajador en Washington, se retiró de Buenos Aires después de su conflicto personal con Eva Perón. En 1951, cuando murió ésta, sólo *Arriba* evocó el reconocimiento de España por su viaje en los momentos del bloqueo diplomático. Todavía en otoño de 1954 se produjo una gran tensión ante la ruptura de las negociaciones económicas que seguían desde hacía años para el pago de la deuda española; estaba ya en el Ministerio de Asuntos Exteriores y recuerdo la fruición con que contemplaba los violentos ataques de la prensa peronista contra su antiguo aliado. Finalmente, cuando cayó Perón la prensa española celebró la caída del "tirano"; claro que lo mismo hizo en el caso de Rojas Pinilla, de Pérez Jiménez y, recientemente, de Batista.

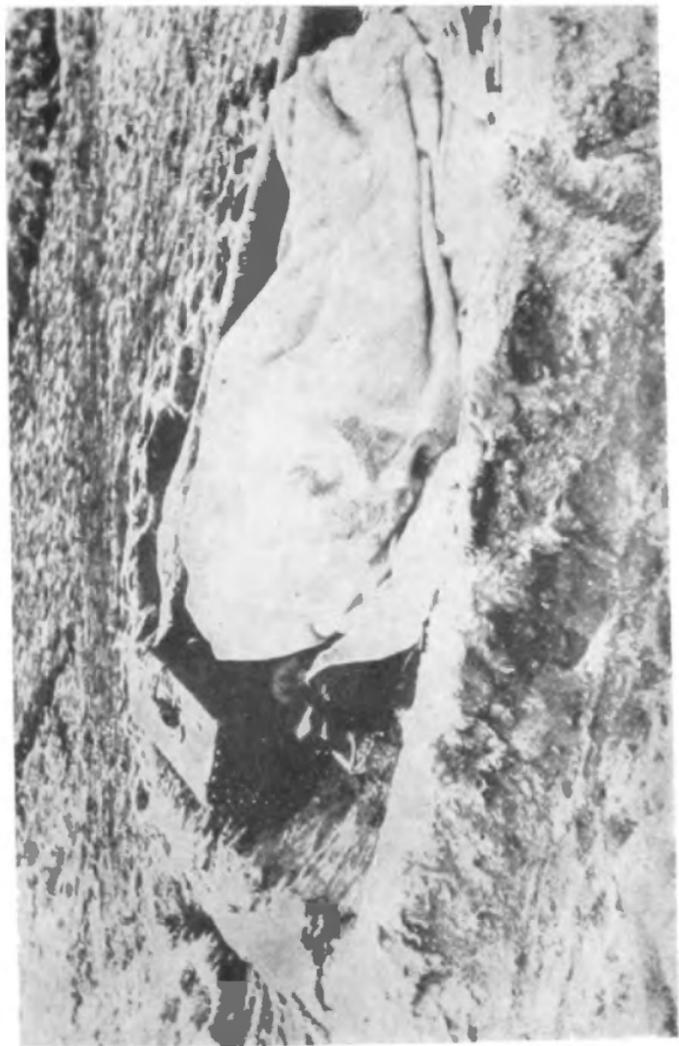
d. *La formación de los dos bloques y la ruptura del cerco*

EN enero de 1947 declaró Morgan Philips: "Inglaterra es el único país que ha trabajado constantemente, en España y fuera de España, en la búsqueda de un sucesor de Franco. Pero nosotros no apoyaremos ningún acto que no tenga perspectivas de resultado positivo". Esta es la situación con que se enfrenta Franco; no puede esperar ninguna disminución de la presión internacional, pero tampoco tiene nada que temer seriamente mientras no exista esa perspectiva de resultado positivo. Cuando al cabo de dos años parece que hay un esbozo de esa perspectiva, se ha solidificado ya la situación interior tal como se inicia a fines de 1945; por otra parte, entonces se ha institucionalizado ya la guerra fría y Franco comienza a instalarse cómodamente en ella; a principios de 1949 Europa está ya constituida tal como ha llegado hasta nosotros. Dos años después se anula la resolución de 1946, cuatro después firma





Francisco saluda a su amigo Hitler.



El español del éxodo y del llanto.



Mujer española. Inútilmente pide la libertad de su hijo encarcelado hace veinte años.



Eisenhower saluda a su amigo Franco. (Fotografía tomada de U. S. News & World Report.)

Franco los acuerdos con los Estados Unidos, seis meses después ingresa en las Naciones Unidas.

Parece que a principios de 1947 Franco pensó seriamente en marcharse, a veces aparece esta idea en sus declaraciones, así, el 5 de febrero declara a un corresponsal de *Evening Standard* que estaría dispuesto a marcharse si el pueblo lo quisiese así. Pero en 1947 se forman los dos bloques. En febrero se firman en París los Tratados de Paz, y cada país europeo queda dentro de su órbita, sólo Checoslovaquia esperará a febrero del año siguiente para integrarse plenamente dentro de la órbita soviética. En las conferencias de Moscú en primavera, y de Londres en otoño, queda consagrada la división de Alemania. En abril se proclama la doctrina Truman. Y en el verano nacen el Plan Marshall y la Kominform.

Todo ello aumenta la esperanza de Franco; la prensa expresa su apenas disimulado deseo de que se desintegre todo el sistema de la paz. Cuando se proclama la doctrina Truman, *Alcázar* (5 de abril) dice: "Cuarteamiento de las Naciones Unidas"; ante la reunión de la Asamblea dice *Arriba* (13 de noviembre): "puede que en la próxima primavera no haya O.N.U."; y al comentar el fracaso de la conferencia de Londres dice *ABC* (16 de diciembre): "¿hubiera sido satisfactorio un acuerdo?, ¿es indispensable que Europa sea una?, no lo creemos".

Naturalmente el problema que preocupa principalmente en aquellos momentos es la ayuda. Por eso cuando España es excluida de la ayuda Marshall, la reacción es violenta; el Ministro de Educación Nacional, Ibáñez Martín declaró: "nuestra capacidad de desprecio es inmensa, pero nuestro riguroso concepto de la educación nos hace contenernos"; el 5 de julio habla *Arriba* de la mansedumbre francesa frente a Alemania y dice que su importancia internacional es semejante a la de la República de San Marino, y *ABC* pregunta: "¿quién es satélite de Rusia, Francia o España?". El 25 de enero de 1948, el propio Franco dice en *Arriba* bajo su pseudónimo de Hispánicus, que España no puede mendigar ni necesita realmente nada, dada su superioridad sobre los demás países.

En septiembre de 1947 se entrevistaron en Londres José María Gil Robles e Indalecio Prieto, y ambos por separado con Bevin; las negociaciones que siguen a esta entrevista culminan el 7 de julio de 1948 en que la Comisión Ejecutiva del

PSOE comunicó al Quai d'Orsay y a las Embajadas en París de Estados Unidos, Inglaterra y los tres países del Benelux, una declaración conteniendo las bases de un acuerdo conforme a la nota tripartita de 5 de marzo de 1946. El Foreign Office lo confirmó, y la *Reuter* informó que los firmantes habían sido Prieto y Gil Robles. La prensa española se desencadenó contra Gil Robles y contra Inglaterra; el tema principal fue decir que Inglaterra, preocupada por su decadencia y por la creciente potencia española, había saboteado a los exilados para que sabotearan tal potencia. En realidad, en aquellas circunstancias el acuerdo era ya un instrumento ineficaz. Aquel Martín Artajo, antiguo subordinado de Gil Robles, que en 1945 decía que entraba en el Gobierno solamente para acelerar y facilitar el cambio de régimen, gestiona entonces del Gobierno portugués el internamiento de su antiguo jefe. Por otra parte, aquel mismo verano se inicia el bloqueo de Berlín y los Estados Unidos han decidido ya la utilización estratégica de España.

En marzo de 1948 se había firmado el Tratado de Bruselas y se iniciaron las gestiones para el Pacto Atlántico, que tendrá que esperar a las elecciones presidenciales americanas. La acción de Franco consiste, por un lado, en utilizar los buenos oficios de Portugal; por otro, en la labor de Lequerica en Washington. En efecto, este Lequerica, que en su época de Embajador en Vichy, según nos dice Ansaldo en sus *Memorias*, prohibía a sus subordinados, incluso que estrecharan la mano a ningún súbdito norteamericano, representa entonces a Franco en Washington con el título, un poco de ocasión de, "Inspector de Embajadas"; Lequerica organizó todo el rosario de visitas de senadores y hombres de negocios a Franco, así como los encendidos elogios de algunos de ellos al régimen; quizá algún día puedan descubrirse en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores, los motivos de algunas de estas declaraciones.

Cuando el 20 de septiembre se prorroga por diez años el llamado Bloque Ibérico, tanto la prensa portuguesa como la española, hablan de la necesidad de incluir a España en la alianza militar occidental, y el 28 de septiembre llega a Madrid una misión militar americana presidida por el Senador Connally, Presidente de la Comisión Senatorial de fuerzas armadas, que se entrevistó con los Ministros de Asuntos Exteriores y con el propio Franco; la prensa europea habló de

negociaciones para el establecimiento de bases en España, lo que desmintió el Departamento de Estado, pero el Senador Connally, al llegar a Washington, recomendó que se incluyera a España en la alianza militar y en la ayuda económica.

A fines de año el régimen está a la expectativa de las elecciones norteamericanas. *Ya* dice el 2 de diciembre que con el triunfo seguro de Dewey se aumentará la influencia española y disminuirá la francesa, e *Informaciones* nos dice que sólo Truman confía en el triunfo de Truman; dos días después ambos periódicos se extienden sobre lo beneficioso que para el régimen es la victoria de Truman.

A principios de 1949 nos encontramos con los dos bloques firmemente constituidos, el puente aéreo de Berlín en funcionamiento, las bases de la división de Alemania firmemente establecida, y el Plan Marshall en funcionamiento. En 1949 vamos a ver la estructuración definitiva de la guerra fría con la firma del Pacto del Atlántico y el establecimiento de las dos repúblicas alemanas; vamos a ver también la proclamación de la República Popular China. En 1950, vamos a ver la culminación de la guerra fría con la guerra caliente de Corea. Estos acontecimientos van a determinar la ruptura del cerco diplomático mediante la anulación de la recomendación de 1946.

Con motivo de la firma del Tratado del Atlántico hicieron sendas declaraciones Franco y Salazar. Salazar dijo que España debería formar parte del Tratado, pero que si por cualquier razón no era posible, habría que buscar otra forma de integrarla en la alianza occidental. En cuanto a Franco, declaró que consideraba preferible una forma de acuerdo separado con los Estados Unidos; ya en diciembre de 1947, había declarado al *New York Times*, que consideraba preferible la ayuda separada americana que el ingreso en el Plan Marshall. Sin duda sabía que la entrada de España en ambos sistemas era imposible por la oposición total de los socialistas europeos; por aquellas fechas el Sub-Secretario del Foreign Office declaró en los Comunes que quizás conviniera restablecer relaciones con España, pero que Inglaterra se opondría totalmente a que Franco entrara en cualquier organismo internacional; y Acheson, interrogado sobre una eventual adhesión de España al Tratado, se limitó a recordar el artículo 10, "Salvaguardar los principios democráticos, las libertades individuales y el imperio del derecho". En el mes de febrero, durante las nego-

ciaciones que precedieron al Pacto, Tsaldaris, Ministro griego de Asuntos Exteriores, propuso en Londres un Pacto Mediterráneo que lo completase y que agrupase a Inglaterra, Francia, España, Italia, Grecia y Turquía; la prensa española acoge con calor la idea y propone completar éste, que llama Pacto del Mediterráneo Septentrional, con uno del Mediterráneo Oriental, en que entrarían los países árabes. Por el momento Franco se acoge al patrocinio de Portugal, y espera que aumente la tensión y que ésta fuerce a admitirle en el Tratado, si ello no es posible, en un Pacto Mediterráneo, y en el último extremo, en una especie de Mando Ibérico que agrupara a España, Portugal y Estados Unidos. Este deseo de que la tensión aumente se declara explícitamente cuando estalla la guerra de Corea.

Esta política culmina con su viaje a Portugal en octubre. Toda la prensa española y mundial espera con motivo de este viaje el anuncio del Pacto Ibérico. Franco y Artajo lo insinúan en sus discursos; así, hablan del paralelismo entre las dos naciones, atlánticas y americanas, y con regímenes semejantes; regímenes cristianos y evangélicos que deberían imitar todos los países, pues, por otra parte, en las condiciones modernas de la guerra es más importante la solidez interior que el mejor armamento; por ello España y Portugal deben aliarse y abandonar a ciertos vecinos más que dudosos. Pero a Salazar no le hizo quizá gracia que se hablara públicamente de la similitud entre los dos países, el caso es que nada dijo en su discurso.

Franco acusó el golpe. Un mes después hizo unas declaraciones a *International News Service* que pueden considerarse entre las más pintorescas que jamás hiciera; Franco aconseja a los americanos que se entiendan con los españoles, aliados más seguros que los franceses e ingleses, que según decía, son pueblos poco viriles, que no desean sino que mueran por ellos los jóvenes americanos; si España recibiera ayuda la emplearía en obras útiles de defensa, en vez de malgastarla en inversiones de tipo económico; finalmente aconseja al pueblo americano que se deje gobernar por sus jefes militares que no se someterían como los civiles a los Gobiernos de Londres y de París; los cuales están en contra suya porque los dominan los socialistas que, según expresa, no pueden perdonarle su progresiva legislación social.

En 1950 se intensifica la ofensiva política en el interior de los Estados Unidos. En diciembre habían visitado España los miembros de la Comisión Senatorial de Asuntos Exteriores. En enero los presidentes de esta Comisión y la de las Fuerzas Armadas, que sabemos habían estado en septiembre de 1948, dirigieron una carta a Acheson, inicio de esta ofensiva. Acheson respondió con una carta en la que se manifiesta partidario de la anulación de la resolución de 1946; en lo referente a ayuda, opina, puede concederse por el Export-Import Bank para finalidades concretas, pero es contrario a toda concesión de préstamos generales, cuya disposición se dejara al Gobierno español; termina con fuertes críticas al Gobierno de Franco, pero el fin está a la vista.

En lo referente a la ayuda, en enero de 1949 visitó España el presidente del Chase National Bank y se anunció la concesión de un préstamo a corto plazo de 25 millones de dólares; en julio la Comisión Senatorial de Ayuda al Extranjero, votó la concesión de 50 millones de ayuda, pero Truman vetó la disposición; en abril de 1951 rechazó el Senado una enmienda de MacCarran por la que se preveía la concesión de 100 millones; en agosto, el Senado y la Cámara aprobaron la concesión de 100 millones, que la Comisión mixta redujo a 62 millones; Truman al firmar la ley dijo que lo referente a España era sólo una autorización.

Pero en junio empezó la guerra de Corea, y Franco tenía ya la partida ganada. *Arriba* compara las tropas de MacArthur con la División Azul, y cuando se aprueba la ayuda, escribe que ha sonado la hora de la justicia, España, dice, hizo su Cruzada de 1936 a 1939, y luego de 1940 a 1945 permitió la victoria anglosajona al no intervenir en la guerra, por eso tiene derecho a la ayuda sin dar nada a cambio.

El 5 de noviembre de 1950, la prensa madrileña volvió a salir con retratos del triunfador. Franco estaba aquel día de viaje por provincias, y el día anterior la Asamblea había anulado la resolución de 1946. La prensa recalca que él nada había hecho, que se había limitado a esperar los acontecimientos, y realmente en este caso tenía razón. El año anterior ya había aprobado la Asamblea una resolución dejando sin efecto la resolución de 1946, pero con 25 votos a favor, 16 en contra y 16 abstenciones, no había alcanzado el necesario "quórum" de 2/3. Esta vez se había alcanzado una votación de 38 votos

a favor, 10 en contra y 12 abstenciones. El año anterior Inglaterra, Francia y Estados Unidos figuraron entre las abstenciones, este año, Estados Unidos se había pasado a los favorables. El día 7 de noviembre la Administración permitió la disposición del crédito de 62 millones reservado para España.

El día 14 de diciembre, en sesión plenaria de las Cortes, pronuncia Martín Artajo un discurso de triunfo. España, según dice, está dispuesta a perdonar, siempre que los demás países reconozcan explícitamente la "injusticia" cometida, ofrezcan "excusas", y "reparen" los daños. Claro que en definitiva Franco se conformará con mucho menos. Artajo habla de la comunidad ibero-americana y del bloque hispano-árabe, anunciando así los dos grandes fracasos de la política española de los años siguientes.

EL CONGRESO DE MARACAY

—LA DEMOCRACIA Y LA LIBERTAD VISTA POR UNOS
Y POR OTROS—

Un poco de historia

EL primer Congreso Pro Democracia y Libertad se celebró en La Habana, en 1950. Pocas noticias tenemos de él. Sabemos que ocupó asiento de Delegado, Rómulo Betancourt, a la sazón combativo emigrado político. Que estuvo, también, Andrés Eloy Blanco muerto trágicamente en México el 21 de mayo de 1955. Que dos delegados nuestros, José Iturriaga y Rogelio Álvarez, se retiraron como protesta por la inadmisión de su ponencia en torno al problema del clero y la política. Y que Norman Thomas y Vicente Sáenz polemizaron a propósito de uno de esos temas que el norteamericano no entiende. O no quiere entender. Temas latinoamericanos, claro.

Diez largos años pasaron para llevar a cabo el Segundo Congreso. El gobierno de Venezuela, y la Asociación Interamericana Pro Democracia y Libertad, con sede en Nueva York, convocaron al mismo. Para enero de 1960. Al posponerse la Conferencia de Cancilleres, de Quito, a la que se pasarán las resoluciones del II Congreso, éste cambió su fecha. Al 21 de abril del mismo año, es decir, en plena primavera, estación en la que es prohibido suicidarse según el donoso título de una comedia.

Los tres partidos políticos que hacen la coalición del gobierno venezolano, de acuerdo con la Asociación aludida, escogieron a los invitados. Aceptaron y discutieron sugerencias al respecto. Eligiendo a la cálida ciudad de Maracay —fortaleza de la dictadura de Gómez— para celebrar el II Congreso Interamericano Pro Democracia y Libertad.

"Se ha escogido como sede a la capital de Venezuela —decía el primer instructivo— en homenaje a su pueblo y a sus instituciones democráticas, a sus organizaciones sindicales y estudiantiles, a los gremios profesionales y a los hombres de empresa, que en su conjunto hicieron posible el derrocamiento de la dictadura y la instauración de un nuevo orden de cosas garantizado por un régimen legítima-

mente constituido y dignamente personificado en la figura del ilustre revolucionario demócrata, don Rómulo Betancourt. Seguros, además, de que en Caracas prevalece un clima de resurgimiento democrático que habrá de ser sumamente beneficioso para las deliberaciones y el trabajo en general del Congreso".

Efectivamente, la República de Venezuela, pese a naturales problemas de un país asolado por dictaduras, o al engranaje difícil de un gobierno de coalición, es una Democracia. Así con mayúscula.

Se convocó a escritores, catedráticos, periodistas, políticos, funcionarios, dirigentes obreros, etc. O sea a quienes tienen que ver con la conciencia del Continente. A veces mala. Y a veces buena.

Se tomó en cuenta: "Su contribución al progreso social, económico y político del Hemisferio, su trayectoria democrática y su interés efectivo por las relaciones de ambas Américas" —Párrafo de la invitación.

Señalemos a algunos invitados: Lázaro Cárdenas, Juan José Arévalo, Eduardo Santos, Haya de la Torre, Alfredo L. Palacios, Raúl Roa, José Figueres, Galo Plaza. Y de los EE.UU., Eleanor Roosevelt, Adlai Stevenson y otros.

Había pues, de todo, como en la viña del Señor.

La Delegación más numerosa fue la de Norteamérica. Y, en general, pese a un sentido de la democracia que poseen, producto de la realidad de su país, parecen ineptos para ver lo nuestro. Sin aludir a quienes se les adivina el nexo oficial con el Departamento de Estado.

Bien por lo anterior o porque no es fácil para nadie marchar fuera de casa, muchos de los invitados no asistieron. De México salimos hacia Caracas, la periodista Elvira Vargas, el poeta Carlos Pellicer, el profesor Vicente Sáenz, don Arnaldo Orfila Reynal, el periodista Alejandro Avilés, el periodista Angel Fernando Solana, y quien esto escribe.

Estaban invitados, entre otros, Isidro Fabela, Jesús Silva Herzog, Manuel Gómez Morín, Rodrigo de Llano, Antonio Carrillo Flores, José Pagés Llergo.

Al llegar a Caracas dos días antes de la apertura del Congreso, estalló la revuelta del general Castro León, enemigo proverbial del gobierno de Betancourt. Por ende, amigo de Pérez Jiménez, y de Trujillo.

La revuelta no tuvo qué ver con el Congreso. Fue mera coincidencia, pues estaba planeada para Semana Santa. Sin embargo, desde su radiodifusora, Castro León, alzado en El Táchira, estado andino, lanzó alguna amenaza contra los delegados.

Había incertidumbre sobre el destino de nuestra asamblea. Ar-

mamos una sesión quienes ya habíamos llegado a suelo venezolano y un funcionario nos puso al tanto de lo sucedido. Se envió un mensaje de adhesión al gobierno y al pueblo de Venezuela. Posteriormente se hizo una visita al Presidente Betancourt, que mostró serenidad y buen humor, y varios delegados hablaron por la cadena de televisión que mantenía informado al país.

En las calles pasaban manifestantes, altavoces. Había una efervescencia cívica y los gritos contra Castro León a veces alcanzaban a todas las fuerzas armadas. Que se portaron leales al gobierno.

Todo se allanó, a Dios gracias. Y gracias, también, al pueblo que mostró su patriotismo, su voluntad civil contra las espadas traidoras. La Confederación de Trabajadores y la Federación Campesina paralizaron a Venezuela totalmente. El hotel donde estábamos quedó sin servicio, poniendo a prueba la calidad democrática de sus huéspedes.

Fueron campesinos quienes apresaron a Castro León. Y pequeños estudiantes del Liceo de San Cristóbal, capital del estado en armas, quienes resintieron bajas. Fueron ellos, héroes del pueblo, los que escribieron esta página hermosa ante nuestros ojos. Para lección, y nostalgia de tantos países donde casi ha muerto el espíritu ciudadano.

Apertura del Congreso

EL 22 de abril, un día después del previsto, el aula magna de la Universidad Central de Caracas estaba de bote en bote. Atmósfera caldeada, más que por la estación, por gritos y porras. Los estudiantes repetían: "Paredón para Castro León". Y otro de los gritos reconocibles: "Cuba sí, gringos no".

En la misma sala —evocábamos— seis años antes había hablado el Canciller Guillermo Toriello. Por Guatemala Revolucionaria. Ante y contra Foster Dulles y sus delirios imperialistas.

Hablaron en la apertura del Congreso, el Presidente Betancourt, el Candidato ecuatoriano Galo Plaza—por intermedio del escritor Pareja Diezcanseco—, el Presidente del Congreso, escritor Miguel Otero Silva, la señorita Frances R. Grant, Secretaria General organizadora, Carlos Lleras Restrepo, Jefe Liberal colombiano, y Eduardo Frey y Salvador Allende, chilenos. El último, Senador Socialista, fue una de las figuras sobresalientes del II Congreso.

En su discurso el Presidente Betancourt no anduvo por las ramas. Abordó el tema de la Tesis Venezolana de darle más facultades a la O.E.A. Dijo:

"...Entre las cuestiones que en mi modesta opinión son de urgente necesidad está la de complementar la Carta Constitutiva de la Organización de Estados Americanos con un Convenio adicional bien preciso y claro, según el cual no puedan formar parte de la comunidad regional sino los gobiernos nacidos de elecciones legítimas, respetuosos de los derechos del hombre y garantizadores de las libertades públicas".

Y más adelante:

"...No basta con que se diga que a los gobernantes demócratas hay que darles abrazos y a los dictadores extenderles sólo la mano. Eso sería un tímido paso atrás del anterior procedimiento de apoyar y de condecorar a dictadores, etc...."

(Páginas 6 y 7 del folleto *El Presidente Rómulo Betancourt ante el II Congreso Interamericano Pro-Democracia y Libertad*. Imprenta Nacional, Caracas).

Las frases del Primer Mandatario demostraron que habría batalla. Se trataba de llevar más lejos la Tesis de No Intervención apadrinada por México. Con loable propósito de hallar la fórmula para cercar a los Trujillos y Somozas. Y de dar a la O.E.A. validez de que carece, pues hasta ahora es puro cuento.

Mas, esa sana intención es más peligrosa que la Tesis mexicana. Como se discutió hasta el cansancio en las sesiones. ¿Quién asegura de que mañana no se emplee la fórmula venezolana para combatir a países revolucionarios...?

Lo que hace falta —como se hizo ver en las discusiones motivadas por la posición venezolana— es que la Tesis de México se aplique por todos los países. Para no dejarnos solos como en el caso de España. Aislando a los regímenes de fuerza, pero sin intervenir en los mismos. Aplicándose la Doctrina Estrada que es instrumento de respeto mutuo. Y que, con el concurso latinoamericano, México podría emplear en sus relaciones internacionales. Como todos los demás estados democráticos o semidemocráticos.

Porque la historia nos enseña —se repitió mucho en la Comisión en donde se ventiló este asunto— que en el Continente americano sólo un país ha intervenido y lo sigue haciendo, ya sin infantes de marina. Precisamente el país que maneja a la O.E.A.

De la sesión inaugural, solemne, grata por la franqueza de los discursos, movida hasta por incidentes naturales del momento —hecho que pareció no advertir el admirado Ministro de Educación de Venezuela, Rafael Pizani, al retirarse como protesta por el jaleo estudiantil— los observadores, como dicen los corresponsales, pudieron obtener algunas conjeturas. Las comentamos mientras volvíamos al hotel,

paso a paso, como se acostumbra en la ciudad que, proporcionalmente, tiene más automóviles del mundo.

Por ejemplo, el discurso a nombre de Galo Plaza —posible futuro Presidente de El Ecuador— fue a favor de la No Intervención. Es decir, opuesto al criterio del Primer Mandatario de Venezuela.

Se olvidó, en la inauguración, designar a un orador de Las Antillas, de Centro América o de México. Cuestión de elemental geografía política y no de vacuo nacionalismo.

En una asamblea como la nuestra, ¿no debería haber hablado un representante de Cuba Revolucionaria...? ¿No es el país de vanguardia hoy día, quiérase o no, en Latinoamérica...?

Con cierta sorpresa nos enteramos de que los delegados de la tierra de Martí eran opositores al régimen de Fidel Castro. No había ningún representante del movimiento "26 de julio", no obstante que en la lista de delegaciones sí aparecían.

¿Cuál fue el motivo para esta discriminación...?

¿Y qué diablos hacía en el Congreso Frank Tannebaum, recepcionista académico cuando Castillo Armas llegó hecho Doctor a la Universidad de Columbia...?

Y otro señor Gómez, de Trinidad. Inmenso de cuerpo, mas no de alma. Pues siendo Primer Ministro expulsó, para congratular a Pérez Jiménez, al líder venezolano Jovito Villalba.

Míster Gómez se negó a hablar español, no obstante saberlo, durante el Congreso. Esto lo pinta a cabalidad. Y fueron tales sus intemperancias que un viejo, respetado maestro venezolano tuvo que ponerlo en orden, en plena sesión. Hecho que sí comentaron periódicos del exterior. Mudos para informar de las realizaciones efectivas de Maracay.

El profesor Tannebaum puso pies en polvorosa antes de ser expulsado, a petición de delegados de Guatemala. Que recordaron, además, la dignidad de Rómulo Gallegos al devolver a Columbia su grado de *Doctor Honoris Causa*, cuando igual distinción se confirió a Castillo Armas. Hoy bajo tierra. Como Foster Dulles y Peurifoy.

El Congreso, en Maracay

MARACAY, estado Aragua, sonó en el mundo cuando Juan Vicente Gómez hizo esta tierra su favorita. Es una ciudad modesta y cálida. Y a pocos kilómetros el último dictador mandó construir un hotel principesco. Manía vieja de ellos esta de disimular sus oprobios con obras

materiales. Y el de Maracay es, sin duda, un hotel que puede rivalizar con cualquiera. De la mejor urbe europea o norteamericana.

El II Congreso Pro Democracia y Libertad sesionó entre tal lujo. Clima artificial, piscina, campo de golf. Árboles y flores a la mano. Y un jefe de servicios importado de Alemania. Teatro del propio hotel, con capacidad para unas mil personas.

Las Comisiones donde se ventilaron las ponencias fueron: la de asuntos políticos, la de relaciones internacionales, la de colonialismo y la de educación y cultura.

Cada una con un Presidente nombrado antes.

En la primera sesión plenaria, bíblico primer día, se eligió a la Directiva. Presidente Honorario, a Rómulo Betancourt, ahí presente, pues viajó de Caracas para alcanzarnos y supo departir sin ayudantes, ni protocolo. Con su inseparable pipa, abrazaba a viejos amigos, preguntaba por otros. Así, pudimos darle sin dificultad los tomos de Homenaje a Isidro Fabela. Editados en México.

Al pedirse otros candidatos propusimos ante el micrófono a Lázaro Cárdenas. Creímos de buena fe que seguiría una aclamación. No. El regionalismo hizo decir que había otros hombres notables, etc. Y más de un norteamericano demostró su enojo.

Para dejar a salvo el ilustre nombre propuesto, retiramos la moción. Y a sugerencia de Américo Ghioldi* —creemos— la asamblea tributó un homenaje a Cárdenas, puestos todos de pie.

Las sesiones fueron agotadoras. A veces, hasta madrugada. Parte por el interés de las ponencias y parte por la deformación del parlamentarismo. Hay discutidores profesionales. Una pesadilla...

La Comisión de asuntos coloniales llegó hasta las cinco horas dándole vuelta al caso de Puerto Rico. Hasta que resolvió votar por su independencia. Delegados oficialistas defendían a capa y espada la bonanza de la tierra que ha sido cárcel de Albizu Campos, las dotes de estadista de Muñoz Marín. Olvidaban, nada más, que tienen que ser forzosos ciudadanos norteamericanos. Y a su pesar, perdieron la batalla.

Se ganó, también, el caso de la Guayana Británica. Los independentistas cuentan con excelentes guías.

Lo propio puede decirse del caso de Panamá. Sus justas demandas contra EE.UU. a propósito del Canal, tuvieron el apoyo de la Comisión y del Congreso.

Se declaró solidaridad irrestricta con la lucha emprendida en la Unión Sudafricana contra la odiosa discriminación racial.

* Dirigente argentino.

Se rechazó la ponencia de Robert J. Alexander, estadounidense, en torno al colonialismo.

En la Comisión de asuntos políticos se oyó a emigrados dominicanos, nicaragüenses, haitianos y paraguayos. Que dieron informes frescos sobre las "hazañas" de los cuatro dictadores que aún manchan el mapa de América.

Se aprobaron ponencias para robustecer las relaciones de países democráticos, a través de intercambios económicos, políticos.

Se planteó el problema de bancos extranjeros que resultan aliados del saqueo público, cuando resguardan el botín del tirano y se lo entregan al ser echado del poder.

Se pidió, como ponencia aprobada, que los países del Continente no den asilo territorial a dictadores y su camarilla. Como medida profiláctica.

A nombre de los miles de emigrados paraguayos habló el Padre Ramón Talavera. Joven, combativo, imaginamos los dolores de cabeza que dará a sus superiores. Ofició una misa en Maracay. Y creemos, después de oírlo, que si todos los sacerdotes fueran como él, muy otra sería la historia.

En la Comisión de asuntos internacionales se trataron diversas ponencias. La principal fue la relativa a la modificación de la Carta Constitutiva de la O. E. A. Tema del que hablamos al comentar el discurso del Presidente Betancourt, al inaugurar el Congreso.

En el proyecto del presidente de la Comisión, Gonzalo Facio, ex embajador costarricense ante la O.E.A. llegaba a proponer hasta la intervención armada en países con regímenes dictatoriales. Algo sumamente peligroso. Porque, ¿quién califica a tales regímenes...?

Tras largos debates fue desechada la ponencia. Y se aprobó, con enmiendas, otra elaborada por Vicente Sáenz, el propio Facio y Manuel Antonio Varona, de Cuba. Que contiene, en esencia, la tesis de No Intervención. "Cordón sanitario contra dictadores", como dice el profesor Sáenz dándole modernidad a una idea de Bolívar.

La Revolución Cubana rondó las salas del II Congreso. Abundaron alusiones. En pro y, casi, en contra. No había ninguna ponencia concreta. Pero se olfateaba el deseo de algunos de intentar una condenación del régimen de Fidel Castro.

No se hubiera logrado. Y acaso por ello no se intentó.

Decimos lo anterior, porque al margen de las resoluciones oficiales del Congreso—en cuyas plenarias se aprobaban, o no, informes de lo aprobado en Comisiones. Y nada había, como tal, respecto a Cuba. La mayoría de delegados—un 80%—firmamos dos adhesiones. Una al régimen democrático de Venezuela. Y otra, a los ideales

y realizaciones de la Revolución Cubana. Texto al que se dio amplia publicidad en Suramérica. Y que hubiera alcanzado en México las 8 columnas si el voto llega a ser condenatorio. Así andamos.

Otro botón de muestra. En la sesión de clausura del Congreso hablaron Carlos Pellicer, mexicano. Javier Ortiz de Cevallos, Presidente de la Cámara de Diputados de El Perú. El ilustre Canciller venezolano, Luis Ignacio Arcaya, y Rafael Caldera, Presidente de la Cámara de Diputados de Venezuela.

Caldera, líder del Partido Social Cristiano —Copei— dijo, más o menos, pues improvisó sus palabras:

“Mucho se discute por Cuba. Pero ¿qué vamos a hacer los latinoamericanos si el hermano país es invadido...?”

Una ovación cerrada fue la respuesta. Puestos los presentes de pie.

El discurso de Rafael Caldera fue el de un consumado orador político. Con auténtico aliento revolucionario. Algo, que si bien nunca lo reconocerá la Derecha mexicana, ha olvidado hace más de un siglo.

En la Comisión de asuntos educativos y culturales reinó la más octaviana paz. Eran temas tratados por educadores, catedráticos. Se discutieron y aprobaron ponencias para aceitar el mecanismo de las relaciones interamericanas. Tema que preocupa al verdadero hombre de América, esto es, al que la siente y la quiere como un todo unido.

De esa Comisión salió la ponencia para apoyar la candidatura de Rómulo Gallegos para el Premio Nobel de Literatura por este año. Algo por demás justo. Homenaje que, de hacerse, será la recompensa a una vida amorosamente entregada a las letras, a la docencia, a la cotidiana dignidad.

Para finalizar oficialmente las labores del Congreso se ofreció una cena a los delegados. Era pasada la media noche y entonces el oferente, Canciller Arcaya, dijo con buen humor: “este desayuno que por mi conducto...”

Al finalizar el “desayuno”, el Subsecretario de Relaciones de Honduras, delegado, puso una condecoración en el pecho de Frances R. Grant, Secretaria General organizadora.

A nombre de los delegados agradeció las atenciones recibidas, José Figueres, ex Presidente de Costa Rica.

Fin...

TRAS un poco más de una semana de discusiones, desvelos, éxitos y dudas, dejamos el principesco Hotel Maracay. Caracas, la enfie-

brada ciudad nos aguardaba con sus dos rostros clásicos—como Jano. Potentados, y pobres que moran en los cerros vecinos en casas de cartón. Tiranías de ayer y Democracia de hoy.

Pueblo sufrido el venezolano, hoy camino de su Reforma Agraria, supo darnos lecciones de civismo. Y de su Presidente y de la mayoría de sus dirigentes políticos guardamos la mejor impresión.

Una mañana dejamos Caracas. En medio del estremecimiento por lo que no ha de volver a vivirse—y las discusiones de Maracay valieron para la salud moral del Continente—trajimos una conclusión: triunfó la Latinoamérica que ama la Libertad y la Democracia, más allá de todo anhelo faccioso.

¿No es ésa semilla del errabundo que fue a morir a San Pedro Alejandrino...?

Hoy yace en el ex templo de La Trinidad, de Caracas, pero su luz inunda a nuestros pueblos.

Y quien al llegar a Venezuela no sienta el impulso de ir a prostrarse ante el Libertador, no es latinoamericano. No, no lo es.

Pedro GUILLEN

*Hombres de Nuestra
Estirpe*

ESTA nueva Sección de la revista que hoy agregamos a las cuatro ya tradicionales, tiene por objeto exaltar, como su nombre lo indica, a los hombres de nuestra estirpe, a los de España, Portugal y América Latina. No sólo figurarán en estas páginas los grandes próceres creadores de patrias, sino también a aquellos que de alguna manera han contribuido al fomento de la cultura de nuestros pueblos: filósofos, sabios o artistas. Entre los primeros ya lo sabemos: Bolívar, Hidalgo, Morelos, O' Higgins, San Martín; otros más; y no hay que olvidar a los liberales de la segunda mitad del siglo XIX: Sarmiento, Juárez, Martí. Entre los segundos cabe pensar en Gregorio Marañón, Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, Alejandro Korn, Antonio Caso. Tampoco deben faltar los que todavía en plena actividad son honra y orgullo de nuestro tiempo: Fernando Ortiz, Rómulo Gallegos, Menéndez Pidal. Por supuesto que no son los únicos los nombres que citamos; lo hacemos tan sólo para ejemplificar.

Siempre hemos pensado que la admiración es la antesala del amor. Se admira porque se ama y se ama porque se admira. Lo que queremos es que se admire y se ame a los hombres de nuestro linaje que se han destacado por su valor, su desinterés, su bondad o su talento; lo que queremos es que en ellos se admire y se ame a nuestras patrias, y que cada ciudadano sienta y piense que es una fortuna inmerecida haber nacido en el mismo suelo en que nacieron esos hombres que han hecho y hacen oficio de antorchas.

Inauguramos la Sección con una serie de artículos sobre la personalidad del doctor Gregorio Marañón, cientista y hombre de letras de altos quilates. Sus aportaciones a la ciencia de su tiempo, a la historia y a las letras de España son acreedoras a nuestro reconocimiento. Ya sabemos que suele discutirse su personalidad política; mas admitiendo sin conceder que haya tenido vacilaciones o sufrido alguna leve caída, es incuestionable que siempre mantuvo valientemente su decoro y su dignidad.

DOS JORNADAS —LA DE PLATA Y LA DE ORO— EN LA VIDA DE GREGORIO MARAÑÓN

Por *Tomás G. PERRIN*

I

COMO las armas el heroico paladín de Carlo Magno, amparadas por el arrogante cartel "Nadie las mueva que estar no pueda con Roldán a prueba" las obras de Marañón, ya científicas, de diagnóstico médico general o de honduras endocrinológicas, ya de historia, en que el sagaz estudio sicosomático del personaje no le va en zaga a la prodigiosamente evocadora descripción del medio ya de enjundia psicológica o de problemas sociológicos, ya de geniales interpretaciones artísticas, o de perspicaces y ágiles ensayos, sólo pueden ser sensatamente juzgadas por altas autoridades en Medicina, Historia, Filosofía, Arte o Literatura. Investigador, catedrático, clínico, historiador, biógrafo, pensador, artista y literato; hombre, además generoso, de distinguida prestancia física y de cautivadora simpatía fue Gregorio Marañón una personalidad impar.

Para hablar de Marañón honestamente; quiero decir, sin alardes críticos, me limitaré a recordar el pensamiento médico de este grande hombre en dos días solemnes de su vida profesional. El de sus bodas de plata celebradas en mayo de 1934 y el de las bodas de oro, en 1959.

En 1934 se destacaba ya, la personalidad del Dr. Marañón con relieves de celebridad. Veintiocho libros (ocho de ellos traducidos al alemán, al inglés, al francés, al sueco, al italiano y al portugués); doscientas cuatro monografías científicas (de ellas, escritas originalmente veintitrés en francés, nueve en alemán, nueve en inglés y una en italiano); trescientas ochenta y ocho comunicaciones a Academias y Sociedades de Medicina y Biología españolas y francesas, doscientas noventa y dos conferencias, discursos académicos, ponencias y co-

municaciones en Congresos de España, Francia, Suiza, Bélgica, Austria y Rusia y sesenta y tres prólogos a obras españolas, francesas, danesas, austriacas, rusas, italianas, alemanas y norteamericanas, garantizaban en aquella época, la aparición de un pasmoso valor en la Medicina española.

Pero he dicho que su pensamiento, y no el mío, quiero exponer aquí. Veamos pues los sentimientos, las inquietudes y las esperanzas que conmovían su noble espíritu a los veinticinco años de su investidura médica. El mejor documento nos lo ofrece la conferencia que pronunció ante sus compañeros de promoción.

Habla en ella de las características de la Medicina en el siglo XIX con sus tres grandes conquistas: la aplicación exacta y minuciosa al estudio de los síntomas y de su interpretación cuando los grandes clínicos alemanes, ingleses y franceses llevaron la semiología "más que a una perfección a un verdadero estado de virtuosismo"; la creación de la Anatomía Patológica debida fundamentalmente a Rodolfo Virchow y, como gloria máxima de la centuria, los hallazgos bacteriológicos de Pasteur.

En el recuerdo de los maestros de la generación, aunque no olvida "la figura estupenda de Cajal" cita principalmente a Sañudo y a Madinaveitia; gran clínico el primero, representante de la ciencia francesa (al que veía con el noble perfil de Charcot y la apostura y elegante tren de Dieulafoy) e insuperable maestro, el segundo, en el arte de la exploración; representando la tendencia anatómica alemana "con valoración directa seca, a veces excesivamente seca, del detalle clínico".

Diserta sobre la supremacía del estudio del enfermo, y no de la enfermedad, volviendo en cierto modo a concepciones hipocráticas; aboga por la supervaloración de la historia clínica, aunque muchas veces —dice— más que historia se hace actualidad; defiende la medicina individualista sobre la estadística a la que objeta con agudos conceptos; se refiere al psicoanálisis lamentando el uso imprudente y grosero que algunas gentes, burdas de la mente y de la sensibilidad, han hecho de esta doctrina como procedimiento terapéutico. "Entrar a zancadas y con los zapatos sucios en la última morada de la conciencia de los hombres y remover el pozo de residuos que un divino cedazo arroja a los suburbios de la conciencia con razón y para que se quede ahí quieto, me parece sencillamente —exclama—

pecaminoso y bárbaro. Pero dos o tres de las líneas generales de la concepción freudiana del espíritu son, sin duda, esenciales y marcan un mundo nuevo y una etapa fundamental en el conocimiento de nuestra alma". Lo que considera más importante de esta nueva actitud es la enorme valoración de la individualidad del enfermo. "El psicoanalista no estudia a su paciente para ponerle la etiqueta de una enfermedad —esquizofrenia, histerismo, o lo que sea— sino para reconstruir desde su prehistoria la historia intrasferible de aquel hombre o de aquella mujer, y sólo la suya".

Marañón había publicado seis importantes obras sobre endocrinología y es lógico el entusiasmo con que habla en su discurso de una ciencia joven, que estaba también en la edad de sus bodas de plata. "Si de algo me enorgullezco en mi vida científica —dice nuestro sabio— es de haberme atrevido en el discurso que pronuncié en el Ateneo, en el año 1915, a considerar el problema de las secreciones internas en este aspecto transcendental y general, estudiando a las hormonas como moldes y andamiajes de la biología individual no como un capítulo más de la Patología. Lo que entonces fue una audacia de muchacho ha adquirido hoy firme sentido de permanencia. Hoy sabemos bien que, en gran parte, la ficha íntima de identificación estrictamente personal de cada ser vivo es una fórmula endocrina que condiciona sus posibilidades hereditarias, la determinación de su sexo y del de sus sucesores, el auge y los accidentes de su vida sexual; su estructura morfológica; sus reacciones vegetativas; su índice de emotividad; el tipo de sus rasgos psicológicos y el cálculo de probabilidades de sus posibles enfermedades futuras. El estudio endocrino de un ser humano no conduce pues, como tampoco el estudio psicoanalítico, al rótulo de una enfermedad —hipertiroidismo, diabetes, etc.— sino a una ecuación personalísima del enfermo, a la que las enfermedades se han de ajustar y someter".

Considera, después, la Vitaminología como hermana gemela de la Endocrinología; la que ha hecho ver que los procesos fundamentales de la alimentación y de la nutrición no son tanto cuantitativos como cualitativos, actuando en relación con condiciones peculiares de cada sujeto, principalmente con su fórmula hormonal, y contribuyendo en primera línea a elaborar la personalidad estricta de cada semejante nuestro. "La gran ciencia de la alimentación recobra, pues, su sentido indi-

vidual como ya se sabía empíricamente; aun cuando lo olvidaron durante medio siglo los científicos pedantes aferrados a las consecuencias funestas de una comparación inicialmente feliz; la del organismo vivo con una máquina. Máquina es, pero no de serie como la que los hombres fabrican, sino infinitamente variable, como hecha a semejanza de Dios, cuya esencia es la infinita variedad. Y, en consecuencia, cada ser vivo necesita no una tasa prefijada de combustible, sino una ración alimenticia aún más ajustada a sus condiciones metabólicas, que el traje a las medidas de su cuerpo”.

Como Cajal, que alentaba fervorosamente a la juventud afirmando que no era el talento sino la voluntad la que creaba investigadores y forjaba sabios, Gregorio Marañón termina su discurso haciendo ver a sus compañeros la elevada y noble responsabilidad del médico, que, por modesto que sea, por alejado que esté de las organizaciones científicas, tiene la posibilidad y el deber de hacer medicina científica y constructiva y no tan sólo medicina profesional y de expediente. “Esta es la conclusión a que llegamos—dice—después de veinticinco años en los que hemos visto nacer entre nuestras manos los más formidables progresos de la investigación, y cambiar varias veces de rumbo, con las velas hinchadas de vanidad, a la nave de nuestra profesión”.

II

Los más antiguos discípulos y colaboradores de Marañón lograron reunir novecientos setenta y cinco títulos de libros, monografías, comunicaciones académicas, conferencias y prólogos de su insigne maestro en los primeros veinticinco años de su vida profesional. Pero no creo posible que, por ahora, pueda fijarse el asombroso número de trabajos realizados en los cinco lustros siguientes. Los libros, que en aquella etapa eran veintiocho ascienden ahora a un mínimo de cincuenta y tres—cifra de los que tengo a mano—pero las monografías, comunicaciones, conferencias y prólogos, que sobrepasan seguramente, el número de mil, sólo han de ser conocidas tras muy ardua labor de sus colaboradores; sobre todo del más admirable de ellos por su cultura singular, clarísimo talento y abnegación sin límites, la esclarecida dama doña Dolores Moya de Marañón,



El Dr. Gregorio Marañón. (*Óleo de Zuluaga.*)

Lolita Marañón, como con respetuoso cariño la llamamos; amada hasta la reverencia por su ilustre esposo.

También en esta etapa contamos con un admirable documento sobre el pensamiento médico del pasmoso polígrafo. Escrito con recia hondura de pensamiento y amena y fascinante fluidez de estilo, un año después de haber sufrido un ataque de encefalitis vírica y un año antes de su desoladora ausencia.

Aquí, sí, sus primeras palabras fueron para Cajal. Oigámosle: "Para mí, y creo que para todos, el momento grandioso y genial de don Santiago no fue el hallazgo de la individualidad de la neurona, que revolucionó la fisiología del sistema nervioso y que le condujo al premio Nobel, quizá el más justo de los que se hayan concedido. Este momento decisivo fue cuando volvía repatriado de Cuba como un soldado más; no pensó, desde lo hondo de su angustia, tras la pérdida de nuestro imperio colonial, no pensó, digo, en resolver su vida profesional como un médico más; quizá como un catedrático más; sino en el sueño quijotesco de rehacer, al mismo borde del abismo la grandeza y el prestigio de España, renovando en un ambiente de paz el tesoro inmenso de nuestro genio espiritual a cuyas maravillas, ya creadas en el terreno del arte, de la literatura y del pensamiento teológico, se pudiera agregar la creación científica".

El Seguro Obligatorio de Enfermedad —la Socialización de la Medicina— que tantos celos y suspicacias despertara en su iniciación fue acogido con adhesión fervorosa por nuestro sabio, consciente de la importancia y universalidad de esa gran revolución social a cuya loa dedica dos proféticos capítulos.

En el discurso de sus bodas de plata ya defendía —y ahora lo hace con convicción mayor— la necesidad de buscar con más ahinco al hombre en la enfermedad que a la enfermedad en el hombre, porque si cada enfermedad es un mundo, lo es porque cada hombre es diferente de los demás en tanto que la enfermedad es siempre igual a sí misma. Insiste en que la clínica estadística pierde su prestigio cada día ante la medicina individualista, pues no sabe más sobre úlcera gástrica el que ha visto 3,000 casos sino el que ha estudiado con paciencia la lesión en cada uno de sus ulcerosos aunque éstos no lleguen a una docena. Y pone como ejemplo a su gran maestro y amigo Babinski, que en un solo enfermo, en un solo paralítico,

estudiado sagaz e incansablemente, descubrió la semiología de los reflejos plantares, que pasaron inadvertidos para los coleccionadores de estadísticas de paralíticos.

El capítulo más interesante de su discurso, es, sin duda, el titulado "La era del chequeo", traducción espuria del *Check-up* norteamericano. Práctica, ésta, apasionadamente acogida en Centro y Sud América, con menos ímpetu en algunos países de Europa como los escandinavos y Suiza (más influidos por la medicina yanqui), con algunas simpatías en las generaciones jóvenes de España, y casi desdeñada en Inglaterra. Marañón declara su repulsa por esa práctica que durante días o semanas somete al sano, al presunto enfermo o al paciente, a cuantos análisis, radiografías, electrocardiogramas, electroencefalogramas y exploraciones metabólicas puede hacer un equipo de especialistas, obteniéndose una retahíla de observaciones con infinitos datos, pero sin conocimiento de la intimidad del paciente. Cita, así, el caso de una señora a quien le hicieron 29 análisis, 16 radiografías, 7 complejas gráficas y la exploración clínica completa de los sistemas y aparatos nervioso, circulatorio, respiratorio, digestivo, endocrino, ginecológico y urinario, durante 14 días en que permaneció aislada de toda relación social. El resultado fue un perfecto estado de salud. Pero en su travesía a Europa sufrió penosos dolores abdominales y éstos fueron certeramente diagnosticados de cólicos hepáticos, con una simple exploración manual, por el modesto médico del barco.

En el "chequeo" destaca la anulación del estudio de la persona a expensas de la hipertrofia del estudio de los síntomas. El conocimiento del enfermo depende, siempre, según Marañón, de un proceso inteligente y cordial en el que el médico ha de ponerse en contacto profundo con el enfermo hasta llegar al fondo de su personalidad, normal y patológica. A lo cual se puede añadir, claro está, análisis y radiografías que han de tener como primera condición el *que el médico las elija*; y no que se le presenten en un repertorio exhaustivo.

Termina este capítulo diciendo que hay muchos dolientes que peregrinan de clínica en clínica bajo el peso de sus análisis y sus radiografías, que les atan como una cadena a sus preocupaciones y a su obsesión; y asegura donosamente que ha curado a no pocos enfermos sin más que amputarles... sus documentos analíticos. Pero advierte, también, que los enfermos

más inaccesibles e intratables que ha visto son los "chequeados". Porque la mayor barrera que se puede alzar entre el médico y el enfermo es la pedantería; más la de éste que la de aquél. Y todo enfermo "chequeado" es casi inevitablemente un pedante.

En el postrer capítulo titulado "Optimismo y Vocación" nos afirma que la Medicina de hoy con su dureza, con la escasez de amor al individuo, con los análisis y las radiografías inútiles y no dóciles auxiliares del buen juicio, volverá a sus cauces como vuelve todo lo que es fundamentalmente imperfecto; y otra vez presidirá a la Medicina el signo del amor, tanto más vivo cuanto más eficaces sean los progresos de la ciencia. Rechaza que la etapa jubilar, a la que ha llegado, sea la hora del descanso, de una bien ganada inactividad, sino por el contrario, se ha de trabajar en ella con el entusiasmo de los años juveniles y, cada vez, con sentido de responsabilidad mayor.

Gregorio Marañón, tan liberal y tan cristiano, trabajador infatigable hasta su hora final, termina con estas levantadas frases su discurso último:

"La vida debe ser así: acción hasta el fin. Y estoy seguro de interpretar con estas palabras la voluntad de todos vosotros; los que ya han desaparecido y los que seguimos viviendo por la voluntad de Dios".

LA Escuela endocrinológica de Marañón no muere. Persistirá robustecida por una fervorosa legión de discípulos que cuenta ya, con grandes maestros de sólida reputación científica. Pero ¿quién de ellos, además de su admirable y fecunda labor docente y de investigación podrá escribir ensayos de tan desconcertante pero certera interpretación como *Don Juan*, estudios de tan delicado y sutil análisis psicológico como *Amiel*, biografías con tan vigorosa fuerza de resurrección—del personaje y del ambiente— como *Tiberio*, *Antonio Pérez* y *El Conde Duque de Olivares* u obras, en fin donde la historia, la literatura, el arte y la sagacidad crítica se enlazan en sorprendente alarde, como *El Greco* y *Toledo* . . . ?

EL SENTIDO HIPOCRATICO DE MARAÑÓN

Por *Juán CUATRECASAS*

LA extraordinaria figura de Gregorio Marañón tiene una significación hipocrática dentro de la Medicina moderna. En España representó, en la primera mitad de nuestro siglo, un resurgimiento del espíritu científico en el campo de la práctica médica, así como un baluarte de los progresos rápidamente alcanzados en el conocimiento holístico del ser humano, como ente de examen médico y ontológico, y como síntesis de la armonía fisiológica del individuo, resultante de la correlación neuro-humoral. La unicidad del ser humano que invocaba la medicina hipocrática debía ser de nuevo descubierta entre el fárrago analítico y el peligro dispersivo del organicismo que dominaba la medicina de nuestro tiempo.

En el panorama mundial de la medicina contemporánea, representa todavía un ejemplo del patólogo general, del clínico cuya personalidad reúne toda la preparación documental y técnica de la ciencia moderna sin abandonar el primordial ejercicio de la clínica a la cabecera del enfermo. Recuerdo que cuando falleció Adolfo Strümpell (en 1926) algunos apologistas de este famoso internista decían que se esfumaban las grandes figuras de la medicina interna desplazadas por la absorbente necesidad de la especialización. De Gregorio Marañón puede decirse que durante toda su vida ha mantenido firme su posición de internista, de clínico general en su sentido hipocrático y profundo; de enseñar a penetrar los problemas fisiopatológicos más variados, hallando la conexión íntima que los une.

La medicina contemporánea, por su excesiva extensión analítica y por la proliferación de las técnicas exploratorias, no sólo se tabica por la especialización, sino que se fragmenta por disgregación en superficie. Como dice Chauchard, hay una "patología de especialistas" que se ignoran mutuamente. Ello

ha dado origen a la necesidad de las corrientes llamadas de *medicina sicosomática*, que tienden a sumar los fragmentos previamente separados. Pero el mal se halla en la raíz de dicha disgregación y en la orientación demasiado extensiva de las exploraciones, tendiendo a la superficialidad. Sin despreciar a esta extensa semiología de superficie, es necesario volver a la semiología de profundidad.

La medicina *despersonalizada* de los institutos semiológicos y de las especializaciones *perfectas* conduce a la falsa creencia de que se puede llegar a una *completa* exploración de un enfermo. Cada día ello es menos posible; y además, el horizonte exploratorio y semiológico está siempre abierto a campos ignorados que se nos escapan. Y si dirigimos la atención exclusivamente a ciertas zonas periféricas del horizonte, nos alejamos cada vez más del centro principal, que es la *persona* del paciente. El automatismo diagnóstico es fuente de grandes errores. No estamos en la época de los signos patognomónicos. Pero tampoco esperamos llegar a una época de la clínica determinista y matemática que excluya la inteligencia del médico.

En la portada de los tratados de Cibernética se acostumbra hoy a recordar una frase de Pascal: "es mucho mejor saber un poco de todo que todo de una sola cosa". Quizás fuera verdad, siempre que este *poco* sea lo básico, lo *fundamental*, no algo accesorio. Y no olvidando que tampoco es posible saber *todo* lo que se refiere a una sola cosa. El ejemplo vivo del hombre que selecciona lo básico y fundamental de cada cosa para integrarlo en un todo, es hoy tan necesario como el de un ángel tutelar en una noche apocalíptica. El médico no puede abarcar la enorme masa de datos y de hechos, a veces acumulados desordenadamente; ni el clínico puede perderse en ellos, como el niño en un tupido bosque. De ahí que la Medicina de hoy necesita más que nunca del *sacerdocio hipocrático* en todo su más hondo sentido: diagnóstico, psicológico, terapéutico, ético. El clínico debe descubrir en cada caso el *punto crucial* del problema diagnóstico, patogénico y terapéutico. La complejidad de la fisiopatología humana escapa a la fragmentación y al tabicamiento tanto como a la deshumanización. Podríamos, a este respecto, parodiar una frase de Saint-Exupéry exhumada por P. de Latil: ¿qué representan cincuenta años de exploración instrumental al lado de los veintitrés siglos de medicina hipocrática?

El concepto verdaderamente hipocrático sentido por Marañón era el de un clínico que se basaba en la propia experiencia y en la interpretación justa de los síntomas de acuerdo a sus conocimientos continuamente revisados y renovados. Y esta faz crítica frente al *ciego servilismo* de ciertos médicos pseudo-hipocráticos, se halla muy bien razonada en las páginas relativas a las fuentes médicas de Feijóo. A través de las palabras y de la obra de este fraile, Marañón defiende una posición revolucionaria metafóricamente aplicada frente a los médicos anquilosados de su época, de la primera época de nuestro siglo; frente a los teorizantes que se limitaban a aprender deducciones diagnósticas y a recetar sin haber observado ni meditado sobre el enfermo. Por ello entresaca las agudas palabras de Feijóo: "por no haber estudiado la medicina en forma regular, es por lo que está más preparado para escribir sobre esta Facultad; porque muy ordinariamente de las aulas no se saca luz, sino tinieblas, que después nunca disipan la luz de los libros".

En la misma reacción enérgica de Paracelso contra los doctores que vestían toga, hablaban latín, repetían el galenismo y no se dignaban acercarse a los enfermos. En España, esta decadencia traída por el abandono ochocentista había sido ironizada literariamente por Vital-Aza (recuérdese la poesía "Consulta de Médicos") coincidiendo con la reivindicación ejemplarizada que en el campo universitario y médico hicieron los grandes clínicos españoles precursores y contemporáneos de Marañón: Madinaveitia, Hernando, Codina, Castellvi, A. Cañizo, R. Novoa Santos, Bañuelos, Jiménez Díaz y otros. Una generación de auténticos clínicos que se dieron cuenta de la decadencia científica de las Universidades y de que debían rescatar el camino del hipocratismo "libre de aquellos prejuicios teóricos aprendidos en aulas detestables que impidieron a la mayoría de los clínicos de su época ver los problemas de la humana patología con un mínimum no ya de criterio experimental, sino de sentido común. No en vano decía el benedictino que era preciso que los médicos olvidasen cuanto habían oído en las aulas y que casi por esta seña sólo, se pueden discernir los buenos de los malos médicos".

El hipocratismo de Marañón no fue, sin embargo, de inspiración empirista. Era hijo de una formación científica experimental, que recogía la poderosa irradiación de la obra de Ramón y Cajal y se nutría de las fuentes médicas europeas en que

ávidamente bebió en sus primeras excursiones científicas. También procedía de una formación cultural extramédica, naturalista; de una educación pedagógica pragmática y universalista. Las "Reglas y Consejos para la investigación biológica" que esculpiera D. Santiago, habían de fructificar en lo más hondo del espíritu del joven clínico, no para hacer de él un histólogo ni un *experimentador de laboratorio*, pero sí un genial investigador clínico, un pedagogo, un psicólogo, y más tarde, un humanista.

Al revés de lo que muchos creen y propalan, la celebridad de Marañón no se debe a que fuera un escritor elegante y profundo. El escritor literario, y hasta el historiador, se superponen a lo que ya era antes una recia figura revolucionaria del campo de la clínica. Esta solidez deriva del aporte de su formación *experimental* al terreno clínico. Ha dado a la Medicina española contemporánea un sello de objetividad dinámica, mezcla del pragmatismo anatómo-patológico de las escuelas germanas (o del sentido analítico de la obra de Cajal) y de la actividad investigadora del laboratorio fisiológico. Así Marañón entró a la clínica por la puerta de la Neurología y de la Neuropsiquiatría junto con Lafora, para seguir hacia la Endocrinología, de la que fue uno de sus artifices. Y su influencia en este aspecto conceptual se nota en la obra de sus discípulos y aun en la de los clínicos más aventajados de su escuela pero formados en el ambiente médico madrileño de las generaciones posteriores.

Marañón fue de los pocos médicos castellanos del primer cuarto de siglo que buscó la amistad y el intercambio científico con los centros y las personalidades médicas catalanas. Y fue principalmente a través de la escuela de Fisiología de Barcelona, que dirigía nuestro maestro Augusto Pi Suñer. La medicina catalana no había seguido el mismo camino que la española en general. La proximidad geográfica y psicológica con la Medicina francesa por un lado, y la tradición clínica de las escuelas barcelonesas por otro, la mantuvieron más vitalizada. El espíritu hipocrático se había refugiado en el viejo Hospital de la Santa Cruz y en algunos otros centros no oficiales, cuando la Facultad pasaba por la misma crisis española. Los grandes maestros de la cirugía y de la medicina catalana, desde B. Robert y Cardenal hasta Esquerdo-Rodoreda y su discípulo A. Pedro y Pons, representaban el empirismo positivista e irradia-

ban un afán de permanecer fieles a la realidad clínica; Ferrer Solervicens, el maestro clínico de nuestra generación, mantuvo el mismo nivel científico, basado en la anatomopatología, abundando en la solidez del diagnóstico escrupulosamente analizado. Mas aparte del gran respeto que G. Marañón tuvo por todos estos maestros, así como por Gallart Monés, que fue otro de los prestigios de aquella época, su diálogo médico se realizaba con los fisiólogos y fisiopatólogos de la escuela barcelonesa, lo cual prueba una vez más mi aserto de que su formación de investigador y de fisiopatólogo era la base vocacional de su dedicación clínica.

Yo escuché por primera vez a Marañón cuando estudiaba Fisiología, en el Instituto de la Facultad de Medicina de Barcelona. Augusto Pi Suñer nos lo traía para dar unas conferencias de Endocrinología. Y nos lo encomiaba con admiración cordial. Tanto Pittaluga como Marañón fueron conferenciantes del Instituto de Fisiología de Barcelona durante largos años; fueron espíritu que sembraron inquietud y afecto, al par que fecundas enseñanzas, entre nosotros. Y así se abrió una relación científica que después se haría más estrecha entre los médicos madrileños y barceloneses que sentían las mismas ansias de cultivar el sentido hipocrático de nuestra medicina; y de renovarla. Y fue la generación nuestra, la que inició el intercambio médico-científico a través de la *Revista Médica de Barcelona*, a la que D. Gregorio tenía gran simpatía y adhesión. Y fuimos los catalanes de nuestra generación (Mira y López, Puche, Rodríguez-Arias, A. Peyrí, Carreras-Verdaguer, Azoy, Rocha, Martínez-García etc.), quienes seguimos siendo los mensajeros del intercambio y nos honrábamos con la amistad del gran maestro.

Esta generación que Marañón llamó de la post-guerra, que emergió a la vida académica por los años 1922 al 1930, contaba con hombres como García Banús, R. Fraile, Oliver Pascual, Bejarano, J. González Aguilar, Manuel Tapia y tantos otros, y participaba también de lo que el propio D. Gregorio denominaba "un signo característico y trascendental: la reacción contra el criterio especializado la tendencia a la consideración lata y comprensiva de los problemas patológicos más menudos, la integración de cada accidente de la patología, aun el más pequeño, en un concepto total y amplio de la personalidad viva". Y este sentido era en buena parte fruto de la interac-

ción espiritual recibida por sus enseñanzas. Nos sentíamos todos como discípulos, aunque lejanos, del ejemplar y cordial maestro.

En el prólogo que dedicó a mi libro sobre *Reumatismo Cardio-articular* (1933) Marañón glosa ampliamente la necesidad de no dejarse englobar por la exclusiva especialización "Y cuantas veces pude —dice— proclamé la necesidad de mantener a las mentes mejores, alejadas del fácil sendero de la práctica especialista . . ." "Más aún, a la necesidad de que el patólogo mantuviera vivas conexiones, fuera ya de la medicina misma, con un hondo subsuelo humanista". Y esta conexión humanista, que vibra en toda la obra clínica de Marañón, lo lleva insensiblemente a la preocupación por los más grandes problemas del Hombre y de la humanidad.

Y en el caso de sus relaciones con la Medicina catalana, su hondo sentido humano de la amistad, que es en esencia mutuo conocimiento y comprensión, lo llevó a ser uno de los pocos paladines madrileños de la amistad política con Cataluña. Junto a Ossorio y Gallardo, Azaña y algunos más, Marañón formó parte de la embajada intelectual española que fue a Barcelona para iniciar una obra de mutuo conocimiento y demostrar el reconocimiento de la peculiar personalidad cultural del pueblo catalán. Hecho que tuvo fecunda repercusión política dentro de la constitución de la República española. Marañón siempre estuvo muy cerca del alma catalana, tal como recuerda en su ensayo, *J. Reforzo Membrives*. Cerca de los hombres y de la tierra; él decía sin saber cómo. Que es la manera más espiritual de estar cerca, por intuitiva coincidencia de ilusiones y de afectos, de la manera de concebir el futuro y del entusiasmo constructivo en el obrar. Este mismo sentimiento palpita todavía en los párrafos vertidos como prólogo a un libro biográfico de Francisco Cambó, publicado por M. García Venero en 1952. "Somos lo que somos —dice— y haremos lo que nos sea dado, gracias, antes que a nuestro esfuerzo, a cien generaciones pasadas cuyo espíritu destilado, debemos hacer brillar, como una luz en un altar perdurable en lo más recóndito de nuestra alma". Esto es el respeto al pasado, que no impide la proyección al futuro, característica del alma colectiva de los catalanes que supo captar y compartir.

Gusta de repetir que a los pueblos se les conoce por sus hombres representativos. A través de la vida de Cambó hace

explícito su conocimiento de Cataluña; "Tiene sus pasiones vivas —escribe— como todos los pueblos enhiestos y las pasiones vivas de los pueblos están necesariamente ribeteadas de extremismo. . . Mas el gran error ha sido juzgar a Cataluña por estos extremismos. . . La pasión de un país es, a la corta o a la larga, una fuerza de signo positivo". Y todavía añade algo más atrevido y muy digno de ser recordado: "cada vez que la política catalana ha representado un conflicto en la vida de España, surge la duda de si la culpa fue de la mucha pasión de los gobernados o de la poca inteligencia de los gobernantes. Ahora, a distancia —a la larga distancia porque los últimos años han tenido una desaforada dimensión— se ve que es así; y este libro, sin declaraciones expresas, lo demuestra". Y también destaca con cuál notoria pasión fue criticada, poco antes de proclamarse la República, la actitud de aquel grupo de significados hombres madrileños (entre los cuales él se hallaba) que viajaron con el propósito de abrir un período fecundo de cordialidad política con Cataluña. Pero sólo de soslayo deseo mencionar este aspecto político, para ceñirme al terreno médico.

G. Marañón aplicó a la clínica su espíritu pedagógico y sintético. "Enseñar —decía— es sólo claridad e insistencia". Y añadía que el lenguaje necesario para la exposición de las ideas no debe ser ampuloso y enrevesado como un maríñaque que deforma, sino fino como "la malla que dibuja con precisión las formas que cubre" . . . "por esto, los grandes estilistas científicos no necesitan preparación literaria; pero sí en cambio, tener las ideas perfectamente limpias y ordenadas en la cabeza". Esta claridad, que era la norma de su pensamiento y de su exposición pedagógica, llevaba implícita una capacidad sintética que le permitía tender a la interpretación integrativa de los síndromes y de las enfermedades.

La fisiopatología debe integrarse dentro del marco de las ciencias naturales. Marañón inició su labor endocrinológica y clínica en la época en que se imponían en la Medicina europea los conceptos de Claudio Bernard, cuya influencia se nota en su formación, sensiblemente impresionada por las bases energéticas y dinámicas que hicieron postular al creador de la moderna ciencia fisiológica que todo hecho biológico no se realiza sino cuando todas sus condiciones fisicoquímicas pueden realizarse plenamente. La experiencia y la observación constituyen

la base de las ciencias biológicas. Pero no todo es exclusivamente experiencia. Una acumulación desordenada de hechos no constituye una enseñanza científica. De ahí la esencial importancia que tiene la hipótesis científica como método de trabajo y como ordenación doctrinal. También se nota en la personalidad de Marañón y en toda su obra clínica la huella de la concepción unitaria de la persona que, superando el individualismo letamendiano, desarrolló A. Pi Suñer a través de su doctrina de la *unidad funcional*, resultado del examen de las correlaciones neuro-humorales.

Quizás sea el relieve que adquiriera esta noción funcional en la labor clínica de Marañón la que empañara su indiscutible objetividad anatomopatológica y semiológica, a los ojos de algunos observadores que le calificaron de teórico. La personalidad del joven maestro se destacaba de los eminentes clínicos de su tiempo porque éstos seguían las corrientes anatómicas y empiristas de los grandes clínicos franceses, alemanes y también españoles. Marañón no desdénaba ni desconocía la semiología; antes bien le rendía culto en sus cotidianas horas de hospital. Pero no era un simple *semiólogo*. No ignoraba ni dejaba de cultivar la autopsia y la biopsia, como tampoco las bases histopatológicas de las enfermedades. Pero no fue un médico de corte anatomopatológico. Por encima de estos conocimientos, más allá de estas bases fundamentales, la noción funcional, bioquímica y orgánica, palpitaba en todo momento en la actividad del clínico. La noción evolutiva, la dimensión temporal, se adentraban en la doctrina médica y le imprimían un nuevo sabor, a veces imperceptible, pero de una irresistible atracción para los espíritus ávidos de progreso.

Tampoco es verdad, como a veces se afirma, que Marañón no fue propiamente un investigador y que su obra no poseía la solidez experimental que pudiera compararse a la de Cajal, por ejemplo. Es tan falso este aserto como lo sería el decir que la obra de Freud no lo es tampoco por no haber operado con el microscopio. En primer lugar, cabe recordar que toda la obra clínica de Marañón está nutrida de estudios anatomopatológicos originales, propios de su escuela. Pero además —y esto es lo que interesa hacer resaltar— la objetividad de la clínica reside en documentos vivos, que son los enfermos, sus síntomas, sus síndromes, sus trastornos metabólicos y orgánicos, sus signos radiológicos, etc. Y Marañón fue realmente un investi-

gador primordialmente clínico. Las experiencias sobre animales de laboratorio fueron también incluidas en la vasta labor de su obra. Pero el objeto de estudio fundamental era, como he dicho, el enfermo. A veces se llega al extremo de confundir la investigación y la experimentación con la que pueda realizarse en el laboratorio animal. Pero cabe dejar bien sentado que no hay jerarquías de investigadores clasificados por el objeto de estudio. La investigación realizada en la clínica es la misma metodológicamente que la que pueda realizarse sobre el ratón o el cobayo. En este sentido, Marañón fue un auténtico investigador de la Medicina, un clínico fisiopatólogo, cuyas aportaciones doctrinales y sintéticas quizás superaron en trascendencia a los numerosos hechos de detalle que describiera en el curso de sus largos años de trabajo. Como decía Claudio Bernard, en biología, los *fenómenos de detalle* sólo tienen interés en relación con el total del organismo y en cuanto contribuyan al funcionalismo global del mismo.

El mismo Marañón, en su libro sobre Cajal, ha reivindicado dicha jerarquía metodológica para la práctica médica recusando con todo respeto la actitud despectiva del propio D. Santiago sobre aquellos discípulos "perdidos en el desierto de la Clínica". Y recuerda que "se puede, no siendo otra cosa que médico, pero siéndolo de verdad, con la actitud y el fervor del naturalista, contribuir poderosamente a hacer hallazgos de idéntica categoría que los que salen de los laboratorios". Es preciso defender la importancia fisiológica y científica de los grandes descubrimientos de la clínica, independientemente de la técnica utilizada. Quizás como irónica contestación a aquella peyorativa frase de Cajal, un buen día, cuando un periodista le preguntaba a D. Gregorio cuál era a su juicio el aparato que más había hecho progresar a la Medicina, respondió muy sencillamente: la silla.

Pero no se refería Marañón a la silla de meditaciones, a la que los objetivistas ingleses adjudican la capacidad de teorización metafísica; sino a la silla donde se sienta el enfermo para contar sus dolencias, para someterse al *interrogatorio*, parte tan fundamental de la exploración clínica. Lain Entralgo recoge la mencionada anécdota en su libro *La historia clínica* cuando reafirma la necesidad de una buena anamnesis y la trascendencia psicológica y hasta psico-terápica del diálogo entablado entre el médico y el paciente, de hombre a hombre.

La justa valoración de las hipótesis de trabajo puede destacarse en muchas de sus diversas afirmaciones. El patólogo debe mantener vivo el contacto con el manejo de las técnicas pero no debe ser esclavo de ellas. Marañón confiesa haber huido de tal esclavitud de la especialización técnica. "Sin técnicas perfectas, las ciencias más durables no existirían; pero si la verdad fuese sumisamente a la zaga de las técnicas, avanzaría con paso de hormiga y no, como debe ser, con vuelo rápido y majestuoso de águila". Es una realidad que la historia nos enseña que los grandes descubrimientos se han hecho poniendo la técnica al servicio de una presunción inteligente, inventando una técnica nueva; y a veces improvisada, para aprovechar una circunstancia reveladora.

La Medicina es sólo un aspecto de la ciencia humana. Hay que distinguir el enciclopedista del humanista, cual era Marañón. Por eso también advertía que no se debe confundir la abusiva generalización con la profundidad y precisión de los conocimientos. El clínico debe abarcar la totalidad de los sectores de la enfermedad y del sujeto enfermo, con el minucioso conocimiento de los procesos bioquímicos y anatomofuncionales que en ellos se desarrollan, pero no debe caer en la superficialidad y en el diletantismo. En este sentido son lapidarias sus palabras acusadoras para aquellos que se escudaban en el letamendismo para diluirse en teorizaciones: "Cuando Letamendi proclamaba su exacto y manoseado apotegma de que el médico que sólo sabe medicina no sabe ni siquiera medicina, hubiera sido preciso añadir que sí, que no cabe duda; pero a condición de que el médico sepa ante todo y fundamentalmente la medicina; y después todo lo demás, que entonces todo es útil y hasta preciso". Es partiendo de la firme base médica que propiciaba libros de amplitud general con proyecciones a la psicología y a la historia, y a veces esperaba obras "de amplitud casi hipocrática, como ese gran y necesario tratado de Meteorología médica que aún está por escribir". La inquietud general de su obra revela una personalidad abierta a todos los grandes problemas médicos y humanos.

Marañón ha gozado en vida de aquella *celebridad completa* que él mismo había definido tan agudamente cuando la atribuyera al Padre Feijóo: "celebridad completa, la que dan por igual los amigos apasionados y la enconada envidia de los enemigos". Y añadía que la fama de los grandes hombres no

tendría raíces estables sin esta colaboración. Como si lo sintiera ya en las propias carnes, en su libro sobre "las ideas biológicas del padre Feijóo", afirma que "nunca se agradecerá bastante a los adversarios su eficacia estimuladora". Sin embargo, no fueron los adversarios quienes impulsaron visiblemente la actividad científica y literaria de Marañón; fue primordialmente su profunda inquietud intelectual, su clara visión proyectiva de los problemas médicos y su pasión por la verdad, por la belleza y por su España eterna, en la que creía con una fe muy profunda y a la que se sentía obligado por su responsabilidad de intelectual y de universitario, consciente de que su esfuerzo aparentemente "se perdía entre la indiferencia del pueblo y el atolondramiento de los cronistas". Pero convencido de lo que con insistencia repetía en sus libros y en sus lecciones. De que "ahora como siempre, cuando queremos valorar la densidad humana de la centuria, tenemos que volver los ojos a su obra callada y perenne y seguir, una a una, las huellas que dejaron sus pasos inadvertidos al borde del camino real, lejos de las rodadas de las carrozas". Se refiere a los hombres oscuros que trabajaban en la Universidad o en un laboratorio, o bien en la soledad de un convento. Y si la gloria que rodeaba a su triunfante personalidad académica y profesional lo llevaron a veces lejos de aquella loada oscuridad de un silencioso trabajo, la verdad es que supo esforzarse para merecerla; y quizás su vida entera se subordina a una auténtica fidelidad a este destino, buscándolo reiteradamente aun en aquellas horas angustiosas en que "la vida presente se nos aparece turbia y sin rumbo exacto: cuando el problema no está en seguir el camino recto, sino en saber ese camino recto, cuál es y dónde está".

Como ha dicho con acierto Lorenzo Gomis: (*Destino*, 2 de abril 1960) "afortunadamente, estaba contento de que el alma de los hombres no fuera un aparato de precisión". Ello le impulsaba a analizar al hombre como ser libre, y a considerar al pensamiento humano como una creación contingente, falible, sujeta a rectificaciones y a aciertos que son resultantes de la integración de numerosos factores dentro de ecuaciones personalísimas. Y este concepto lo aplicaba a la medicina, con la misma dedicación del naturalista que observa, induce, intuye y después interpreta.

Y este mismo concepto lo lleva al estudio clínico de los

personajes históricos, aportando en realidad una nueva metodología historiográfica. El historiador a veces se intoxica por la profusión de datos acumulados alrededor de las vicisitudes de los hechos históricos y adquiere una visión estática de los acontecimientos del pasado. El examen de los personajes históricos bajo una perspectiva clínico-antropológica les comunica una vida que puede modificar el sentido de la descripción histórica. Es un humanismo biológico que cuenta con la dimensión orgánica y temporal de los acontecimientos, relacionados con la actividad psíquica de los grandes conductores de la humanidad. No es pura erudición, sino metodología, lo que Marañón aportó a la Academia de la Historia.

EL DOCTOR DON GREGORIO MARAÑÓN EN SU OBRA LITERARIA

Por *Ceferino PALENCIA*

EN la producción vastísima y eminentemente aleccionadora del sabio ilustre, doctor don Gregorio Marañón se producen, perfectamente definidas, dos zonas, las que no obstante su índole distinta, pues la una es puramente científica y la otra literaria con derivación directa hacia lo histórico y biográfico, se funden y entrelazan, tanto por lo que de materia científica poseen los ensayos correspondientes a personas de índole diversa, tales, Feijóo, el Conde Duque de Olivares, Amiel, Tiberio, etc., como por lo que de emoción artística contienen esos biografiados. Lejos de nuestro propósito invadir predios que habrán de recorrer los que más versados que nosotros en lo científico y político, pondrán de manifiesto en esos recorridos, todo el saber que desde su mocedad acreditó a Marañón como una inteligencia privilegiada y una sensibilidad pronta siempre a captar cualquier emoción o impresión en directa concomitancia con lo humano, y de lo humano, con lo que correspondía a su profesión investigadora y médica en la que supo por estudios y descubrimientos ininterrumpidos, elevar la ciencia española a inmarcesibles alturas. A tales aludidos juzgadores corresponde situar al gran humanista desaparecido en el altísimo lugar que le corresponde, a nosotros incumbe tan sólo recordar su colosal producción literaria en la que se pone a toda hora de relieve su vasta erudición, su buen gusto de selección, su prurito crítico siempre respetuoso, pero siempre atinado y justo, su forma literaria, clara, precisa, sin afectación alguna en su prosa, limpia de arambeles y artilugios retóricos contrarios por completo a su congénita bondad personal, ejemplar en sus proceder y en sus concisos decires y más aún en oposición a lo esencial y puramente humano porque quizás la cualidad principal y con la que supo ennoblecer don Grego-

rio no sólo su modo de sentir, sino su modo de pensar, fue la comprensión absoluta que tuvo tanto para lo bueno como para lo malo, pues si a lo que representaba sensatez, cordura y sano conocimiento le otorgó siempre la palabra elevada y laudatoria, a lo que él tuvo por nefando y vituperable le concedió el perdón, el término indulgente, que tanto era como comprenderlo todo para perdonarlo todo, como reza el vulgarizado proverbio galo.

Al repasar las páginas que comprenden la obra literaria del gran humanista, de primeras se impone un cierto orden y ya inmersos en su producción ingente de biografías, ensayos, comentarios, estudios psicológicos, etc., necesario se hace delimitar lo que directamente corresponde a lo estrictamente literario, de lo que afecta a la compulsión y análisis histórico y en esas dos fases principalmente queda además delineada aquella su magnífica y concreta cualidad de humanista en la que aflora su elegancia para lo narrativo, su estricta conciencia para acopiar el dato pormenorizador, y su sagacidad de psicólogo para deducir reacciones y transiciones individuales de las que luego entresacar los movimientos del espíritu de esta y la otra personalidad. A todo llegó su perspicacia, y por ello, toda alma tuvo para su labor escrutadora un interés, un atractivo, un motivo de exploración, análisis que don Gregorio aprovecha para poner luego al descubierto los entresijos de un carácter, de un temperamento, de un valor, enriquecido por lo sensible, o de una debilidad tímida y pusilánime intervenidos cada uno de estos seres, por el talento imponderable, tanto del artista como del hombre de ciencia. Y ateniéndose a ese orden aludido el punto de partida le corresponde a una interesantísima traducción en la que empieza ya el ensalzador de todo hecho meritorio, por exponer las cualidades en las que ha de asentarse una buena traducción coincidiendo en tal punto con nuestro muy amado "Fígaro" don Mariano José de Larra, quien sostenía que para ser buen traductor eran indispensables varias cosas. La primera, saber lo que es literatura; segunda, conocer el público de la obra que se traduce; tercera, conocer al público español; cuarta, saber leer. . . (en el caso a que nos referimos el inglés); y quinta, saber escribir el castellano.

Don Gregorio por su parte amplía y magnifica, digámoslo así, la misión del traductor y en forma más lírica y menos concisa que la de Larra nos informa que "el traducir es com-

patible con ese paralizante estupor en la imaginación, aun cuando el traducir no sea como muchos creen empresa banal. A semejanza de una delicada operación quirúrgica o de un juego de prestidigitación, traducir consiste en desprender las ideas de su lenguaje vernáculo y todavía palpitante injertarlas en el idioma nuevo". Y aún añade el comentarista traductor. . . "sin duda esta operación se puede hacer groseramente —porque la idea es un fruto recio que todo lo aguanta pero si se lleva a cabo con finura y exactitud— cualidades que por cierto no son siempre compatibles—, requiere habilidad suma y un esfuerzo noble que da al que lo ejercita la ilusión de crear. . ." Como fácilmente puede apreciarse los puntos de vista de "El pobrecito hablador" y el doctor insigne, no pueden ser más parejos en lo que a la forma de traducir se refiere. Esta salida al campo de las letras, realizada por don Gregorio, no significa a fin de cuentas otra cosa que la demostración evidente de la exquisitez de gusto literario del cultísimo literato. El libro *El Empecinado visto por un inglés*, no es después de todo más que un viaje de los realizados por los innumerables excursionistas extranjeros que allá por las fechas correspondientes al primer tercio del siglo XIX, visitaron la España pintoresca que luego comentaron más minuciosamente Gautier, Dumas, Merimée, Víctor Hugo, y los sajones Leycester, Henry Inglis, Borrow, Ford y muchísimos más, los que a decir verdad a través de su forzada y premeditada visión, nos legaron no obstante una España muy rica de color cual si se hubiera tratado de una espléndida colección litográfica, preciosísima en tintas, tipos y ambientes. No hay que señalar el que en la traducción de *El Empecinado*. . . el famoso guerrillero magníficamente delineado años más tarde por la pluma prodigiosa y eminentemente novelística de don Benito Pérez Galdós, al ser recogida en la prosa del doctor Marañón, no sólo mantiene la fidelidad del original, sino que bellamente engalanada con purísima forma castellana, cual corresponde al histórico tipo, se nos ofrece éste con todo su espíritu aventurero y batallador, acreditándose como un estratega de primera categoría, como muchos de sus compañeros de hechos guerreros. Pero a nuestro parecer lo interesante de éste que puede tenerse como su primer brote netamente literario, es el prólogo con el que se abre la vida y milagros de aquel inglés legendario. Era don Gregorio sumamente propenso a la apostilla premonitoria, y lo

era, según nuestro modo de ver, precisamente por la integridad intachable de su conciencia artística. En los párrafos que prologan *El Empecinado*. . . de Federico Hardman, don Gregorio se nos presenta como el estricto y modesto respetuoso de su labor. Aun no tratándose más que de una traducción, el intérprete se cree obligado a justificar su tarea y así además de confesarnos que "Toda traducción es ejercicio tradicionalmente adecuado a las inquietudes del desterrado y del preso", tales párrafos los fechaba don Gregorio en Lisboa el año de 1942 en donde se había recluso voluntariamente librándose de tal modo de la garra fascista, a más de ensalzar, como indicamos, la labor de traducción, nos declara que "la obra creadora de los que han sufrido la bienaventuranza de la prisión, es límite a los primeros tiempos del cautiverio, mientras el alma vive aún envuelta en el hado de la libertad recién perdida". He aquí ya añorando don Gregorio el rico tesoro de la libertad, que siempre fue para él, el inapreciable don que al hombre le fue concedido para poder pensar y sentir a sus anchas. Y más adelante y como muestra de aquella purísima y rígida sensibilidad con que siempre enriqueció su ser nos dice: "*El Empecinado*, que hoy ve de nuevo la luz en la colección Austral se hizo años ha entre rejas y ahora se ha corregido lejos de España", pormenorizando al mismo tiempo el que "cuando apareció la primera edición en 1926 se insinuó por algunos críticos, y ha corrido después como cosa cierta que estos cuadros de la vida del gran guerrillero castellano eran míos y que disimulaba mi condición de padre con la treta de la traducción. . . No es preciso insistir en que no es así". La suposición no podía ser más enojosa para la integridad literaria de don Gregorio, bien decía él: "Cualquiera que conozca la literatura de aquella época y sobre todo si conoce también mi falta de aptitud para la ficción, se dará cuenta de la imposibilidad de imitar estas páginas características de la visión romántica de España, etc. . ." Como queda anotado era por extremo propenso don Gregorio a justificar en sus prólogos, lo mismo el intento o realización de su propósito cuando daba a la estampa cualquiera de sus producciones literarias, que todo aquello que pudiera aclarar el detalle con qué enriquecer la verdad de lo narrado o reconstruido por él ante la historia. Pero llega el año de 1930 y entonces la primera y determinante profesión de don Gregorio se nos presenta en estrecho maridaje con su

sentimiento artístico, y entrambas facultades, con aquel espíritu de justicia y reivindicación que como alma superior tuvo a toda hora tan noble y leal temperamento. En ese año de 1930 se da a la estampa el *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* y en tal estudio surge una de las preeminentes facultades de tan estricto carácter investigador; lo científico se entrelaza con lo histórico y todo ello a modo de pabellón cubriendo tan deleitosa mercancía, lo artístico, sentido y produciéndose en forma imperativa. Pero lo digno de ser tomado en cuenta, en esta ocasión, es la dualidad característica de manifestaciones, titulémoslas así, temperamentales, típicas de aquella superior sensibilidad, el prurito de situar las cosas o los sujetos humanos en su verdadero punto, y así, el llamado "impotente" Enrique IV, se ve rehabilitado de su tara a impulso del estudio o análisis científico y en sus párrafos prologales nos dice el autor al darnos cuenta del propósito de su labor: "He querido sólo proyectar la luz de los recientes progresos en la fisiopatología del carácter y de los instintos humanos, sobre el espíritu y el cuerpo todavía identificables en el fondo de sus tumbas de un rey remoto y de algunos de los que le acompañaron en su paso por la vida. . . Ni don Enrique fue tan impotente que merezca seguir ostentando ante la posteridad este sambenito ni es justo —menos todavía— el unánime oprobio que pesa sobre la memoria de doña Juana su mujer, etc." Puntualizando al fin: "Esto que no es historia de historiador; pero que también es historia, ha sido mi propósito en el presente estudio sobre Enrique IV. . ." Múltiples reacciones se descubren en la enraizada lealtad que animó siempre la producción, tanto científica como literaria, de don Gregorio. La primera de estas reacciones es la de su impulso justiciero. Su facultad de historiador se encrespa ante la injusticia mantenida durante siglos para un rey tachado de impotencia injustificada, como se demuestra en el estudio biológico del castellano monarca. Luego, a la par que ese afán reivindicatorio, su gran afición a la que él considera como verdadera historia; no a la del vulgar y corriente historiador, coleccionista del hecho verídico y a veces supuesto; para don Gregorio la auténtica historia es la intromisión y colaboración que consiste en que "el hombre de ciencia no vague como las abejas de un orden a otro de conocimientos, sino que se refiera a lo concreto a través de las disciplinas científicas, labor que puede llevar.

se al cabo de dos maneras, o por la aportación de materiales desde diversos campos a un mismo tema en formación, o por la aplicación de los métodos de una ciencia determinada a la investigación de temas de otra ciencia distinta..." que es el presente caso impuesto a la definición de la persona de Enrique IV por medio de la biología. Y no es preciso insistir sobre este punto porque por manera clara se advierte, como en este caso de la rehabilitación de un ser tarado, que lo mismo interviene la documentación acopiada por el historiador, que el hombre de ciencia colaborando en la averiguación de la auténtica personalidad de un sujeto indebida e injustamente juzgado por la historia. Llégale ahora el turno al estudio hecho sobre "la timidez" que Marañón centra en la persona del ginebrino Federico Amiel, y al iniciar este estudio el investigador de almas dice que "a estos hombres —se refiere a Casanova y a Amiel— no se les admira por su obra, pero nos atraen por su vida porque es la vida nuestra, —añadiendo— vida del lado de acá del heroísmo como la de cada cual de nosotros ha sido o pudiera ser". Para internarse en la existencia de "este hombre de piedra" como así lo califica el biógrafo, don Gregorio se traslada a Ginebra, traba relación de amistad con un señor Bernard Bouvier, discípulo de Amiel, depositario de los secretos póstumos de Enrique Federico. Examina con todo escrúpulo, ¿cómo no?, el famoso y conocidísimo *Diario*, compulsando manuscritos, pero todo lo hace después de haberse considerado inmerso en el alma de aquel extraño ser. ¿Cómo penetra en ese mundo interior? Pues trazando el libro que lleva por título sólo el nombre del profesor: *Amiel*, y en el prólogo con que se inicia la reconstrucción de la extraña vida del ginebrino, dirigido por cierto ese prólogo a una dama amiga del doctor, hace éste una declaración que estimamos extraordinaria por el caudal de verdad que encierra, y así dice: "No hay red que se lleve en su seno la pesca confusa de la profunda conciencia como el libro propio, confesión máxima dotada hasta el último límite de la potencia liberadora de toda confesión, porque el escritor desde el recato de su mesa de trabajo abre su conciencia a Dios y no como el penitente a través de otro hombre, sino por intermedio de toda la humanidad". En estas palabras tan sinceras, creemos ver la razón de toda la producción literaria de aquel gran humanista. Y por si la inserta confesión fuera poco a definir la limpia conciencia del biógrafo e historiador

que es Marañón en unas palabras que anteceden a los ensayos *Vida e historia*, aún repite: "La historia es la misma vida de hoy y de mañana acaso sólo con máscaras distintas. . . y únicamente cuando se escribe como si se viviera es verdadera historia. . ." Fácilmente se aprecia el desfogue espiritual que don Gregorio realiza al dar forma literaria a sus pensamientos y sus plurales contactos con la vida. Pero no nos situemos ya en el año de 1941, porque con anterioridad a esta fecha en que aparece y se presenta al juicio de público y crítica *Vida e historia* hay que hacer posa para trabar relación de amistad con *El Conde Duque de Olivares*, con el *Abate Feijóo*, con el romano *Tiberio* y con *Don Juan*, a más de habernos ofrecido magníficos cuadros del "Tiempo Viejo" y de aquel Toledo tan suyo al que tanto "elogió" y tanto "añoró". Después de haber analizado todos los entresijos en los que se escondía aquel hombre tan solicitado por las mujeres y tan espontáneo en su *Diario* tan frustrado por el cáncer de la timidez, ejemplo además froidiano, pero en cuya disección el doctor Marañón actuó no sólo como un enorme psicólogo, sino como un verdadero artista examinador de espíritus, de cuyo examen deduce que toda la vida de Amiel fue "un querer y no poder, por exceso en el escrúpulo. . ." y luego de habernos enfrentado con tan extraño ser, nos pone el historiador frente a frente con el privado del IV de los Felipes *El Conde Duque de Olivares* y aquella gran cualidad de historiador que se presenta definida y clara en el *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla*, ahora, en *El Conde Duque de Olivares* aparece en toda la intensidad y magnitud de su esplendor y es cosa, por identidad de concepto, de señalar cómo el historiador Marañón coincide en este punto de lo histórico con lo que de ello pensaba su gran amigo el estupendo novelista don Benito Pérez Galdós, pues don Gregorio, como el autor de los *Episodios Nacionales*, sin desdeñar ni mucho menos el dato histórico prefiere mejor lo que pudiera titularse de dato íntimo, siendo de su preferencia el pormenor porque con él el hombre de ciencia se interna más seguro en la psicología, en la idiosincracia del biografiado. *El Conde Duque de Olivares* del historiador don Gregorio Marañón, vive, alienta, se produce ante nosotros con vida propia, con la vida que le corresponde y con la que actuó, pero libre ya de calumnias, examinando en sus defectos como en sus virtudes, cerca del Rey o alejado de la Real Majestad, con su correspondiente des-

tierra y es tan cierto y humano el retrato que del privado de Felipe IV nos ha legado el comentarista de lo histórico: Marañón, que al verle retratado en las páginas de su estudio más se nos antoja el magnífico modelo de don Diego Velázquez por la viveza y exactitud de las tintas y la fidelidad del parecido, que una figura histórica trazada, eso sí con habilidad suma, recogida en unos cuantos capítulos riquísimos en el pormenor, tanto de la persona de fuera, como de la persona por dentro. Y manando en todo el estudio, como de abundoso hontanar, aquella innata y elevadísima cualidad que de por vida ennoblecio siempre la producción de su respetado don Benito; la de la insistente intención de dignificar al caído en los momentos difíciles y de mantenerle con su auténtico prestigio en las etapas de su privanza y poderío. Sucede en la galería de retratos, el consejero de Felipe IV el Rey Galante, una figura bien opuesta a la ampulosa y dominadora del Conde Duque, es ésta la del humanista Padre Feijóo a la que igualmente estudia el hombre de ciencia en todo su valor biológico, es decir en sus ideas en relación precisamente con su contenido científico. Apenas iniciada la marcha del libro lo primero que advierte el lector, es acentuada aquella gran cualidad de rehabilitador de la verdad a la que ya se hizo alusión repetidas veces en el decurso de estos párrafos. Con su libro sobre Enrique IV se pudo percibir claramente cuál era la preocupación imperante en aquel estudio dedicado al Rey; la de defenderle de todas las calumnias que sobre él pesaban. Ahora sale en defensa de los ataques lanzados en contra del Padre Maestro, como Marañón titula al benedictino Feijóo, condensando su propósito en las siguientes líneas con las que finaliza el capítulo titulado "Gloria, olvido y rehabilitación del Padre Feijóo". Dicen las líneas mencionadas: "Es necesario para ello que al par de las críticas generales sobre el Padre Maestro y su vasta producción total, se enfoque, con los criterios modernos, cada uno de sus aspectos parciales para valorar rigurosamente todo lo que hubo de involuntariamente ligero y equivocado en el caudal exuberante de sus ensayos, y todo lo que hubo de firme, de adivinatorio, de rebelde contra la actualidad perecedera y de renovación de la cultura de su tiempo. . . He aquí lo que nos proponemos hacer respecto a sus ideas médicas y en general biológicas que son creo yo lo más perdurable y significativo de su obra. . ." ¿Puede aparecer más resplandeciente y generosa esa constante

idea que tuvo de continuo el doctor don Gregorio, como norma de su ética intachable? Salir al alcance de toda ficción, de toda falsedad mantenida durante siglos a veces cual le ocurrió con su *Enrique IV*, y cual le acaece ahora con el *Padre Feijóo*. Sitúa Marañón al benedictino luchando unas veces a favor de su España entera a la que el Padre creía sumida en el error, creencia nada descaminada, y batallando otras al parecer contra las brujas, los endemoniados, los astrólogos y hasta contra los médicos dogmáticos de su tiempo. . . lo que en definitiva era luchar "contra el enquistado error". Feijóo fue un eterno esperanzado en el porvenir hondamente civilizado de su España, de la que él quiso y concibió. Y en este punto coincidió el Padre Maestro con el nobilísimo anhelo de Marañón, afán, deseo vehemente que el autor del estudio feijoniano nos concreta en esta forma. "Somos muchos los esperanzados en que España vuelva a ser en nuestros tiempos un nuevo foco de civilización; acaso la misión más alta que a fin de tantos vaivenes de la fortuna nos reserva el porvenir. . ." He ahí la idea clave del españolísimo doctor, la idea patriótica y no patriotera que es la que siempre nos ha sumido en espectaculares arranques con telón de fondo de viejo tabladillo escénico. El amor a su patria lo tuvo siempre de continuo el Dr. don Gregorio contrastado a toda hora por una verdad escueta y a veces hasta cruel. Y esa verdad la simboliza Marañón en el afán purísimo del fraile benedictino, y por tal motivo sitúa a Feijóo como razón incontrovertible frente al prejuicio, dando a cada fantasma pequeño o grande, admitido por la costumbre generada en la ignorancia, la batalla de la experiencia. Tan en serio toma el comentarista biógrafo de Feijóo el futuro papel que el benedictino habría de desempeñar en lo futuro en la relación con la ciencia que, sin ambages ni rodeos, afirma: "Creo en la predestinación de los hombres para las altas empresas y que el polígrafo benedictino fue un predestinado del renacimiento de la ciencia española. . ." Todo en el estudio sobre *Las ideas biológicas del Padre Feijóo* es esperanza asentada en realidades, y aparte la amenidad y la curiosidad de sus páginas, pues ni un solo punto decae el interés en el análisis del biógrafo como de fijo hubiera podido serlo un ensayo diluido en fría documentación y prolijo cotejo, es el estudio dedicado al benedictino por el contrario una enseñanza y una rehabilitación llena, henchida de pormenores atrayentes que captan, desde

el primer momento, al lector embebecido en una serie de sucesos enriquecidos por una forma literaria siempre precisa y clara. A *Las ideas biológicas del Padre Feijóo* puede seguir la figura del romano *Tiberio* que su autor subdenomina "Historia de un resentimiento". Nótese que para desentrañar la personalidad de todo ser analizado por el doctor éste acude de inmediato, y luego de una deducción minuciosa, practicada tanto en las reacciones espirituales como en las de orden físico, a lo que constituye la fase determinante en la persona analizada. Tiberio es un conglomerado de contradicciones, si para unos historiadores fue un Emperador modelo, inteligente y comprensivo, para otros fue un monstruo de maldad que quedó recrudecida en los últimos años de su vida licenciosa. Don Gregorio se apodera de la figura imperial y de una parte con aquel sentido objetivo que fue la característica de su cualidad de historiador y de otra con el constante prurito de su bondad, amparando a todo ser maltrecho, caído y vapuleado por la Historia, por el ambiente en que Tiberio se hizo y vivió, de sus hechos como de su decires deduce don Gregorio un "resentimiento" que fue el poso maléfico que trastrocó la existencia de Tiberio confundiendo las cualidades buenas y las malas, con lo que así se creó una extraña y desconcertante personalidad. Es Tiberio y su "resentimiento" la obra que sitúa a Marañón como un historiador de indiscutible visión cierta y de juicio admirable por lo sereno y ecuánime. Como en el *Enrique IV* y como en el *Conde Duque de Olivares* el historiador sitúa a su protagonista ante el debido fondo y luego de su mundo en torno la figura va tomando relieve y produciéndose con arreglo a la atmósfera que la rodea. Y otra particularidad que abona la estricta conciencia del historiador Marañón, la enorme independencia con que actúa el juzgador no dejándose influir jamás por valores o autoridades reconocidas. Atiende, sí, por igual a unos y a otros y luego de haberse despojado de los partidismos y apasionamientos de éstos y aquéllos, el doctor sentencia finalmente, con criterio absolutamente propio, creando un nuevo ser ante la historia en el que la ciencia tuvo la mayor porción de preparación y lógica. En el caso del Emperador Tiberio su condición fatal de "resentido" fue la que dominó sobre su ser oscilante pasando del bien al mal. Marañón ha observado la conducta del Emperador Tiberio y ha llegado a la conclusión de que aquel hombre fue un resentido actuando su resentimien-

to en todos los momentos de su vida. A continuación, vamos a ocuparnos de una de las obras debidas a la pluma del nobilísimo artista don Gregorio, porque cuanto se narra y analiza en el *Elogio y nostalgia de Toledo* proviene de un sentimiento cálido, generado en el fondo de un alma sutilísima y emocionada por todo lo que en Toledo a esa alma rodea. A nuestro parecer esta serie de ensayos dedicados a la imperial ciudad son de los aciertos más seguros y de los comentarios más exactos, redactados por su autor. Todo en el *Elogio y nostalgia de Toledo* es observación entrañable y comprensión aguijada por un sentimiento de amor al arte. El *Elogio y nostalgia de Toledo* es un a modo de guía por la que llegamos a descubrir no sólo el Toledo material y artístico, sino el Toledo espiritual o lo que es lo mismo, el alma de Toledo. Con ese libro con traza de mentor sabemos en primer lugar de la Historia, del pasado de la imperial ciudad, y ya impuestos en lo que fue y representó Toledo en el decurso de los siglos, el guía nos hace ver la belleza del río Tajo en el que parece estar "anclada" la ciudad. Esa corriente, ese sendero innumerable que podría conducirnos sobre sus aguas pausadas hasta la empinada Lisboa, río que tiene su voz y por la que tantas cosas ha sabido y presentido don Gregorio. Luego nos internamos en los lugares más pintorescos y característicos de Toledo en sus Cigarrales así llamados, porque según un padre cura llamado Jerónimo Román de la Higuera, "en el contorno de la ciudad se hallan muchos cigarrales de tal modo dichos porque en el estío cantan allí mucho las cigarras", y a continuación y estando ya sabedores del nombre, el artista nos informa que "un cigarral se compone de la casa, el jardín, y a veces huerta y su terreno arbolado. No olvidemos que en el cigarral han de darse —según Román de la Higuera— las mejores rosas, las más hermosas, y las de mayor virtud de toda España". El Cigarral toledano tiene su alma y la tiene porque mira a Toledo. A seguidas tramos relación de amistad nada menos que con Garcilaso de la Vega, hijo ilustre de la por todos conceptos formidable Toledo. Después el minucioso y celoso guía de la ciudad nos impone un recorrido en el que conocemos muchos conventos de monjas, residencias de religión que cautivaron por varias razones, y no poco, por las voces misteriosas de sus moradores, al cristianísimo y poco clerical don Benito Pérez Galdós, de quien nuestro informador es grande y devoto amigo como no tardando hemos de verlo y saberlo.

Y en este ir y venir por la imponderable ciudad aprisionada blandamente por el Tajo ¿cómo no había de presentársenos para conocerle en lo más escondido y trascendente de su inspiración y su arte, ese pintor más que del pasado, de todos los futuros por su perenne modernidad de color y línea: Domenikos Theotokopoulos, el llamado "Greco"? Y en esta relación entre admirativa y amistosa y por la que tanto llegamos a saber de la mano de prodigio que compuso "El entierro del Conde Orgaz", ¿cómo se descubre el artista, el sensible temperamento de aquel espíritu siempre alerta y dispuesto a percibir la más leve emoción de estética!. Copiosa es la bibliografía que del cretense conocemos, pero en esos párrafos redactados por don Gregorio se nos ofrece un nuevo Theotokopoulos, comprendido entre la minucia del detalle y la amplitud inconmensurable de su trascendencia y enseñanza pictórica, tan trascendente que recorre cuatro siglos y hoy permanece en pie más lozana y actual que nunca. Por el "Greco" de Marañón sabemos del rutilante esplendor de una Toledo en auge, de reyes y de hidalgos, de mercaderes y aventureros, de insignes tonsurados y de austeros penitentes. Se nos confirma, porque así nos lo asevera el Padre Sigüenza insustituible cronista de la maravilla de El Escorial, que allí, en Toledo, un Domenikos "Greco" vive y hace cosas excelentes en Toledo, y que en El Escorial quedó un cuadro de San Mauricio y sus soldados que lo hizo para el propio altar de estos santos, "pero no le contentó a Su Majestad y no es mucho, porque este pintor contenta a pocos aunque dicen que es de mucho arte y que sabe mucho. . ." Y a pesar del tiempo pasado el formidable creador del ayer, hoy y mañana del arte pictórico. . . sigue el pintor contentando a pocos. . . aunque se cree contenta a muchos. Sí; al "Greco" le hacen falta caracteres, sensibilidades superiores como la de don Gregorio o la de don Manuel Bartolomé Cossío para internarse en su fragante jardín interior y saber de él y de la trascendencia de su elevada fe a través del suave perfume de su numerosa obra esparcida por infinitas iglesuelas de España, callada, humildemente enriquecidos, esos pequeños templos, con un cuadro de Domenikos, cuadro que magnifica la santidad del lugar creando en cada una de esas minúsculas iglesias un mundo de devoción y fe. . . ese mundo iluminado que el "Greco" llevaba dentro de sí ¿No recordáis lo que hubo de contestar a su amigo Julio Clavio cuando éste le sorprendió en un rincón del San Marcos vene-

ciano en silencio y a oscuras? "Qué haces ahí —le preguntó el maestro— entre tinieblas, cuando Venecia resplandece de luz". A lo que contestó el "Greco" "Mi luz está dentro de mí". Sí, en efecto y sigue alumbrando como faro guía a través de todos los tiempos. No abandonemos el Toledo del doctor ilustre sin saber de otro excelso viajero con el que don Gregorio tuvo siempre devota y firme amistad por lo mucho que se comprendieron aquellas dos almas tan parejas en su bondad. Ahora es a don Benito Pérez Galdós a quien nos hace unirnos el artista don Gregorio Marañón. No es de extrañar este maridaje de dos espíritus tan semejantes. Independientemente de la bondad del uno y del otro que tanto unió en vida a don Benito y don Gregorio, pues no se sabría quién podía enseñar a quién dulzura, comprensión y lealtad, otras particularidades unieron a aquellos dos seres de superior categoría, y fueron éstas su mismo entusiasmo por el arte, su mismo afán por el conocimiento de España, sus mismos gustos y respetos para el sujeto del sexo femenino, su mismo amor por la ciudad y el ambiente toledano. ¿Acaso no quedó plasmada la Imperial Ciudad en aquel "Angel Guerra" del que el finísimo artista del "primor de lo vulgar", Azorín, consideró como una de las obras maestras. . . del maestro?. Y por sobre todos esos puntos coincidentes el gran respeto que don Benito tuvo siempre para sus doctores en medicina porque como hace notar muy justamente don Gregorio en su *Elogio y nostalgia de Toledo* "siempre hubo en aquella casa —la de don Benito— un médico que tenía mágica autoridad" y por su saber la tuvieron el cirujano santanderino Madrazo, don Federico Rubio, don Manuel Tolosa Latour modelo de hombre y caballero al que para que nada le faltase en cuanto a pureza de alma fue una eminencia de la pediatría. . . es decir de los males y morbos que aquejan a la infancia y como las eminencias anteriores don Alejandro San Martín y finalmente don Gregorio que fue el más conocedor biógrafo de don Benito. ¡Qué dolor el que Marañón no nos haya legado una biografía como así se lo proponía del más grande de los novelistas españoles comparable tan sólo a Cervantes! "A tan gran señor tal honor". Nadie como el doctor don Gregorio hubiera trazado con todo conocimiento de causa la vida de don Benito. Y la prueba está en que en los breves párrafos que se incluyen en el *Elogio y nostalgia de Toledo*, la figura ingente del novelista se nos ofrece en una serie de detalles y pormenores con los que

de antemano podría reconstruirse aquella luminosa existencia que pobló el mundo literario con cerca de seis mil seres. Ya lo hemos indicado en el libro a que hemos aludido, el artista Marañón se regodea complacido en su Toledo, viendo cómo por entre sus encrucijadas y recovecos le sale al visitante a cada paso la historia, la tradición y la leyenda de la ciudad, su esplendor pretérito, sus moradores insignes, sus excursionistas contempladores de su grandeza evocada en cada joya arquitectónica ¡Cuánto, cuánto más, podría decirse de la profunda comprensión de don Gregorio para *su* Toledo! pero lo extenso de su producción literaria nos impone un límite para los elogios y nostalgias del comentarista ante las incontables bellezas de la ciudad a la que don Emilio Castelar, el gran tribuno, quería "reservar de los ataques del tiempo cubriéndola y guardándola bajo un fanal". No es cosa de detenerse ya en la numerosa serie de ensayos literarios recogidos en diversos grupos y conocidos éstos con títulos tan atractivos como "Tiempo Viejo y Tiempo Nuevo", "Vida e historia", "Ensayos liberales" en donde tropezamos con una curiosidad literario psicológica tan importante como lo es "La psicología del gesto", y con apuntes biográficos tan equilibrados, como los dedicados al político don Antonio Cánovas, al crítico don Leopoldo Alas: "Clarín", y a los hermanos poetas Antonio y Manuel Machado, así como en el breve volumen titulado *Los españoles fuera de España* las figuras de Garcilaso y el filósofo Luis Vives cobran color y calor de inmensa calidad vital, situando a entrambos como desterrados y propagadores, en tierra extranjera, de belleza poética el uno y de filosofía el otro, subrayando, pues la ocasión es propicia, la mucha afición coquinaria de Vives que a Marañón le sirve para hacer gala con el mayor conocimiento del arte del saber comer y beber, bien que a fin de cuentas esta preferencia gastronómica no es más que un refinamiento de sensibilidad de gran artista. Pero no es posible dejar de incluir en la galería de retratos pintados, verdaderamente pintados, con la prosa tersa, fluida y luminosa del doctor, las personas de *Don Juan* y del secretario de Felipe II, Antonio Pérez.

A nuestro sincero juicio el ensayo sobre la leyenda de Don Juan es el de más valor personal ya que con una serie de razonamientos irrefutables don Gregorio, independientemente del análisis biológico, se dedica a destruir con su estudio toda la serie de valores y lugares comunes que pesan sobre el tradi-

cional burlador... pero no el ideado por fray Gabriel Téllez, sino el creado en la imaginación arrebatada no sólo la correspondiente a los creadores del legendario personaje, sino la que se genera en la masa popular tan admiradora y seguidora del tipo de Don Juan, y de todo su donjuanismo. La consecuencia que de inmediato se desprende de tal ensayo es la de que el literato Marañón con todo riesgo, llevó a cabo el acto heroico, porque heroísmo es preciso para lanzarse contra lo sancionado por la tradición y la costumbre, de rebatir con pruebas evidentes cuanto rodeaba falsamente a la figura más o menos real de Don Juan, ya que por eruditos y literatos innúmeros se ha enfocado la persona del gran conquistador coleccionista de empresas amorosas, atribuyéndole una vida licenciosa y amoratoria la que estudiada a fondo, cual lo hace el ilustre hombre de letras don Gregorio, no tiene ni mucho menos razón de existir con fondo de hazañas, desplantes, valentías y actos de caballero hidalgo, cual se le supone en el sentimiento y la mente no sólo del pueblo, sino de los juzgadores de selección.

Empieza Marañón por situar al lector en el debido ambiente de las fechas del supuesto Don Juan, y ya con los datos acopiados se advierte no sólo lo cierto de aquella atmósfera viciada y enrarecida por todo género de supersticiones y bajos instintos, ambiente muy propicio desde luego para generar en él y por él la figura del conquistador de toda clase de pasiones, sino que en las descripciones de aquel mismo ambiente se percibe, como siempre que de historiar se trata, la pura y estricta conciencia del narrador de hechos verídicos. Es decir que el ensayo es una manifestación más de un sincero crítico y un biógrafo irreductible ante toda verdad y por ello el *Don Juan* del doctor Marañón posee una originalidad hasta la fecha desconocida; porque por lo general los biógrafos del imaginado personaje insensiblemente y con mayor o menor erudición procedieron un tanto influidos y adormecidos por los vahos y humos de la consabida leyenda. Luego de situar al lector ante el escenario adecuado, aparece en escena el protagonista y con toda energía y quizás recordando su alta condición de hombre de ciencia, el doctor médico realiza una disección espiritual y física de la que Don Juan sale maltrecho, y en su auténtico ser. Para Marañón la figura representativa de Don Juan, si le pusieran en el trance de asignar cuál pudiera ser la persona más cercana a la realidad del mito donjuanesco, sin vacilar, op-

taría por el muy gallardo y muy solicitado galán de la corte del Rey Felipe IV, señor Conde de Villamediana, por acopiar en su persona muchas más posibilidades de verdad y de parecido con el Don Juan imaginario, que don Miguel de Mañara bien traído y llevado por los que pretenden dar con el modelo sugeridor. Al *Don Juan* del doctor acompaña en las páginas que nos lo definen en lo íntimo de su modo de ser y producirse la gran figura igualmente rehabilitada de la que el autor titula "La novia de Don Juan", es decir la Reina Isabel, la hija del bearnés Enrique IV, y en tal rehabilitación de nuevo se nos presenta el gran "desfacedor de entuertos", don Gregorio, el que entregado a toda rebusca en la Historia acaba por dedicarse a combatir este y el otro error y a destruir falsas situaciones recreando, a base de la más pura verdad, la auténtica personalidad de los endiosados y mantenidos por la mentira situando a cada cual en su merecido puesto. Tal ocurre en general con cuantos fueron analizados por la mirada escrutadora del doctor y cuando esa mirada llega al ápice de sagacidad penetrante de objetiva visión y de certeza incommovible, bien defendida y apuntalada por el dato y el documento irrefutable es en la formidable biografía del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, estudio fundamental y ejemplo único de reconstrucción de una figura histórica clave en una serie de intervenciones y acontecimientos hasta hoy rodeados de una nebulosa y desde hoy expuestos a la luz clarísima de su verdadera razón de existir. En su *Antonio Pérez*, mejor que en ninguno de sus libros, es en donde se nos presenta el literato don Gregorio Marañón en la multiplicidad de sus fases de creador literario. En la dicha obra, es en donde con más rigor y violencia aparece el estupendo biógrafo, el concienzudo historiador, el sutilísimo artista creador de cuadros ordenados cada uno con elementos valiosísimos de composición y color, el narrador fácil, sobrio y representativo y al propio tiempo respetuoso para toda autoridad literaria de la que valerse para reafirmar su punto de vista. Analizar el *Antonio Pérez* en toda su extensión equivaldría a cubrir incontables páginas de análisis y compulsas, labor que por otra parte fue realizada en su oportunidad por criterios más autorizados que del que puede hacerse uso en un recorrido de impresión general de una producción ininterrumpida en la que fácilmente pueden encontrarse merecimientos para ser considerada por los infinitos aspectos que de originalidad reserva, como un trabajo

importantísimo, no sólo por su estricto contenido, sino por la serie de sugerencias y nuevos caminos abiertos al curioso investigador. Ya en su breve recopilación titulada *Españoles fuera de España* a la que anteriormente aludimos aparece abocetado, porque más tarde habría de ser figura de primera magnitud en el gran cuadro que compuso el artista Marañón, el interesantísimo carácter que tan distintos papeles desempeñó en la corte del segundo de los Felipes. El estudio titulado *Antonio Pérez* puede antes que nada presentarse como un verdadero modelo de labor biográfica no sólo por el trazo firme de ambientes, situaciones, relaciones históricas y todo ello reconstruido con el dato cierto y compulsado, sino por lo completo de la persona y personalidad de aquel astuto, sagaz, traidorzuelo y habilísimo jugador a dos paños, ministro del Rey Felipe. Tiene la labor a que nos referimos una fuerza evocadora de deslumbrante carácter y ese mérito esencial puede atribuirse, según nuestro parecer a dos cualidades básicas; al momento en que fue reconstruida la figura y a toda la aportación documental en la que también se interfiere una nota sentimental, y consignamos que "también", porque la primera de esas cualidades a que aludimos se genera en lo que el autor titula la *Nostalgia de las nostalgias*. Aclaremos la alusión. Nos dice don Gregorio en los párrafos con que se abre tan magnífica obra: "Durante los años de 1936 a 1942 en que viví en París proyecté publicar una historia de las emigraciones políticas españolas. Todos los recuerdos de entonces aparecen ahora, —aún no estando demasiado lejos como un remanso de paz— *Antonio Pérez* hizo su acto de presencia en el año de 1947. . . La nostalgia que llenaba nuestra vida ha perdido lo que pudiera tener de aceda y es ya su regusto motivo de otro orden de nostalgia—"la nostalgia de la nostalgia"— "Y de aquellos recuerdos tal vez el más grato es el de los largos meses de trabajo en los archivos, entregado con mi mujer, a la rebusca y copia de documentos con un fervor que nos hacía olvidar no sólo el mañana incierto, sino los inmediatos agobios, el frío de las tardes en la vasta sala de trabajo sin calefacción y el silencio patético o el estruendo marcial por igual angustiosos de la grande y querida ciudad amenazada y después invadida". Nosotros advertimos en esta serie de enternecidas y difíciles circunstancias, caldeadas por la íntima colaboración de la compañera amada una causa decisiva para el logro de la perfección del estudio, y por si ello

fuera poco esos momentos de angustia que seguramente pondrían el ánimo y la mente en tensión distraída a veces, y embebecida otras por el atractivo de la rebusca y cotejo del documento auxiliar. Ese mismo detalle del frío que atenaza y hiere, quizás fue un acicate para precipitar esa insistente caza del por menor indubitado. Todo ello en fin valorizando tan magno estudio con una atmósfera de inquietud, de vibración, de nerviosismo y al propio tiempo sofrenado el ímpetu de la inspiración por la conciencia de estructurar con materiales de solidez pétrea toda una galería de retratos y escenarios dignos del más experto pincel o de la conciencia más estricta. Ahí queda ya *Antonio Pérez* con su atuendo interior y exterior del que no podrá ya despojarse jamás, porque se le hará imposible disimular sus defectos y sus virtudes, si es que alguien pretende atribuirle estas últimas entregado como lo está por su estricto e imparcial biógrafo a la pública opinión y juicio.

Muy al correr de la pluma hemos trazado un apuntamiento de la inmensa obra literaria del doctor don Gregorio Marañón, obra en la que por razón lógica profesional se entrelaza el análisis psicológico y fisiológico a que obligaba la ilimitada condición de psicólogo poseída por tan imparcial y ecuánime juzgador. Más que biógrafo de figuras relevantes, a nosotros se nos antoja don Gregorio un biógrafo de almas, más que un delineador de ambientes, nos parece el historiador, un colorista de sin igual brillantez, más que un narrador siempre de gran contenido literario, se nos ofrece el escritor como un artista de limpia, concisa y clara dicción, y tales cualidades afloran lozanamente en su producción literaria porque siempre hubo en la formación espiritual de ser tan excepcional, sin duda por la pureza y amplitud de sus creencias, un enraizado respeto a lo humano, una comprensión a toda hora bondadosa para el hombre y la mujer, una visión escrutadora para el menor entresijo de la persona analizada, y una limpieza en el pensar y en el sentir que de continuo valorizaba por su nobleza, los mundos infinitos que recorrió su clara inteligencia en maridaje con su acogedora emoción.

LA IDEOLOGÍA DE MARAÑÓN

Por Indalecio PRIETO

AL disponerme a escribir este artículo para CUADERNOS AMERICANOS, recibo de Madrid un libro recién impreso allí, titulado *Idearium de Marañón*, constituido con pensamientos de éste que recoge su discípulo el doctor Alfredo Juderías en unión de varios colaboradores. No se trata de un libro editado al amparo de la triste actualidad del fallecimiento de tan eximio español, sino concluido de imprimir, según reza su pie, poco antes del fúnebre suceso.

Marañón, parapetándose en su peculiar modestia, había escrito a Juderías: "Me parece absurdo el que recoleccione usted mis pensamientos, pues todos caben en una cáscara de nuez", a lo cual contesta el coleccionador en unos renglones de ofrenda, diciendo: "Faltaba dentro del campo de la literatura española una obra de conjunto donde el buen lector pudiera tener en sus manos la trayectoria del pensamiento marañoniano sobre los temas eternos; esos pensamientos, como evangélicos granos de mostaza que, si 'todos caben en una cáscara de nuez', han influido profundamente e influirán en la formación intelectual de nuestra generación española".

El volumen, de casi setecientas páginas, está dividido en los siguientes capítulos: "La Medicina y los médicos", "La Universidad", "El escritor", "El libro", "La mujer", "El amor", "El matrimonio", "Política e Historia", "La pintura", "La cocina española", "El vino", "Varios". Como quiera que, valiéndome exclusivamente de cartas que durante estos últimos años me cursara mi entrañable amigo, había yo trillado bastante el camino político seguido por él, me puse a leer, antes que nada, el capítulo "Política e Historia", ávido de descubrir una nueva senda que me evitara recorrer la ya recorrida en dos artículos que publiqué a raíz del llorado fallecimiento. Pero no encontré lo que buscaba.

Espigas sueltas en la muy dilatada mies

HALLÉ, sí, definiciones valederas para cualquier época, como las que aquí entresaco.

Creo que todas las ideas políticas son buenas, con las dos únicas condiciones de que sean profesadas con desinterés y de que nunca sirvan de pretexto para quitar a nadie la libertad o la vida.

Los llamados conductores de masas no suelen ser otra cosa, aunque ellos mismos crean lo contrario, que mascarones de proa del navío. Ahora, que el mascarón piensa que, a veces, él es el que arrastra el barco entero.

Los hombres debemos hacer nuestra obra pensando en tres cosas: en nuestra conciencia, en nuestra patria, que es como decir la historia, y en la opinión de un grupo, limitado, de hombres de rectitud y autoridad. Si el que nos contradice y nos ataca es ajeno a estos tres jueces, lo mejor es callar, por dura que sea la agresión.

Del libro *Españoles fuera de España* que, según probaré luego, Gregorio Marañón proyectaba completar con otro dedicado a quienes ahora estamos expatriados, el seleccionador ha transcrito los siguientes pasajes.

En España, tierra de pasiones, la sanción de los extremistas ha sido, en los últimos decenios, implacable contra los que, por deliberado amor a España o por impulso inconsciente de este mismo amor, han pretendido decir la verdad. Inmediatamente se les ha calificado de antiespañoles, ya por los bandos tradicionalistas, si la voz leal era más bien avanzada, ya por el gremio de los avanzados, si la crítica salía de bocas moderadas. Cuando el crítico es ecuaníme, cuando es, en su noble sentido, libreal, las pedradas le lueven por igual desde los dos extremos. Pero a la larga, la gran gloria de España, sin embargo, está amasada con la obra de todos estos sedicentes y perseguidos antiespañoles. Lo malo de la Inquisición, lo que suscitó el odio de todos y lo que acabó con su crédito desde mucho antes de que fuera abolida, no era su pretendida crueldad, sino el haber fomentado la delación, el haberla dignificado, considerándola como servicio a Dios, con lo que se hincharon, como esponjas en un cenagal, las malas pasiones de la humanidad resentida.

El exiliado sufre pensando en los que se quedaron y en los que volvieron; pero, ¿sabemos si ellos están seguros de no estar, más que nosotros, exiliados? La vida es un destierro universal. Lo he perdido todo, me dirás tú, o aquél, o el otro, desterrados como yo, pero todo eso que hemos perdido, todo eso sin lo cual creíamos que no podríamos vivir, ahora vemos que no era nada, y el haber aprendido esta verdad, ¿no vale la pena del dolor que nos ha costado saberla? La patria no son los hombres que la pueblan ni los vanos afanes de cada día, sino la unión del pasado y del futuro que se hace en cada hombre vivo y, por tanto, en ti, y en mí; la tradición y la esperanza que se funden en la breve inquietud de nuestra existencia mortal. Esto es la patria, y no lo que quiere la violencia del destino, que se disfrazó de tiranía, y eso que es, en verdad, la patria, ¿quién nos la puede quitar, estemos donde estemos?

Continuando su tarea, ciertamente difícil por la abundantísima mies, el espigador recoge los siguientes granados tallos:

La autoridad absoluta crea en torno del que la ejerce una muralla inexpugnable para el observador. Del gran jefe no se ven más que los gestos, y éstos, en el que tiene en sus manos la totalidad del Poder, significan muy poco, desde el punto de vista psicológico. El valor psicológico de un acto humano depende principalmente del conflicto entre la voluntad de realizarlo y las inhibiciones que la dificultan. En el dictador no hay apenas inhibiciones: hace lo que le viene en gana, y se atenúa en él mucho ese elemento, supremo para el juicio de los actos humanos, que es el esfuerzo y el riesgo de hacer lo que se quiere contra la adversidad. He aquí por qué a los jefes supremos sólo se les conoce profundamente si un día son destronados de su poder y tienen que vivir como los demás hombres.

La dictadura no se evita declamando contra ella, sino haciéndola innecesaria con nuestra rigurosa disciplina del deber.

La vida, bajo el mando absoluto, suele encarecer: casi siempre la revolución o la dictadura se hacen —acaso sin que lo sepan sus propios caudillos— para justificar un brusco aumento en el nivel económico de la vida. Las libertades públicas, antes despreciadas, se echan ahora de menos con angustia, y el ansia de recuperarlas se fomenta en la tensión que produce la clandestinidad. Ésta favorece también la propensión a la calumnia: una de las

inevitables es la inmoralidad del dictador. Pero, frente a esta marea adversa, el dictador ha adquirido fuerza propia que le permite contrarrestar el descontento y permanecer firme en su altura... El tirano vive en pleno optimismo, tocando con las manos los indudables éxitos y convencido de que los rumores de disgusto que, de tiempo en tiempo, llegan a su despacho, son ecos de la envidia de los vencidos y de los profesionales del resentimiento. Según los casos, dura más o menos tiempo el equilibrio entre las dos fuerzas contrarias. Pero al fin, inevitablemente, llega el día en que las tendencias adversas dominan a las que asisten al dictador.

Forzosamente había de ser arbitraria la selección de textos de Marañón realizada por el doctor Juderías, pero mucho más arbitraria es la recolección que yo hago ahora entre ellos, atenido a un espacio muchísimo más reducido. Sólo quiero hacer notar, para que el lector les saque el jugo correspondiente, que cuantos pasajes acabo de copiar pertenecen a publicaciones de Marañón aparecidas en el período franquista, y que sus juicios, aunque deslizados en libros históricos, se encaran con la actual realidad española, característica que también revisten los siguientes renglones del prólogo a la segunda edición (1947) de *Ensayos liberales*, renglones que cierran el capítulo "Historia y Política", de *Idearium*.

Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo, y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin. El liberalismo es, pues, una conducta y, por tanto, es mucho más que una política. Y, como tal conducta, no requiere profesiones de fe, sino ejercerla de un modo natural sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir.

*El doctor Marañón pronosticó
la muerte de la monarquía*

HE dejado dicho que en el capítulo "Historia y Política", de *Idearium*, no encontré lo que buscaba, porque aun cuando topé con brillantes definiciones valederas para cualquier época, no

descubrí nada que se refiriera al acondicionamiento circunstancial de Gregorio Marañón a sus ideas liberales. Esto era lo que yo pretendía encontrar y, hurgando en otra parte, he dado con un documento del que el doctor Juderías no apunta rastro, pese al extraordinario interés que reviste. ¿Por qué no logró hallarlo? ¿Por qué la censura cruzó con el implacable lápiz rojo las correspondientes galeradas? Sea de ello lo que sea, yo no puedo prescindir de un trabajo tan esencial para mi propósito, y como no me siento autorizado para truncarlo y como, además, resulta interesantísimo en sus dos partes, pues la primera, con valor de autobiografía, refleja la actitud de Marañón en los tiempos postreros del régimen monárquico, y la segunda describe escenas dramáticas con trascendencia histórica, ocurridas el 14 de abril de 1931 en su propio despacho de la calle de Serrano, lo reproduzco íntegramente a continuación. Está escrito el propio año 31, a poco de haberse instaurado la República.

La sicología quística —incapacidad de información, incapacidad de imaginación—, no sólo impidió a los dirigentes y secuaces del régimen caído darse cuenta de la transformación radical del país que se había elaborado ante sus propios ojos nublados, sino que ahora les impide percibir las verdaderas causas del fracaso y su trascendencia histórica. Signo típico de ello es el afán de localizar la responsabilidad de la revolución en personas determinadas o en sucesos concretos, que son sólo, en realidad, episodios de una gran trayectoria evolutiva, llena de profundas raíces en lo pasado y de nobles aspiraciones hacia lo futuro. Los movimientos de los pueblos, encendidos de pasión o de ideal, tienen mucho de fenómenos cósmicos; y tan pueril como atribuir éstos a los pecados de un hombre o de un pueblo, como sucedía en la mentalidad medioeval, es el propósito de explicar aquéllos por la propaganda de un grupo de personas o por la actividad de un agitador.

Los monárquicos españoles, ausentes de la honda revolución de la conciencia popular, han ido en estos últimos tiempos buscando víctimas en quienes personalizar la responsabilidad de lo que ya era inevitable y, en gran parte, obra de su propia ineptitud. Primero odiaron a Sánchez Guerra, sin percibir que su rebeldía en Valencia, en enero de 1929, y su discurso en el

teatro de la Zarzuela de Madrid, en el que declaró la incompatibilidad de los partidos con el monarca, eran sólo expresiones históricas del proceso revolucionario inexorable, que eligieron como portavoz su figura notable y representativa, por la misma razón que el rayo no cae al azar sobre la tierra, sino atraído por accidentes específicos.

Tampoco pudieron darse cuenta del sentido histórico de la proclamación republicana de los políticos de la derecha que, como Alcalá Zamora y Miguel Maura, dirigen hoy el Gobierno de la naciente República.

La rebeldía contra el pasado de un hombre tan templado como Ossorio y Gallardo les pareció arbitrariedad y desequilibrio. Y, finalmente, en el trance del desplome, han concentrado su pasión adversa en el conde de Romanones, que, como es sabido, fue objeto de un ataque colectivo, con conatos graves de agresión personal, por parte de los palatinos, cuando salía por última vez de la cámara regia la tarde del 14 de abril. Nadie ha servido, sin embargo, al rey, con tanta lealtad como este inteligente político, cuya culpa en esta ocasión ha sido la de casi todos los demás monárquicos: la mentalidad enquistada. Esto le hizo creer hasta el último instante que la Monarquía ganaba, sin la menor duda, las elecciones. Y es también obra del destino histórico, que los ciegos no pueden comprender, el que, sin saberlo ni quererlo, sirviese de instrumento civil y legal a la revolución el hombre que sabía más en España de organizaciones electorales; y que en la hora suprema se sintiera obligado a realizar la elección popular más honesta de cuantas planteó en su larga vida política.

Todavía, todavía siguen pensando los monárquicos en estas minucias y en otras más ridículas, como el oro ruso, en cuya distribución hacen intervenir a los más raros personajes, desde enviados misteriosos que llegan en camiones adornados de símbolos diabólicos, hasta grandes duquesas y aristócratas de todo fuste que, disfrazadas de obreras, descienden a los bajos fondos de la ciudad; y así por el estilo. Desgraciadamente, esta visión operitesca del magnífico movimiento español ha sido compartida —por ignorancia o por bastardo interés— por una parte considerable de la prensa europea. Sería hora ya de que, ante el ejemplo de lo que pasa en Rusia, de lo que pasó en España durante la dictadura, del caso de Italia y de tantos más, se dieran cuenta de una vez los grandes rotativos, mercenarios o faltos de

información, de que el curso solemne de la vida de los pueblos corre por cauces mucho más anchos e invariables que las columnas tornadizas y venales de ciertos periódicos.

Contemplada ahora, con la perspectiva que da no el tiempo, aún brevísimo, sino la magnitud del hecho consumado, asombra la recalcitrante incompreensión del medio oficial monárquico ante la evolución española, desatada en 1898. Yo soy testigo de mayor excepción, porque en la medida de mis fuerzas hice cuanto fue posible porque llegaran a los oídos que debieran oír las advertencias cada vez más enérgicas de la realidad. Muchos políticos monárquicos—los más importantes—y aquellos amigos del rey que me parecían capaces de enterarse de la pasión revolucionaria turbulenta que corría bajo la frivolidad oficial, saben con cuánta insistencia contribuí en tiempos pasados al intento de una posible transformación de la Monarquía, anquilosada en un Estado moderno. Debo declarar que en las esferas más altas encontré—como encontraron otros—algunos espíritus llenos de modernidad y de buena intención democrática. Pero podía siempre más la pusilanimidad, el peso muerto de los fanatismos históricos y el miedo "a cambiar" tan típico de los organismos en decadencia. No sirvió de lección a la Monarquía el hecho incuestionable de que el apogeo del reinado de Alfonso XIII puede marcarse aquel día en que salieron del palacio real los hombres de la izquierda—Azcárate, Simarro, Alvarez—declarando, después de hablar con el monarca, que la realeza no sería en lo porvenir un obstáculo para las orientaciones democráticas del pueblo. Fue aquél el único intento de infundir el espíritu vivo de la nación en el medio oficial a través de las paredes seculares del quiste. Pero todo quedó en la intención, y el margen de confianza que generosamente abrieron los españoles a la Monarquía se fue agotando poco a poco; y terminó, al fin, exasperándonos, al sobrevenir la dictadura y al contemplar la imprudente complacencia con que la corte la acogió y la mantuvo durante siete años.

La obra de crítica de Costa y de los intelectuales de su generación; la actuación agitada (desmesurada a veces, como es la de los profetas) de Unamuno; la casi absoluta unanimidad con que poco a poco se pasaban al campo antimonárquico los que dirigían—en el libro y en la cátedra—el pensamiento español; todo esto, que era anuncio seguro de una revolución, lejana o

próxima, pero inevitable, era contemplado con un desdén olímpico desde las alturas oficiales. Y en España llegó a sonar como burla deprimente la palabra "intelectual".

Sin embargo, la semilla de la inteligencia, ahora como siempre, es la que remueve el mundo. Y, poco a poco, la propaganda intelectual fue desprendiendo las últimas adherencias entre el quiste oficial y el cuerpo de la nación, bajo el imperio de los sables y el silencio de la censura oficial.

Es preciso dar, yo no lo olvido, toda su eficacia de última hora al intento revolucionario de Jaca en diciembre de 1930. Sin duda, gracias a él y sobre todo al inútil martirio de los capitanes Galán y García Hernández, se ha dado al movimiento, de pura convicción, una emoción sentimental poderosísima. Pero a la larga, hubiera sido igual. El pueblo español se sentía dueño de su personalidad y esto era bastante. Y este fenómeno se debe a la propaganda intelectual de larga trayectoria y a la lectura y la difusión de lo leído en los últimos años monárquicos. El enorme aumento de la venta de los libros políticos izquierdistas acaecido durante el período dictatorial, fenómeno al que nadie dio importancia (fuera de los editores), era para nosotros un indicio seguro de que bajo la forzada tranquilidad del pueblo latía el impulso renovador que buscó su expresión en las elecciones del 12 de abril.

Otro hecho muy significativo de la revolución de las ideas era la actuación del Ateneo. Este centro cultural dejó su tradicional actitud vivaz, pero ecuaníme, para lanzarse, como la Universidad, a la propaganda política. Teóricamente, esto no era razonable, y yo mismo, cuando tuve la responsabilidad de presidirlo lo proclamé así, pero la exaltación ateneísta era un síntoma más de la inevitable revolución en marcha. El hecho revolucionario tenía más fuerza que todas las consideraciones teóricas. Y el gran centro cultural dejó su paz por la agitación, con la contrariedad de muchos —la mía, por ejemplo—, pero, probablemente, sucedieron así las cosas porque debían suceder.

Los monárquicos no se dieron cuenta de la importancia de la propaganda intelectual que ya era tarde; casi dos meses antes de las elecciones. Entonces reaccionaron, pero con evidente torpeza. Hoy puede asegurarse que una parte esencial en las causas inmediatas del desmoronamiento del régimen se debe a la falta de tono adecuado en los discursos de propaganda monárquica y en los artículos de los periódicos de su partido. Procedían como

"camelots du roi"; es decir, como si estuvieran ya en la oposición. Perdieron la fuerza serena que da la confianza en el propio poderío, y esto lo percibió enseguida y lo interpretó justamente el instinto popular.

En esta cruzada intelectual, que iba cada día rompiendo las últimas adherencias entre la nación y sus directores seculares, destaca la labor de José Ortega y Gasset. Los éxitos de las batallas que se ganan con la pluma son siempre difusos y mediatos, y aún, en los casos más brillantes, no comparables con los que logra el orador o el hombre que actúa directamente en la calle. Por eso quizá no valoramos hoy todavía lo bastante los dos grandes artículos que este autor publicó en enero y febrero del año corriente con los títulos de "El error de Berenguer" y "Delenda est Monarchia". En ellos culminó, con esa emoción del momento histórico que sólo perciben los hombres privilegiados, el esfuerzo inteligente que logró abatir el equilibrio inestable de la Monarquía.

A Ortega se le debe también la idea de la Agrupación al Servicio de la República, que arrastró a la lucha política miles y miles de hombres capaces y rectos que hasta entonces habían permanecido neutrales. Hace apenas un año que escribía yo en el prólogo de un libro del actual Ministro de Instrucción Pública, don Marcelino Domingo, que era preciso buscar el hilo que ensartase a esa minoría excelente de cada ciudad y de cada pueblo español para levantar hacia el futuro la más importante fuerza renovadora del país. El manifiesto de la Agrupación, que firmamos, con Ortega y Gasset, el gran novelista Pérez de Ayala y yo, fue ese hilo estructurador y fecundante.

Últimas horas de un régimen milenario

Los que firmaron el manifiesto a que aquí se refiere Gregorio Marañón no se declararon republicanos, sino que se pusieron "al servicio de la República". De esos tres insignes firmantes, ninguno había sido nunca republicano. Si a alguien entre ellos cabía atribuirle aficiones políticas era a Ortega y Gasset, pues buena parte de su obra filosófica muestra acusada tendencia al análisis de problemas políticos. Primeramente, Ortega sintió simpatía por los socialistas y asistió en la Casa del Pueblo, de Madrid, a algunos de nuestros Congresos naciona-

les, donde le vi seguir con interés los debates. Luego se dijo —ignoro si fundadamente— que simpatizaba con los radicales de Lerroux cuando éste atrajo hacia sí a don Hermenegildo Giner de los Ríos, don Rafael Salillas y otros intelectuales; pero es lo cierto que el autor de *Rebelión de las masas*, nunca hubo de militar en ningún partido. Y esa misma inhibición mantuvieron Marañón y Pérez de Ayala. Se trataba de tres hombres genuinamente liberales. La condenación que los tres hicieron del régimen monárquico contribuyó de manera poderosa al derrumbamiento de la Monarquía, a la que le faltaba ya el apoyo de Ossorio y Gallardo, que se había declarado "monárquico sin rey"; de Sánchez Guerra, que, valiéndose de unos versos clásicos, prometió "no más servir a señor que en gusanos se convierte", y de todos los ex ministros que se apodaron "constitucionalistas" por fidelidad a la Constitución pisoteada por Alfonso XIII al patrocinar la dictadura militar de Primo de Rivera.

El rey pudo haberse salvado, antes de cometer ese perjurio, si hubiera sido leal a las promesas que años antes hizo a personalidades de tanto relieve como don Luis Simarro, don Gumersindo de Azcárate y don Melquiades Álvarez, mas burlóse de ellas y para extremar la befa dispuso que una tablilla con el nombre "Melquiades", colocada sobre el correspondiente pesebre en las caballerizas reales, sirviera para denominar a un alazán recién adquirido.

El formidable movimiento de opinión pública manifestado en las urnas el 12 de abril de 1931 acaso, más que genuinamente republicano, fuese antimonárquico y, con mayor concreción, antialfonsino. Estampado este comentario a la primera parte del documento de Gregorio Marañón, insertamos seguidamente la segunda, saturada de dramatismo. El médico que pronosticó el irremediable fallecimiento de la monarquía, fue testigo de la defunción.

Y así llegaron las elecciones del 12 de abril. Es evidente que el pueblo español acudió a ellas previo un examen de conciencia, prodigiosamente unánime, en el que desechó las contorsiones desaforadas de las derechas y acogió con respeto y confianza la actitud sugestiva de los propagandistas republicanos. Hoy podemos ver con claridad la causa de esta resolución política de los

electores. Los monárquicos no les ofrecían nada—es preciso fijarse bien en ello—; pedían sólo conservación de lo estatuido.

Evitar el peso muerto de lo que ya estaba inevitablemente caído y enfrentarse con la vida nueva, llena sin duda de azares, pero también de posibilidades halagüeñas. Esto es lo esencial, las izquierdas tenían fe, los monárquicos la habían perdido y sólo les quedaba el fondo oscuro de miedo a lo por venir, que pronto habrían de demostrar del modo más ostentoso y lamentable. Lo inesperado, aunque explicable, es que se decidiera por esta actitud juvenil y entusiasta la casi totalidad de la burguesía española, que dio caracteres aplastantes al triunfo de las izquierdas; y, además, un sentido peculiar a la revolución.

Este acento intelectual del movimiento explica el tono civil y aparentemente pacífico de la revolución. Y también, dentro de lo anecdótico, el que la negociación suprema entre el régimen declinante y la revolución que triunfaba no ocurriese en un cuartel ni en un palacio, sino en el mismo despacho en que escribo estas líneas, donde con plena serenidad y sin otro afán que el bien de España, nos reuníamos Ortega, Ayala y yo.

En la mañana del 14 de abril, muy temprano, tuvimos informes concretos de que la situación agudísima creada por el éxito republicano en las urnas, dos días antes, podía resolverse, a poco que las circunstancias ayudaran a ello, en una fase de violencia. El pueblo, con la conciencia exultante de lo que representaba su victoria electoral, exigía soluciones radicales e inmediatas, que no era posible eludir con recursos normales, como una nueva crisis ministerial, que en efecto se intentó, ni con el programa constitucionalista, que ya había perdido su eficacia. Se temía en la calle, caldeada del fervor del éxito, una nueva dictadura como arbitrio supremo para salvar el régimen, y la multitud se aprestaba a impedirlo. Por otra parte, de los cuarteles, hasta entonces a la expectativa, llegaban noticias de inmediatas sediciones, unas, tal vez, para apoyar al rey vencido en las urnas; otras, para sumarse en las calles al triunfante movimiento republicano. Era preciso evitar estos acontecimientos, que se cernían ya, como nubes cargadas, en el horizonte de la mañana; y, sin duda, muchas voces sensatas hablaron con apremio a los consejeros del rey; quién sabe si a éste mismo. Nosotros cumplimos nuestro deber advirtiendo desde primera hora lo que iba a suceder al conde de Romanones, que representaba

en realidad la cabeza y el alma del Gobierno entero, por su inteligente experiencia (ahora desorientada) y por la venilla liberal que nunca se extinguió debajo de su fe cortesana.

Tres horas después se iniciaban las negociaciones y ocurría la entrevista entre Romanones y Alcalá Zamora, que éste ha referido al por menor. Fue emocionante y patético para los testigos del último duelo entre la Monarquía que iba a desaparecer y el nuevo régimen que se alzaba. Los monárquicos que tan poco hicieron por salvar a su rey y luego apostrofaron al ministro de Estado, se llenarían de contrición si hubieran oído la fe rabiosa con que Romanones defendió en esos instantes supremos la causa de la Monarquía.

Estaba el conde palidísimo cuando entró en mi despacho el jefe del inminente Gobierno revolucionario. Se abrazaron con el mismo gesto del vencedor y el vencido de Breda, perpetuado como un prototipo de nobleza y de españolismo en el cuadro de Velázquez. "¿Quién me había de decir —exclamó Romanones— que nos veríamos en esta situación!" Alcalá Zamora, apresurado, le preguntó que de qué oído escuchaba mejor, y apenas sentado en el borde de un sillón, con fuertes voces, y por el oído sano, le pintó con palabras rapidísimas y enérgicas la situación de España. En varias capitales estaba ya proclamada la República. Los gobernadores comunicaban con él y no con los ministros del monarca. El pueblo, impaciente, no podría ser contenido si no sabía pronto a qué atenerse. "¿Qué solución? —preguntó el conde—; porque el rey se presta a cumplir todos sus deberes" "La marcha rapidísima del rey" —contestó Alcalá Zamora. "Yo pido un armisticio de unas semanas —argüía el jefe monárquico—; vengo con la bandera blanca, lleno de sinceridad. En esa tregua todo se resolverá con calma. Ahora podía venir un Gobierno presidido por Villanueva, que prepare con serenidad el futuro".

El republicano insistía en la prisa inaplazable. Atropellaba, más que repetía, los argumentos. No se podía pasar de la caída del sol. La muchedumbre, tan contenida hasta entonces dentro de su fervor, al llegar la noche, que empuja a la violencia, y sin posibilidad de ser informada hasta la mañana siguiente, no podría ser contenida. La embriaguez del triunfo tenía al pueblo entero fuera de sí. Duró el forcejeo. Reducía Romanones el plazo y las condiciones. Redoblaba su interlocutor la exigencia.

Y, al fin, la Monarquía cedió. Se iría el rey aquella tarde.

Primero, se pensó que a Portugal. Luego, que a Cartagena. El resto de la familia real, al día siguiente. No habría abdicación, sino una resignación del poder real en su último Gobierno para que éste lo transmitiese al Gobierno de la revolución. Otros detalles más, sin importancia. Se levantaron y se fueron, embargados los dos por la trascendencia de aquellos minutos históricos.

Eran las dos y cinco exactamente cuando toda la historia de España giraba ágilmente sobre sí misma y presentaba al mundo una era nueva de su vida.

España, tan vieja, tan gloriosa, tan cargada de polvo de batallas, de ascensiones y de caídas, era hasta entonces, en realidad, un pueblo infantil, y sólo en aquel momento solemne entraba en posesión de la propia responsabilidad y, por lo tanto —con todas sus trascendencias y con todos sus peligros—, entraba también en la verdadera mayoría de edad.

Ejemplaridad de un matrimonio liberal

EL documento transcrito, además de perfilar la personalidad liberal de Marañón y evidenciar que "el liberalismo es una conducta y, por tanto, mucho más que una política, y que, como tal conducta, no requiere profesiones de fe, sino, ejercerla de modo natural sin exhibirla ni ostentarla" prueba que el ilustre polígrafo ajustó su proceder a impecables normas éticas: siendo amigo personal del rey, aunque nunca había hecho profesión de fe monárquica, dio a Alfonso XIII cuantos consejos le inspiraba la situación de España y, al verlos desoídos, se puso al servicio de la República, por comprender que esta era la única solución al problema planteado.

El rey, sosteniendo durante siete años la dictadura militar del marqués de Estella —una dictadura de real orden—, había anulado su contrato con el pueblo que entrañaba la Constitución, jurada con gran solemnidad el 17 de mayo de 1902, y se había convertido en rey absoluto. Cuando, transcurrido el plazo máximo legal para tener cerradas las Cortes, el presidente del Senado, conde de Romanones, y el del Congreso, don Melquiades Álvarez, fueron a recordarle el precepto constitucional que le obligaba a la reapertura del Parlamento, los echó con cajas destempladas de la cámara regia y, encima, decretó la

creación de una Asamblea, sin facultades legislativas, grotesca caricatura parlamentaria. Ossorio y Gallardo le había sugerido públicamente la abdicación, en un mitin celebrado en Zaragoza, sugestión que acogió desdeñosamente el rey. Ningún liberal, aunque no quisiera exhibir su liberalismo, podía ya figurar como monárquico. Para seguir siéndolo; o fingiéndolo, era preciso vestir la casaca de cortesano.

El liberalismo de Gregorio Marañón estaba ya bien probado. Primo de Rivera le había metido en la cárcel, en unión de los demás miembros de la directiva del Ateneo. Con aquella elegancia tan de Marañón, nunca se quejó de tamaño atropello. Por el contrario, cierto día don Torcuato Luca de Tena, director-propietario del *ABC*, le invitó a almorzar en su casa, sin siquiera advertirle que habría otro convidado. El tercer comensal era Primo de Rivera. Ni éste se excusó por la tropelía ni Marañón protestó contra ella, sosteniendo con el dictador plática muy afable, cual si nada hubiera ocurrido nunca entre ellos. Fue un acto propio de su innata caballerosidad.

Marañón ha tenido íntimo y formidable sostén de las ideas liberales en su esposa, Dolores Moya. ¡Cuántos liberales españoles han fallado, llegando inclusive a apostatar, por la gazmoñería o el fanatismo de sus mujeres! Pero Lolita —como llamamos a la dama diminuta y fibrosa que ha visto ahora descabalarle la vida al perder a Gregorio— es liberal, no sólo por convicción, sino por herencia, como hija del maestro de periodistas don Miguel Moya, uno de los amigos más devotos que hasta la hora de morir le quedaron a don Emilio Castelar. Castelar y Moya eran diputados por sendos distritos de Huesca. Don Manuel Camo, cacique máximo de aquella provincia aragonesa, regalaba actas de legisladores, cuando aún el sufragio universal no tenía efectividad, a Castelar y a los amigos de éste, entre los cuales, además de Moya, se contaban Aura Boronat, Alvarado y otros posibilistas, según dieron en llamarse los antiguos castelarios al reconocer su jefe la posibilidad de optar por la República o por una Monarquía democrática, o sea, la misma posición ecléctica que en 1918, y con resultados nulos, adoptaron los reformistas dirigidos por Melquiades Álvarez.

Jamás conocí un matrimonio tan unido, tan compenetrado como el que formaron Dolores Moya y Gregorio Marañón. Nunca se separaban. Viajaron juntos por medio mundo. Jun-

tos iban últimamente a Londres para asistir al nacimiento de un nieto o a Bruselas para apadrinar a una bisnieta, y ambos se complacían al ver en qué proporciones aumentaba la numerosa tribu de que eran cabeza. Lola auxiliaba a Gregorio a título de secretaria y mecanógrafa.

Yo no les había visto desde 1936 cuando vino Gregorio al ministerio de Marina a despedirse de mí, en víspera de trasladarse a París donde fijaron su residencia. Marañón se tocaba con una boina, a estilo de menestral. En aquellos meses de turbulencias sangrientas, era peligrosísimo andar por las calles de Madrid engalanado con un sombrero. Bajo deseos de no causar a nadie daños ni molestias, yo corté toda correspondencia con amigos a quienes se las podían ocasionar. En octubre de 1947, Lolita me encontró en el vestíbulo del hotel Mont Thabor, de París, y vino hacia mí con los brazos abiertos, en señal de una amistad que databa de sus lejanos tiempos de soltera. "Gregorio ignora que usted esté aquí. ¡Que alegría tendrá al saberlo! Voy a avisarle". Y sin esperar a que el elevador descendiera para tomarlo, lanzóse ágilmente escaleras arriba. Instantes después reaparecía con su esposo.

Mutualmente nos contamos lo que ignorábamos de nuestras respectivas historias en los once años que no nos habíamos comunicado. El matrimonio estuvo sin moverse de París hasta diciembre de 1941 en que Marañón marchó a Lisboa para dar unas conferencias. Pasaron por Madrid, donde se detuvieron breves horas. Eludí el preguntarles si les habían prohibido prolongar la estancia o habían renunciado voluntariamente a dilatarla. Meses después, en pleno verano, su hija Carmen, esposa del financiero don Alejandro Fernández de Araoz, había enfermado gravemente en San Sebastián, y al conocerlo volaron junto a ella. Entonces se quedaron definitivamente en España, estancia interrumpida por frecuentes viajes a diversos países de Europa y América.

Recientemente se ha celebrado en México un acto en honor de Marañón, con vistas al parecer, de presentarle como adicto a cierta porción de España, sin darse cuenta de que pertenece a España entera, y orador hubo que leyó palabras suyas para patentizar sus creencias religiosas. ¿Pero alguien las ha puesto en duda? ¿Las ocultó él alguna vez? Yo le he visto en San Juan de Luz bajar a la playa desde el Hotel du Golf o desde el Modern, luciendo en la escotadura del traje de baño

viejas medallas que siempre colgaron de su cuello. Era un católico liberal, del mismo modo que su viuda es también católica y liberal, aunque regresiones en boga pretendan establecer de nuevo una absoluta incompatibilidad entre catolicismo y liberalismo. A juzgar por ese acto de México, deberemos reconocer que son tan menguadas de espíritu algunas gentes que, para engrandecer a un hombre insigne, hacen todo lo posible para empequeñecerlo. En cuanto a Lolita Moya, yo la prefiero a aquellas esposas de vocingleros diputados tragacuras que el año 1931, mientras se discutía en las Cortes el problema religioso, ostentaban descaradamente en las tribunas del Congreso grandes cruces de oro sobre sus blusas de encaje negro.

Por qué no vino Marañón a México

No parece fenómeno típicamente español, sino universal el de que la antipatía política o religiosa sea tanto mayor cuanto más próximos a nosotros estén los militantes en otros partidos o los creyentes en otros dogmas. Por ejemplo, la hostilidad de los católicos es mucho más enconada contra los protestantes, cristianos como ellos, que contra musulmanes y budistas. Y eso ocurre, con acentuación mayor, en el campo político. Analizando tiempo atrás el fenómeno y tomando por escenario a Bilbao, donde he actuado mucho dentro de dicho campo, registré, acumulando datos, el caso de que al brotar allí el comunismo, y durante cuarenta años a partir de 1921, fueron asesinados bastantes socialistas, no habiéndose atentado contra un solo burgués, porque en aquella época el único crimen de ese carácter, del cual fue víctima el director general de Altos Hornos de Vizcaya, don Manuel Gómez, no lo cometieron los stalinianos.

Digo esto a cuenta de cierta animosidad, o frialdad, que en sectores de la emigración republicana española venía sintiéndose hacia Marañón por el simple hecho de haberse repatriado al cabo de seis años de exilio. Si alguno de quienes por eso le criticaron, repasase las listas de afiliados a su respectiva agrupación, advertía bajas producidas por correligionarios repatriados, inclusive, buen número de diputados. El deber de continuar en el exilio resulta tanto mayor cuanto más alta es la representación política que se tenga o se haya tenido, y Marañón no tenía ninguna.

En 1931, los partidos republicanos y socialistas decidieron abrir huecos en sus candidaturas para diputados constituyentes a personas de prominencia intelectual, sin afiliación determinada, y a quienes nada se les exigió. Así fueron elegidos Unamuno, Marañón, Ortega y Gasset y Pérez de Ayala, amén de los ex monárquicos Sánchez Guerra y Ossorio y Gallardo. Del primer grupo el único que habló con cierta profusión —¿cómo no?— fue Unamuno; de Ortega sólo recuerdo un discurso, tan meticulosamente preparado como poco parlamentario; Pérez de Ayala marchó de embajador a Londres sin despegar los labios y, desde luego, Marañón no pronunció media palabra.

En las Cortes siguientes, las elegidas en 1933, tuvo asiento, con rótulo falangista el doctor Albiñana un pobre diablo que quiso utilizar su inmunidad como instrumento de impunidad. Pretendió usarlo a mi costa, enjaretándome desde su escaño premeditadas groserías. Las oí tranquilamente y, luego de oírlas, me senté en silla cercana a la puerta por donde él debía abandonar el salón de sesiones. Cuando salía, me fui sobre él, lo derribé de cuatro guantazos y, ya en el suelo, le pateé muy a gusto. El resentido cornudo —su esposa era amante del general Cabanellas— púsose a chillar asustadísimo. Gracias a varios monárquicos, entre ellos don Andrés Amado, íntimo colaborador de Calvo Sotelo, que acudieron en su socorro, no le destrocé la cabeza a puntapiés.

Pero no por ese incidente me acuerdo de Albiñana, sino por otra hazaña. Los escaparates de céntrica librería madrileña aparecieron repletos de volúmenes con el atrayente título *Discursos parlamentarios completos del doctor Marañón*, quien, según antes digo, no quiso pronunciar ninguno. El volumen estaba formado por hojas en blanco. Únicamente una página entintada reproducía cierta instantánea donde, al borde de un lago en las Húrdas, en el cual iban a bañarse, veíase a Alfonso XIII y Marañón completamente desnudos. El libro obtuvo éxito y Albiñana, su editor, recaudó un montón de dinero, aunque menor que el que antes se llevara de México, merced a abortos bien retribuidos. Pero demos ya de lado a anécdotas indecorosas.

En 1955 fue herido gravemente en Madrid un estudiante falangista. Sus correligionarios juraron cobrar cara su vida, si llegaba a perderla. Reunidos en el domicilio social de Falange los más altos jefes de esta chulería —que ahora es ya un

cuerpo a extinguir— hicieron una lista de personalidades desafortunadas al régimen que serían asesinadas si el muchacho fallecía. Previamente, y para demostrar su bravura, asaltaron en la calle de Miguel Ángel un colegio de señoritas, que dirigen Jimena Menéndez, hija de Menéndez Pidal, y Ángeles Gasset, prima de Ortega, destrozando el mobiliario y cometiendo toda suerte de fechorías. Como el edificio es propiedad de una institución cultural de Boston, la Embajada norteamericana formuló una reclamación y es de suponer que el Gobierno de Franco pagaría el importe de los desperfectos.

Alarmado yo, al saber que Gregorio Marañón figuraba el primero en la lista de candidatos al asesinato, le propuse que sin tardanza emprendiera viaje a América y permaneciese en este Continente larga temporada. Me contestó con serenidad, negándose y procurando tranquilizarme. Nada ocurrió, porque el herido, a quien diariamente visitaban ministros de Franco para abultar el suceso y fomentar el espíritu de venganza, hubo de curarse, y porque, además, se comprobó que le había agredido otro falangista. Eran días de agitación estudiantil y el agresor disparó contra su compañero, tomándolo equivocadamente por un estudiante demócrata. Así lo confesó al cónclave de jefes de Falange, reunidos para ejecutar los crímenes reivindicadores.

¿Cómo, ante semejantes antecedentes, podía explicarse la animosidad, o frialdad, de cualquier sector de nuestro exilio respecto a Marañón? Pero, además, éste fue el iniciador en ocasiones varias de la recogida de firmas al pie de escritos demandando la libertad de los presos políticos. Él redactaba las solicitudes y él allegaba las primeras firmas entre sus más eminentes colegas de la Academia Española. ¿Se le ignoraba como promotor de la iniciativa? Mas no se podía ignorar que entre las firmas figuraba la suya, y ello debía inspirarnos a todos calurosa gratitud, en vez de injustificadas frialdades. . .

"Cuando en 1936 fui a París —me escribía Marañón el año 57—, estuve en duda si quedarme allí, a la mira de volver a España, o irme a México. Por el entonces decano de la Facultad de Medicina tuve una oportunidad generosa. Casi tenía los billetes tomados cuando, por razones diversas, me fui al Uruguay y Argentina, y allí cambié de opinión". Quizás en aquellas naciones sudamericanas, donde los republicanos que llegaban para refugiarse constituían un solo haz con los espa-

ñosles de antigua residencia, se enteraría de que aquí, en México, aquéllos eran acogidos por sus compatriotas con odio, aún no extinguido, mayor que el que en España separa de los demócratas a los falangistas.

Pero su deseo de venir a México persistía, sin duda aguardando que las enconadísimas pasiones se aplacaran. "Haré lo posible —me decía en otra misiva— para ir por esas tierras, pues me parece obligación de un español el conocerlas. Quisiera realizar el viaje con algún tiempo y con pocas distracciones de tipo oficial, para dedicar todo aquél al país y a los amigos, nacionales y mexicanos".

"No quisiera morirme —insistió en otra fecha, refiriéndose a reiteradas invitaciones—, sin ver esa hermosa tierra. Estoy lleno de buenos propósitos para evadirme de esta cárcel perpetua, para dedicar unas horas al día y unas semanas al año al buen vagar. Y, desde luego, me gustaría mucho ir a México y conocer lo que aún no he visitado del resto de América".

Yo, francamente, no le animaba a venir a México. Me había percatado de la frialdad de que antes hablé, no extendida entre las masas populares del destierro, sino limitada a cierto círculo ex universitario, donde una carta de adhesión, expresamente pedida al más grande español de esta época, no encontró el eco caluroso que merecía. Y conociendo yo la finísima sensibilidad de Maraón, quise evitar que cualquier gesto helado, aunque minúsculo o individual, le ofendiera. Discretamente se lo di a entender sin mencionar a nadie. Otros se encargaron, en forma brutal y acaso anónima, de expresarle su disgusto por la anunciada visita, cual se deduce de lo que, con contenida amargura, me dijo en los siguientes términos:

Los periódicos han traído de nuevo la noticia de mi viaje a México. Me he hecho cargo de las indicaciones de usted, y desde luego he renunciado. Además, entre muy cariñosas solicitudes que he recibido de ahí, tampoco han faltado otras cartas llenas de iracundia, de la que me hago cargo, puesto que estoy empapado en el estudio de la sicología del emigrado, de la que tampoco me falta experiencia personal.

Queda claro por qué Gregorio Maraón murió sin satisfacer su ardiente deseo de venir a México: se lo impidieron iracundos exiliados.

Fichas de un archivo inconcluso

Al copiar parte de lo que *Idearium* ha recogido del libro *Españoles fuera de España*, ofrecí pruebas de que Marañón se proponía completar esta obra con otra concerniente a la actual emigración republicana.

"Sus escritos —me manifestó en septiembre de 1957— aumentan generosamente mi archivo para escribir, el día de mañana, la historia de la emigración política actual, continuación de la iniciada en mi *Antonio Pérez*, y cuyos últimos episodios, hasta el siglo XIX, tengo ya casi terminados, a pesar de mi inmenso quehacer universitario y profesional. ¡Cuánto se aprende revolviendo papeles y comparándolos con los de hoy! El mundo y su historia son un tema invariable o con poquísima capacidad de variación".

En varias cartas más me exhortó a que yo fuera proveyéndole de fichas de exiliados que iban muriendo lejos de España. Muy detallada fue la que le hice de la prolongada y penosísima agonía de nuestro íntimo amigo el jurisperito Felipe Sánchez Román. Entre las de médicos desaparecidos, no faltaron las de Rafael Fraile, Alejandro Otero y José María Fernández Colmeiro. Hablando de este último, profesor del Instituto Curie, de París, me manifestó: "Ya había sabido por la *Revue de Médecine*, de Francia, la noticia, para mí, y creo que para todos tristísima de la muerte del doctor Fernández Colmeiro que era una gran autoridad, reconocida como sin rival en cuestiones de radio. Y sobre todo, un hombre tan notable tan bueno como el pan. He hecho una nota recordándole en nuestra Revista del Hospital". Otras notas análogas, encendidas de elogios, dedicó en la misma publicación a Fraile y Otero, que en México reconquistaron rápidamente la fama de que gozaban en España.

Saliendo ya de la esfera de hombres científicos, para entrar en la de políticos, voy a copiar, puesto que la tengo a mano, la ficha mortuoria de Álvaro de Albornoz que mandé a Marañón, y que dice así: "Tomándolas de referencias bancarias, el Gobierno franquista hizo circular por todo el mundo unas relaciones de embajadores y agregados financieros a las Embajadas que tuvieron a su disposición, durante la guerra, cuantiosas sumas. Éstas, en su totalidad, representan una cifra astronómica, porque los divulgadores de tales asientos bancarios no

quisieron aclarar que esas mismas sumas se movían, mediante transferencias, de uno a otro embajador o de funcionarios a sus órdenes, según fueren los lugares en que hubieran de invertirse o, mejor dicho, donde se creyó que podrían ser invertidas. Así, por ejemplo, Álvaro de Albornoz, que fue embajador en París aparece en posesión de no sé cuantos millones. Pues bien, el entierro de Albornoz fue pagado por Luis Cano —un toledano, no de la capital, sino de la provincia—, a cuyas órdenes trabaja el hijo de Albornoz. La viuda no disponía de fondos para adquirir el ataúd y comprar la fosa en el cementerio español. De estos casos, podría contar bastantes”.

El archivo de Gregorio Marañón ha quedado inconcluso, porque la muerte sigue segando en el destierro vidas de españoles meritísimos y honrados sobre cuya historia, sin mácula, vertió el régimen franquista toneladas de lodo. Difícilmente hallaremos otro varón de tanto talento y tanta valentía que quiera proseguir con la misma generosidad esa obra de justicia.

Testimonio de gratitud

QUIERO cerrar este desmesurado trabajo mío con un testimonio de gratitud personal. Mi última correspondencia con Gregorio Marañón, hasta sus últimos días, versó casi exclusivamente sobre cartas que yo cursaba entonces a un amigo de ambos y que él conocía por copias que no dejé de remitirle.

El destinatario de mis misivas, con obstinación digna de mejor causa, empeñábase en repetir resobados cargos contra el Gobierno de la República. Yo, puesto en vena de contestarle, relaté cosas sabidas y otras inéditas que algún día se sabrán. Marañón, con vehemencia en él desacostumbrada, increpó a mi corresponsal, poniéndose decididamente de mi lado. Y no se recató para tales increpaciones, pues incluso las lanzó ante multitud de comensales en un banquete campestre organizado para festejar el aniversario de la boda de su nieta Carmen Fernández de Araoz con el ingeniero Jaime Urquijo, comensales entre quienes figuraban altos dignatarios del régimen franquista.

No fue Marañón quien me enteró de ese incidente, ni de otro, por la misma causa, también público, aunque con menor resonancia. Merece, pues, honda gratitud de mi parte. . .

Aquí termina el bosquejo de quien, a fuer de liberal, se

puso en 1931 al servicio de la República, sin haberse afiliado nunca al republicanismo. Hace tres años, en una carta manuscrita, me dijo: "Tengo más arraigada que nunca mi fe liberal y no sé si veré su reinado".

Ha muerto sin verlo en España. Y es probable que los hombres de su generación tampoco lo veamos, ni en España ni en ninguna parte, pues el mundo, bien bruscamente, o bien poco a poco, va borrando el liberalismo. Pero ello no nos exime de la obligación de luchar sin desmayo en su pro.

LA PERSONALIDAD POLIFACÉTICA DE MARAÑÓN

Por J. REFORZO MEMBRIVES

LA oportunidad que me ha ofrecido la Comisión de Homenaje a Gregorio Marañón, de hablar del gran español que acaba de fallecer, es para mí motivo de especial gratitud. Con las líneas que aquí os traigo descargo mi alma de una parte de la pesadumbre que la agobia desde la tristísima noticia, tal vez porque el dolor es más llevadero compartido con los que, de un modo o de otro, querían a Marañón, ya que admirar es en definitiva una forma de querer. Tal vez porque el trato de tantos años con el maestro me impone como la necesidad de transmitir la parte de su mensaje que recibí por este trato. Y no es que yo presuma de haber sido depositario de ningún secreto o intimidad especial, sino que la carga afectiva y vital del hombre era de tal magnitud, que ante él se sentía siempre la impresión de presenciar un fenómeno de la naturaleza cuya esencia debía comunicarse a los demás. Y porque una de sus más claras enseñanzas era la de compartir, compartirlo todo y considerarnos sólo como instrumentos de una gran obra de perfeccionamiento y progreso lento pero inexorable, para servir al cual es indispensable darse enteramente, volcarse en los demás, hacerles partícipes de nuestros bienes espirituales. Esta transmisión de cuanto a su lado aprendí y disfruté es lo que intento ahora ante vosotros, con el temblor de la duda ante mi capacidad para lograrla.

DE la biografía de Marañón podrían escribirse y se escribirán densos volúmenes. Sólo quiero destacar algunos hechos decisivos para su personalidad. Su padre fue un destacado magistrado santanderino, hombre de letras, estudioso, trabajador incansable, que transmitió a su hijo con estas cualidades dos elementos importantísimos para su formación: el conocimiento y

trato con ilustres personalidades como Menéndez y Pelayo y Galdós, y una fe ardiente en el liberalismo que empapaba las instituciones docentes en que se plasmó su espíritu de adolescente. De sus recuerdos de Menéndez y Pelayo, Galdós y Perea, nos quedan datos preciosos en numerosas páginas de Marañón, así como de la influencia decisiva sobre sus aficiones intelectuales. Incluso cuando se trataba de disentir en algún punto con alguno de ellos, como sucedió con don Marcelino a propósito de determinadas interpretaciones históricas. En la actitud de Marañón hacia la religión y hacia la iglesia, tan mal entendidas en general, resuenan acentos de las influencias opuestas de Galdós y de Menéndez y Pelayo. Quizás esta iniciación fundamentalmente comprensiva, en la que desde un principio pesaron aspectos opuestos de una misma cuestión, tuvo importancia decisiva en la actitud que Marañón desplegó ya toda su vida frente a cualquier problema. Actitud de comprensión, de tolerancia, de reconocimiento de las propias limitaciones y de la razón posible del contrincante; deseo constante de apartar del juicio el vaho turbio de la pasión; de contar con la pasión tan sólo como motor y acicate para llegar más pronto a la meta justa y ponderada.

Ninguna vocación como la de médico podía aprovecharse de esta apetencia de verdad y ecuanimidad, y es posible que en la elección de la carrera tuviera buena parte esa inclinación.

Don Gregorio nació en Madrid en 1887, de padre santanderino, como dije, pero de madre gaditana. Muchas veces le oí ufanarse de esta circunstancia y recrearse con mi madre en la común ascendencia. Dícese de doña Carmen Posadillo que era una andaluza alegre y graciosa que llevó a su hijo de pequeño a Cádiz para verter sobre su cabeza la sal de aquel mar cargado de sabiduría. Dan tentaciones de buscar en esta ascendencia la raíz de aquella alegría de Marañón, aquel gusto por la gracia, ya fuera en una copla popular o en el desplante de una bailarina. Gran aficionado a la poesía era don Gregorio; muchas veces le oí comentar embelesado la obra de Manuel y de Antonio Machado, de García Lorca. Y no era, no podía ser su andalucismo de pandereta. Pero tanto en una como en otra cara del portentoso atractivo andaluz, discernía siempre lo permanente y auténtico de lo postizo, sin comprometerse ni con entusiastas sistemáticos ni con detractores recalcitrantes. Así era en todo, aun con sus mejores amigos y, por supuesto, consigo

mismo. La admiración por una figura no le impedía jamás advertir sus flaquezas; la oposición a un hecho cualquiera estaba siempre dispuesta a dejar filtrar el reconocimiento de cuanto pudiera tener de sano o positivo. No encontrarán jamás a Marañón los que pretendan encasillarlo. Los casilleros, de cualquier clase que fueran, eran siempre demasiado estrechos para él. En lo estético admiraba la Andalucía honda, trascendente, la de los poetas que antes mencioné. Le hacían mucha gracia unos versos que me recitó no hace mucho más de un año, en un rincón y como quien refiere una picardía: versos de Antonio Machado, no sé si publicados, creo recordar que me dijo que habían sido encontrados entre los papeles que el poeta dejó desordenados al morir. Decían así:

Sevilla,
Sevilla sin sevillanos,
¡qué maravilla!

Pero esta evidente crítica a lo vano de un medio que su autor hubiera querido perfecto, no embanderaba a Marañón en ningún partidismo anticolorista. Una de las últimas veces que estuve en su casa me llevó a una habitación alejada de los invitados y me enseñó la última tela llegada a su maravillosa colección: un óleo de Gonzalo Bilabo, lleno de luz y de color que representaba a unas sevillanas en el Puente de Triana. Y me dijo lleno de admiración: "¡Qué maravilla! ¡Es todo el teatro de los Quintero!"

Pero retomemos el hilo de la formación de Marañón en Santander. Su enseñanza secundaria la recibió en el Instituto Cántabro, institución liberal creada en 1838, donde se habían educado, además de su padre, Pereda y Menéndez y Pelayo. Para dar una idea del espíritu de la casa en que se forjó el de Marañón, bastará recordar que de su patio emergió en 1857 el primer globo que surcó el cielo montañés y que en su aula de física se encendió la primera lámpara eléctrica. Estos hechos ayudan a comprender el espíritu progresista y la devoción a las disciplinas científicas que plasmaron la humanidad de don Gregorio. Otro aspecto importante de aquel ambiente que dejó su impronta indudable en él, fue la energía de aquellos núcleos provincianos tan ávidos de conocimiento y de universalidad, tan finos y puros, de cuya absorción por la que llamó la gran ventosa de la vida oficial madrileña, se dolió alguna vez Ma-

rañón. Sin duda el recuerdo de aquellos maestros denodados, impulsados sólo por el afán de crear nuevos rumbos para la España herida del fin de siglo, hizo nacer en su espíritu la generación por cuanto significó la generación del 98 y un recuerdo profundo, un amor vivísimo por lo que se ha llamado la periferia española. Amor que hizo patente en cuantas ocasiones pudo, lo mismo en Santander que en Cataluña o en Andalucía. ¡Qué patéticas frases dedicó muchas veces al alma catalana de la que tan cerca se sentía! Él mismo lo dijo en emocionados versos, de los pocos que escribió y que eran sin duda eclosión de sentimientos muy vivos y hondos; versos que dicen:

¡Qué cerca estoy de ti... sin saber cómo,
oh tierra catalana!

La de las costas de las calas verdes,
la de los pueblos de las casas blancas,
la de los montes de olorosos pinos,
la de las vegas de las tierras grasas,
la que ha sabido hacer rumor bucólico
del trepidar fecundo de las fábricas,
la de los hombres graves y corteses
que saben ser de ayer y de mañana.

¡Qué cerca estoy de ti... sin saber cómo
oh tierra catalana!

Y, sin embargo, este hombre que amó entrañablemente la periferia española de su cuna, centró su vida espiritual en el corazón mismo de Castilla, en lo más recio y empinado de la meseta: en Toledo, la imperial, la de Carlos V. Hace poco más de un año, visitando con él la magna exposición de Carlos V y su tiempo, instalada en el Hospital de la Santa Cruz toledano, veía lucir en los ojos de Marañón, enfebrecidos de entusiasmo, su identificación total con el sentido de cuanto aquello representaba. En este rasgo parece advertirse, otra vez, su inquebrantable vocación de autenticidad y pureza, su insobornable adhesión a lo noble, a lo bienintencionado, lo elevado y generoso, fuera de la tendencia que fuera. Quien no sepa entender este módulo de Marañón; quien no sepa participar de su violenta aversión al prejuicio; quien no alcance a concebir que pueda amarse la independencia espiritual de la periferia española y al mismo tiempo a Toledo Imperial, la poesía trágica de una región y también la gracia y el color de su espíritu,

no sabrá nunca entender a Marañón ni podrá aprovechar su lección suprema, lo mismo en medicina que en arte, en historia que en política.

Sin duda por esto no fue nunca Marañón hombre de partido. De ideas, sí; fundamentalmente hombre de ideas. Pero en cuanto los partidos, fuesen los que fuesen, y más si eran los de sus correligionarios, se ponían a deformar las ideas para hacerlas entrar en los moldes de la política, Marañón se apartaba de ellos, por lo menos de sus actividades prácticas, y se quedaba al margen como un gran espíritu tutelar, alentando o acusando. Y muchas veces, muchas, todas las que lo aconsejaba su tremenda conciencia del deber y la responsabilidad, callando, cuando no creía que su palabra podía llevar remedio o siquiera alivio a algún mal social o político. La virtud del callar oportuno en Marañón es una de las más delicadas y sutiles y de las más aprovechables en nuestros países que, entre tantas cosas comunes, comparten acaso una falta de prudente inhibición ante el hecho desconcertante o el problema intrincado. Un ejemplo corriente pero acaso significativo de esta característica de don Gregorio, era su actitud en cualquier reunión y especialmente en las comidas en que congregaba a sus amigos. Marañón hablaba generalmente menos que los demás, pero ¡qué juez certero, qué claridad y precisión para dictaminar sobre lo que se decía, a veces sin decirlo él mismo, sólo con un leve gesto o hasta con la mirada! Y cuando hablaba, ¡qué ejemplo deslumbrante de equilibrio, de justicia y comprensión! Le irritaba, eso sí, la mala fe; el logro apoyado en malas artes o en el privilegio, que a veces le hacía estallar en verdaderos accesos de ira con descarga de puñetazos sonoros sobre la mesa. Ira siempre breve y de la que se desprendía al instante con una elegancia insuperable, como quien se sacude un salpicon de barro. Aparte de la injusticia y el logrerismo, le irritaba también la estupidéz. Una reacción atrabiliaria, una medida gazmoña, aun en nombre de las más altas dignidades espirituales, le ponían fuera de sí. Quería todos los derechos para el pensamiento, para las manifestaciones estéticas, y cualquier ataque o cortapisa a una pura expresión de la inteligencia o del arte lo llevaban a verdaderos estados de furia.

Marañón siguió sus estudios en Madrid donde su padre tenía su cargo y su hogar y allí hizo amistad con Miguel Moya, hijo del ilustre periodista del mismo nombre del que luego se

convirtió en yerno. De estudiante parece que fue tímido y que no ejerció de cabecilla entre sus compañeros. Es posible que en la elección de la carrera de médico influyera, además de las condiciones morales ya apuntadas, el prestigio con que Galdós revistió a los médicos en algunas de sus obras, así como Ramón y Cajal con sus *Reglas y consejos para la investigación científica*. Cajal fue siempre una figura decisiva en la carrera de Marañón, en su afán de modernizar nuevos ámbitos de la ciencia médica española y de ponerla a la altura de otras naciones. Su primera orientación, dentro de la Medicina, fue la neurología y la psiquiatría. Entre sus profesores, Olóriz al nombrarle Ayudante de Prácticas de Anatomía en 1905, influyó seguramente sobre su afición a la Endocrinología, ya que su tesis doctoral versó sobre *Investigaciones anatómicas de las paratiroides*. También tuvo gran influencia sobre Marañón el profesor Madinaveitia con quien trabajó como alumno interno en 1906. Se licenció en Medicina en 1909 y se doctoró en 1910, ambos trámites con premio extraordinario. A poco de recibido, y ya en relaciones con la que había de ser su mujer, Dolores Moya, partió a Frankfort, donde estudió seis meses con Ehrlich que acababa de terminar sus investigaciones sobre el 606. Ehrlich encomendó a Marañón el desarrollo de estudios relacionados con dichas investigaciones a su regreso a España. En 1911, en Madrid, gana una plaza de médico en la Beneficencia Provincial y se le encomienda el Departamento de Enfermedades Infecciosas del Hospital Provincial. Inmediatamente ingresa en el Cuadro de Asistencia de la Asociación de la Prensa. En aquella época frecuente la tertulia de don Miguel Moya, director de *El Liberal*, donde se analizaban los sucesos y personalidades artísticas y políticas de actualidad. Seguramente allí nació su afición al periodismo. Yo he oído referir a su esposa, Lolita, que don Miguel elogiaba las condiciones periodísticas, el estilo claro y persuasivo de Marañón, y le animaba a desarrollar esta faceta de su talento. Colaboró en *El Liberal*, *ABC*, *El Sol*, *Ahora*, en innumerables publicaciones americanas de habla española y especialmente en *La Nación* de Buenos Aires que recogió una parte importantísima, por momentos fundamental, de la labor periodística de Marañón. Colaboró también en publicaciones técnicas y literarias, aparte naturalmente las de carácter médico, como la *Revista de Occidente* dirigida por Ortega y Gasset. En 1922 es elegido miembro de la Real

Academia de Medicina y en el mismo año pronunció su discurso de ingreso. En 1925 Marañón transforma su Servicio del Hospital Provincial en el que hoy es Instituto de Patología Médica, que fue desarrollando y mejorando desde entonces año tras año, sin ayuda oficial. Ya en aquellos años era médico famoso. Asistió a Menéndez y Pelayo, a Galdós y después prácticamente a todas las personalidades españolas e hispanoamericanas y a no pocas de las más descollantes en el plano internacional, ya fuese en Madrid o en las numerosas consultas que le solicitaban en países extranjeros.

De aquella época aproximadamente data mi conocimiento de Marañón. Un gran clínico argentino, el profesor Juan José Vitón, al saber que mis padres viajaban a España aconsejó a mi madre que lo consultara. Nunca agradeceré bastante aquel consejo al que debo la iniciación de una entrañable amistad familiar y más tarde, entre otras cosas, la salud de mi padre a quien Marañón, en 1935 y en trance gravísimo, le salvó literalmente la vida. Desde 1925 y sobre todo al comenzar mis estudios de medicina, asistía casi cada año a su Servicio del Hospital Provincial y recibía sus lecciones y su influencia, que ya no dejarían de acompañarme. En la consulta externa, que tantos médicos argentinos conocieron, escuchaba las historias de los pacientes, los examinaba y hacía consideraciones diagnósticas y terapéuticas, siempre abiertas a cualquier sugerencia con tal, eso sí, de que fuese discreta. Porque una de las más encendidas preferencias de don Gregorio era la discreción. Detestaba lo desmesurado y osado; quizás por eso él, tan respetuoso del parecer ajeno, no era partidario de prolongadas discusiones en las reuniones científicas. Creía que en ellas se ponía de manifiesto más bien el espíritu y las condiciones polemistas que el afán de acercarse al conocimiento y la verdad. "Esas cosas—decía—están bien en otros países, pero entre nosotros son peligrosas". Hasta la última vez que asistió al Hospital, pocas semanas antes de morir, recuerdo que tuvo la actitud corriente en él de pedir la opinión de los que le circundaban ante un paciente allí presente y, cuando todos dijimos lo que nos parecía, él, sencillamente, dijo, sin ningún énfasis, que a él le parecía todo lo contrario. Y había en su tono una aceptación ejemplar de que la verdad lo mismo podía acompañar a uno que a otro parecer.

Este aspecto de la tolerancia de Marañón y el respeto por

la opinión ajena, tan próximo a la humildad, ha llamado la atención de cuantos le conocieron. Algunos no supieron comprenderla siempre y aun han puesto en tela de juicio la humildad de don Gregorio, porque sus convicciones eran a menudo firmes y entonces las defendía con calor y no se dejaba influir fácilmente. Sin duda esta actitud de firmeza correspondía a su exuberante y recia personalidad, a la fuerza de su inteligencia y de su voluntad unidas, sin la cual mal podía haber realizado la obra ciclópea que nos lega; pero en el recogimiento de la meditación, allá en la celda más escondida de su cigarral toledano, cuando escuchaba a un tiempo sus propias voces interiores y las del pasado que resonaban en su alma como en un órgano maravilloso, estoy seguro que nadie tan permeable a la verdad y al acierto, viniesen de donde viniesen.

También era rasgo típico de Marañón, emparentado con su amor a la discreción, su entusiasmo por el buen gusto. No sólo en el sentido corriente sino en sus más insospechadas consecuencias. En Buenos Aires publicó, en circunstancias críticas, un maravilloso artículo sobre el buen gusto en el arte de gobernar, a propósito de Isabel la Católica, que debería ser lectura predilecta de políticos y gobernantes. Esta inclinación por el buen gusto le indujo sin duda a llevar una vida social activa y brillante, dentro de lo compatible con su tarea abrumadora. Era partidario del diálogo matizado, del comentario leve, de la curiosidad por todo lo actual, lo mismo si se trataba de una exposición de pintura que de un descubrimiento arqueológico. Su afición y gusto por la pintura eran vivísimos y, ayudado por el medio en que actuó y por su incomparable prestigio, reunió una colección admirable, en la que figuran varios Greco, un Pantoja y un Goya, a más de obras de famosos pintores del XIX y XX, como Lucas y Solana. A Solana lo trató y, naturalmente, lo asistió como médico; le hacían mucha gracia sus salidas estrafalarias que celebraba regocijado, sin importarle que a veces fueran de calibre más que mediano. Pues el buen gusto de Marañón era, como es natural, auténtico y consistía principalmente en huir de toda afectación. Sabía a tiempo celebrar y aun referir un chascarrillo, incluso si se acompañaba de alguna expresión desgarrada.

Desde la época de su ingreso a la Academia de Medicina la ascensión de Marañón fue sostenida y su crédito como médico y como pensador no conoció mengua. En los últimos tiem-

pos de la Monarquía su afán patriótico y aquella pasión que le embanderaba en cuanto juzgaba noble o elevado y necesario para su patria, tuvo una activa participación en la preparación de los ánimos que facilitó el advenimiento de la República. Conjuntamente con Ortega y Gasset y con Pérez de Ayala firmó el famoso manifiesto "Al Servicio de la República". Prácticamente toda la intelectualidad española, comprendidos los estudiantes, y no sólo española sino cuantos amamos a España y recibimos la luz viva del hechizo de don Gregorio, conocimos aquel manifiesto y fuimos influidos por sus conceptos. Una vez proclamada la República, le instaron a que tomase participación activa en su conducción. Marañón vaciló poco; he oído referir en su casa una célebre jornada en que el hogar, y con él muchos ciudadanos de España, vivieron la angustia de la decisión de don Gregorio. Marañón se retiró a su medicina, a su literatura, a su mundo del pensamiento y la crítica. Algunos le reprocharon su alejamiento de la labor directa en las esferas políticas, en nombre de la responsabilidad adquirida al favorecer la República. Era no conocer a don Gregorio pedirle lo que él no podía dar, precisamente por imperativo de conciencia, y pretender así privar a España de una de las voces más claras, más alertas e independientes, cuya misión no era la de amoldarse a las inevitables tolerancias de la actividad política, sino orientar y advertir. Actitud muy semejante fue la de otros insignes pensadores como Ortega.

Se ha podido pensar que la orientación que Marañón quería para su patria no fue oída, que su voz quedó sin eco entre la gritería de unos y de otros. Es muy difícil saber lo que un pensamiento recto, unido a una conducta intachable, pueden haber influido y seguramente influirán en el futuro sobre la marcha de una nación. Al comparar el ideal de Marañón con los hechos ocurridos, no hay que olvidar que cada uno tiene su órbita propia en el espacio y el tiempo y sería imperdonable defecto de miopía circunscribir el horizonte del pensamiento y el ejemplo marañonianos al de un período y un lugar. El pensamiento corre, se proyecta, va más allá que los hombres y los acontecimientos. Nadie sabe todavía todo lo que Marañón ha dado a España; nadie sabe lo que aún dará para su mayor gloria y para confirmación de su visión esperanzada y optimista. Tendrán que pasar muchos años, muchos acontecimientos, para que las mentes serenas puedan medir en adecuada pers-

pectiva la influencia y el impulso que Marañón imprimió a su país. Si la generación del 98, que él veneró, supo ver la orientación moderna científica por la que España debía salir de su recodo histórico, Marañón fue uno de los más eficaces, tal vez el más eficaz y seguramente el más tenaz, de los realizadores de esa misión. Confirman estas palabras el hecho de que el entierro de Marañón ha constituido en España una manifestación de todos los estratos, como no se recordaba. Desde las más altas esferas en todas sus calificaciones, encabezadas por la representación oficial, hasta las más humildes, comprendidos aquellos pacientes menesterosos que él cuidó en el Hospital General y a los que sonrió con simpatía humana, la avalancha que acompañó su último viaje fue impresionante hasta extremos insospechados. Cuando una personalidad conmueve a toda una nación de ese modo, es que sus raíces son muy hondas y su influjo se deja sentir y se dejará sentir por muchos años, más allá de lo que los avatares circunstanciales pueden aparentar.

Estos hechos dan la razón al inquebrantable optimismo de don Gregorio. El optimismo era en él como una segunda religión. Creía en su eficacia y alguna vez dijo que el optimismo crea la ventura y el pesimismo la adversidad. Sin duda por eso, allá en París, entre los años 1936 y 1943, en que los acontecimientos que rodearon a la guerra española le mantuvieron alejado de su patria, solía repetir: "Si la pena no muere, se la mata".

Yo tuve la fortuna de acompañarle muchas veces en 1938 y 1939 por París a Hospitales y Bibliotecas, donde entraba como el más sencillo de los médicos extranjeros. Nos sentábamos en la consulta pública de algún profesor distinguido; todos le invitaban a pasar a su lado, le consultaban y atendían con deferencia. Pero él rechazaba aquellas distinciones con la mayor naturalidad y permanecía allí sentado, tranquilo, atento a la lección o al caso clínico. Y en su actitud no había jamás resentimiento ni vergüenza ni vanidad herida. Seguía siendo tan gran señor de la medicina como cuando presidía la más solemne de las sesiones académicas. Esa lección de la verdadera autoridad, la que se lleva dentro y no depende del ambiente ni de las circunstancias, es una de las más hondas y patéticas que podían recibirse del maestro. Por las tardes, en su piso de la Rue Marboeuf, luego de la Rue Gorges Ville, trabajaba, estudiaba, escribía, veía pocos enfermos, recibía algún

amigo; y siempre su actitud era serena, segura, y sólo empañada por la desgarradora angustia del drama que se desarrollaba al otro lado de los Pirineos.

Durante los años de París hizo dos viajes a Sudamérica y en ellos pudimos oírle y acompañarle cuantos le admirábamos y queríamos. De vuelta a España su actividad médica comenzó casi sin diferencia con la que abandonó siete años antes. Pronto su labor tomó el ritmo acelerado de otros tiempos y comenzó su última etapa, brillante como las anteriores, que continuó ininterrumpida hasta que, hace poco menos de dos años, el primer y gravísimo episodio de trombosis cerebral puso un acento tétrico en la vida luminosa de don Gregorio. Se repuso, reinició su labor como si nada hubiera pasado y adoptó la actitud de que, en realidad, todo había pasado definitivamente. No sabemos hasta qué punto lo creía así hasta hace un año, cuando frente a todos los que le aconsejaban prudencia y descanso, se reía y redoblaba su actividad en el Hospital, en el libro, en el Instituto de Endocrinología. Este último año le encontré cambiado; no hablaba de su enfermedad pero seguramente advertía su progreso. Sin embargo seguía desarrollando todo el esfuerzo que su quebrantada naturaleza le permitía. Hay quien piensa que quiso ir hacia su muerte dignamente, con la gallardía con que recorrió su vida excepcional. Es posible. Si sus facultades físicas estaban cercenadas su juicio era perfecto. En una comida, en una larga sesión del Hospital donde podían advertirse fallas e insuficiencias, nunca le vi decaer en lo cierto del criterio ni en lo ecuanime y sutil de la apreciación, aun dos semanas antes de su muerte. Quizás por eso mismo conocía perfectamente que el fin estaba próximo. Pero no le arredra; alguna vez, en los últimos tiempos, le oí criticar a la gente que teme a la muerte sin comprender que es un tránsito natural y necesario que hay que saber aceptar sin hacer de él un motivo de desolación. Este concepto de la muerte era anti-guo en él y seguramente por eso no fue nunca partidario de violentarla ni profanarla con recursos heroicos, con operaciones en agonizantes. La muerte de cada hombre era sagrada para él y había que saber respetarla. Ese mismo sentido debió tener el hecho de que en sus últimos tiempos no quiso más asistencia médica que la de los pocos médicos amigos que admitía en su intimidad de enfermo, más como amigos que como médicos. Y aun de los consejos de éstos separaba todo lo que fueran me-

dicinas, que se encontraban luego perdidas en sus bolsillos o tiradas por los rincones.

Deja al morir, su viuda, Dolores Moya, mujer ejemplar a la que por respeto a su dolor y por veneración a su incomparable personalidad no puedo dedicar aquí unas líneas que no sean más que de profunda emoción y de acendrado afecto. Deja también sus cuatro hijos, nietos y bisnietos. Deja una pléyade de discípulos directos o lejanos, en España y en todos los rincones del mundo donde se habla español. Deja una huella y una semilla que fructificaron y seguirán fructificando a favor o en contra de vientos y lluvias, y que todos pueden reconocer y palpar como se pudo reconocer el dolor de un pueblo entero en marcha detrás de su cuerpo, camino del Cementerio de San Justo.

Deja luto en las Academias que lo contaban entre sus miembros: la de Medicina; de la Lengua Española; la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; de la Historia; de Bellas Artes de San Fernando.

DE la obra médica de Marañón es difícil hablar en el breve espacio que ya puedo pedir a vuestra atención. Desde su iniciación le atrajeron los temas candentes de la sexualidad que trató en magistrales y precursores trabajos como *La evolución de la sexualidad* y *Los estados intersexuales*. La clarividencia del biólogo y del clínico se unían ya al más delicado tacto y a la más rigurosa actitud científica al acercarse a estos intrincados y entonces enigmáticos problemas. La Endocrinología se enriqueció con varios libros de Marañón: *Estado actual de la doctrina de las secreciones internas*, *Enfermedades endocrinas y del metabolismo*, *Fisiopatología hipofisiaria*, *La enfermedad de Addison*, pero sobre todo con centenares de artículos monografías, algunas clarividentes como la dedicada al Bocio y al Cretinismo, después de su viaje a Las Hurdes, allá por el año 1922. También la atrajeron el reumatismo, sobre el que escribió unas admirables lecciones: *El crecimiento y sus trastornos*, uno de sus últimos libros médicos. Aprovechando sus años de París escribió una obra monumental: *Manual del Diagnóstico Etiológico*. Fue un precursor y un creador de nuevas orientaciones que ofrecía al interés de biólogos y clínicos. Sus conceptos sobre fisiopatología tiroidea, el papel de las emociones y de las embriopatías, entre otros muchos que sería impo-

sible enumerar, empiezan solamente a dar sus frutos. Pero con ser tanta la densidad de su obra médica, quizás el rasgo más importante de su aporte es la orientación que ayudó a imprimir el derrotero de la medicina y de la ciencia española; orientación moderna y científica, como ya he dicho, que enraizaba con los más puros ideales que recogió de sus próximos mayores, los paladines del 98, y que supo conducir firmemente a las realizaciones más sólidas y permanentes.

Como médico su gran lección es la de ver en cada enfermo al hombre en su totalidad. En este sentido fue, como en tantos otros, un precursor de las modernas orientaciones psicomáticas. Especializado en Endocrinología fue todo lo contrario de un especialista en el sentido restringido de la palabra. Su visión amplia le permitió sortear el peligro de hacer de su cantón el centro de su actividad médica. Por el contrario tuvo constantemente interés y avidez de conocimiento por cuantos sectores de la medicina ofrecían aspectos nuevos o enfoques interesantes. La universalidad de su pensamiento se explayaba en el ser humano y sus dolencias, con ese tacto exquisito que facilitaba la confianza y que daba al paciente la sensación de que era acogido y comprendido. Las relaciones de médico a paciente no tenían secretos para su clarividencia extraordinaria. No se mostró nunca, sin embargo, decidido partidario del psicoanálisis entre las tendencias modernas de la psicología médica. O tal vez no lo fuera de ciertos psicoanalistas. Amigo de Freud, al que trató en París, Marañón me refirió una vez que el gran maestro vienés le había confesado su decepción al ver que los psicoanalistas habían perdido el sentido del humor. Este rasgo tan celebrado por Marañón da idea no de un escepticismo estéril, sino por el contrario, de la admirable actitud científica que ve en el humor el último temblor de duda que debe acometer al científico al abrazar una doctrina y consagrarse a ella.

De la obra extramédica de Marañón sería igualmente imposible hablar en menos del espacio que corresponde a una extensa monografía. El nacimiento de su labor como ensayista e historiador debe buscarse en el tronco médico. Pocos meses antes de su muerte escribí sobre él que si su pensamiento iluminaba por igual el ensayo, la historia y la crítica de arte, era porque en el fondo Marañón era, antes que nada, médico de pies a cabeza. Hoy veo con satisfacción que el Dr. Teófilo

Hernando, gran amigo y colaborador de don Gregorio de toda la vida, expresa igual concepto en su oración fúnebre. Los primeros ensayos, como *Tres ensayos sobre la vida sexual* son de temas para médicos, e igualmente lo son obras posteriores como *Amiel*, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla* y *Las ideas biológicas del Padre Feijóo*. Aun en obras más decididamente históricas, como *Tiberio*, *El Conde Duque de Olivares* y su *Antonio Pérez*, el médico trasluce en la composición de la figura central o en la interpretación del cuadro de fondo. Y probablemente es este ángulo médico el que confiere a sus biografías históricas una veracidad y una penetración que superan los más concienzudos estudios histórico-psicológicos. Así, la España vacilante de Felipe IV del Conde Duque de Olivares, en que el derrumbamiento político sirve como de abono al deslumbrante florecimiento de Lope, Tirso y Calderón, con Zurbarán, Velázquez y Ribera como testigos. Seguramente el amor a Toledo de don Gregorio, que debió comenzar en las visitas en que acompañaba a Galdós por la inmortal ciudad, se relaciona con este gusto y agudeza para los temas históricos. Toledo, que recorrió palmo a palmo, que conoció como nadie y amó como pocos, le inspiró obras señeras para el conocimiento de España, de su historia, su textura étnica y su alma, tales como *Elogio* y *Nostalgia de Toledo* y *El Greco y Toledo*. Deja Marañón terminada una monografía histórica sobre los dos Marqueses de los Vélez del Renacimiento y mucho material para la historia de los emigrados españoles en Francia hasta mediados del siglo XIX.

A lo largo de estas mal hilvanadas líneas he procurado ir dando mis impresiones de Marañón a medida que los acontecimientos de su vida o la estructura de su obra lo sugerían. Gran tarea la de reconstruir una personalidad tan vasta, compleja y profunda. Seguramente en su obra está todo lo que podemos decir los que lo tratamos y nos honramos e instruimos con su trato y su ejemplo; y estos comentarios anecdóticos no pueden agregar nada a lo que en su obra dijo el científico y el artista. Acaso Marañón era más sincero y auténtico, se comunicaba más directa y desnudamente con el interlocutor desconocido cuando escribía recogido en su celda toledana, que cuando departía con sus amigos o sus colaboradores. Quién sabe qué parte de su alma entregaba en una y otra ocasión. Pero no quiero termi-

nar sin intentar deciros lo poco más que yo puedo decir sobre Marañón el hombre, tal como lo vi agigantarse en mi consideración y en mi cariño a medida que yo iba creciendo a su sombra.

No era Marañón una persona fácil de captar, tras su aparente comunicatividad. Su carácter y sus reacciones participaban de los mismos contrastes, a veces desconcertantes, que sus opiniones e ideas. Contrastes debidos, ya lo he dicho, a su portentosa facultad de comprender las cosas más opuestas y de aceptar cuanto en ellas hubiera de sano y noble. Era cortés y afable, podía parecer cariñoso y dulce a primera vista y muchos de los que lo trataron lo tuvieron por tal. Sin embargo cuando se profundizaba se advertía que esa suavidad era superficial y que los estratos más hondos de su personalidad eran recios, en ocasiones aparentemente impenetrables. Se daba a los demás, amigos y pacientes: pero llegado un cierto nivel reservaba ya para sí herméticamente zonas de sus sentimientos que parecían vedadas a los demás. El contraste era más patente por lo mismo que el camino de su simpatía allanaba los primeros tramos de la comunicación. Alguna vez le oí decir a quien lo había tratado muchos años que era frío, y comprendo ese juicio. Esa valla con que se topaba uno, a veces inesperadamente, a mitad del camino de su conocimiento, no era, a mi juicio, más que una forma de mantener en límites de extrema delicadeza la entrega de esa última y recóndita esencia del afecto cuya posesión sacia, aunque sea un momento, este ansia humana permanente de sentirse dueños de las almas ajenas. Marañón ponía un compás de espera antes de ofrecer la última prueba de su entrega afectiva; pero cuando él sentía el impulso generoso de dar su afecto sin reservas, éste llegaba por caminos, a veces inesperados, pero certeros e inequívocos. Yo, entre muchos otros, tuve pruebas evidentes de esa actitud recatada y generosa con que sabía llegar a nuestro corazón. Cuando al fin nos alcanzaba la prueba de su afecto, ¡qué bien se advertía el propósito firme y el camino arcano elegido para ofrecernos su amistad! Y al aceptar la gratitud, ¡qué sabia y elocuente era la mirada que nos enseñaba cuánto se puede expresar en pocas palabras, cuánto estimaba él que más que las palabras hablaran los sentimientos convertidos en obras!

Era compleja el alma de Marañón, como si todas las razas, las culturas, los sufrimientos y las alegrías que pasaron por Es-

pañía se hubieran quintaesenciado en su alma, sin restarle por eso claridad ni eficacia. Sólo a costa de tales ingredientes pudo lograrse una personalidad tan completa y armónica, pero tan llena de ecos dispares. Era como una sinfonía perfecta en que los timbres y melodías se funden para mayor grandiosidad del conjunto en un triunfo de unidad milagrosa. No de otro modo podían integrarse en una sola persona el científico y el clínico intuitivo, el historiador y el artista, el psicólogo y el hombre de mundo, sin que ninguna de estas facetas estorbase a las otras, más bien ayudándose unas a otras en un pasmoso ímpetu ascensional. El equilibrio clásico que lograban estas contrapuestas aristas, hacía que en Marañón humanismo y humanidad fueran una misma cosa. Toda su actividad iba dirigida, en definitiva, a la búsqueda del hombre en quien sin duda veía un anticipo en la tierra de la imagen de Dios. A este concepto apunta una frase de él: "Soy hombre y nada de lo humano me es ajeno. ¡Cosa sagrada es el hombre!" Tan sagrada que en el trance de elegir entre su humanismo doctísimo y su humanidad rebosante, vencía la humanidad siempre. A él podían aplicarse las frases que escribió sobre Luis Vives: "Su obra es, sí, muy vasta, está llena de sabiduría, de esfuerzo generoso, a veces de presentimientos geniales. Pero lo importante de Vives fue él mismo: su vivir y cómo lo apuró. En este humanista la humanidad superaba al humanismo, la vida a la ciencia". ¿No parecen las palabras más exactas que podrían escribirse del propio Marañón? Estoy seguro que le hubiera gustado inspirarlas a algún espíritu tan agudo como el de él y que en Vives acaso se vio retratado algunas veces, a la luz de los acontecimientos que emparentan la vida de estos dos egregios españoles.

La posición ideológica de Marañón es evidente en su trayectoria y en sus declaraciones. Fue profundamente liberal; ya hemos visto que el liberalismo fue en él casi congénito. Pero lo más respetable de esta actitud es que respondía a una conducta inquebrantable y a un ejercicio diario y permanente de su esencia. Así se ha podido decir que sus posturas públicas eran consecuencia de su vida privada; no cabe más honroso elogio ni puede pedirse más noble actitud a quien como él acertó a influir de modo decisivo en el panorama social y político de su patria. Por su capacidad de reconocer los derechos y la parte de razón que asistía a sus contrincantes, por su gusto de la controversia honesta, del premio a los más capaces, de la conviven-

cia generosa, puede deducirse hasta qué punto su liberalismo era un proyecto de sociedad fundada en el imperio del respeto mutuo y de la comprensión y tolerancia. Seguramente por eso le emocionaban estos versos de Antonio Machado encontrados, según me dijo, junto a los que antes mencioné:

Libertad, para tenerla
no hay que saber conquistarla
sino saber merecerla.

Así era la libertad que Marañón quería, libertad merecida con el sacrificio de egoísmos y vanidades, no sólo conquistada por el imperio de la fuerza ni mantenida por la rigidez de los reglamentos. ¿Era esa libertad de este mundo? Marañón creía que sí, y si le hubiésemos preguntado que cuándo llegaríamos a disfrutarla, acaso hubiera contestado con aquel gesto suyo característico, fruncida la nariz y proyectados los labios en un gesto de fruición: "Pronto, muy pronto". Sabía perdonar como muy pocos, sin dar al perdón acento de regalo magnánimo, sino más bien color de vicisitud compartida. En cierta ocasión, ausente de España, llegó a él la noticia de que algunos de sus discípulos lo habían negado; quien le llevaba la desoladora nueva le dijo: "Son unos Judas". Marañón replicó: "Judas, no; son Pedros".

Para concebir la realización de una obra ingente como la que Marañón llevó a cabo, es necesario comprender el empleo asombroso del tiempo que este hombre practicó. Trapero del tiempo, solía llamarse a sí mismo. Y, sin embargo, pocas veces se le veía presuroso o agitado. Su formidable economía del tiempo consistía sobre todo en vivir cada minuto con la mayor intensidad, extrayendo de él cuanto podía ofrecerle. La última vez que le vi, antes de volverme a Buenos Aires y unas dos semanas antes de su muerte, fue en su casa. Salió él a recibirme y al preguntarle cómo se encontraba me contestó: "Mal, estoy siempre mal". Y añadió al despedirse: "No hago nada. Lo que tengo es vagancia". Era una broma, un airoso escorzo de su buen gusto, pero ¡qué patéticamente sonaron en mí aquellas palabras! Vivir sin trabajar era algo inconcebible para Marañón. Y ni siquiera en esto era intolerante o dogmático. Alguna vez me refirió regocijado, no recuerdo exactamente a propósito de quién, que decía de sí mismo: "Hay años que se

levanta uno sin ganas de trabajar". Y de su admirado amigo Paul Valéry decía que pasaba larguísimas temporadas sin hacer nada y que esta especie de hibernaciones espontáneas protegían en su momento oportuno la delicada floración de su lirismo. Pero todo eso estaba bien para los demás; para él aplicaba su máxima de que no trabajamos y creamos porque vivimos, sino que vivimos porque creamos. En 1959, después de su primer episodio cerebral, cuando todos le instaban a que descansara, escribió estos versos que son la expresión más acabada de su tremenda fuerza espiritual, de su inigualable voluntad de progreso; versos que son como un testamento y que dejó en el aire para que sean tuyas las últimas palabras que suenen aquí esta noche. Dicen así:

Vivir no es sólo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar.
Descansar . . .
es empezar a morir.

Aventura del Pensamiento

LA NATURALEZA HUMANA Y EL SENTIDO DEL SACRIFICIO

Por *Emilio SOSA LÓPEZ*

I

EN sus trágicos libros *L'univers concentrationnaire* y *Les jours de notre mort*, David Rousset ha hablado de la actitud básica que caracteriza a los prisioneros de los campos de exterminio. En ese mundo todas las necesidades humanas han sido aniquiladas, menos el comer o el matar. Por ello los prisioneros, para escapar a una total destrucción, asumen una conducta vital que consiste en regular y controlar en todo momento, hasta en sus mínimos gestos, los actos comunes y espontáneos de la persona humana, a fin de evitar la individuación o la sospecha de los ejecutores.

Mientras se cumple, por ejemplo, la selección para la muerte, el sentimiento de terror que padece cada individuo, agudizado hasta la crispación, crea, sin embargo, una conciencia purgativa que le permite sofrenarse al borde mismo de la desesperación. En el segundo de estos libros, construido como dice el propio autor "con la técnica de la novela, por temor a las palabras", Rousset cuenta: "Reval se obstinaba en no mirar. El trabajo había comenzado allá abajo. Lo sabía. Quería mirar, contar cuántos hombres habían apartado ya, pero algo en él le gritaba que, si daba vuelta la cabeza, el S. S. comprendería su angustia y lo elegiría. El silencio era total". En verdad, la situación por lo opresiva e inhumana parece irreal. No hay atenuantes que permitan asimilarla como experiencia directa. Todo rebasa el orden de lo conocido. De allí el sesgo fantástico que asume la descripción y que justifica por su tremenda proporción la técnica novelística usada por el autor.

Hombres inocentes van a morir. Son, pues, los momentos

esenciales del sacrificio. Allí los individuos se sienten tocados por la tragedia en la raíz misma de la existencia. Cada uno cede a su destino, acatándolo, pero no porque prevalezca en ellos esa tendencia *thanática* a la aniquilación que se observa, por ejemplo, en la actividad irrefrenable y nihilista del hombre enajenado o automatizado por la técnica o los mitos políticos, en sociedades aparentemente pacíficas. El "instinto de muerte", interpretado por Freud como la manifestación de la agresividad inconsciente (que hace presa siempre del individuo sin desarrollo moral y que condiciona socialmente su conducta en la vida como reflejo de un complejo de frustración), no se manifiesta en quienes aceptan, como en estos casos, el sacrificio. Por el contrario, en estas situaciones de extrema significación, el temor halla su propia trascendencia apelando a un sentimiento de afirmación de la vida. Es que en esos hombres se ha hecho presente una conciencia de orden absoluto que ni los estados de crispación ni la violencia logran empañar. Van al sacrificio como a un acto silencioso que cierra el círculo de la opresión. Pero entre ellos hay una identificación que excede toda angustia. Las víctimas han logrado sublimar el espanto; le han dado un significado de amor en la compasión de los que restan. Es como si el instinto de conservación, llevado al grado de una conciencia solidaria, se hubiera convertido en un orden de aspiraciones ideales que reclama ya la instancia del porvenir como una dimensión no sólo redentora, sino integradora de vida.

Desde un punto de vista filosófico esta identidad refleja esa aspiración a la "existencia total" que cura al hombre de su angustia de no ser más que un "ser para la muerte", como se dice en el lenguaje heideggeriano. Es una actitud en que el hombre sublima su ideal ontológico, lo cual le impide toda vez ceder a la tentación de ofrendarse inútil y gratuitamente por impulso de la desesperación o el miedo. Pero esta reserva de fuerzas morales no fluye claro está, de un proceso reflexivo, sino que se da de manera refleja e instintiva. El hombre se encuentra despojado de todos sus derechos, amenazado constantemente. En tal estado de retorno a la pura alteración animal, es natural que la gran masa concentracionaria se haya vuelto, como lo indica el propio Rousset, incapaz de pensar.

El miedo permanente —dice—, el hambre, el embrutecimiento del trabajo, los golpes, la imposibilidad total de aislarse,

la falta de reposo efectivo han destruido todos los resortes en la muchedumbre, salvo los reflejos elementales; la han reducido al nivel de la idiotez y a la idea fija (comer, no recibir palos). Las condiciones sociales de la vida en los campos de concentración han transformado la gran masa de los detenidos y de los deportados en una plebe degradada, enteramente sometida a los reflejos primitivos del instinto animal.

Allí se ha dado un fenómeno de regresión colectiva del cual participan todos los prisioneros, principalmente por una razón de defensa, puesto que cualquier manifestación personal puede traer consigo la tortura o la muerte. Además la indiferenciación provee cierto aliciente o esperanza. Para el individuo ella configura, más que una realidad viva, una abstracción. La masa representa el cuerpo anónimo y numérico que, mutilado parcialmente, puede arrojar todavía un saldo de supervivientes. Y como no existe en este tipo de sociedad ninguna posibilidad de actuar o de protegerse organizadamente como no sea la acción sigilosa e indirecta de la clandestinidad, al individuo no le queda otra suerte que ligarse pasivamente a ella. Toda forma de conciencia individual, incluso la de la muerte propia, pierde así su significado. Por consiguiente, cada uno de los condenados apela desde el fondo de su secreta indeterminación, a ciertos ideales básicos de humanidad, tales como una renovada e íntima fe en la vida, o al sentimiento superior de que alguna vez se logre la integración de la persona humana en un plano colectivo de justicia y amor.

Estos ideales realzan la condición de hombre y ponen de hecho al sujeto por encima de sus propios padecimientos. Así se explica que la muerte personal, con ser el punto efectivo sobre el que se afirma el poder de los ejecutores, es decir, el poder del terror, acabe por convertirse, aunque resulte paradójico, no en un hecho en sí mismo espantable, sino en un mero accidente del infortunio colectivo, cuya circunstancia de ningún modo decrece, en el espíritu masificado del mundo concentracionario, el sentido del deber de vivir. La muerte únicamente tiene valor cuando se la considera como una categoría ética de la vida, cuando el sujeto asume a través de ella la conciencia radical de estar sirviendo plenamente a un ideal

universal de confraternidad humana, esto es, cuando se convierte en *símbolo* del holocausto general.

La víctima se ofrenda en tales casos, sin otra comunicación que su sometimiento al dolor, para beneficio de toda la humanidad. Ese es el significado espiritual de tantas muertes anónimas acaecidas en los campos de concentración, cuyo postrer mensaje de caridad puede perderse, sin embargo, si uno mismo tiende a declinar en su interioridad la condición de ser universal. La suprema apelación a esta entidad del espíritu humano a que hace referencia el trance agónico del sacrificio, señala el único plano de reencuentro y comprensión entre los hombres. De otro modo, el contenido de esas muertes puede parecer gratuito y ajeno a lo que en épocas pacíficas consideramos como los fundamentos normales de la convivencia: la protección del individuo en sus intereses particulares. Sin este esfuerzo de vigilancia interior y sin un asomo de caridad retributiva, el dolor de aquellos sacrificios pierde para nosotros la significación de su momento, su esencialidad trascendente, y pasan a ser hechos fantásticos que sólo afectan nuestra curiosidad más morbosa. Así acontece que el hombre medio, vulgarizado por sus afanes de conquista elemental, cuando vuelve sobre ellos los reconoce abstractamente, sin que se sienta aludido ni rozado personalmente, aunque les adjudique en su precariedad efectiva cierta importancia, sobre todo de tipo deportivo, por lo que hace al número de las víctimas o, mejor dicho, al record estadístico de la destrucción en masa. La barbarie cobra así en su ánimo, ponderativamente, un carácter irreal. Pero las cifras de aquellas muertes no le recomponen una imagen vívida del sufrimiento. Al menos no llega a sentir que su actual seguridad tenga alguna relación con esos hechos. Prefiere, por el contrario, desentenderse, olvidarse, no sentirse responsable, de esos extravíos humanos.

Egoísticamente la sociedad, en épocas de paz, deja de lado todo aprendizaje en el dolor. Se siente orientada más bien a una idea de "bien general" que, sin embargo, no reposa en ningún principio ético que prevea los posibles peligros que pueda deparar la misma indiferencia. No se hace cargo de ese fondo de irracionalidad, agresividad y egoísmo que subyace en el hombre. Ella se proyecta únicamente hacia lo que considera que es la "normalidad humana", vale decir, la pura satisfacción en la posesión de bienes materiales, como si el hom-

bre ya no tuviera otra perspectiva en la vida. Lo piensa al hombre como un ser ya logrado en sí mismo, como un fin en sí mismo, sin advertir, dentro del mundo que ella procura establecer sobre las bases de una completa regulación y administración de los anhelos y apetitos humanos, lo que Erich Fromm ha llamado "el sufrimiento inconsciente del individuo automatizado", o "esa infelicidad tan profundamente arraigada que se oculta detrás del disfraz del bienestar".¹ Estas fuerzas reprimidas pueden desembocar, por reacción, en la más abyecta crueldad hacia el semejante si causas ideológicas o razones políticas tienden a liberarlas o a estimularlas. Comprometida, pues, con una noción vulgar de la felicidad, termina por extrañarse de aquellos mundos dolientes que, en su terrible realidad, han contribuido más que ninguna otra experiencia a hacernos ver el fondo oscuro de la naturaleza humana, cuando ésta cede por excesiva gravitación de sí misma a una voluntad de exterminio, y también, por contraste, a realizarnos ese fundamento espiritual que condiciona la vida, el cual se patentiza, sobre todo, en aquellos momentos culminantes en que sólo quedan como principios incommovibles del ser, la justicia y el amor. En consecuencia, por no estar capacitada para percibir la peligrosidad que se agazapa en sus formas de aparente seguridad, la sociedad actual muchas veces se muestra ciega y sorda a cualquier reclamo que indique el renacimiento del mismo fenómeno de la crueldad.

Solamente en este sentido puede asegurarse que la paz —que ya no es desgraciadamente el estado permanente, sino transitorio de la humanidad— encuentra su propia contradicción en el hecho de apoyarse ella misma en la idéntica gratuidad de la guerra: la indiferencia. Y esto no sólo con respecto a las víctimas que la guerra ha arrojado, sino con respecto a las víctimas actuales y las que aún pueda sumar la violencia política. Así resulta que el exterminio y la persecución subsisten en épocas de paz, en que otros sistemas concentracionarios o policíacos actúan como organismos purgativos o reeducativos de supuestas desviaciones o traiciones al orden ideológico impuesto por la política de tal o cual Estado. Al parecer nada puede hacerse positivamente en contra de esas aberraciones. La indiferencia de las grandes masas humanas, atenuada sólo a sus intereses circunstanciales, atenúa todo intento de

¹ ERICH FROMM, *Miedo a la libertad*.

solidaridad. Y ni siquiera los alegatos, los llamamientos humanitarios ni los testimonios recogidos del infierno nazi, han servido de mucho para modificar esta actitud. El hombre medio de nuestra época, tan íntimamente politizado o burocratizado o comercializado, sigue nutriéndose de resentimientos, de odios y prejuicios que acabarán por debilitar, como una excrecencia corrosiva, los cimientos de una paz deseable y duradera. Ya la política en su disponibilidad permanente para aprovechar incluso lo maligno, no puede frenar estos excesos de la agresividad y lo único que hace es legalizar ciertas formas de la criminalidad, amparándose en sus necesidades de Estado.

No queda, pues, otro camino que retomar el sentido de la tragedia humana desde el nivel de la cultura. Allí los planteamientos y observancias son distintos. Allí no hay sino una visión de la vida nacida de la reflexión, en la que la conducta del hombre aparece ligada a la humanidad entera. El plano reflexivo de la cultura destaca siempre, por ello, la extrema responsabilidad que le cabe a la criatura humana, puesto que a sus ojos las culpas y los errores de los hombres no se justifican siempre como meros productos de hechos accidentales, sino como resultados de la imprevisión y el descuido en el manejo de los contenidos espirituales que rigen la civilización. Desde un punto de vista universal el hombre se ha liberado de su antigua animalidad y se ha vuelto sujeto libre de la historia trabajando en función de una ley de progreso moral y de continuidad cultural. Esto le ha asegurado su conquista del porvenir, el cual como dimensión ontológica de su vida comienza a perder sentido desde el momento en que el hombre deja de servirse de su ser espiritual. Entonces cae en los errores de un presente sin conducción; retrocede involuntariamente a su naturaleza más primaria, en donde anidan justamente sus tendencias regresivas. Contradice de este modo su proceso humanizador. Por eso estos testimonios desgarradores de la crueldad moderna tienen tanta importancia para nuestra conciencia moral, porque ellos vienen a mostrar los graves signos de un peligro que acecha desde el fondo de nosotros mismos, y que cuando se manifiesta lo hace acometiendo, premeditadamente, contra lo más frágil del hombre: su ser físico.

Porque el hombre, en verdad, no es nada si no se lo jerarquiza en un orden de valores universales; su sola presencia

orgánica no lo distingue del número multitudinario de la especie. Lo es todo, sin embargo, si se lo considera, aún en su individualidad, como la personalidad representativa y real de esa voluntad espiritual que acomoda la vida hacia fines superiores de orden y estabilidad. Esta concepción de alcance universal es, por otra parte, la única que le otorga valor de cosa sagrada a su integridad física, porque el cuerpo es, en todos los casos, el engarce vivo a través del cual el espíritu se inserta en la realidad del mundo. Si se lo destruye, el andamiaje de la cultura y la civilización anticipan su ruina.

El fracaso de nuestro mundo moderno puede provenir del olvido de estos principios generales. El hombre se encontraría así revertido sobre sí mismo, retrotraído a una naturaleza irrefrenable que lo haría objeto de sus más oscuros designios. Los campos de concentración y las proclividades de la criminalidad política son las formas manifiestas de estas tendencias a la involución. Conviene, por tanto, extraer de aquellos ejemplos vesánicos toda actitud que por oposición al hecho negativo de la agresividad, destaque ese contenido inefable que hace que la vida sea, más que un bien privativo e incierto, un acto de constante entrega y de amor hacia los demás.

Para verificar esto, baste recordar la muestra de caridad y humildad ofrecida a los hombres por Jacques Lévy, estudiante israelita muerto en un infierno de Auschwitz, quien, sometido al horror de una suerte sin esperanza, expresaba el sentido de su sacrificio, en una de sus últimas cartas que han quedado como uno de los testimonios más elevados de la grandeza humana: "Me miro tal como aparezco a mí mismo. Una criatura malsana y quimérica, enamorado del bien en intención, pero sin vigor cuando se trata de luchar; el cuerpo débil, la inteligencia, esa inteligencia de la que enorgullecía tanto, fuertemente disminuida. El temperamento gastado. ¿Qué puedo en realidad? Mi valor profesional como estudiante de filosofía es muy débil, estoy muy por detrás de mis camaradas en cuanto a conocimientos, entrenamiento para hablar o comprender, autoridad para dirigir una clase. . . Y bien, ese ser miserable que soy, será, lo siento, justificado si lo ofrendo. Lo es ya, puesto que hay seres a quienes doy cierta conformación. Pero, oh carne no te glorifiques. No quiero ser más que un servidor".²

² JACQUES LÉVY, *Lettres de* (André Borre, París, 1948).

El problema que plantea una declaración como esta que rehuye la desesperación del sufrimiento físico para apoyarse en una idea trasmutativa de amor a sus semejantes, es que la base de todo acuerdo y comprensión entre los hombres no puede situarse sino en la conciencia de que la vida no es algo acabado en uno mismo, sino algo que reclama ser completado por la acción de los demás.

El fenómeno del caos, de la destrucción, del desorden y el aislamiento son, pues, productos de una negatividad que apela a la fatalidad de las leyes oscuras de la naturaleza. Pero aún siendo así, aún siendo débil la criatura humana, la base ética del sacrificio modifica el acto irracional. Lo convierte en conciencia afirmativa del espíritu, funda la vida en un principio de solidaridad y apetencia de futuro. "El mundo humano —ha dicho M. Merleau-Ponty en su libro *Humanismo y terror*— es un sistema abierto e inacabado y la misma contingencia fundamental que lo amenaza de discordancia lo sustrae también a la fatalidad del desorden y prohíbe desesperar de él, con la única condición de recordar que los elementos son los hombres y de mantener y multiplicar las relaciones humanas de hombre a hombre".

II

HAY un positivo instinto ético de conservación, no referido exclusivamente a la defensa de la naturaleza física, sino a la perpetuación de la imagen que el hombre se ha hecho culturalmente de sí mismo. Por ello el hombre acosado de nuestra época no bien se ve reducido por los hechos al plano de la pura animalidad, recurre *instintivamente* a sus símbolos primordiales de integridad, del mismo modo que el hombre primitivo. Esto quizás sea un distintivo básico de su superioridad. Ante la inexorable fatalidad de un mundo enemigo, el hombre siente la necesidad de espiritualizarlo y se sacrifica por él. Esta necesidad no es otra que el deseo de superar toda contingencia, toda forma de destrucción en el tiempo. El sacrificio tiene, por tanto, un sentido ontológico de afirmación del ser, en contra de la naturaleza que lo rebaja y la temporalidad que lo destruye.

Hannah Arendt señala, en su ensayo *ideología y terror*,

que el elemento primordial que juega en la mentalidad totalitaria es aquel que pretende transformar la especie humana en objeto pasivo de una ley predominante con la cual dicha mentalidad se ha identificado. De ahí que activamente tienda a sustraer al individuo de los factores estabilizadores de las leyes positivas. "Cuando los nazis —expresa— hablaban de la ley de la Naturaleza o cuando los bolcheviques hablan de la ley de la Historia, ni la Naturaleza ni la Historia son ya la fuente estabilizadora de autoridad para las acciones de los mortales; se trata de movimientos en sí mismos". Estas teorías han convertido toda idea de orden o de estabilidad en meras etapas de un desarrollo efectivo. Ambas provienen, como dice la propia Hannah Arendt, de la aplicación a planos diferentes de la teoría (básicamente biológica) de Darwin acerca del desarrollo evolutivo de la especie y de la supervivencia del más apto. Así es como nos reflejan el proceso histórico humano como una lucha constante, ya sea contra clases sociales oprimidas, o razas degeneradas que hay que exterminar. Ello determina que se le adjudique al proletariado un papel progresista y se justifiquen las instancias destructivas del racismo como si todo respondiera a una causa determinante e inevitable.

La ley de la Naturaleza y la ley de la Historia se han convertido en *leyes de movimiento*. Y por esto mismo esos sistemas se manifiestan devorados por la prisa de superar cuanto antes las contradicciones que depara el movimiento mismo. Una aspira al *eschaton* de las tradiciones judeo-cristianas, es decir, al "fin de la historia", y la otra al *ragnarök*, o sea, el "fin del mundo" de los antiguos mitos germanos.³

En verdad, conformándose autoritariamente en función de estas leyes primordiales, las ideologías totalitarias contradicen el sentido mismo de la ley, pues ya no entienden el concepto de ley como "el marco de estabilidad dentro del cual pueden producirse las acciones y movimientos humanos", según la expresión de Hannah Arendt, sino como un giro procesal e indeterminado. Por ello, tanto el marxismo como el nacional-socialismo se muestran poseídos por un espíritu revolucionario o catastrófico que los lleva a acelerar el curso de la historia para alcanzar lo antes posible sus objetivos en la tierra, como

³ MIRCEA ELIADE, *Mythes, rêves et mystères* (Gallimard, Paris, 1957).

si en el fondo estuvieran impulsados por un ansia mística de reposo que se expresa en el deseo de poseer absolutamente el poder productivo de la vida o el poder destructivo de la muerte para perpetuarse, más allá de toda contradicción, en una eternidad mitificada.

Esta aspiración refleja, por supuesto, los viejos contenidos del mundo arcaico. Pero la diferencia que puede observarse entre la mentalidad totalitaria y la mentalidad primitiva es que ésta intenta, mediante actos de rupturas con el mundo natural y el sentido de la historia, "fundar" un orden cíclico y eterno sobre el caos, es decir, busca resguardar al hombre en lo sagrado, liberándolo de la profanidad en lo mortal, en tanto que la mentalidad totalitaria, usando de esos mismos contenidos míticos, quiere "destruir" todo orden instituido por leyes estables, determinadas por la razón y la ética.

Los totalitarismos ambicionan identificarse con la eternidad para perpetuarse como sistemas fuera de la historia. De allí que nieguen el sentido ético de la vida y sometan al hombre, retrotrayéndolo al nivel de una inestabilidad perpetua, a un estado de constante trasmutación y pérdida de sus derechos más elementales.

Sus procedimientos no pueden ser más reveladores y sórdidos. Recientemente Hans Freyer ha dicho en su libro *Teoría del mundo actual*, refiriéndose a los sistemas totalitarios:

Sobre todo han comprendido que con el hombre puede hacerse casi todo lo que se quiera si previamente se le amarga la vida. Tratarlo mal en forma planeada, quitarle una gran parte de sus posibilidades de dicha, quitarle en todo caso su tranquilidad y especialmente su orgullo y dignidad constituye una pieza esencial de su arte de gobierno. Si logran convencer al hombre que en cualquier momento puede ser aplastado mecánicamente como una mosca, se acabó con su personalidad y con ella lo esencial se ha perdido, mejor dicho, en el sentido del sistema se ha ganado. El descenso del nivel de vida, la limitación de la libertad de consumo nunca está condicionada solamente por la necesidad objetiva de la reconstrucción o del rearme (sólo la justifican con esas razones); también es un fin por sí misma, en cuanto forma parte de la deseada reducción del hombre. Lo mismo vale para la música moral que la acompaña. También las autoincriminaciones y autohumillaciones que los sistemas totalitarios han conver-

tido en métodos, tienen por fin no sólo salvar la línea general amenazada sino amaestrar a los sujetos humanos a toques de silbato, quebrar su fuerza de resistencia y hacer aparecer su autonomía como residuo risible.

En realidad, lo que todos estos sistemas autoritarios afirman es el principio de la endeblez humana y en eso se apoyan. Y sucede que esa misma debilidad, llevada a su extrema evidencia, torna toda realidad del dolor en ridícula y risible. De donde se explica que el recuerdo de los campos de concentración y la delación de otros de trabajo forzado, existentes aún hoy, no sean para la sensibilidad del hombre vulgar más que referencias de significaciones secundarias que sólo mueven al descargo nervioso de la risa. Es que con la falta de piedad se ha perdido algo esencial: la idea del hombre como un ser entrañable y fraterno. Al olvidar esto, esa vaciedad interior que crea tal ausencia de amor hace del individuo un ser orgulloso, capaz de ejercer, llegado el caso, iguales actos de humillación y de crueldad con los otros. Así es como degrada en sí mismo la condición humana.

Frente a estas realidades corresponde señalar lo siguiente: que los sistemas totalitarios que políticamente se instauran sobre el desprecio del hombre por el hombre, comienzan a germinar primeramente, antes de que se canalicen en alguna ideología, en los planos psicológicos de los mismos sujetos deshumanizados. Puede decirse, por tanto, que el fenómeno de los totalitarismos en nuestra época subyace potencialmente en aquellas gentes que por una u otra razón han dejado de servirse de principios humanos esenciales.

Como ya lo indicó Max Scheler, existe siempre un fondo de resentimiento que condiciona toda conducta. Y este resentimiento se hace más negativo cuando se exterioriza en la indiferencia ante la desgracia ajena. Demás está decir que es de esta indisposición con el género humano que se nutren las ideologías del terror. Hay, pues, un "complejo totalitario" en el hombre resentido, que al instituirse como fuerza de gobierno convierte en persecución ese estado síquico suyo de transferencia que consiste en repudiar en los demás su propia vergüenza de no ser libre, de no poder vivir con autonomía y con amor. Esto determina al final un clima de rencores y tensiones que hacen presa justamente de aquellos individuos adoradores del desastre, que se descargan de su muerte propia provocando

catástrofes y destrucciones o solazándose con las posibilidades de que ellas puedan volver a producirse. Nadie más que el hombre-masa egoísta de nuestro tiempo parece estar dominado por esta fiebre *thanática*. Relegado a la pasividad de un ser mecánico, sin libertad y sin historia, resucita desde su mediocre expectación la "némesis" de la tragedia antigua, a fin de satisfacer su oscura necesidad de que sobrevenga algún universal castigo para vengarse con él, incluso en la desgracia de sus héroes políticos pasajeros, de esa *vida* que él no tiene.

De antemano pareciera haber admitido la suerte de una inevitable condenación. Y su proceso de masificación pareciera a su vez responder a la idea ancestral de no ser nadie frente a los poderes o designios que gobiernan el mundo, de apenas contar en el drama universal de la historia. Por eso ha perdido en nuestra época toda noción de continuidad y de salvación. Acepta su destino terrenal como una fatalidad y no ve del esfuerzo común de la humanidad más que un orden de oportunidad que puede aprovechar para su propia ventaja personal. La civilización se le ofrece como algo gratuito que no demanda de él ninguna responsabilidad ni cuidado. Está, por el contrario, al acecho del despojo. No tiene otra dimensión para verse a sí mismo que su propio egoísmo. Es como si hubiera perdido su alma y retornara cada día a un estado de animalidad refleja, condicionada ahora por la técnica y el progreso material. De este modo cae en la pura alteración dentro de la indiferenciación de la masa; se vuelve un ser anónimo y atemorizado. En otros términos, pierde su jerarquía al borrársele la imagen de lo que el hombre ha venido siendo en la historia.

Todas estas formas regresivas desentierran los viejos contenidos anímicos del ser primitivo encerrado en sus sistemas tabúes. Aparece, como reflejo de una antigua ritualización de la vida, la desolada contracción de las percepciones al giro único de un día eterno, invariable, con sus tareas repetidas, sus compromisos cotidianos, sus lugares comunes y el amortiguamiento lento y letal del sentir en el tedio sumiso y desdichado de una nada interior. Ante tal declinación se hace más sensible la certeza de que sólo la propiedad de una vida reflexiva y ferviente es el único camino para volver a humanizar al hombre.

Pero para ello el hombre tiene que salir toda vez de los mitos que lo acorralan, salir de sus encierros y represiones y verse a sí mismo, esto es, *projectarse*, rehacer su vida sobre ba-

ses conscientes y creadoras que le rindan de sí mismo una imagen ejemplarizadora y fértil para sus íntimos afanes de libertad, del mismo modo que en los comienzos de la historia lo hizo la conciencia racional con respecto al mundo mítico y opresivo de la ritualización.

Refiriéndose al momento inicial de la humanización ha dicho G. van der Leeuw:

En efecto, el hombre comienza por el hecho de la conciencia, es decir, por el hecho de alejarse de sí mismo, de conocerse y comprenderse desde un punto de vista exterior a él. Ese "fuera" determina la esencia religiosa del hombre, que nosotros llamamos su alma.⁴

Tal dimensión constituye la órbita de su realización en la trascendencia y, por eso, toda acción afirmativamente humana tiende a exteriorizar la realidad íntima del alma. Allí el hombre se reconoce a sí mismo, en un orden de valores y símbolos que le son propios y que le otorgan sentido a su existencia. Pero este acto liberador de la conciencia, esta salida hacia lo espiritual (que se reitera sincrética y particularmente en todo acto de creación), cuando se produjo históricamente no fue sólo el resultado de una ruptura del sujeto con su situación temporal, sino que fue consecuencia de otra anterior, experimentada esta vez por el hombre primitivo y que repetida en la ritualización, consagrada en sus ceremonias, simbolizada en sus danzas, señala la consumación de un primordial y originario sacrificio; su escisión del seno de la antigua animalidad.

Es que el hombre ha sabido desde un comienzo encaminar su ansia de vivir a un ideal de eternidad y felicidad. En base a esta tendencia que culturalmente sublima su instinto de conservación, ha podido elaborar, aun en sus edades troglodíticas, una imagen genérica de sí mismo. Se ha visto entonces, en su primer reconocimiento, como una entidad paradigmática, es decir, arquetípica. Y en función de esta fijación que se repite incesantemente en las épocas arcaicas, ha podido elaborar también una imagen del mundo como un "cosmos recurrente y cíclico", de creación continua, por encima de sus propias percepciones del espacio como extensión informe e indeterminada.

⁴ G. VAN DER LEEUW, *La religion dans son essence et ses manifestations* (Payot, Paris, 1948).

Por medio de esta "experiencia religiosa de la no homogeneidad del espacio", que según Mircea Eliade precede a toda reflexión,⁵ el hombre primitivo logró instalarse en un sistema cosmogónico que resultaba, de hecho, propicio a toda acción futura. Es decir, que en su primer acto de creación pudo ya diferenciar su naturaleza animal o temporal—esto es, aquella que vive en la apariencia fenoménica del tiempo profano—del ser ontológico que circula sobre los niveles de un orden sagrado.

Muy anteriormente, pues, se ha dado este desdoblamiento del cuerpo y el alma, situación que ejemplariza que el ser físico no es la única realidad del hombre, sino que su totalidad como arquetipo universal absorbe dentro de sí también la realidad de lo invisible. La verdadera personalidad del ser sagrado, de cuya esencia el hombre arcaico participa en los momentos del ritual, es entendida ya como algo sobrenatural. De allí que el hombre propiamente dicho, apoyándose en tales tradiciones ancestrales, haya podido dar, cuando advino a la historia, una imagen de su interioridad espiritual que trasciende lo puramente físico. Con este sentir ya eminentemente humano de la vida, su acción ya no se agotará, en adelante, en el simple ámbito vital, sino que se dará integrada o ligada a una realidad ontológica universal.

III

LA religión ha tenido el poder de proyectar al hombre más allá de la muerte y, al mismo tiempo, le ha permitido dar de la vida la imagen de un tránsito. Pero antes de que esta noción del *más allá* se aclimatara definitivamente como una realidad espiritual a la que tiende el hombre histórico, ya el horror ante la propia destrucción física había sido vencido en los niveles tradicionales del mundo mítico. En realidad, el hombre de las culturas inferiores lo superó en cuanto concibió la existencia de un orden primordial que se realiza por encima de todo situacionismo terrenal. Pero la degeneración posterior que adquirió el sacrificio voluntario y sacramental del hombre, originado por el deseo de llegar a un estado de purificación o transfiguración,

⁵ MIRCEA ELIADE, *Prestigios del mito cosmogónico*, en *Diógenes*, nº 23, septiembre 1958.

provino del fenómeno de la consolidación misma de la sociedad, en torno al principio de soberanía del hombre sobre el hombre.

Este proceso aunque ancestral es histórico y señala el asentamiento de los pueblos nómades en círculos societarios, hasta su final instauración en regímenes imperialistas. Lo que en un sentido religioso y místico aludía al reencuentro del individuo con la divinidad por medio del sacrificio humano (esto es, inmolarse para alimentar con la sangre alguna entidad sagrada o borrar algún mal de la condición del hombre) se convirtió en magia purgativa del Estado, en el acto mismo de su soberanía. Laurette Séjourné ha indicado muy bien este cambio del sentido del sacrificio que se produjo, por ejemplo, entre los *mexica*, con el auge del imperio de Tenochtitlán. "Como si fuera una norma para los despotismos —nos dice—, el de los aztecas no pudo implantarse más que apoderándose de una herencia espiritual que transformó, traicionándola, en arma de dominación. Si se tiene en cuenta que el nivel intelectual prevaleciente entre estas poblaciones de cazadores nómades debía ser de lo más primitivo —recuérdese que poco antes de su llegada al Altiplano los aztecas estaban gobernados todavía por una hechicera—, resulta natural la metamorfosis de un alto pensamiento místico en magia".⁶

Establecido un principio de poder absorbente y totalizador sobre el derecho de los demás pueblos, la ancestral necesidad cósmica del sacrificio humano se impone como tributo de sangre, es decir, como factor represivo del Estado. Este, amparándose en tradiciones venerables, lo ejerce como ritual de una venganza periódica, tal como aconteció con las expediciones punitivas de los mexicanos contra los habitantes de la ciudad de Tlaxcala o con las persecuciones que llevaron a cabo en nuestro siglo los nazis contra los judíos para contrarrestar con sus vidas asesinadas la degradación del mundo capitalista. En la obra *Discursos a la nación alemana* de Fichte ya se nota la expropiación del término judaico de "pueblo elegido", aplicado al sentido expansionista de la raza germana. Y cuando este sentimiento nacionalista estalla en la pasión romántica de los nazis, lo hace asumiendo el tono de un sellado rencor contra quienes elaboraron este concepto mesiánico. Así declararon la liquidación de una raza tradicionalmente revelada en su destino para destruir

⁶ LAURETTE SÉJOURNÉ, *Pensamiento y religión en el México antiguo*.

la herencia cultural que los contradecía en la medida en que ellos se sentían por sí mismos igualmente elegidos. El propósito que los mueve es entonces particularmente vengativo y exterminador.

Pero el sacrificio humano en primitivas sociedades religiosas no tiene tal carácter. Al contrario, de ellos trasciende un sentido afirmativo, pues el individuo adquiere en el sacrificio un valor específicamente simbólico. Esto tiene su importancia si se advierte que en esas ceremonias se procede sobre las bases de una inversión del concepto de vida. Se niega en el cuerpo aquello que lo destruye, es decir, lo que corresponde al proceso letal del tiempo profano: la muerte, la enfermedad o el dolor. Se mata en el cuerpo lo que en él es mortal. Pero a veces el sacrificio tiene un carácter fecundante: se derrama para beneficio de un orden sagrado lo que da la vida, vale decir, la sangre más pura y ardiente.

Todo este complejo procesal no refleja, como puede verse, un sentido declarado de crueldad contra el semejante, sino que se lo toma a éste como vehículo de un enlace o, mejor dicho, como un medio afirmativo de esos poderes o dones estabilizadores de la vida misma. La ausencia de todo espíritu de crueldad es tan evidente que incluso se dan situaciones rituales en que el trance unitivo con la divinidad no se reduce a la simple muerte de la víctima, sino que los mismos que acompañan las alternativas del sacrificio llegan, por medio de la danza, al punto de una trasmutación y alcanzan la propia inmolación a través de un movimiento frenético que desemboca en el paroxismo.⁷ Porque en la mayoría de los casos, como dice G. Gusdorf, "el sacrificio de la vida representa la forma extrema, pero más natural, del sacrificio. En él, siempre hay un valor de vida y de muerte, un valor trágico, el sentido de un desgarramiento".⁸ Es, sin duda, una forma paradójica del cambio vital, que confiere al ser que se sacrifica una actualidad permanente en lo sagrado, esto es, un valor superior, por cuanto el sacrificio significa la máxima posesión de uno mismo, el ser propio que se ofrenda y se ofrece a la divinidad como el más preciado don de la existencia.

Pero en las culturas primitivas el sacrificio llegó a tener

⁷ Ver, ARTURO CASTIGLIONI, *Encantamiento y magia*.

⁸ GEORGES GUSDORF, *L'expérience humaine du sacrifice*. (Paris, 1948).

un significado todavía más autónomo. Como experiencia sellada y mística de participación en lo divino se convirtió en una forma por sí misma ajena a la vida. Era al mismo tiempo que la expresión rítmica del mundo de lo sagrado, el punto de tránsito hacia una perpetuación del ser en lo eterno. Por ello se hizo repetitivo y simbólico. Y el fenómeno de la muerte como hecho existencial desapareció. La vida a su vez perdió valor como realidad radical del sujeto. Sólo cuando aparecieron las grandes religiones universales que proyectaron el sentido de la existencia humana a un orden de trascendencia, la noción de la muerte volvió a hacerse presente, pero ya como experiencia de lo temporal. Es decir, la muerte se secularizó y se volvió, purgativamente, término final de la vida del individuo. Se transformó en el opuesto negativo de todo proceso vital. El hombre surgió entonces como un ser débil, porque se puede morir en cualquier momento, incluso porque se le puede matar. A partir de ese momento toda idea de denominación se fundó sobre esta certidumbre.

Se reconoció la ley fatal de la naturaleza, la ley del más fuerte, que vino por extensión a categorizar la esencia de lo divino. La divinidad pasó a formar parte del principio de autoridad. La apelación, pues, se hace reclamando principios superiores o leyes inexcusables del universo para justificar la crueldad es algo característico de la historicidad, que proviene justamente del principio de la soberanía. Nuestro mundo no se ha curado todavía de esta fatalidad del dominio del hombre sobre el hombre, heredado del complejo crítico de un repentino ingreso a la historia y a la temporalidad. Las bases angustiosas que suponen la secularización de la vida ha llevado al extremo la necesidad de una supeditación del hombre social, como una respuesta al cambio temporal que mueve todo proceso. Por una parte el Estado ha querido ser la fuente estabilizadora del orden humano, pero, por otra, no ha podido paralizar el curso de la historia, y así, modernamente, se ha entregado a la aceleración de los procesos para consumir el movimiento con el movimiento mismo y se ha vuelto revolucionario. La angustia de la muerte ha determinado la negación de la muerte como principio metafísico de la vida. De este modo los Estados totalitarios matan porque la muerte no es nada. La supresión del individuo, en todo caso, no es más que la extirpación de lo que se opone a las leyes vitales de la naturaleza o a las leyes místicas de la historia. Así, en nuestro tiempo, el prestigio de la teoría de la evolución y del más apto ha servido para justificar el

crimen político, como expresión del racismo y de la lucha de clases.

Todo esto delata que el fenómeno de la crueldad reposa en una traición cometida contra los contenidos espirituales, éticos o científicos de la cultura, que desde sus originarias manifestaciones han significado formas de progreso para el hombre referidas a su situación inicial en el seno de la naturaleza. De allí que los actuales sistemas totalitarios, al negarlos o deformarlos, no puedan evitar el retorno a la naturaleza misma o bien el retorno al padecimiento de la muerte que se exalta en la noción dialéctica de la historia, y tengan que ponderar sus fuerzas ineluctables, sus designios oscuros, hasta el punto de pensar que toda forma de vida basada en la disciplina ética y la acción cultural no es más que evasión del verdadero sentido de la vida humana. Así es como aflora el odio y la necesidad de destruir como una sublimación de ese "instinto de muerte" que los domina y que les hace soñar míticamente en un mundo de felicidad mediante la posesión regresiva de la naturaleza originaria o el endiosamiento del hombre en la identificación de su voluntad con la de un ser todopoderoso, imagen que convierte al hombre en fin de sí mismo y en el factor fecundante de toda floración histórica como reflejo de su propio espíritu dominador y totalizador.

El marxismo conduce, en verdad, a un humanismo, pero al hablar de humanismo se refiere, no al hombre que ha venido siendo en la historia, sino a un hombre definitivo y fuera de la historia, es decir carente de tensiones y conflictos, sin la problemática de su existencia, un hombre que no necesita de la redención del espíritu ni del pasado cultural, pues él se habrá consustanciado de tal modo con la materia misma que no será más que la conciencia de la materia, conciencia del mundo en la suprema inmanencia de una libertad absorta en sí misma. Pero en el fondo este ideal supone el mismo riesgo y fracaso de la antigua mentalidad cosmogónica que confundió lo ontológico con lo cosmológico y no pudo evitar, al final, caer en la ritualización del mito, en la pura repetición cíclica de hábitos y ceremonias simbólicas que en la medida del hombre condujo a un existencialismo crispado, a una fantasmagoría opresiva dentro de un orden tabú, que fue justamente lo que hizo que la conciencia racional quebrara esos sistemas y saliera al respiro de una libertad creadora, de una búsqueda del ser de

la vida en planos de progresivas realizaciones y conquistas, ya no exclusivamente naturales, sino sobrenaturales. Lo que el marxismo no ha querido reconocer son esas instancias metafísicas que condicionan el alma humana y en él ha quedado descartado el principio ontológico del espíritu que no es la totalidad del cosmos, sino la interioridad del hombre, es decir su capacidad para ser la humanidad misma en cuanto persona y en cuanto universo. El materialismo marxista toca solamente una dimensión del hombre y la mitifica. Pero deja de lado la trascendencia, el factor comunicante del lenguaje creativo y humanizador. Se sirve de la técnica y de sus progresos como si se tratara de verdaderas categorías del ser de la vida y esta reducción a lo puramente automático terminará por mecanizar la existencia humana al subdividirla en sectores productivos y clases especializadas en el trabajo, que no tendrán otra idea del deber solidario que la servidumbre al Estado y el heroísmo de la muerte.

Aquí la idea del sacrificio cae en la transposición impersonal de las primitivas experiencias sacratizantes y pierde todo sentido como proyección ética de la persona humana.

En cuanto a los nazis el complejo humanístico del *deber ser* se resolvió por el lado de la idea nietzscheana del superhombre. En su retorno a la naturaleza y en la mitificación de la raza germana se erigieron como las voluntades convulsas y omnipotentes de una ruptura contra un mundo de seres inferiores y degenerados, como eran para ellos los pertenecientes al mundo occidental de tradición judeo-cristiana. Así, por reacción, retornaron al viejo paganismo de las primitivas edades helénicas, como si ellos fueran los antiguos dioses del Olimpo ante los cuales los demás individuos no eran sino objetos o juguetes de sus designios. Pero aun en esta vuelta a una concepción heroica de la vida, en que el ser humano no podía menos que ceder a la voluntad destructiva y fatal de sus dioses, los nazis no pudieron evitar que en sus campos de concentración subsistiera, aunque en forma rudimentaria y clandestina, el principio organizativo de la vida moral, con sus reservas y sus signos espirituales. Lo que Rousset ha llamado la "estrategia política" de los prisioneros no es sólo un sistema de protección social, sino el mantenimiento de las más altas virtudes del hombre civilizado. Pese a su apariencia primitiva, como mundo basado en una fortuita indiferenciación y en el puro instinto de conservación, los sujetos que lo integraron hubieron de comprender

prontamente que todas las posibilidades de supervivencia no podían darse sino dentro del cuadro de una masa pasiva. Así invirtieron los valores de la personalidad y esta inmersión en lo indistinto permitió canalizar la conducta del prisionero y adecuarla a un básico comportamiento general, para evitar la individuación o la apariencia de complicidad. Es decir, que en ese estado de degradación casi animal a que fueron llevados sus miembros, pudieron ellos mismos restituir, desde el fondo del terror, ciertas normas de conducta que por reflejo obraron, en algunos casos, como fuerzas de contención de la acción destructiva, aunque para ellos tenían, más allá de los efectos psicológicos que producían en sus ejecutores, un hondo sentido de fraternidad, que sólo llegaba a advertirse cuando el prisionero iba calladamente, sin recusación, al castigo o a la muerte.

Es que el sentido ético del sacrificio trasciende intencionalmente la pura contracción física del miedo. En su raíz más profunda está ligado de modo entrañable al proceso inicial de autoafirmación espiritual del hombre con respecto a su propia naturaleza. Tal poder fue lo que en un comienzo le permitió tomar conciencia del mundo en que vive como propio, es decir, como algo que él puede transformar en su propia realidad, ligando su acción de este modo al futuro.

El mundo —dice C. Jung— surge cuando el hombre lo descubre. Y lo descubre cuando renuncia a permanecer envuelto en la madre originaria, esto es, cuando sacrifica el estado inicial, inconsciente.⁹

Y tal renuncia es, por otra parte, aquello que le impide quebrantar lo que Freud llamó la "barrera incestuosa", el retorno a una condición claustal en el seno dominante de la naturaleza. Esta situación explica por lo demás la actitud histérica y neurótica de los nazis, por haber violentado justamente con la muerte proclive la prohibición ética de la vida.

Pero la víctima de ningún modo participa de este proceso de regresión de la libido que hunde sus raíces en la ajenez de la naturaleza materna. Por ello no hay correspondencia entre la agresión y la expiación. Como se trata de situaciones-límites los contenidos intencionales de la víctima y del ejecutor no se interrelacionan. El ejecutor está dominado por el odio

⁹ C. G. JUNG, *Transformaciones y símbolo de la libido*.

y el deseo de consumir el acto de posesión de la víctima, en tanto que ésta, en su disponibilidad indefensa, busca determinar, con el horror que se sublima en el sacrificio, un nuevo sentido de la vida que trascienda más allá de la circunstancia de su propia vicisitud, como una razón afirmativa de esa vida de la que se le priva.

He aquí como de la raíz misma del dolor puede surgir el acto ético de *morir por algo*. Si la agresividad de lo inconsciente se manifiesta como regresión o afán destructivo, la conciencia, en un último esfuerzo, sublima, por mediación de la víctima, este impulso y lo proyecta como afirmación de la propia vida que se destruye. La víctima crea, por consiguiente, un acto positivo de enlace entre los seres, un principio de solidaridad humana basado en el reconocimiento de nuestra fragilidad connatural, la que lejos de abatir, si la causa que la ultraja es la crueldad o la pura injusticia, fortalece aún más los vínculos fraternos, pues con su sublime apelación a la conciencia de estar muriendo por algo, borra los efectos paralizantes de la destrucción misma, despertando en cada uno, desde lo más profundo del miedo o la angustia, un sentimiento de compasión y amor que es fundamental para la identificación del hombre con el hombre.

Toda vez que surge la víctima su sufrimiento equivale a un acto de fecundación espiritual. A través de su expiación, la vida aparece revelando esa sustancia espiritual que la conforma y la ennoblece, y que en otros planos y por otros medios, nacidos también del sacrificio personal y vocacional, es lo que da origen al mundo de la cultura, como un hacer en contra de las potencias negativas de la naturaleza, de esas fuerzas que anidan en la irracionalidad y que atraen y enloquecen a quien transgrede las normas morales impuestas por la vida del espíritu.

LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA EN LOS ESTADOS UNIDOS: 1900 - 1950*

Por *Frederic H. YOUNG*

I

Las corrientes filosóficas de los Estados Unidos en la primera mitad de este siglo han sido tan numerosas y mantienen entre sí relaciones tan complejas, que es necesario presentar antes que nada un breve resumen del desenvolvimiento histórico del pensamiento norteamericano. De otra manera, sería imposible encontrarles algún sentido importante a las cosas, ya que el sentido depende siempre de una norma o principio y de un enfoque o punto de vista. Como de manera tan profunda lo advirtió Hegel, la historia de la filosofía es por sí misma fundamental para la comprensión de las disciplinas filosóficas. Por otra parte, el tema de este ensayo particular tiene tanto de histórico como de problema para la interpretación analítica.

Lo mismo que entre nuestros vecinos del Norte y del Sur—Canadá, México y la América Latina en general— la filosofía ha reflejado siempre en los Estados Unidos, en grado e intensidad variables, las principales corrientes del pensamiento europeo tanto en sus fuentes continentales como británicas. Esas sucesivas corrientes de pensamiento del otro lado del Atlántico han ejercido un influjo continuado sobre la reflexión sistemática en los Estados Unidos, y en cada caso fueron diversamente modificadas para acomodarse al genio de la cultura nacional. Pero antes de presentar aunque sea el más breve examen de las manifestaciones históricas del pensamiento norteamericano, es preciso que nos formulemos con toda precisión una pregunta fundamentalísima: ¿Existe una "filosofía norte-

* El presente ensayo es ampliación de una conferencia leída en las Universidades de Poona, Baroda y Calcuta, en la India, 1958-59.

americana" en el sentido de una tradición "nativa"? En su penetrante libro titulado *A history of american philosophy*, Herbert Schneider la contesta en términos perspicaces, sinceros y bellos:

En los Estados Unidos, por lo menos, es inútil buscar una tradición "nativa", porque hasta nuestras tradiciones más urbanas están saturadas de inspiraciones extranjeras. Los franciscanos españoles, los jesuitas franceses, los puritanos ingleses, los pietistas holandeses, los calvinistas escoceses, los *filósofos* cosmopolitas, los trascendentalistas alemanes, los revolucionarios rusos y los teósofos orientales, todos han tenido parte en dar a la llamada filosofía norteamericana su continuidad y también sus crisis. . . El mismo Emerson, con toda su independencia, ciertamente no se hizo sólo en los Estados Unidos: absorbió de Europa y de Asia mucho más de lo que les dio. Los Estados Unidos eran intelectualmente coloniales mucho después de haber conquistado la independencia política, y han sido intelectualmente provincianos mucho después de haber dejado de ser intelectualmente coloniales. Intelectualmente, todavía vivimos en los bordes de la cultura europea. . .

Más descollantes en la historia de hoy y de mañana que las ideas contenidas en este volumen son las recientes importaciones intelectuales de Cambridge, París y Viena. . . El tipo de análisis filosófico que se desarrolló en Cambridge bajo la dirección de Whitehead, Russell y G. E. Moore; las versiones complicadas y modernizadas de escolasticismo católico que nos han venido de París; y las escuelas de teoría de los valores, de existencialismo, de fenomenología, de positivismo lógico, de psicoanálisis y de socialismo que han llegado hasta nosotros directa o indirectamente de Viena, todo ello son ahora fuerzas que penetran la cultura norteamericana.

¿Cómo mediremos la vitalidad y fuerza de las tradiciones norteamericanas ante esta situación revolucionaria? ¿Poseen un contenido fundamental, tienen una nota dominante, ofrecen una lección moral? Creo que no. El lector de esta historia probablemente se sentirá tan perplejo como yo al intentar decir qué es lo que nos enseña la historia norteamericana o qué es lo que "significa" la filosofía norteamericana. . . Nuestro pasado es

tan plenamente confuso como nuestro presente. Su vitalidad, por lo tanto, hay que buscarla, no en un movimiento de dirección o cualidad definibles, sino en la vaga pero perceptible energía que desarrolla cuando se encuentra ante ideas nuevas. . . Las muchas maneras en que resistimos, deformamos, adaptamos y revisamos las nuevas importaciones, son la mejor prueba de que vive una tradición norteamericana.

En esencia, la "tradición" norteamericana en filosofía consiste en una despierta atención a las corrientes intelectuales que irradian desde Europa y en las modificaciones que les imponemos. La opinión de Schneider quedará ampliamente confirmada a medida que avancemos en nuestro brevísimo examen histórico.

II

EL pensamiento filosófico cristalizó por primera vez en los Estados Unidos en la forma de una teología filosófica, o, en términos más amplios en un idealismo cuyo mayor representante fue Jonathan Edwards y cuyas obras más importantes aparecieron en la primera mitad del siglo XVIII. Como ha dicho Muelder tan gráficamente, la antigua teología de la Nueva Inglaterra "es un vástago de la rama protestante de la rama agustiniana del árbol de los conocimientos medievales". La síntesis edwardsiana de ideas se componía de un calvinismo básico, pero combinado de modo singular con la teoría del conocimiento de Locke, la filosofía de la ciencia de Newton y ciertos atisbos de los místicos platónicos de Cambridge.

Al idealismo de Edwards siguió en la segunda mitad del siglo XVIII una reacción contra la "revelación" de origen sobrenatural y favorable a la fe en la religión y la razón "naturales". Este movimiento se manifestó en la forma de deísmo que floreció principalmente en los escritos de Voltaire y cuyo representante más notable en los Estados Unidos fue Benjamín Franklin. Los elementos metafísicos y místicos del idealismo edwardsiano cedieron su lugar a los intereses moralistas, utilitarios —y hasta podría decirse pragmáticos— de Franklin. Fue la época europea de la Ilustración adaptada a América. Este

primer ejemplo de reacción contra un sistema previo de ideas en los Estados Unidos, se convirtió, como el lector irá advirtiendo a medida que avance en la lectura, en un tipo recurrente de acción-reacción desde aquel tiempo en adelante.

La reacción siguiente se produjo contra el frágil racionalismo del deísmo; nació con el romanticismo del movimiento trascendentalista, cuyos pensadores preeminentes fueron Emerson y Thoreau, y su poeta Walt Whitman. Con entusiasmo creador, floreció y destelló en la literatura: en los *Ensayos* de Emerson, en las novelas de Hawthorne, en los *Diarios* de Thoreau y en la poesía de Whitman, más bien que en las abstracciones de la teología técnica o de la filosofía sistemática. Se rebeló contra el frío racionalismo del deísmo, concediendo el primer lugar a la intuición, la imaginación y la emoción. El movimiento romántico europeo había empezado en la literatura, se había propagado al pensamiento político (revoluciones de 1830 y 1848) y finalmente había tenido expresión filosófica suprema en el idealismo absoluto de Hegel, en cuya gigantesca amplitud se racionalizaron la evolución y la revolución (en Hegel hay una fusión de elementos racionales y románticos, de suerte que puede llamarse racionalismo romántico lo mismo que romanticismo racionalista). Exactamente igual en los Estados Unidos, hallamos que el trascendentalismo se inició en la literatura y, en sus principales pensadores, no tardó en propagarse a la ética, la filosofía de la historia, la religión y la política.

El trascendentalismo adquirió rápidamente influencia nacional. Se le ha llamado, muy acertadamente, "el Renacimiento Norteamericano". Su influencia aún está viva. En los años en que estuvieron encarcelados, Gandhi y Nehru leyeron mucho a Emerson, Whitman y especialmente Thoreau. Pero el movimiento se vio condenado a causa de la época espiritualmente agotadora de la Guerra Civil (1861-65) y de sus desmoralizadoras repercusiones. En los cuarenta años transcurridos de 1860 a 1900 sólo hubo dos corrientes vivas de filosofía que hayan tenido alguna influencia pública (el pensamiento de Pierce, Royce, James y Dewey, aunque iniciado en esta época, corresponde propiamente, en su mayor influencia, al siglo XX). Fue uno el evolucionismo, representado principalmente por Fiske; el otro

fue el idealismo hegeliano y personalista, expuesto primordialmente por William T. Harris, Royce en su primera época, Howison y Bowne. El evolucionismo fue una respuesta al darwinismo, mientras que el idealismo de tipo hegeliano fue en cierto modo una ampliación del trascendentalismo, pero en su forma racionalista.

Aunque el romanticismo trascendentalista estuvo muerto en la literatura de 1860 a 1900, el espíritu romántico se manifestó poderosamente en las ideas políticas populares durante ese mismo tiempo bajo la apariencia de la ideología del expansionismo territorial, orientada por el lema del "destino manifiesto". En 1900, terminada la guerra hispano-norteamericana, este romanticismo de la nación en crecimiento se había convertido en realidad. Mediante la guerra, reclamaciones o compra, las fronteras de los Estados Unidos se habían extendido hacia el Sur y el Oeste por territorios anteriormente pertenecientes a México, hasta que finalmente se estabilizaron en el Río Grande y en la costa del Océano Pacífico. Territorialmente, el imperio norteamericano ya estaba completo, y se extendía hacia el Sudeste por la zona del Mar Caribe, y hacia el Oeste hasta Hawaii y las Filipinas, y una situación de "puerta abierta" en la China. Los Estados Unidos surgieron como gran potencia mundial.

Si se lanza una mirada retrospectiva al pensamiento norteamericano expuesto hasta este momento, ¿se descubren, más allá del tipo recurrente de acción-reacción, de tesis-antítesis, algunos elementos subyacentes que le presten continuidad? Hay por lo menos una cualidad fundamental en el pensamiento norteamericano que aparece ininterrumpidamente desde Edwards a Franklin, a Emerson, y más adelante a Pierce, Royce, James y Dewey, como veremos. Por discrepantes o antagónicas que hayan sido las diferencias entre las doctrinas sistemáticas de teología, metafísica, epistemología, filosofía de la historia, arte o ciencia, de un período o movimiento a otro, todos los movimientos han tenido en común como preocupación dominante un intenso interés por los problemas éticos, fundamentalmente protestante y kantiano en sus orígenes clásicos. Por ejemplo, Pierce, la mentalidad filosófica más variada y original de los Estados Unidos en el siglo XIX, no sólo sostuvo que la ciencia misma era fundamentalmente una empresa ética, sino

que no se sabía que ningún delincuente hubiera hecho nunca a la ciencia una aportación importante. En el pragmatismo, principal movimiento filosófico del siglo XX, encontraremos más profunda y ampliamente que nunca ese fundamental y perenne *engagement* moral. Esto nos lleva al tema principal del presente ensayo. Estamos en el umbral del pensamiento norteamericano de 1900-1950.

III

COMO hemos advertido, el pensamiento europeo asomaba siempre en el fondo como un vasto y variado tapiz desde los orígenes de la filosofía norteamericana y a lo largo de los siglos XVIII y XIX. La historia de la reflexión sistemática en los Estados Unidos demuestra que éstos, aunque se han hecho política y económicamente independientes, son todavía culturalmente una subdivisión de Europa. Recuerdo cuán vívidamente acudió por primera vez esta idea a mi pensamiento. Mientras asistía hace algunos años a un seminario especial sobre existencialismo dirigido por el eminente sabio español profesor Américo Castro en la Universidad de Princeton, le oí decir que, opuestamente a la impresión que muchos visitantes reciben de ser los Estados Unidos un país tan "nuevo", a él más bien le había impresionado lo *viejos* que eran, como una provincia más de la antigua cultura europea. La exactitud de la observación de Castro es de toda evidencia en lo que respecta al medio siglo que vamos a explorar. Por consiguiente, para comprender con mayor claridad las corrientes de pensamiento en los Estados Unidos durante este período, conviene exponer las principales tendencias y tipos de la especulación y el análisis europeos durante el mismo lapso. Esto nos proporcionará una visión en profundidad.

A pesar de algunas opiniones según las cuales la filosofía ha pasado por una mala situación en esos años, la filosofía ha desplegado en Europa una variedad y riqueza sorprendentes, muy superiores, en realidad, a las de cualquier época precedente. Esa enorme riqueza es difícil de clasificar. Todo filósofo sabe que una clasificación es un expediente inevitable, especie

de transacción que substituye a una visión perfecta del conjunto. En mis propios estudios sobre el pensamiento europeo del siglo xx, he hallado que el sabio alemán I. M. Bochenski es el más útil de los guías para conseguir una visión sinóptica. Dice:

Los sistemas más importantes de nuestro tiempo pueden dividirse de dos maneras: en relación con el contenido de la disciplina y en relación con el método. En cuanto a la doctrina pueden clasificarse en seis grupos. Tenemos, en primer lugar, dos posiciones que continúan todavía el espíritu del siglo xviii: el empirismo o filosofía de la materia como continuación del positivismo, y el idealismo en sus formas kantiana y hegeliana. Vienen después dos posiciones que efectúan la ruptura con aquel siglo: la filosofía de la vida y la filosofía de la esencia o fenomenología. Finalmente, hay dos grupos que representan las aportaciones más originales de nuestro tiempo: la filosofía existencialista y la nueva metafísica del ser. . .

Con esta precaución. . . nuestra división en seis grupos comprende las seis posiciones más importantes de nuestros días: empirismo, idealismo, filosofía de la vida, fenomenología, existencialismo y metafísica.

En cuanto a la clasificación por el "método", halla Bochenski que la mayoría de los pensadores europeos, desde 1925 en adelante, usan principalmente ya el método del análisis lógico-matemático, ya el de la fenomenología, y a continuación añade:

Es verdaderamente notable que la lógica matemática haya podido unir en mutua comprensión a partidarios de las escuelas más diversas y hasta incompatibles —platónicos, aristotélicos, nominalista, y aun kantianos y algunos pragmatistas—, mientras que la brecha que separa a los que emplean este método de los que trabajan con el método de la fenomenología parece a veces tan grande, que ya no es posible ninguna comprensión mutua.

La forma definitiva de la clasificación de Bochenski es la siguiente, expuesta a mi manera: I. Filosofías de la materia (empirismo), representadas por el neo-realismo inglés y por Russell, por el neo-positivismo (Wittgenstein, Schlick, Reichenbach), por el materialismo dialéctico (Marx, Engels, Lenin).

II. Filosofías de la idea (idealismo), representadas por Croce, Brunschvicg y el neo-kantismo (Cassirer, Bauch). III. Filosofía de la vida, representada por Bergson y el pragmatismo (Simmel, Vaihinger, Marx, James, Schiller, Dewey, Abel Rey), y por el historicismo (Dilthey, Simmel, Eucken Klages). IV. Filosofía de la esencia (fenomenología) representada por Husserl, Scheler, Ingarden. V. Filosofía de la existencia (existencialismo), representada por Heidegger, Jaspers, Sartre, Marcel. VI. Filosofía del ser (metafísica), representada por Alexander, Häberlin, Hartmann, Whitehead y el neo-tomismo (Maritain, Garrigou-Lagrange, Sertillanges).

Al calcular el grado relativo de influencia ejercido por las seis escuelas filosóficas, Bochenski dice que desde un punto de vista "popular" tienen la mayor atracción la filosofía de la materia (especialmente en su forma marxista) y el existencialismo; mientras que desde el punto de vista de los pensadores filosóficos mismos corresponde el primer lugar a la metafísica o filosofía del ser, y no al existencialismo. Sintetiza así la situación general: "En la cima están la metafísica y el existencialismo, seguidos de la filosofía de la vida y la fenomenología. . . ; mucho más atrás viene la filosofía de la materia. El último lugar corresponde al idealismo".

Fijaremos ahora nuestra atención en la situación contemporánea de la filosofía en los Estados Unidos durante el período 1900-1950. Dejaremos que se difumine un poco el escenario europeo, pero estará siempre en el fondo de la conciencia y volverá a sernos útil para hacer el resumen final de este ensayo.

IV

CADA una de las seis escuelas principales de la filosofía europea ha tenido, en grado diverso, sus representantes en los Estados Unidos. En muchos casos, algunos de los pensadores europeos más eminentes han ido en persona a enseñar y escribir en los Estados Unidos, tales como, para citar sólo unos pocos, Whitehead, Tillich, Russell, Maritain, Gilson, Cassirer, Reichenbach. Pero tengo que limitarme principalmente a pensadores que han vivido largo tiempo en los Estados Unidos, pues

de otro modo este ensayo se ampliaría en proporciones inimaginables.

Intentar hablar de cada una de las mencionadas escuelas con alguna extensión o profundidad, dentro de los límites de un solo ensayo, sería evidentemente fantástico. Mi método, pues, consistirá en presentar enunciados definitorios y expositivos, sin tratar de valuarlos críticamente *per se*. Prestaré la mayor atención al idealismo, al realismo y al naturalismo, aunque trataré con mayor brevedad otros movimientos. Extrañará quizás al lector que no incluya al pragmatismo, que fue, en cuanto a influencia, la principal filosofía de este período. Para los orígenes, desarrollo y doctrinas del pragmatismo, remito al lector a mi ensayo titulado "William James, psicólogo, moralista y pragmatista", aparecido en el número de *Cuadernos Americanos* correspondiente a Enero-Febrero de 1960. No obstante, expondré aquí de nuevo las principales doctrinas de esa escuela.

En general, los pragmatistas mantienen las siguientes opiniones. En metafísica: la realidad es dinámica, y nunca totalmente determinada ni por el pasado ni por causas "finales". En esto el pragmatismo se acerca mucho al historicismo y en lo esencial forma parte del movimiento europeo de la "filosofía de la vida". En religión: no hay pruebas de la existencia de una deidad toda bondad y omnipotente. De ahí la doctrina de un Dios "finito" con quien los hombres puedan cooperar en la lucha contra el mal (dualismo ético combinado con dualismo metafísico). En epistemología, método científico y lógica, el método pragmático declara que ideas verdaderas son sólo aquellas que conducen a resultados previsibles y verificables en la experiencia; de aquí que la verdad sea "humana en su origen, funcional en su naturaleza, socialmente verificable y sujeta siempre a revisión..." En ética: el pragmatismo no cree en metas fijas. Las normas morales son totalmente relativas a la situación y deben ser juzgadas ellas mismas en relación con los problemas humanos específicos a que hay que aplicarlas. En filosofía social: el pragmatismo acentúa la necesidad de luchar por la libertad individual y por la de la investigación crítica en lo relativo a las instituciones económicas, financieras, eclesiásticas, académicas y políticas. Esto, naturalmente, expresa una señalada preferencia por la democracia en todas sus formas

posibles. En lo que afecta particularmente a nuestras instituciones políticas, debemos desaprobamos todo conservadurismo doctrinario por una parte, y todo utopismo dogmático, como el del marxismo, por otra. En arte: el pragmatismo considera al arte como una expresión creadora de experiencia humana en el objeto artístico, valorado por su incentivo simultáneo para el intelecto, la voluntad y la emoción. En axiología: el pragmatismo se inclina del lado de la "subjetividad" de los valores y no del lado de su objetividad, pero en esta debatida cuestión algunos pragmatistas adoptan una posición intermedia. Por último, yo diría, valiéndome de un símbolo griego, que el pragmatismo es, en esta tierra de super-tecnología, el esfuerzo más decidido del hombre occidental, para vivir bajo la advocación de Prometeo, o como podría decir Spengler, bajo la advocación del sin cesar esforzado Fausto. Una cita del *Fausto* muy bien puede ser el mejor lema para el pragmatismo: *¡Im Anfang war die That!* (¡En el principio fue la acción!).

Pasaré ahora a ocuparme del idealismo. Después del movimiento trascendentalista, la reaparición del idealismo tomó la forma de la introducción en los Estados Unidos de la filosofía hegeliana realizada por W. T. Harris. En 1867 fundó Harris en St. Louis el *Journal of Speculative Philosophy*, primera revista dedicada exclusivamente a la filosofía en el mundo de habla inglesa. Quince años más tarde, en 1882, fue a Harvard Josiah Royce. En los treinta años que siguieron demostró ser el pensador sistemático más grande del idealismo en la historia de los Estados Unidos, y probablemente el intelecto especulativo y metafísico más competente nacido hasta ahora en ese país.

Históricamente, el idealismo ha presentado cuatro tipos principales en la filosofía occidental: 1) el platónico, que sostiene que valores tales como la verdad, la belleza y el bien son eterna y objetivamente reales; 2) el berkeleyano, o idealismo subjetivo, según el cual el mundo es una creación de la mente; 3) el leibniziano-lotzeano, que mantiene que la realidad es un sistema de "yoes" personales e individuados, y que sólo las personas son definitivamente reales; y 4) el hegeliano, o idealismo objetivo, según el cual la realidad es un sistema orgánico de aspectos del Yo Absoluto. Royce fue un idealista hegeliano, aunque, por la influencia que sobre él ejerció James, que fue colega suyo en Harvard, también sustentó en parte un idealismo

personalista, combinando así cierto acento voluntarista con el aspecto racionalista típico del idealismo absoluto.

En la más importante de sus obras, *The world and the individual* (El mundo y el individuo), elaboró Royce su metafísica. En esa obra dijo, según palabras de Fuller, historiador de la filosofía norteamericana:

La experiencia, en la cual debemos empezar nuestra investigación en la realidad, no... se contiene a sí misma. Es experiencia *de* algo más que lo que es dado en su contenido. Surge ahora la pregunta: ¿Qué es ese algo más? El objeto de la experiencia no puede ser independiente de la experiencia, ya que en ese caso la experiencia no sería experiencia *de* él. Ni puede la experiencia replegarse simplemente sobre sí misma, y ser experiencia de sí misma, pues tal experiencia carecería de sentido. Finalmente, no podemos hacer lo que hicieron Mill y los demás empíricos, y poner aquello a que se refiere la experiencia en la mera *posibilidad* de más experiencia. Yo no puedo experimentar una *posibilidad*. Sólo puedo experimentar hechos reales.

De ahí que, por eliminación de las teorías no válidas, hallemos que el objeto de toda experiencia particular es más experiencia. Además, cada experiencia nuestra anhela implícitamente una experiencia más amplia en que se realice plenamente su significado. En definitiva, es pensable nada menos que un Yo Absoluto, que encarna la totalidad de todas las experiencias e ideas. Esto le recuerda a uno la doctrina vedanta, que presenta cierto paralelismo, aunque con diferencias de detalle. El idealismo de Royce recuerda, si no la escuela advaita de Sankara, por lo menos la escuela visishtadvaita de Ramanuja. En las siguientes palabras de Fuller, en que describe el contenido implícito en el concepto del Yo Absoluto, podría usarse indistintamente la palabra "Brahman" por las expresiones "Yo Absoluto" o "Mente Absoluta":

Toda esta infinita riqueza de experiencias: la magnificencia del proceso del mundo, el esplendor de la historia humana, todos los "yoes", todas las pasiones, todas las emociones... todos los éxtasis, todos los sufrimientos, todos los fracasos, todos los pecados, son experimentados y comprendidos y reunidos en el enfoque de un solo significado por la mente absoluta...

El sucesor más considerable de Royce en el tipo hegeliano de idealismo fue William T. Hocking, que siguió a Royce en Harvard y expuso de manera soberbia su pensamiento en *The meaning of God in human experience* (El significado de Dios en la experiencia humana), su obra más importante, donde demostró no ser un simple imitador de su maestro. Ningún pensador de la filosofía norteamericana contemporánea, con la posible excepción de Santayana, le ha superado en belleza y fuerza de gracia literaria.

El otro tipo importante de filosofía idealista en este tiempo es el personalismo. En los Estados Unidos lo fundó Bowne, en la Universidad de Boston, quien había sido profundamente influido por Lotze en Alemania. En este siglo son sus principales representantes Brightman y Flewelling, este último fundador y director de *The personalist* en la Universidad de Southern California. Cito a continuación, de Flewelling, las ideas centrales del personalismo.

..Todo intento de confinar el personalismo a un solo aspecto del interés humano o a las formas de una dialéctica estéril no puede tener nunca éxito, y por esa razón algunos lo han considerado filosóficamente heterodoxo. Se funda en la doctrina de la santidad y la inviolabilidad de la persona, considerada como manifestación de la Energía primaria, que creó el mundo. . . Esa Energía creadora, que trasciende al tiempo, que se dirige a sí misma y es auto-consciente, es en el sentido más completo una Persona. Así, el Personalismo es primordialmente metafísico, formula una cosmología teísta, aplicable a todas las relaciones y valores humanos en cuanto expresiones de una personalidad. . .

"Los personalistas sostienen que toda realidad es en cierto sentido personal; que sólo hay personas y lo que ellas crean; que la personalidad es la posesión de la facultad de auto-dirigirse y de la conciencia de sí mismo, tanto en los individuos finitos como en la Persona Suprema; que la naturaleza peculiar de la personalidad es la presencia simultánea de immanencia y de transcendencia, las cuales actúan en sentido inverso sin ser contrarias.

Conviene decir unas palabras, aunque sólo sea de pasada, acerca del humanismo, vocablo con el que se designan en los Estados Unidos diversos movimientos. A veces es metafísica-

mente idealista, dependiendo de que su contexto sea secular o religioso, y es siempre éticamente idealista. Ha habido varios sub-tipos, como el humanismo neo-clásico, expuesto principalmente por Irving Babbitt, de la Universidad de Harvard; el humanismo socialista, basado en Marx; el humanismo cristiano, formulado por el protestante Lynn Harold Hough por un lado, y por Jacques Maritain en su forma tomista católica por el otro. Hay también una especie de humanismo neo-estoico, sustentado por Corliss Lamont. Finalmente, hay un humanismo científico, y su título implica de manera bastante clara la fe en la ciencia como llave suprema de un futuro utópico para el hombre. Se ha llamado a John Dewey humanista científico, aunque nunca justificó el dictado. El uso de la palabra "humanismo" ha sido popular en los Estados Unidos, y aplicada de maneras muy diversas; pero no corresponde directamente a ninguna de las seis corrientes principales del pensamiento europeo (aunque tiene conexiones, de acuerdo con el humanismo específico implícito, con la filosofía de la vida, en el pragmatismo y el historicismo; con el idealismo, si es cristiano-protestante; con el realismo, si católico-tomista).

El positivismo lógico llamado a veces empirismo lógico (en Europa neo-positivismo) es otra escuela filosófica notable. Se remontan sus orígenes a Hume, quien sostenía que no puede fundamentarse ninguna realidad por medios puramente lógicos. Sostenía además Hume, como dice Weinberg, que "el significado último de las palabras está determinado por hechos simples y concretos de experiencia, y que las conexiones lógicas deductivas que se encuentran en las ciencias formales (la lógica y las matemáticas puras) dependen de las definiciones de los términos". La principal finalidad del positivismo lógico es, según Weinberg, "la fundamentación de la lógica de la ciencia y la eliminación de la metafísica". Uno de sus principales esfuerzos ha tendido, siguiendo la indicación de Hume, a crear una semiótica (o ciencia del lenguaje y de los signos) adecuada, subdividida en sintaxis, semántica y pragmática. Su teoría de la verificabilidad de las significaciones se ha hecho famosa, pero ha recibido fuertes golpes críticos bajo el martillo lógico de Brand Blanshard (quien, al lado de Hocking, probablemente es el segundo de los idealistas principales). El positivismo, desde los tiempos de Comte, surgió en forma moderna hacia

1929 en Viena. Con el advenimiento del nazismo, el círculo vienés, formado en gran parte por judíos, se dispersó, y muchos de ellos, como Reichenbach, Carnap y Feigl, se trasladaron a los Estados Unidos. He ahí un ejemplo de un movimiento de ideas que ha sido transferido físicamente a los Estados Unidos a causa de vicisitudes políticas.

El realismo se ha manifestado en los Estados Unidos en formas diversas. Lo mismo que el idealismo, el realismo ha ofrecido, históricamente, variedad de tipos. El ejemplo clásico fue el tomismo, que ha renacido con el neo-tomismo, o filosofía del ser, primero en Europa y en seguida en los Estados Unidos, y cuya figura más distinguida es Jacques Maritain. El neo-tomismo es un sistema filosófico poderoso, brillante y absolutamente mundano, que se ha granjeado un respeto creciente de los pensadores norteamericanos no católicos. Su realismo se revela en su epistemología, según la cual la mente conoce el ser directamente; en su ampliación de la lógica formal aristotélica; y en su teología teocéntrica, a diferencia de la "experiencia religiosa" subjetivista de la teología liberal protestante. La neo-ortodoxia protestante (neo-calvinista en gran parte), en las teologías de Niebuhr y de Tillich ha desarrollado también una orientación teocéntrica y es otro ejemplo de realismo.

La fenomenología de Husserl, con su teoría de las esencias objetivas, es realista, y a partir de Pierce, ha recibido una atención cada vez mayor de los pensadores norteamericanos. Una revista de la Sociedad Fenomenológica Internacional, titulada *Philosophy and Phenomenological Research*, se publica trimestralmente en la Universidad de Buffalo, y la dirige Marvin Farber, quizás el exponente norteamericano más destacado del movimiento.

Pero el movimiento en el cual se piensa cuando se habla de realismo en los Estados Unidos, es el que se inició en 1910. Montague ha dado una clara información acerca de este importante tipo de realismo norteamericano:

El gran realismo tomista de los católicos fue, desgraciadamente, considerado por los no católicos excesivamente vinculado a los dogmas teológicos para ofrecer algún interés al pensamiento secular. Las doctrinas realistas de la escuela escocesa... habían

pasado. La tendencia agnóstica de Spencer y Hamilton no había afectado en ningún grado a la enseñanza de las universidades. Todavía no habían llamado la atención... las huellas de realismo... en la filosofía de C. S. Pierce.¹

Fue, creo yo, en la primavera de 1910 cuando seis profesores de filosofía formaron un grupo con el propósito de exponer... un tipo nuevo de filosofía realista...

Había ciertos postulados metodológicos y epistemológicos que compartíamos en común...

1. Los filósofos deben seguir el ejemplo de los científicos, y cooperar en vez de trabajar aislados...

2. ...el problema de si la relación cognoscitiva es o no condición necesaria para la realidad de los objetos conocidos.

3. Algunos por lo menos de los *particulares* de que tenemos conciencia existen cuando no somos conscientes de ellos (realismo existencial de sentido común).

4. Algunas por lo menos de las *esencias* o *universales* de que tenemos conciencia, subsisten cuando no somos conscientes de ellos (realismo platónico).

5. Algunos por lo menos de los particulares y de los universales que son reales, son apprehendidos directamente y no indirectamente mediante copias o imágenes mentales (realismo representativo de Reid contra realismo representativo de Locke).

Así, pues, los realistas, antes de que el movimiento se escindiera en neo-realismo y realismo crítico, estaban de acuerdo en tres puntos importantes: 1) que no puede obtenerse un conocimiento del mundo mediante el análisis de la naturaleza del conocimiento mismo; 2) que, puesto que el conocimiento tiene lugar en la esfera del ser, y aún admitiendo la diferencia de las cosas conocidas y del sujeto cognoscente, no hay entre ellos ninguna bifurcación; y 3), finalmente, que puesto que el

¹ Como fundador, en 1946, de la Charles S. Pierce Philosophical Society, me satisface consignar que la filosofía de Pierce ha adquirido ya consideración internacional. La Sociedad ha conseguido la publicación de nuevos volúmenes de trabajos de Pierce y patrocinado un libro de ensayos por veintidós profesores, titulado *Studies in the Philosophy of Charles Sanders Pierce* (Harvard Univ. Press, 1952). Sobre este gran pensador, a quien Royce, James y Dewey alababan como la mentalidad más original que habían conocido, se han escrito o se están escribiendo algunos libros en diferentes países europeos.

conocimiento de las cosas es directo, y no mediatizado por conceptos ni ideas, el sujeto cognoscente y su objeto de conocimiento se hacen uno en el acto del conocimiento.

El realismo en sus diversas formas: neo-realismo, realismo crítico, realismo pragmático, realismo físico (representados respectivamente por Montague, Lovejoy, C. I. Lewis y Sellars), tiene muchas ramificaciones, demasiado numerosas y complejas para tratarlas en detalle. Nació como una reacción contra el idealismo, como también, aunque de otra manera, el pragmatismo, siendo nuevo ejemplo del tipo tesis-antítesis del pensamiento norteamericano en los siglos XVIII y XIX.

Puesto que el existencialismo, en algunos de sus principales pensadores europeos, tiene una base realista en su concepto del ser, debemos decir aquí unas palabras sobre su influencia en los Estados Unidos. Lo cierto parece ser que el existencialismo ha tenido aquí menos desarrollo que cualquiera de los otros seis movimientos de la Europa contemporánea. Algunos filósofos norteamericanos están empezando a escribir acerca de él, y realizan considerables estudios sobre el mismo. Su única salida con cierta profundidad a la escena intelectual norteamericana se encuentra en los teólogos de la neo-ortodoxia protestante, especialmente en Paul Tillich. Los teólogos católicos comienzan, en algunos casos, a ver posibilidades de incorporar a su doctrina algunos elementos existencialistas, como el pensador católico Marcel en Francia.

El naturalismo, último de los movimientos que examinaremos en este ensayo, tiene dos puntos comunes con el pragmatismo, el positivismo lógico y el realismo, uno negativo y otro positivo. El punto negativo es que participa en la rebelión de aquéllos contra el predominio que al empezar nuestro siglo ejercía el pensamiento idealista; el punto positivo, en que está de acuerdo con ellos, es la profunda fe en la ciencia como la suprema y única fuente fidedigna del conocimiento humano. Estos cuatro movimientos están de acuerdo en cuanto a reaccionar con optimismo a la incitación de la ciencia. Esta ardiente fe en la ciencia como el único método fidedigno de conocimiento ha sido en algunas de sus formas, absolutamente ingenua cuando se la considera a la luz de la crítica de la ciencia que en la primera parte del siglo han hecho hombres como Poincaré, Avenarius y especialmente Mach, en Europa, para no hablar de la rebelión de James por aquel mismo tiem-

po contra el cienticismo y a favor de la dignidad ética y el libre albedrío.

El naturalismo se confunde fácilmente con el realismo, porque coinciden en algunos puntos. También es cierto que algunos naturalistas son al mismo tiempo pragmatistas. Pero el rasgo principal del naturalismo es su metafísica monista que repudia todos los dualismos, tales como sobrenatural-natural, físico-metafísico, etc. Cree Bochenski que las principales corrientes de la filosofía europea contemporánea, con excepción de Russell y de los neo-positivistas, han superado ya esa fase anti-dualista que en el siglo XIX produjo el idealismo monista de Hegel, el materialismo monista de Haeckel y el evolucionismo monista de Huxley y Spencer. Las escuelas filosóficas europeas más influyentes han avanzado actualmente hacia una concepción en que la realidad se considera orgánica, personalista y jerárquica en los diversos planos del ser. Esto deja al naturalismo norteamericano relativamente atrasado respecto del pensamiento europeo en profundidad crítica y constructiva.

La unidad del hombre con la naturaleza fue destacada por Woodbridge, quien, al exponer su naturalismo, dice: "Nuestro mundo es iluminado por el pensamiento. . . Es otro ejemplo de teleología natural. Porque la naturaleza produce seres pensantes lo mismo que astros rotatorios". Pero el mejor resumen del naturalismo me parece el de Winn:

1. Sostenemos que el contenido de la filosofía tiene el mismo ámbito o alcance que el de la ciencia. . .
2. Sostenemos que, en consecuencia, la ciencia y la filosofía deben ser auténticas compañeras en la prosecución de la verdad, ambas igualmente naturalistas, investigando la primera el aspecto fenomenal de los problemas, y la segunda el aspecto conceptual. . .
3. Sostenemos que la filosofía contemporánea tiene el deber de aclarar y asimilar, en términos conceptuales, mucho de lo que ha descubierto la ciencia reciente.

El pensamiento norteamericano contemporáneo ha estado, y está, vigorosamente vivo. Aunque carecen de la profundidad de los mayores pensadores europeos, los directores del pensamiento en los Estados Unidos despliegan una sabiduría, una madurez y una universalidad de ideas cada vez mayores.

A causa de la posición actual de los Estados Unidos, hay una fermentación de ideas que no tiene precedentes. Las mutuas relaciones entre el idealismo, la fenomenología, el realismo, el pragmatismo y el naturalismo, con elementos cada vez más importantes del existencialismo, son enormemente complejas y de interés únicamente para el especialista en filosofía. Para mostrar cuán fluida y compleja es la situación, cito las siguientes palabras de *The Development of American Philosophy*, de Muelder y Sears:

Las relaciones de las doctrinas idealistas características con los principales movimientos antagónicos en la filosofía norteamericana proyectan alguna luz sobre la situación contemporánea. La objetividad de los valores... es afirmada en el realismo de Whitehead, en los escritos del neo-realista Spaulding, en el naturalismo de Wieman y en el realismo o naturalismo personal de Pratt. La objetividad de los valores es negada por la mayor parte de los neo-realistas, y por los realistas críticos como Santayana y Sellars. En la filosofía de John Dewey es ambigua la situación de la doctrina. La doctrina idealista, que, desde Hegel, hace hincapié en la metafísica orgánica, ha sido objeto de especiales ataques por parte de los neo-realistas. Por otro lado, Whitehead, Dewey y Wieman, lo mismo que Sellars, combaten el atomismo y sustentan puntos de vista esencialmente orgánicos. El principio idealista, según el cual "ser es obrar", o que la realidad es un proceso evolutivo, es negado también por el neo-realismo, pero se concede importancia a esa doctrina en el pragmatismo, en el naturalismo evolutivo y en el realismo de Whitehead.

Otro punto destacado por el idealismo ha sido la unidad y libertad del yo. Aunque difieren en otros aspectos importantes, Spaulding, Pratt, Dewey, Whitehead y otros muchos mantienen una posición análoga en esta cuestión.

Podría demostrarse con muchos más ejemplos esta intrincada interpenetración de los diferentes tipos filosóficos.

Al someter ahora a una última revisión nuestras ideas, puede advertirse que la filosofía contemporánea en los Estados Unidos durante los cincuenta años postreros ha mostrado una correspondencia considerable, aunque en grado y profundidad variables, con las seis tendencias filosóficas más impor-

tantes de Europa durante el mismo tiempo. A la filosofía de la materia ha respondido el pensamiento norteamericano con el positivismo lógico y el naturalismo; a la filosofía de la idea, con el idealismo; a la filosofía de la vida, con el pragmatismo y algunas manifestaciones de historicismo; a la filosofía de las esencias, con la fenomenología; al existencialismo, aunque aquí ha tenido sólo manifestaciones relativamente débiles, con la teología neo-ortodoxa; a la filosofía del ser (metafísica), con el neo-tomismo y con el realismo de Whitehead. En cuanto a su influencia relativa, no es difícil ver que corresponde el primer lugar a la filosofía de la vida en la forma de pragmatismo y de un historicismo difuso; el segundo, al realismo en sus diversas formas y al naturalismo; y un tanto a la zaga siguen el idealismo, la fenomenología y el existencialismo. Pero esto es muy inseguro para los años transcurridos desde 1950, y el decenio presente puede revelar una nueva ordenación de las influencias relativas.

Quizás no sea inoportuna una breve especulación acerca del futuro. Si los Estados Unidos han de desarrollarse filosóficamente de un modo proporcionado a su situación política y económica como potencia mundial, es sumamente deseable que el pensamiento norteamericano ingrese lo antes posible en la escuela de la filosofía comparada. Mientras los pensadores norteamericanos no conozcan las filosofías de Asia y de la América Latina, lo mismo que conocen ahora el pensamiento europeo, la filosofía no puede poseer de verdad en los Estados Unidos las necesarias perspectivas universales. El autor de las presentes líneas ha asistido a varios Congresos Panamericanos (ahora se dice interamericanos) de Filosofía, y tales congresos son admirables pasos adelante en la dirección conveniente; pero aún queda mucho por hacer en el camino de la preparación de textos adecuados y la institución de nuevos cursos en las Universidades de los Estados Unidos, para que la juventud del país adquiera un conocimiento suficiente de los tesoros de pensamiento de Asia y de la América Latina.

Entre tanto, llevemos grabado profundamente en nuestra conciencia, como hombres de pensamiento, que la filosofía tiene siempre una noble misión en la vida espiritual de la humanidad. Implícitamente, si no siempre expresamente, reina como gran intérprete de las artes y las ciencias de la humani-

dad. El "sentido común" nunca es suficiente. La historia demuestra con mucha frecuencia que lo que ahora llamamos "sentido común" es el residuo del pensamiento filosófico anterior. Gran parte de lo que hoy piensan los filósofos será la fe, el sentido común y el clima cultural de mañana.

Presencia del Pasado

INTRODUCCIÓN A CONCOLORCORVO Y A SU ITINERARIO DE BUENOS AIRES A LIMA ¹

Por Marcel BATAILLON

EL *Lazarillo de ciegos caminantes* no tiene nada de común con *Lazarillo de Tormes*, aparte el nombre que el malicioso héroe ha legado a la profesión con que comenzó sus aventuras y desventuras. El guía de ciego es aquí el "guía de bisoños viajeros" de Buenos Aires a Lima. Se trata de un itinerario.

El libro apareció en Lima a principios de 1776 con una falsa indicación de lugar y fecha: Gijón, 1773. A pesar de haber sido incluido por O. Rich, en 1835, en la bibliografía americana, no conocería su primera reimpresión hasta 1908, por la Junta de Historia y Numismática Americana de Buenos Aires, con un prefacio de Leguizamón. No obstante, continuó siendo un libro raro. En 1938, Ventura García Calderón lo incluyó en su Biblioteca de Cultura Peruana, publicada en París. Desde entonces ha sido reimpreso tres veces. Dos de estas reimpresiones han visto la luz en colecciones populares castellanas.

Hoy, como resultado de las investigaciones que, desde hace medio siglo, nos han ido haciendo esta obra menos enigmática, la paternidad de este libro es irrevocablemente otorgada a aquel

¹ El presente estudio no hubiera podido ser escrito sin el precioso concurso de D. José de la Peña, Director del Archivo General de Indias, de Sevilla, quien me ha enviado copias de importantes documentos inéditos (A. G. I. Lima 860 y Lima 993); en particular una carta de Carrió al Rey (Madrid, 6 julio 1770). Desgraciadamente, ha sido imposible hallar la *Relación de los méritos y servicios de Don Alonso Carrió y Lavandera*, (impresa en Madrid el 13 de mayo de 1769), catalogada por J. T. Medina bajo el No. 4387, en el tomo V de su *Biblioteca Hispano-Americana*. Igualmente debo hacer constar mi agradecimiento al señor Paul Verdevoye que me envió de Buenos Aires copias o ejemplares de artículos que no se puede encontrar en París.

a quien buenos jueces, como F. Monjardín y R. Porras Barrechea, consideraban ya como su solo y único autor: Don Alonso Carrió de la Vandera (o Bandera). Dejémosle, sin embargo, guardar el pintoresco apodo con que ha revestido al personaje mezclado a su mistificación. Los editores más recientes han retenido Concolorcorvo como un seudónimo "sonoro y significativo".

Es muy digno de elogio el seguro instinto con el que argentinos y peruanos han distinguido esta obra como uno de los monumentos literarios representativos de su siglo XVIII colonial. Pero ya es hora de privarle de su dudosa aureola de indigenismo, debida a la superchería de don Alonso. Este visitador de Correos no ha prestado ni su pluma ni su diario a don Calixto Bustamante Carlos Inga cuyo nombre ha puesto en el frontispicio de la primera edición clandestina del *Itinerario*. Es raro que una mistificación no alcance crédito, poco o mucho. Esta ha cubierto ya su camino. Don Calixto, indio o mestizo de quien ignoramos la proporción de sangre real que corría por sus venas, no tiene ya ningún título con qué figurar en la historia literaria del Nuevo Mundo, ni tan siquiera como un pariente pobre del Inca Garcilaso de la Vega, auténtico fundador de la literatura peruana.

NADA sabemos de los orígenes familiares de D. Alonso Carrió de la Bandera. El nombre Carrió parece catalán. Un guerrillero de Manresa lo ilustró en el siglo pasado. Quizá valga la pena notar que un homónimo de D. Alonso hacía carrera en la diplomacia al mismo tiempo que nuestro autor la hacía "en las Indias". J. J. Rousseau conoció a este otro Carrió, secretario de embajada en Venecia, donde le adoptó por compañero de aventuras amorosas y de quien nos dice formó parte luego de la Embajada Española en París.

Don Alonso nació en Gijón hacia 1715. En tanto no se halle la relación detallada de sus servicios, habrá que contentarse con algunos pocos documentos y sobre todo con su *Lazarillo* para poder reconstruir a grandes rasgos su carrera americana. Llega a los veinte años de su edad a México, donde pasará dos lustros, ya en la capital, ya en las avanzadas del México colonial de entonces, en la Nueva Vizcaya (actuales Estados de Durango y Sonora). Carrió se traslada a Lima en 1746, a sus 31 años. Allí contrae matrimonio en 1750 y fija su residen-

cia. Bajo el reinado de Fernando VI, entre 1750 y 1757, es nombrado corregidor por cinco años de la provincia de "Chilques y Masques", o sea, en el confín de las actuales provincias de Ayacucho y de Apurímac. Ejerce allí las funciones de lugarteniente del Capitán General, de Alcalde Mayor de Minas y de Subdelegado del Juzgado de Bienes de Difuntos, cargos estos que desempeñó a la entera satisfacción del Virrey y de la Audiencia de Lima. En 1762-63 España se encontró en guerra contra Inglaterra y se previno la defensa del imperio contra posibles desembarcos. El nuevo virrey D. Manuel de Amat concibió la idea de crear en Lima un regimiento de caballería con nobles voluntarios. Don Alonso se alistó en él e hizo todos los gastos de caballos, armas y uniformes requeridos por este servicio de honor.

Con Carlos III el despotismo ilustrado sube al trono. En 1767, el Rey decreta la expulsión de la Compañía de Jesús, cuyas Misiones constituyen en Sudamérica una potencia espiritual y económica sin precedentes, un Estado en el interior del Estado. Los religiosos han de ser conducidos a Europa, bien vigilados por cierto, pero no sin las debidas atenciones. Se les provee de la vestimenta adecuada para tan largo viaje que debe atravesar las regiones árticas, mientras se prepara en el puerto del Callao el navío de guerra "El Peruano". En él van a embarcar 181 jesuitas del Perú y de Chile. Don Alonso Carrió se ofrece a ser el convoyante de los misioneros repatriados. El navío hace una escala de un mes en Valparaíso. Aquí se quedan en tierra algunos enfermos, pero otros religiosos debidamente equipados por los cuidados del Presidente de la Audiencia de Chile, son embarcados, con lo que el número total de deportados asciende a 200. Conocidas son las actividades intelectuales y de información sobre América realizadas en su exilio por esta singular emigración, entre la que se hallaban hombres como el P. Lacunza y el P. Juan Ignacio Molina, por no citar más que dos chilenos ilustres por sus escritos.

En 1768, tras haber entregado los jesuitas a las autoridades de Cádiz, Carrió se traslada a la Corte para solicitar la recompensa de sus servicios. Su candidatura al puesto de corregidor de Arica fracasa, no obstante haber conseguido tres votos del Consejo. No tiene más suerte para la vacante de Huamanga. Cansado de ser presentado siempre en tercer lugar, decide imprimir su relación de servicios y distribuirla en las oficinas y los

Consejos, además de hacerse recomendar por D. Manuel de Roda y Arrieta, el ministro de Gracia y Justicia que había preparado la expulsión de la Compañía de Jesús. Con este alto apoyo, Carrió renueva sus gestiones para obtener el corregimiento de Huarochiri al que acababa de aplicar infructuosamente sus empeños. Tiene ya 55 años y se siente amargo. Se queja de haber echado a perder su salud y abandonado su familia y sus intereses en balde. ¿Deberá regresar manivacío a sus lares y llevar en Lima, donde durante veinticuatro años ha sostenido un decoroso papel, una existencia abatida, sin que un empleo venga a testimoniar la estimación regia por sus servicios? No le queda ya sino reembarcar en octubre en "El Peruano", tres años después de haber dejado la tierra peruana.

Pero es unos meses más tarde, en enero de 1771, cuando parte de La Coruña a bordo del correo real "Tucumán" con los dos servidores que le han acompañado a Europa. El 11 de mayo, al filo de la medianoche, aborda las Indias Occidentales, en Montevideo. A todos los sacrificios de tranquilidad y económicos que ha debido consentir para hacerse convoyante de los jesuitas, se añade una última desgracia: el navío "Oriflama" se ha perdido con la pequeña fortuna que Carrió repatriaba al Perú, cerca de 20,000 pesos. Una vez más, el 4 de junio, Don Alonso, invocando su edad que le impide "trabajar corporalmente", solicita su nombramiento a un puesto vacante de corregidor o a cualquier otro puesto "compatible con su talento". Esta última solicitud asombrará a los funcionarios de Madrid. "¿Carrió? ¿No había sido ya recomendado al Virrey del Perú?" "Hágase de nuevo" pues, o insístase si ya ha sido hecho. . .

A FALTA de un lucrativo corregimiento, Carrió había obtenido antes de su partida de España una nueva misión de confianza. Aunque no haga ninguna mención de ello en su memorial del 4 de junio de 1771, había sido encargado de inspeccionar las postas radicadas entre Buenos Aires y Lima. El 12 de enero de 1771, el marqués de Grimaldi le había nombrado Visitador de esta ruta postal. Se había previsto su embarque en La Coruña hacia mediados de febrero en el barco correo del Monopolio de Correos, y notificado su designación al Virrey Amat, a quien se le recomendaba además para un empleo esta-

ble en Lima, tal como interventor o tesorero de Correos en el Perú, una vez llegado al término de su visita.

Esta misión se inscribe en una gran reorganización de las Comunicaciones terrestres y marítimas de la monarquía española, coyuntura ésta sobre la que el señor Walter B. L. Bose, erudito historiador de los Correos de Sudamérica, ha proyectado hace 19 años una nueva luz.² Y esta circunstancia va a hacer de Carrió un escritor.

La reforma a la que el marqués de Grimaldi ha ligado su nombre contribuye al movimiento que, bajo los Borbones, acelera la concentración estatal de la potencia española. Los Reyes Católicos habían emprendido esta tarea desde el fin de la Reconquista. Isabel había recuperado para la Corona de Castilla las inmensas riquezas territoriales de las Ordenes Militares, revocando las concesiones hechas por sus predecesores a la caballería armada contra el infiel. El déspota ilustrado Carlos III incorpora a la Corona en 1768 el oficio de Correo Mayor de Indias que el viejo Fernando había concedido en 1514 a uno de sus consejeros, el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal y a sus descendientes. El título de este privilegio, "Correo Mayor de las Indias descubiertas y por descubrir" recuerda el título de "Almirante, Virrey y Gobernador de las Islas y Tierra Firme descubiertas y por descubrir" imprudentemente otorgado a Cristóbal Colón y a sus herederos. El último Correo Mayor hereditario había sido el conde de Castillejo, Don Fermín Francisco de Carvajal, heredero de un nombre que un ministro de Fernando VI había recientemente ilustrado por la organización de la Superintendencia de Correos y Postas. En lo sucesivo, esta administración será una Renta General, una de las fuentes de ingresos del Estado, como las Aduanas. Las Postas de Indias serían un sector de ella y no de los menos productivos.

La reforma de las Comunicaciones americanas había comenzado por la institución, en 1764, de los correos marítimos cuyo puerto de base peninsular era La Coruña.

Aunque Don Alonso Carrió había sido encargado solamente de la inspección y de la reorganización de las postas terrestres de Buenos Aires a Lima, se sentía ya en misión a bordo del "Tucumán". Desgraciadamente, su Diario Náutico, si es que

² "El *Lazarillo de ciegos caminantes* y su problema histórico", en *Labor de los Centros de Estudios*, publicación de la Univ. Nac. de la Plata, Sección II, T. XXIV, año 1940, p. 219-287 La Plata. 1941

llegó a escribirlo, no ha llegado hasta nosotros.³ Sobre el cumplimiento de su misión, ejercida de total acuerdo con el primer Administrador general de Correos del Río de la Plata, Don Domingo de Basavilbaso, el señor Bose ha extraído de los Archivos Argentinos detalles muy interesantes. El trabajo de reorganización que se imponía en esta cabeza de línea de las postas sudamericanas fue ultimado en septiembre-octubre de 1771. A principios de noviembre, Don Alonso Carrió se pone en camino hacia Lima. El *Lazarillo de ciegos caminantes* es, en parte, la Relación de su visita y de las medidas adoptadas por el Visitador. Es la única Relación de este tipo conocida hasta hoy.

¿QUÉ razones le condujeron a hacer de ella una publicación clandestina? Este punto nos será mejor conocido cuando se haya estudiado detenidamente el voluminoso legajo del Archivo de Indias, del que el señor Bose anunciaba en 1941 el descubrimiento (sin dar la referencia) y a cuyo estudio prometió entonces dedicarse. Pero como la cuestión no había avanzado un paso desde entonces, yo solicité en 1956 de un joven historiador francés, André Saint-Lu, buscara este expediente en Sevilla. Lo encontró (A.G.I. Sección 8a. (Correos) Leg. 116) y, gentilmente, extrajo para mí los datos que me permitirán decir lo esencial sobre la aparición del misterioso libro.⁴

³ El único fragmento, cuya copia ha sido encontrada por el señor Real Díaz (véase Nota 4) es reproducido por él en facsímil [Nota de 1960].

⁴ Entregado a la UNESCO en junio de 1957 el original de estas páginas, recibí en octubre de 1958 de José J. Real Díaz un artículo que acababa de publicar en Sevilla sobre "Don Alonso Carrió de la Vandra, autor del *Lazarillo de ciegos caminantes*", en el tomo XIII del *Anuario de Estudios Americanos* con fecha 1956 (30 páginas y 2 láminas). El autor traza en este artículo la génesis y la historia del *Lazarillo* de Carrió y transcribe integralmente la carta de la que hemos extractado el pasaje esencial según la copia recibida del señor Saint-Lu en septiembre de 1956, y la reproduce en facsímil, así como un recibo autógrafo firmado por "Calixto Bustamante" en Potosí el 21 de agosto de 1772. Este último documento atestigua que el "Inca" sirvió de escribiente a don Alonso durante diez meses de su viaje, con unos honorarios de 20 pesos por mes. Las cuentas de Don Alonso confirman que este "Don Calixto Bustamante Carlos Inga" entró a su servicio como escribiente en Mendoza y se separó de él en Potosí. Estos datos hacen ya casi inútil toda hipótesis sobre las razones de la

El comportamiento de D. Alonso Carrió en este asunto no puede ser comprendido sin tener en cuenta las diferencias que desde el principio de su misión le opusieron a su superior jerárquico de Lima, punto este que también fue aclarado por el señor Bose en 1941. El rey había designado a D. José Antonio de Pando como "Administrador General de Correos del Virreinato del Perú" cuando la incorporación de este servicio a la Renta General de las Postas. Pando, partido de La Habana, había arribado al continente en Cartagena de Indias, puerta de la Nueva Granada al mar de las Antillas. La fase preliminar de su misión consistía en la inspección del sistema de los Correos terrestres entre este puerto y Lima. Pando la comenzó en 1769 y no la acabó hasta 1772, por haber sido largamente inmovilizado en Bogotá por una enfermedad.

Don Domingo de Basavilbaso trató desde un principio de ponerse en contacto epistolar con el nuevo Administrador general, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Es probable que fueran las quejas de Don Domingo a este respecto lo que decidió al Gobierno de Madrid a designar otro inspector de los servicios postales entre Buenos Aires y Lima. La llegada de éste a Buenos Aires fue acogida por Don Domingo con gran alegría. Estos dos hombres estaban hechos para entenderse. Ambos tenían la misma concepción del servicio público y de los intereses reales a ellos confiados. Hombres de acción, los dos se hicieron una misma y poco favorable idea de "Don José", quien, según el propio secretario del Virrey, se dejaba llevar por dos empleados de la Renta de Correos de Lima, a los que abandonaba el cuidado de las decisiones, no obstante disponer él de la inteligencia requerida para juzgar y decidir. Uno de los puntos en que Basavilbaso y Carrió manifestaron su desacuerdo con Pando era el relativo a la aplicación del nuevo sistema de percepción del porte de las cartas instituido por el gobierno. Las nuevas ordenanzas que prescribían el pago por el destinatario, aunque contaban con una larga tradición y ofrecían más garantías a la Hacienda real, invertían el uso establecido bajo el Co-

superchería que consistió en presentar como extractado por este personaje el diario que él había escrito en parte al dictado de D. Alonso. El señor J. J. Real Díaz acaba de reimprimir su estudio como introducción a la edición del *Lazarillo de ciegos caminantes* cuidada por Juan Pérez de Tudela (Biblioteca de Autores Españoles, t. CXXII: *Relaciones histórico-literarias de la América Meridional*, Madrid 1959, p. 245-277 [Nota de 1960].

rreo Mayor de hacer pagar el porte al expedidor, tipo éste de percepción que aseguraba la retribución de los arrendatarios locales. Los consejeros de Pando, tal vez no muy desinteresados en este asunto le habían persuadido a mantener el antiguo sistema de percepción. En una carta dirigida a Carrió durante la estancia de éste en Potosí, Basavilbaso le puso al corriente de las medidas adoptadas por Pando, contrarias a las ordenanzas reales, asegurándole que, por lo que le tocaba, éstas serían acatadas en su jurisdicción. Bien informado, hablaba de "una guerra declarada" contra él y Carrió por el Administrador General de Lima.

Mientras el expediente Carrió no sea estudiado como merece, puede muy bien sospecharse que esta tensa situación se prolongó después de la llegada del Visitador a Lima. Ello debió influir en la concepción de su libro y en su modo anómalo de publicación. El *Lazarillo* está concebido como un itinerario útil a los viajeros, pero aparece sazonado de digresiones técnicas, de chanzas históricas y cuadros costumbristas, y presentado como extraído del diario de Carrió por un personaje irresponsable e ingenuo.

El libro fue impreso clandestinamente en 1775 o a principios de 1776, en una imprenta de Lima, seguramente la de los "Huérfanos". Para enmascarar esta infracción a las ordenanzas de imprenta. Don Alonso recurrió a una superchería, capaz quizá de engañar a lectores no avisados, pero no a las autoridades. Al pie del frontispicio inscribió el nombre de una imprenta imaginaria que localizó en Gijón, su ciudad natal, al que añadió la fecha de 1773, difícilmente verosímil para la impresión en España de la Relación de un viaje a Lima acabado hacia la mitad de ese mismo año. Esta fecha debía dar a entender que el libro circulaba ya hacía varios años antes de su aparición en el Perú.

Peró Carrió no quería arrostrar complicaciones con sus jefes de Madrid. El 24 de abril de 1776 enviaba su libro a los Jueces Administradores generales de la Renta de Correos, con las explicaciones siguientes:

Por est navío dirijo a Vuestras Señorías dos paquetes con 12 exemplares de mis Itinerarios, desde Montevideo a esta capital [Lima]. . . Las continuas ocupaciones en que me hallé hasta fin de el año 1774, no me dieron lugar

a pensar en la impresión de mi viaje, hasta que los muchos amigos que tengo en la Sierra me importunaron tanto por manuscritos, que sólo uno, que hice sacar, y con vastantes erratas, me tubo de costo 80 pesos, sin el papel, por lo que resolví hacer una impresión de 500 ejemplares, para repartir a todos los Administradores Mayores de la Renta, desde Montevideo a Cartagena con sus travesías, y complacer a algunos amigos, reservando menos de la mitad, en que apenas sacaré el costo de papel, y encuadernación, sacrificando más de 400 pesos de mi corto caudal.

Disfracé mi nombre por no verme en la precisión de regalar todos los ejemplares. No ignoran VSS. lo árido de un diario, particularmente en payses despoblados, por lo que me fué preciso vestirle al gusto del pays para que los caminantes se diviertan en las mansiones, y se les haga el camino menos rudo. Yo recelo, que no sean del agrado de VSS. por difuso y en algunas partes jocoso. Lo primero lo executé a pedimento de los tratantes en mulas, que no creo sea desagradable a ninguno, y aun pienso que ahí tendrán mucho la complacencia de saver a fondo la sustancia de este género de trajín.

En lo segundo procedí según mi genio, en que no falté un punto a la realidad— . . .

Estas explicaciones, incluso si son sinceras, no encierran sin duda *toda* la verdad sobre esta publicación singular. ¿Por qué, habiendo resuelto disimular su personalidad oficial detrás de un "indio neto", que dice haberle acompañado y explotado su diario de inspección, no se limita Carrió a dotar a este fantoche del burlesco seudónimo de Concolorcorvo? ¿Por qué designarlo con el nombre de un indio de carne y hueso, cuando con ello le expone a persecuciones por infringir las ordenanzas de imprenta?

En 1929, el P. Vargas Ugarte⁵ reveló el nombre del tío de don Calixto, al que éste hace alusión en nuestro libro. D. Juan de Bustamante Carlos Inga, g:ntilhombre de cámara de Su Majestad Fernando VI, era efectivamente miembro de

⁵ "En pos del verdadero autor de El Lazarillo" en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, Año VII, Buenos Aires, enero-marzo de 1929.

una familia del Cuzco descendiente de Cristóbal Paulo Topa Inga, el hijo de Huayna Capac que siguió a Almagro a Chile.

W. Bose dio más tarde a conocer una carta de recomendación en favor de don Calixto, dirigida en 1770 a Basavilbaso por un secretario del Virrey, Martín de Martiarena. Este presentaba a don Calixto como un joven de buenas prendas que, tras la muerte de su señor, un alto magistrado de Chile, se dirigía a Buenos Aires en busca de un clima que no fuera "contrario a su salud". Cosa curiosa, Basavilbaso y su hijo descubrieron que la firma de esta carta estaba "contrahecha" y así lo consignaron. ¿Lo comentarían bromeando con su amigo Carrió al año siguiente? ¿Sería esta una de las razones del honor que le confirió el Visitador al ponerle en escena (o en un brete) en su chistosa historia, y al llamarle "señor inca" con una condescendencia llana y amistosa?

De otra parte, Carrió, en su carta a los administradores de Madrid de la Renta General de Postas, insinuaba que se podría reeditar su libro bajo una forma más seria. Aligerado de sus digresiones, y ceñido a su objeto de guía de viajeros, el libro podía reducirse al cuarto de su contenido, y concediendo un igual número de páginas al "distrito de don José", es decir, a las rutas septentrionales inspeccionadas por Pando, se podrían imprimir por 600 pesos como máximo 1,000 ejemplares de un itinerario que abarcase las 2,000 leguas del trayecto Cartagena-Buenos Aires. ¿Quería Carrió manifestar así un celo que el propio jefe de los servicios postales, menos inclinado a manejar la pluma, no había demostrado? Las raras alusiones del *Lazarillo* a los administradores generales parecen discretos zarpazos contra Pando. Y es casi seguro que éste, consultado sobre la publicación proyectada por Carrió, no la hubiera aprobado.

Pero la cólera de Pando contra Carrió parece que fue provocada por otra memoria anónima y clandestina que salió en 1777 ó 1778 de la imprenta de los Huérfanos de Lima. Este largo *Manifiesto* sobre "las utilidades que ha tenido el Rey de la incorporación de Correos a la Corona", del que el expediente Carrió contiene varias copias manuscritas, fue denunciado por Pando como un peligroso libelo. La edición, imputada a Carrió, fue confiscada. Se procedió a un registro en casa del autor y se levantó un inventario de sus bienes. Los impresores y el propio Carrió fueron detenidos. Tras muchas instancias, nuestro autor fue puesto en libertad, en atención a su edad y a

su delicada salud, y pasado a la jubilación por el conde de Floridablanca. Ignoramos qué fue de él después de 1778.

¿**P**IERDE el *Lazarillo de ciegos caminantes* su sabor e interés una vez descubierta su mistificación? Lejos de ello, ganará indudablemente siendo tratado según sus verdaderos méritos, que no son escasos.

No exageremos su valor artístico. Las gracias literarias con que ha sido adornado apresuradamente no deben obnubilarnos. Carrió, escritor por accidente, sentía suficiente respeto por la literatura como para juzgar su libro árido y mal escrito. Su cultura, como la de todos sus coetáneos de buena familia, era a base de humanidades. De ella había guardado el gusto por las ideas y las observaciones morales, con un pequeño bagaje de citas latinas. El *Telémaco* era el libro moderno que coronaba su cultura clásica. Sus lecturas españolas predilectas eran, con *Don Quijote*, "el ingenioso Gracian" y las poesías festivas de Quevedo. Es capaz de algunos accesos de humor picaresco, de algunas pullas contra el galicismo invasor, de algunos cuadros de costumbres un tanto rebuscados, como la descripción de las elegancias fastuosas y anticuadas del "gachupín" guatemalteco, o como el pasaje de los *gauderios* (antepasados de los *gauchos* del siglo siguiente). Todo esto deja pensar que si hubiera cultivado más sus dones habría sido, con Torres Villarroel y Cadalso, un sólido eslabón intermedio entre los moralistas picarescos del siglo XVII y los *costumbristas* del XIX.

El verdadero maestro al que él más se asemeja es Feijóo, el lúcido benedictino amante de las ciencias naturales, profesor de espíritu crítico y de alertada atención a las realidades. Si hay un pasaje de su libro que sitúa verdaderamente a Carrió es aquel en que —hacia el final del prólogo— se burla del "gran Peralta", lamentando que este peruano de peluca haya perdido su tiempo y su erudición en una literatura de glorificación del pasado (*Lima fundada, España vindicada*) en lugar de haber escrito la "historia civil y natural" del Perú. No sin irreverencia, le compara a un caballero rústico del Tucumán cuya biblioteca estaba compuesta de los *Viajes* anovelados de Fernão Mendes Pinto por Extremo Oriente, de las *Guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita, de una mitología antigua y de un librito popular sobre Carlomagno y sus doce pares;

el buen hombre había asimilado estos cuatro libros a su propia substancia, pero ignoraba el nombre del predecesor del rey reinante y era incapaz de describir correctamente las siete u ocho leguas a que se limitaba su horizonte geográfico. Lo que a Carrió le interesa es lo real y lo actual, no lo libresco. La realidad americana más concreta es su objeto preferido. La conoce tanto en su conjunto como en el detalle y siempre por dentro y desde dentro. La forma misma con que hace suyas las consideraciones de Feijóo sobre los "españoles americanos" nos ayuda a precisar en qué sentido participaba él de una conciencia americana, no obstante situarse un poco al margen del mundo criollo. ¡Meras tonterías, lo que se dice entre los criollos acerca de la precocidad de sus espíritus y de su senilidad prematura! Feijóo tiene razón cuando explica la diferencia de ritmo o de nivel intelectual entre la península y América por una diferencia de educación. Carrió sabe perfectamente cómo el suelo y el clima de Lima y México, sobre todo los de este último, pueden poner a prueba a los organismos. La tópica comparación entre los criollos y los españoles aclimatados en el Perú le parece injusta. "Aquí, dice, raro es el mozo blanco que no se aplique a las letras desde su tierna edad siendo muy raro el que viene de España con una escasa tintura a excepción de los empleados para las letras". Carrió se cuenta indudablemente entre la minoría llegada "con una escasa tintura". Pero, vuelto a Madrid, es ya un peruano, *perulero*, o sea, tanto como decir criollo; y encuentra natural que los madrileños le confundan "con los demás criollos". Pues es ya un español americano. Pero lo es con menos provincialismo que los *peruleros* nativos de Lima. Sus diez años de permanencia en México, cinco de los cuales en la capital, le permiten dominar la rivalidad entre las capitales de los dos virreinos y elevarse a un juicio arbitral. A pesar de haber sido adoptado por Lima, no deja de reconocer que México está animado de una vida más intensa, más ardiente por los estudios y las disputas, más en contacto con Europa, menos mezclado de negros y más rico de población indígena. A los que hayan oído la discordante sinfonía de claxon, de gritos y de organillos en las esquinas de la Tenochtitlán moderna no dejarán de llamar la atención las breves líneas en que Carrió concede ya a esta gran ciudad la palma del ruido y de la cultura escolástica: las fórmulas latinas vociferadas por los ergotistas trascienden no sólo de los colegios y de las oficinas sino también de las barberías, sin que

logre dominarlas el tumulto de tantos coches, de tantos pregones de almanques, folletos piadosos o gulosinas.

Es necesaria una edición anotada de este libro. La dificultad para el hispanista medio radica en parte en que el autor escribe en americano para los americanos. Carrió está perfectamente familiarizado con el vocabulario indígena que designa las cosas de la vida cotidiana, y a veces desconcertantemente asimilado al vocabulario castellano; bajo su pluma, *magno* aparece designando una tintura roja y *gato* un mercado al aire libre, una especie de "rastros". Ambas palabras proceden de voces quichuas, *maknu* y *katu*. Pero, esto aparte, si la lectura de Carrió no es fácil, se debe tanto a los descuidos en que abunda su prosa como, sobre todo, al carácter técnico de numerosos pasajes. Emplea frecuentemente el vocabulario noble, un poco pedante, que el decoro impone a todo funcionario, pero, recurre aún más a la terminología de montes y caminos, de Correos o de la administración local. Sus nociones y opiniones de técnico las ha adquirido en calidad de corregidor e inspector de las rutas postales. Así, en largas digresiones, enriquece la geografía humana y la literatura político-económica americana de una época en que el conocimiento de las cosas concretas prevalece sobre las preocupaciones doctrinales o estilísticas.

Carrió se sentía muy satisfecho de su largo estudio sobre la cría, la doma y el comercio de las mulas. Incluso si lo ha insertado en su libro, como él mismo dice, por complacer a los tratantes en mulas del interior, debemos reconocerle el haber analizado con ello una actividad capital para América del sur. Los tratantes en mulas, su personal y sus recuas eran los principales usuarios de las rutas. Centrado en Córdoba y en Salta, su tráfico cubría un vasto espacio desde los pastizales argentinos hasta las regiones perdidas de la Sierra, hasta las ciudades mineras, hasta las capitales del Perú, suministrando a este inmenso país caballerías de carga, de silla y de tiro. Un cuadro así tenía para la época el mismo interés que tendría hoy el de la industria de automóviles y de su mercado interior en un continente recién abierto a la motorización. Carrió evaluaba en unas 500,000 el número de acémilas entradas en diez años en el territorio peruano (que comprendía Bolivia y el Ecuador). Y la mula tiene de análogo con la fabricación industrial que no se reproduce espontáneamente, siendo fruto de

un cruce artificial e infecundo. Pero nuestro escritor no observa este tráfico en simple curioso o en economista desinteresado, sino que lo describe en hombre de negocios informado del lado financiero de las cosas. Las páginas consagradas a la remuneración de los convoyantes de mulas son oscuras. No se debe sólo a la familiaridad de Carrió con el antiguo sistema de calcular los porcentajes (40 por 100 significa en su lenguaje 40 sobre 140, y consecuentemente 100 por 100 significa 50 sobre 100), sino también a su identificación con una economía colonial muy apegada a la remuneración en especie, practicando los colonos, patronos y administradores reales el suministro forzoso de mercancías a los peones y a los indios. Sobre este sistema se basa aún, como es bien sabido, la forma actual más generalizada de la servidumbre en América del Sur, la servidumbre por deudas.

Carrió había sido corregidor y deseaba volver a serlo. El nos explica en dos palabras, como si fuera la cosa más natural del mundo, por qué los corregidores eran los principales y a veces los únicos compradores de mulas. Estas eran el principal artículo de los suministros forzosos o *repartimientos* que constituían el más seguro ingreso de estos funcionarios. Un tal Villalta, corregidor de Abancay, que se destacó como defensor del orden cuando la rebelión de Tupac Amaru, se hizo también famoso, hacia 1790, por su consumado arte de "repartir" las mulas a los caciques y a las comunidades indias: el comprador contra su voluntad encontraba la bestia atada a su puerta. Una manera, entre otras, de imponer los beneficios de la civilización, interesando en la difusión de ésta a sus difusores.

Este sistema de *repartimientos* de mercancías no coincidía a primera vista con los viejos *repartimientos* o *encomiendas* de indios a los primeros conquistadores sino por el nombre. De hecho, eran dos variantes de un mismo sistema colonial tendente a obligar a los indios al trabajo. Carrió, juez y parte en el asunto, parece hacer de buena fe la apología de los *repartimientos* de su tiempo: nos traza un cuadro idílico de los pueblos que no terminan nunca de pagar sus deudas al corregidor o más exactamente, que no llegan a liberarse de sus deudas hasta el momento en que cesa el corregidor en sus funciones al cabo de cinco años. Gracias a este sistema, estos pueblos son colmenas de trabajo en lugar de verse convertidos en hordas de víctimas de la ociosidad, entregadas a los piojos y a la borrachez. El pueblo en plena actividad está dispuesto a

acoger, con el nuevo corregidor, un nuevo *repartimiento* civilizador. Con la misma convicción defiende Carrió el sistema de los *obrajes*, talleres de trabajo forzado en los que los detenidos de derecho común y los prisioneros por deudas son convertidos en tejedores y mantenidos en condiciones de seguridad y de salubridad muy superiores a las de sus miserables alojamientos. Cuando nos habla del Potosí parece que va a escamotearnos el triste tema de la *mita*, esta ruda y obligatoria faena de las minas para la que frecuentemente se obligaba a poblaciones enteras a desplazarse, incluso de muy lejos, pero nos habla luego de ello a propósito de los confines de la provincia de Chucuito. En un croquis lleno de vida y sin patetismo ninguno, evoca esa especie de "feria divertida" en que los *mitayos* se despiden de sus parientes y amigos, unos riendo y otros llorando. Con sus mujeres e hijos, y empleando a las llamas y a los borriquitos como bestias de carga, se dirigen todos al Potosí, alimentándose en su largo recorrido del ganado que matan y de las papas que arrancan a la tierra. Estos "criados del Rey" viven sobre el país como una plaga de langostas o una tropa en país enemigo.

EL colonialismo sin vacilación de nuestro Visitador se basa en una interpretación puramente colonial de la historia de América. Estamos con él en los antípodas del indigenismo. Carrió invoca a Solís sobre la conquista de México y a Herrera sobre la del Perú (aunque sus recuerdos acerca de ésta están un poco borrosos puesto que nos relata la historia de Atahualpa llamándole Manco Capac). En balde se buscará en su *Itinerario* una sola página sobre las ruinas grandiosas del Perú prehispánico. Si nos habla de Tiahuanaco, es para darnos de este nombre una de esas etimologías indígenas y anecdóticas a las que los criollos solían ser muy aficionados, y para refutar lo que Garcilaso dice de los *chasquis* o correos de los incas, no para maravillarse como aquél de los "grandes e increíbles edificios" que se ven aún. Los monumentos incaicos de El Cuzco no alertan su curiosidad. Concolorcorvo admite muy someramente que la antigua capital de los incas ha sido "muy mejorada por los españoles", y refuta la opinión según la cual hubieran debido transplantar la capital del alto país a una de las llanuras vecinas de El Cuzco. A este respecto, Carrió pone de relieve la ventaja que supuso el tener a mano, en el lugar mismo, la inmensa

cantera de piedras ya labradas, que brindaba la ciudad india, y unos cimientos y muros que los españoles aprovecharon sin tener que demolerlos. Sobre la perfección del trabajo de estos muros que deja pasmados a los viajeros modernos él no nos dice una palabra. Es paradójicamente su pseudo-interlocutor indio el encargado de hacer la apología general de los conquistadores injustamente acusados por los religiosos del siglo XVI, cuyas "plumas ensangrentadas" suministraron una patética materia a los escritores antiespañoles de los dos siglos siguientes. No sólo los indios eran inhumanos y habían hecho numerosas matanzas de españoles, desde la de 1492 en que acabaron con los compañeros de Colón dejados por éste en la isla Española, sino que además eran incapaces de explotar sus riquezas mineras. Carrió remite a la leyenda los fabulosos tesoros de metales preciosos enterrados tras la muerte de Atahualpa: vieja decepción que durante mucho tiempo trabajó la imaginación de los criollos. Y afirma sin ambages que los españoles extrajeron en el Perú más metales preciosos en 10 años que los peruanos en 2,000.

¿Es responsable la llegada de los conquistadores de una despoblación india? Carrió admite que las minas consumen un número importante de indios, que los españoles explotan las mejores tierras, que ellos mismos han creado por sus trabajos de irrigación, pero imputa a la deshonestidad de los caciques y de los auxiliares indígenas de la administración la responsabilidad de una buena parte del despojo que lleva a los indios a la miseria y a la corrupción. Los delitos y las deudas a que esto da lugar conducen a los trabajos forzados y a la muerte prematura. Y, de otra parte, las mujeres indias, en el alto país glacial, no fueron nunca fecundas y el suelo no hubiera podido alimentar jamás a la inmensa población atribuida al Perú en el momento de la conquista. Se habla de 7 millones de peruanos empadronados bajo el virreinato de D. Francisco de Toledo (hacia 1572). Si se trata de cabezas de familia ¡habría que evaluar la población indígena de entonces en más de 30 millones de almas! Pero en ninguna parte se han visto ruinas de aglomeraciones en proporción con la centésima parte de semejante multitud. Si se trata de 7 millones de almas solamente, esta cifra revela una extremada indigencia biológica si se la compara con la de España, país pobre y cuatro veces menos extenso, donde la población aumenta además muy poco. ¿Com-

pensa la calidad el menor vigor de la planta humana? La aptitud de los indios para los oficios artísticos, tan alabada por Las Casas en su *Apologética Historia*, no deslumbra a Carrió. No es que él la niegue. Antes admite con su ironía un poco amarga, que se encontrará entre estos pueblos dóciles y pacientes veinte pintores por un herrero. Con mentalidad de colono, deplora que demasiados indios se sientan atraídos por las ciencias y otras vocaciones no manuales, cuando de lo que tiene precisamente necesidad el pueblo conquistador es de una mano de obra abundante. "Para los estudios —dice— los criollos bastan y sobran". Y en esta frase hay un dejo de inquietud ante este fenómeno observado por Feijóo: el afán de los criollos por hacer estudiar a sus hijos desde su más temprana edad para permitirles pretender las prebendas de la Iglesia y los empleos reales. Pero la idea de que los indios pudieran ser educados intelectual y socialmente al nivel de los criollos no se asoma a sus pensamientos.

A sus ojos, todo el porvenir de América está sustentado sobre los colonos más emprendedores y la administración pública. Vale la pena oírle citar a la orden del día de la América civilizada algunos nombres como el de un minero de Puno, su compatriota el magnánimo asturiano San Román, "gran hombre en su género". Cuando, ante las comarcas bárbaras del Chaco, que le recuerdan las avanzadas mexicanas de la Nueva Vizcaya, imagina una política de repoblación capaz de reemplazar ventajosamente a la defensa militar, o cuando propone una inmigración de colonos flamencos o suizos, nos parece habérmolas con un precursor de Sarmiento. En el dominio del urbanismo, Carrió se preocupa de la multiplicación de las cisternas en las ciudades desprovistas de agua como Oruro y La Plata. Una ciudad como Oruro, que a pesar de sus tesoros presenta una apariencia miserable, le hace concebir un sistema de impuestos sobre la fundición de la plata, con los que financiar las obras públicas. Así, en todas sus ideas de progreso, se muestra ante todo como un técnico de la administración.

Es indudable que el antiguo convoyante de los jesuitas no les echa de menos. Sin que aborde el tema de frente, hace una observación significativa sobre esos pueblos de "misiones" que, entre tres o cuatro, podrían tal vez absorber un suministro de un millar de mulas si se privara a los corregidores del cuidado y beneficio del *repartimiento*. Su ingenio se carga

de sal gorda cuando cita y da relieve al tratante en mulas Cosío, el montañés malsufrido, que hacía pastar su ganado en las tierras de los jesuitas y que, trabuco en las manos, amenazaba al buen Padre venido para expulsarle "con echarlo a la eternidad". Carrió parece hacerse de buena gana el intérprete de los rencores acumulados en dos siglos por los colonos laicos contra los colonizadores misioneros. Por más que él se guarde de querer combatir a los jesuitas exilados, no puede dejar de acusarles categóricamente de haber secuestrado durante ciento cincuenta años a los indios en sus misiones y de haberlos adoctrinado en lengua indígena bajo el falaz pretexto que sus neófitos se corromperían al contacto con los españoles. Carrió insiste más bien en que los españoles descubrieron una América presa de abominaciones desconocidas en España: canibalismo, sacrificios humanos, idolatría, poligamia, incesto, sodomía, embriaguez... Un artículo esencial del programa de Carrió, que recuerda las ideas formuladas en 1550 por el Auditor Tomás López cuando su inspección de Centroamérica, es la organización de las "doctrinas" seculares en las que los indios aprenderían el castellano al tiempo que el catecismo, con lo que no podrían ya seguir invocando su ignorancia para sustraerse a las leyes. Nada de cristianización sin hispanización.

“**B**ASTA de indios”, dice el Visitador a quien el tema importuna... ¿Se ha dado, pues, por interlocutor a este “Señor inca” solamente para lanzar al indígena iletrado verdades desagradables? Se echa de ver que Carrió no quiere entablar un debate con un portavoz de la raza conquistada, puesto que hace de Concolorcorvo, supuesto indio pura sangre, un defensor de los conquistadores y un acusador de los indígenas. Por lo demás, no es imposible que Don Calixto Bustamante Carlos Inca, condenado a la notoriedad con tanta desenvoltura, fuese un indio paniaguado de los españoles y asimilado a su civilización. Carrió le ha prestado una actitud de aquiescencia benévola ante las tesis anti-indias del pueblo conquistador, en la que se puede ver todo un símbolo.

Más allá de este pseudo-diálogo, esgrima incruenta, el Visitador evoca más de un aspecto de la situación real de los indios sudamericanos quince años antes de la rebelión de Tupac Amaru. Ante todo, la segregación de hecho en que vive una importante masa indígena dispersada. A pesar de un esfuerzo

único en el mundo para enseñar "la doctrina cristiana y los actos exteriores de la religión", tan sólo la población aglomerada en los pueblos es alcanzada por los *doctrineros*. Los indios bárbaros huyen el contacto de los que no hablan su lengua.

Sin embargo, no en todas partes donde el contacto existe se opera la fusión moral. Carrió caracteriza a los indios por el odio a los españoles y nostalgia del pasado prehispánico. Lejos de las aglomeraciones, reina entre las dos razas la ley del más fuerte o del más astuto. En los pueblos, donde todos deben someterse mal que bien a la ley, son los indios, dice Carrió, quienes, en contra de la opinión corriente, roban a los españoles. Los primeros son más astutos. Ahora bien, los indios deben el poco de civilización y de bienestar de que gozan a los españoles. Y éstos desearían ardientemente que los indígenas fuesen ricos para comerciar con ellos y enriquecerse con este comercio. Pero la feria de Cocharcas, donde se reúnen más de dos mil indios, es un espectáculo significativo: los autóctonos continúan haciendo entre ellos sus menudos intercambios inmemoriales, sin comprar un real de mercancía a los españoles. Estos hacen su propio tráfico entre ellos.

Pero en los *españoles* se puede incluir, reconoce Carrió, a los mestizos y a otras "castas" mezcladas que se escalonan a niveles más o menos elevados, por encima de los indios no civilizados. Esta cuestión del mestizaje es la última sobre la que apreciaremos la lucidez sin hipocresía del Visitador. El ruega a su interlocutor juzgue "en español" a sus compatriotas autóctonos, sin perder de vista el "escepticismo general" de los indios que les lleva a dudar de todo, incluso de las verdades de la fe o de evidencias trilladas. Hele pues, a Concolorcorvo promovido a español y participando de las certidumbres de los conquistadores, él que desciende de los incas. . . "en línea tan recta como es el arco iris", él que se proclama indio puro "salvo las trampas de su madre" de las que él no sale por fiador. . . Pasémosle este rasgo algo descarado; Carrió, inventor literario de Concolorcorvo, se apoya en la tradición picaresca en la que es habitual que el pobre diablo se exprese sin ninguna ilusión sobre la moralidad de sus progenitores. Nuestro autor es más serio al rehusar una frontera racial entre los pretendidos "indios netos" y los mestizos, entre los mestizos y los españoles. El indio puro, desde el momento que entra a servir en la casa de un español que le viste y le trata bien, se convierte social-

mente en "cholo", como si tuviera sangre blanca en las venas. Todo depende de la manera de vida, parece insinuar Carrió, que asume serenamente la realidad del mestizaje, a sabiendas de que un mestizo puede recaer en la masa india bárbara o agregarse a la población civilizada según sea ignorado o reconocido por su padre español. ¿No es esta, en definitiva, la significación sutil del desdoblamiento entre Carrió y el indio semi-real, semi-imaginario, al que ha admitido a dialogar con él?*

* *Nota de la Redacción.*—Este estudio ha sido redactado en francés como introducción a una traducción francesa, todavía inédita, del *Lazarillo de ciegos caminantes*, preparada por Mme. Cottier para la "Collection Unesco d' Oeuvres représentatives". Agradecemos a la UNESCO la autorización de publicarlo en español.

COMPRENSIÓN HISTÓRICA. — RECTIFICACIÓN DE RUMBOS.—LA INQUISICIÓN.

Por *Eduardo ORTEGA Y GASSET*

MUCHAS veces he pensado que la Historia de España, está por escribirse. Al menos en el concepto moderno de esta ciencia, vieja en el nombre, pero recién nacida como ciencia que pretende realizar la hazaña, casi de milagrosa resurrección, de poner coyunturas a los hechos, enlazarlos con los vínculos que tuvieron para posibilitar la comprensión de los fenómenos que van fluyendo. Es, acaso, España la nación que cuenta con archivos más repletos, con documentación más directamente auténtica. Pocos investigadores se han inclinado sobre esas huellas aún palpitantes de un pasado que no quiere morir y que puede ayudarnos a encontrar nuestros senderos nacionales. La prodigiosa vida medioeval no sólo de la Península, sino de la civilización árabe de oriente, yace en millares de volúmenes de la biblioteca de El Escorial entregada al cuidado de unos frailes agustinos que ignoran el árabe¹ y sin que tampoco exista en España una pléyade de orientalistas consagrados a esas investigaciones. Y, sin embargo, allí duerme la positiva entraña histórica de España, en oscurecido conjunto de factores que tejen el dramático problema. Ya en el año 1880 un incendio destruyó millares de volúmenes. Gran parte de este tesoro inapreciable que acaso arda también antes de que ojos entendidos descifren sus mensajes, procede de los preciosos libros que también se salvaron del incendio que en Granada fue decretado

¹ Recientemente me ha llegado la noticia de que hay, actualmente, un fraile agustino encargado de la Biblioteca que posee conocimientos elementales del árabe. La negligencia en España, desde hace muchos años, es grande en esta materia. Debiera existir un numeroso plantel de orientalistas y no solamente uno que otro de tiempo en tiempo, muy notables, como Codera, el insigne Julián Ribera Tarregó y, actualmente, el traductor de *La Paloma* de Ibn Hazm de Córdoba Emilio García Gómez.

por el Cardenal Cisneros, en un acto de fanatismo, increíble en hombre de tan alta cultura. Prueba de su arrepentimiento fue que, el mismo Cardenal, hizo preciosa dotación de los mismos a la Universidad complutense por él fundada. Debemos colegir que condenó el bárbaro acto de la plaza de Bibarrambla.

Mas, dejando de lado este aspecto y episodio hemos de completarlo con otros que también contribuyen a descarriar la línea de concausas sucesivas y entre las que se destacará alguna permanente, temperamental, del pueblo español.

Los historiadores españoles modernos excluyendo a don Ramón Menéndez Pidal, primer gran artífice de la nueva concepción histórica, no han aceptado el pleno objetivismo y autenticidad de los sucesos. Han procurado moldear los acontecimientos según sus tendencias. Para ellos los hechos desnudos son indecentes. Preciso es revestirlos con artificiosos ropones solemnes adecuados a lo que cada cual prefiere que las cosas sean. Es un desacato y desprecio a la realidad. Se repite el caso que cuenta mi hermano José y que a ambos nos relató con admirable gracejo nuestro padre, de aquellos contertulios bohemios de un café de Madrid que discutían sobre el modo de rugir del león que ninguno había oído. Y como apostase cada cual en pro de su arbitrario rugido, fueron a la Casa de Fieras del Retiro a la hora de dar a los leones su ración de carne de burro. Al oír el auténtico rugir del rey de la selva, uno de los apostadores que era cojo, se adelantó indignado hacia el león y, amenazándole con su muleta, gritó: —No es así, no es así! . . .

Esta rectificación y adobo de lo auténtico ha sido vicio antiguo de cronistas palatinos. Pero en la artificiosa estructura que desde siglos vive parásita sobre el pescuezo de España, no es ya mendacidad aduladora del César, sino creencia de que la realidad es perniciosa y que debe ser aserrada, cepillada y trastrocada para envolver a los españoles en un ambiente de falsificaciones que nos ha traído a la inmensa tragedia actual. Se trata de servir a un hueco concepto de prestigio y de la vanidad de un estrecho nacionalismo de pacotilla, muy alejado del que llevó a las gigantes empresas del timón, de la espada y de la pluma del siglo xvi. Vivía entonces España envuelta en formidables realidades, guiada y encauzada por grandiosas aspiraciones. Examinaremos la extraña y terrible dolencia del quiste purulento que, desde los albores de la Edad Moderna, se formó en las espaldas de la Nación. Factores exóticos, pero

avalados por los seculares prejuicios de autoridad y sumisión a la realeza, colocaron en la conducción de España a dinastías extranjeras que no gobernaban inspiradas en el interés de España, o de sus reinos, antes que esta palabra alcanzase integridad.

Un complejísimo conjunto de circunstancias causales de las que es sólo abreviatura lo antecedente, han llevado de la mano a los historiadores palatinos para interpretar de manera, muchas veces radicalmente opuesta a su íntimo sentido, los hechos cruciales y determinantes de los rumbos nacionales y de los obstáculos, de matiz foráneo, que han entorpecido y aun paralizado la espontánea evolución de España. Enumeremos algunos de los más destacados a título de ejemplo y sin aspirar, por ahora, a su enumeración completa.

Señalemos, como Don Quijote, la polvareda, en la llanura, los más estruendosos, sin averiguar si son gigantes o carneros, por de pronto. Aparece en primer término la *Inquisición* con la espantable monstruosidad de la leyenda, terrible dragón que aún aprisiona a España bajo sacerdotes bien verdugos levíticos y anticristianos. Ningún historiador ha analizado sus verdaderos orígenes. No obstante los documentos muestran su indubitable y sangrienta génesis. Generalmente es atribuida al fanatismo español cuando precisamente la sutil, intelectualidad hispana, en la primera parte del reinado de Carlos V, da cuerpo a la más elevada y espiritual reforma, superior al choque frontal de Lutero, con el esclarecido núcleo de erasmistas. Rara vez el sentido europeo ha alcanzado más flexible claridad, más penetrante comprensión. Erasmo, en diversas ocasiones, mostró su orgullo en razón de sus numerosos discípulos españoles, si bien advirtió la terca resistencia de algunos frailes que volvían a la carga después de cada derrota.

Más aún, no se ha dicho algo que es evidente: el origen de la Inquisición radica en la guerra despiadada de odio, excomuniones y maldiciones, como sólo se encuentran en las por otra parte magníficas páginas del Antiguo Testamento, entre los hebreos de la Sinagoga y los conversos o "marranos" a los que consideraba aquélla, justamente traidores a la Ley de Moisés. Fueron elegidos Obispos los antiguos rabinos conversos por su gran sapiencia, superior a la del clero católico de aquella época, y dichos eminentes Prelados son los que iniciaron la

guerra a muerte con las sinagogas, de la que va a surgir la Inquisición.

Es punto inicial la conversión del gran Rabino de Burgos en 1390 Salemó Ha-Levi el que cambió su nombre por el de Pablo de Santa María, siendo solemnemente bautizado con su hermano Pedro Suárez y Alvar García de Santa María y sus cinco hijos. Tenía a la sazón el nuevo "marrano" la edad de 40 años. Su drama íntimo fue el de que su mujer no quería convertirse ni aceptar la separación canónica que pronto iba a ser obligada por el carácter sacerdotal que se le dio, en paridad con su jerarquía religiosa hebrea, en el catolicismo. Esta conversión fue realizada por las predicaciones, en parte disfraz de amenazas políticas, de Fray Vicente Ferrer, elevado a santidad. Ya al despedirse en Valladolid de Catalina y de Fernando el de Antequera, les hizo las siguientes amonestaciones—el fanático y político más que santo— organizador del compromiso de Caspe: "Entre muchas cosas notables (escribe un testigo de vista) suplico al rey e a la reina e al infante que en todas las cibdades e villas mandassen apartar los judíos. . . porque de su conversación con los cristianos, se seguían grandes daños especialmente a aquellos que eran nuevamente convertidos a nuestra Santa Fe."

El insigne José Amador de los Ríos, autor de *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, obra que es uno de los positivos sillares de la historia ibérica, dice a este propósito. Prefiero su literal autoridad a la interpretación que pudiera darle: "Encomendaba el Apóstol valenciano (fray Vicente Ferrer) el cuidado de realizar aquellos sus deseos a un varón extraordinario, grandemente célebre en la Historia del siglo xv y cuya autoridad en la Corte era incontrastable desde los tiempos del rey Doliente. Bien se alcanzará, dadas estas señas, que hablamos del famoso burgalés don Pablo de Santa María." "Mostrábase—nos añade más adelante—, tan ardiente neófito, como acérrimo defensor había sido del judaísmo y no sólo contra la doctrina rabinica, sino contra las inmunidades y privilegios concedidos por los reyes a la grey israelita." A este ardoroso neófito le nombra el rey Doliente, ayo y maestro de su hijo Juan y, a la muerte del Canciller Pedro López de Ayala, le instituye Consejero de la Corona. Y ¿en qué emplea su inmensa autoridad este converso? Las excomuniones de las sinagogas han fermentado el odio en su pecho. Una maldición

bíblica no deja nada libre en el condenado. La separación de la comunidad que sería también tormento si tuvieran soberanía política, maldice con palabras demoníacas, parte por parte, el cuerpo del converso y al llegar al corazón hunde en él la espada flamígera del ángel del Paraíso. Sus compatriotas le apellidaban el Ángel del Apocalipsis.

Y la sabia pluma mojada en odio de Pablo de Santa María, redacta con el refrendo de Catalina y Fernando una Pragmática bajo el título de "Ordenamiento sobre el encerramiento de los judíos, e los moros" que se publica el 2 de Enero de 1412.

Los hebreos, desde los tiempos de Tito y de Adriano, habían vivido en España sin que, desde muchos siglos conociesen ni amasen otra Patria. Ellos sostenían que no estaban en Jerusalem cuando el deicidio. La Ordenanza los amputa del cuerpo de la nación española en todos sus reinos, incluso en Portugal. Les obliga a vivir apartados en ciudades, villas y lugares a que no fueran especieros, boticarios, cirujanos, ni físicos ni pudieran vender comestibles bajo pena de multa de mil maravedises; les prohíbe que coman ni beban con cristianos. En suma como antes decíamos de las maldiciones bíblicas, el sabiendo Obispo de Burgos y Consejero del Rey—Salemó-Levi, hasta los 40 años—va apartando trozo a trozo de las actividades nacionales a los hebreos. Realmente eran los mejores comerciantes y tenderos, los mejores físicos y cirujanos. En nota aparte reproducimos estas ordenanzas de importancia radical como uno de los documentos genéticos de la Inquisición.²

El ya citado Amador de los Ríos comenta: "No puede, efectivamente, llevarse más al extremo el anhelo de acorralar y despojar de los medios de vivir a una raza que por tantos siglos había prestado grandes servicios a la civilización española, contribuyendo tan activa como poderosamente al desarrollo y engrandecimiento de su agricultura, de su comercio, de sus artes industriales, de sus ciencias y de sus letras".

Pasan sobre mí como grandes y negras nubes de antiguas tempestades numerosos hechos entre los cuales debo asir los más típicos y expresivos de esta desconocida realidad histórica de que, *la génesis de la Inquisición española, fue la discordia civil y emponzoñada de los hebreos conversos y los ortodoxos*. No puedo ahora hacer un estudio exhaustivo de tan cardinal tema.

² Reproducimos al final la llamada Ordenanza de doña Catalina.

Pretendo más bien apoyar en columnas firmes esta aseveración para seguir enumerando otras causas de desviación interpretativa de la Historia de España.

Las conversiones suscitadas por las predicaciones fanáticas y, en el fondo amenazantes, de fray Vicente Ferrer y, luego, de Pablo de Santa María, fueron tan numerosas que asustaron a los jerarcas cristianos. Se sospechó su insinceridad. Tal suspicacia es una de las causas de oscuro recelo que han atizado las persecuciones inquisitoriales. En otro trabajo he denunciado la islamización del catolicismo español que por razones defensivas y ofensivas, ha tenido que imitar en no pocos aspectos al adversario octosecular. No siempre fue adversario. Largos períodos de paz en los que la suma civilización árabe medioeval penetró en nuestra cultura y en nuestra sangre.

Iremos señalando los hechos culminantes y, en las crestas de nuestras afractuosas sierras nos detendremos en aquellos que, siendo de exactitud innegable, tienen un alto valor expresivo. Seguiremos de tal guisa los moldes sucesivos en los que se ha ido formando el extraño y paradójico fanatismo anticristiano del cura ibérico, más partidario del alfange mahometano para convencer que de las prescripciones persuasivas de Jesús.

Los judíos, a los que se arrebatan el comercio, la industria, la agricultura y los oficios públicos en los que descollaban, dejaron de colaborar con la nación que los maltrató. Por miedo se bautizaban con un agua con vetas de sangre y de amargo odio. Para hacer méritos, para alejar las dudas sobre su sincera conversión, los cristianos nuevos atizaban el rencor y el encono semita, lanzaba saetas. Montaron la primera gran fábrica de odio de cuantas han venido corroyendo a España. Para evitar las envidias de sus riquezas las malvendían y escondían sus tesoros. Uno de los factores más eficientes de la civilización hispánica, fue amputado y convertido en enemigo. Los que por temor se convirtieron al cristianismo dieron lugar también, en su día, a las persecuciones inquisitoriales, creando la separación entre cristianos nuevos y viejos que llega a nuestros días en la pintoresca diferenciación de las camisas. La economía de los reinos se hunde. El comercio, sin los capitales hebreos se paralizaba. Los paños de Aragón y de Cataluña —nos dice Amador— los curtidos de Ocaña y de Córdoba, las sedas de Valencia y Sevilla, de Talavera y Murcia, los tapices de Borja y

Salamanca, la orfebrería de Toledo y de la misma Córdoba que compitieron con esas mismas fabricaciones de Lombay y Bruselas, de Echilon y Cambray, de Gante, de Iprés, de Montpellier y de Londres, de Milán y Génova, desaparecían en ese momento de los mercados y los productos extranjeros alcanzaron precios enormes. Todo aquello se deshacía sin la "usura judiega".

Luego se aguijaban las persecuciones fanáticas semejantes a los complots policíacos de nuestros días, sobre todo en la misma España de Franco, en la que van a cristalizar tantos errores.

Tal fue el sacrilegio del que acusaron a dos importantes rabinos de una de las principales sinagogas de la ciudad. Los curas querían acabar con las sinagogas, como hoy con las capillas protestantes. En el mes de Septiembre de 1410 se les acusó de haber profanado impiamente la hostia consagrada. El Obispo don Juan de Tordecillas que para estos asuntos disfrutaba de jurisdicción propia, mandó proceder contra los acusados por el procedimiento canónico. El crimen fue confesado, podemos imaginar cómo, en tiempos en los que la tortura aún era un sistema legal de los interrogatorios, no sólo en España, sino en Europa entera. Fueron condenados a la horca con la agravante de arrastrados y descuartizados. La Sinagoga fue confiscada y dedicada al culto cristiano en un templo que yo he visitado en Segovia denominado, en recuerdo de la anticristiana tragedia, del "Corpus Cristi". No quedó aquí el asunto. Dijose que los judíos para vengarse compraron con mucho oro al Maestresala del Obispo a fin de que le suministrase un veneno. Descubierto el intento, hubo nuevos descuartizamientos. El aire, otrora tan pacífico de las ciudades hispánicas, se poblaba de sangre y de rencor. ¿Quién lo limpiará de tales miasmas?

La minoría selecta de los conversos, paradójicamente a todas esas confusas reacciones, dirigía, no sólo a la Iglesia española, sino en buena parte, imponía su autoridad política. En la minoridad de don Juan II, rey a los 14 años, Pablo de Santa María, Obispo de Burgos cabeza de Castilla, es instituido por el Sumo Pontífice *Legado ad latere* en toda la Península y, Fernando de Antequera, al aceptar la Corona de Aragón le nombra Consejero de Gobierno en 1412. Llegó a ser árbitro entre los antipapas siendo opuesto a Pedro de Luna. La numerosa familia del Prelado burgalés, ocupó cargos preeminentes. Atizaban tales conversos la hoguera contra sus antiguos correligio-

narios y hermanos de raza, hoguera que no tardando mucho, les iba a consumir a ellos en los autos de fe de la Inquisición propiciada e iniciada por su fanatismo semita que había cambiado de creencias.

Un gran gobernante, don Alvaro de Luna, representante del alto espíritu español que lució más tarde en los ya nombrados erasmistas, quiso poner coto al incendio de odios que alimentaban los que pronto serían calificados de "judíos ocultos". Frente a la rencorosa actitud del hijo de Pablo de Santa María que obtiene de Eugenio IV una bula intolerante, dicta el gran Condestable la humanitaria "Pragmática de Arévalo", la cual ponía de nuevo a los judíos bajo la tutela de la Corona devolviéndoles el derecho al trabajo y al comercio. Esto irrita hasta el máximo a la grey conversa que quiere aniquilar a los judíos sinagogales. Es el criminal deseo fratricida que palpita en las páginas de la obra del intiguo rabino Pablo de Santa María titulada *Escrutinio de las Escrituras*.

Los entonces poderosos conversos, se lanzan por tal motivo contra don Alvaro de Luna y a pesar del juramento de fidelidad que el Obispo le había prestado, interviene en las turbias intrigas que le llevaron al cadalso y aun ofrece su palacio Episcopal para la ejecución.

Actúa violentamente en esos dramáticos momentos el verdadero creador de la Inquisición el fraile Maestro Alonso de Espina. Este neófito fue un cruel enemigo del judaísmo. Con la decapitación de don Alvaro, consentida por la flaqueza de ánimo del rey Juan II, triunfa el odio de los "marranos". El converso fray Alonso de Espina odia incluso a los hebreos cristianos esparciendo la sospecha con una virulencia demagógica que impulsaba a las muchedumbres al incendio y el saqueo de las juderías. Este fraile rabínico es el que por primera vez pronuncia en sus demandas la palabra *Inquisición* pidiendo que se instituya con el castigo del fuego purificador contra los herejes. Toda la campaña que calificaríamos hoy de propaganda, es obra de conversos. Uno de estos, de gran autoridad, emparentado con la aristocracia aragonesa, Micer Pedro de la Caballería escribe el libro *Celo de Cristo contra los judíos* en el que los abruma con dicitos como los de "generación perversa", "hijos de infieles", "semilla maldita" (maledictum semen) e "hijos del diablo". Estas excitaciones eran mucho más peligrosas en la llaga abierta de una fe viva en las tres religiones que

compartían la península, separadas por agudas púas de incomprensión y mutuo fanatismo. En ese exclusivismo mora la responsabilidad de todos. En España no había hermanos y, los curas cristianos, jamás habían seguido la dulce doctrina del Crucificado. En el fondo del cristianismo peninsular, siguen luchando encarnizadamente el Talmud, el Evangelio y el Korán, sin que, casi nunca, haya sido aplicado el segundo. Todos estos escorpiónicos sucesos, nos irán aproximando a la comprensión del doloroso presente, y no por obra del noble pueblo español sino de la intervención extranjera que ha temido siempre las reacciones universales de una España normal.

Jerónimo de Santa Fe, otro converso, después del famoso Concilio de Tortosa, publica el *Azote de los judíos* especie de tratado de polémica religiosa fijándose en la preferencia que los judíos solían dar al Talmud (libro de doctrina) sobre la *Biblia miclah* libro de lectura, atacaba los que condena como errores con una dureza y grosería que provocaban el odio y el desprecio. Tal era el apasionado sentimiento del que fuera médico y familiar del antipapa Luna. El libro *Fortaleza de la fe* del fraile Alonso de Espina fue otro de los más terribles arietes contra sus hermanos. Este miserable, traidor a su raza y a su nación, como en nuestros días lo es otro tirano también de origen "marrano", fue el que logró, con sus tenaces pasiones establecer la Inquisición. Sus gestiones que amenazaban siempre de herejía a quienes se le opusiesen —análogamente a lo que ocurría a los alfaques y santones con los emires y sultanes— clamaban: "Yo creo que si se hiciera en este nuestro tiempo una verdadera INQUISICIÓN, serían innumerables los entregados al fuego de cuantos realmente se hallaba que judaizan: los cuales, si no fueren aquí más cruelmente castigados que los judíos públicos, habrán de ser quemados en el fuego eterno". Dice el gran historiador de estos sucesos Amador de los Ríos: "La idea de la INQUISICIÓN en los términos indicados llegó, en efecto, a apoderarse en tal manera de su ánimo que arrastrando con su autoridad y su elocuencia a los principales maestros y dignidades de su Orden, movíales a dirigir colectivamente en 10 de Agosto de 1461 muy apretada carta al Capítulo de San Jerónimo excitando el celo para que adunados los esfuerzos de ambas religiones se llevase aquélla a cabo como única salud de la república".

Las gestiones cerca del rey fueron continuas y amena-

zantes. No tenemos hoy sino remota noción de la autoridad y la coacción moral que ejercían los clérigos. El rey comprendió que el arma era tremenda y peligrosa. Trató de aplazar, de eludir sin afrontar una negativa. Día a día la terquedad de los jerónimos avanzaba hacia las crueles hogueras.

A todo esto como agresivo "bumerang", las campañas iniciadas por el Obispo de Burgos, Pablo de Santa María, contra los judíos ortodoxos, se habían vuelto contra los mismos conversos. Los tenebrosos neófitos, como Alonso de Espina querían salvarse de sospechas, proyectándolas sobre sus hermanos cristianos. Se sumaron otros factores complejos en algunos de los cuales no están absueltos de culpa y de imprudencia los mismos judíos. El asunto en su integridad, merece y aun exige un volumen especial. Me he limitado ahora a aportar los hechos fundamentales e indiscutibles que explican la génesis de la ciega y cruel Inquisición que se llama española y que medularmente constituyó una guerra fratricida y despiadada como han sido a través de su milenaria historia las contiendas hebreas. Mas no podremos separar esos hechos que no por su matiz judío, dejan de ser entrañablemente españoles.

La desesperada angustia del presente, la catástrofe de envejecimiento y servidumbre a la que han llevado a España, punza el deseo de revisar los orígenes, las estaciones de partida. La radical discordia denuncia lo equivocado de los rumbos y de los senderos. La base de la convivencia es la de una común comprensión y valoración de las realidades nacionales. Hemos de ver a España tal y como es y, a nosotros, tal y como somos. Cuanto hay de burda falsificación, de parálisis de la evolución espontánea de una España desviada por fuerzas exóticas e injustas, debe ser anulado y rectificado buscando nuestros propios caminos y trillos. Siglos ha que marchamos fuera de ellos antes de abocar al presente y catastrófico descarrilamiento. Un sector, duro de alma y bajo de ambiciones, ha descuidado los goznes de esta magna España cuya estructura, por ser tan varia y tener tantos cuerpos, necesita una fraternal comprensión y numerosas coyunturas, para ser una. La unidad es la medular y cordial comprensión de las partes para evitar la dispersión.

Que no se empeñen los falsos gobernantes tiránicos en impedirnos seguir la máxima de Píndaro, al prohibirnos ser lo que somos.

Mientras tanto, no es ocioso continuar analizando hechos expresivos en el dentón inexplorado. Fray Hernando de la Plaza —relata Amador de los Ríos— uno de los más fogosos compañeros del confesor de Enrique IV, profanando el púlpito afirmó, en uno de los sermones, para probar la falsedad de las conversiones judaicas que tenía en su poder hasta cien prepucios de hijos de conversos. Con esto trataba de probar ante las irascibles multitudes que seguían, los bautizados en la Ley de Cristo, practicando la circuncisión. Produjo esta denuncia en el pueblo de Madrid una excitación peligrosa. Tiempos eran en los que las teas estaban prontas a incendiar y, las armas, a matar inicualmente hebreos.

El rey se alarmó ordenando que se investigase el caso. Hizo comparecer ante él a tan deslenguado predicador exigiéndole que presentase los aludidos despojos. Excusóse el fraile reconociendo implícitamente la mentira al afirmar que se lo habían asegurado personas de autoridad. Preguntóle el rey los nombres, negóse a revelarlos y, en suma, quedó convicto de mentira el insensato clérigo. Añadió algo que podrían repetir hoy los integrantes religiosos de "opues dei", que se trataba de una mentira piadosa, puesto que se encaminaba a aniquilar herejes. Como si hubiera herejía más perniciosa que la mentira. Habían calumniado a los nuevos cristianos desde la cátedra del Espíritu Santo.

Como la exaltación plebeya había llegado a términos amenazantes, el rey llamó a su Corte al General de los Jerónimos, fray Alonso de Oropesa, Prelado de limpio ánimo cristiano a fin de que calmase a la multitud con la verdad rectificando la insidia del Plaza. Así lo hizo.

Damos a este hecho importancia expresiva en cuanto a los métodos de envenenada pasión y falsedad, la cual explica en gran parte esta no interrumpida tradición anticristiana que llega hasta nosotros con los tonsurados que han presidido, autorizado y aun bendecido la horrible matanza de españoles republicanos y, en su mayoría católicos, manchando a Cristo con la beligerancia en una causa política de opresión y tiranía.

Sorprende, con luz de comprensión histórica la identidad de este hecho de hace poco menos de 500 años con los de la clerocracia de 1936-60. Una especialísima situación social que

podríamos calificar de religioso-demogógica ha imperado durante siglos y trazado un sangriento surco de vesania.³

He aquí el texto de la Ordenanza llamada de Doña Catalina:

1º Que todos los judíos del reino vivieran apartados de los cristianos en las ciudades, villas o lugares, donde fueren vecinos, rodeando la Judería una cerca con una sola puerta.— Designado el sitio correspondiente a cada aljama, deberían trasladarse a él los judíos en término de ocho días, so pena de perder todos sus bienes y quedar corporalmente al arbitrio del rey.

2º Que no fuesen especieros (drogueros), boticarios, cirujanos, ni físicos, ni vendieran pan, vino, harina, aceite, manteca ni otras viandas ya en público, ya en secreto, incurriendo los infractores en la multa de dos mil maravedises demás del castigo corporal que pareciere bien visto.

3º Que ningún judío pusiera obstáculo, ni estorbo a los que, inspirados por el Espíritu Santo, se quisiesen tornar cristianos, cualquiera que fuese el deudo que con ellos le ligara, bajo las mayores penas civiles y criminales, que establecía el derecho.

4º Que ningún judío ni judía pudiera comer ni beber con los cristianos, tener servidores, ni escuderos, ni trabajadores de la ley católica en sus casas o haciendas, vedando a estos guisarles de comer, encenderles lumbre o irles por vino los sábados, criar sus hijos, ser sus yugueros, hortelanos y pastores, asistir a sus honras (exequias) bodas y entierros, tomarlos por compadres, ni serlo, ni tener finalmente conversación alguna secreta con ellos, bajo la multa (impuesta sólo al infractor hebreo) de dos mil maravedises, por cada vez que alguno de los referidos preceptos se quebrantara.

5º Que no ejercieran cargo de arrendador, procurador, almojarife, mayordomo, así respecto de las rentas reales como de las de otro Señor o Señora, cristiano o cristiana, ni fuesen

³ El cronista Diego Enríquez del Castillo al relatar estos vergonzosos hechos escribió: "Sabido aquesto, el rey les mandó llamar y les dixo que aquello de los rrtaxados era grave insulto contra la Fé Católica; e que le traxesen luego los prepucios e los nombres de aquellos que lo habían fecho, porque él quería entender en ello. Fray Fernando respondió que gelo avian depuesto personas de autoridad; el rey mandó que dixese quienes eran las personas; denegó decillo; por manera que se falló ser mentira.

corredores, ni cambiadores, ni trajesen armas en las ciudades, villas y lugares del reino, bajo la multa de dos mil reales, la cual se haría extensiva a los cristianos, que diesen en sus casas a los judíos alguno de los expresados oficios.

6º Que no tuvieran en sus barrios, ni moradas, plazas, mercados, ni tiendas comestibles, ni bebidas para los cristianos, con pena de quinientos maravedises por cada infracción, si bien les era lícito tenerlos *para sí mismos*.

7º Que no pudiese haber en las aljamas jueces judíos de lo civil ni de lo criminal, revocándoles todo privilegio que tal dispusiera, y sometiéndolos a los alcaldes ordinarios, bien que guardando éstos las costumbres y ordenanzas observadas hasta allí por los judíos.

8º Que ninguna aljama, ni comunidad de judíos echasen pecho, ni tributo alguno entre sí, sin permiso del rey, derogando todo privilegio, carta o disposición especial en contrario, y mandando a los judíos que no pagaran semejantes pechos y derramas.

9º Que ninguna aljama o comunidad repartiese ni derramara más de lo que expresamente se ordenase por el rey, y que los que otra cosa hicieren o fueren en consejo de ello, perdieran todos su bienes, *é los matáran por ello por justicia*.

10º Que ningún judío ni judía pudiese visitar a los cristianos en sus enfermedades, darles medicina, ni jarabes, ni enviarles presentes de hojaldres (pastas) ni de especias, ni de pan cocido, ni de vino, ni de aves, o carnes muertas, ni de pescado, ni de frutas, o de cualesquiera otras cosas muertas de comer, ni bañarse con ellos señalando a cada falta la pena de trescientos maravedises.

11º Que ninguna cristiana, casada o soltera, o amiga, o mujer pública entrase en el círculo de los judíos, de día ni de noche, pagando la casada cada vez que osara hacerlo cien maravedises, perdiendo la soltera o amiga toda la ropa que llevase, y recibiendo la mujer pública cien azotes, con expulsión de la ciudad o villa, donde morase.

12º Que, ningún judío ni judía usara de palabra ni por escrito título de *don*, imponiéndose al que lo contrario hiciera el castigo de cien azotes.

13º Que a contar de los diez primeros días de la promulgación del *Ordenamiento*, no usaran los judíos *capirotes* con *chías luengas* más de *un palmo* y hechas a manera de embudo,

"é á tuerto cosidas todas, todas, todas enredor fasta la punta", llevando *tabardos con aléas* en vez de *mantones*, y encima de todo las *señales bermejas* que ya traían, con pena de perder en contrario todas las prendas que vistieren.

14º Que todas las judías trajesen mantos grandes *fasta en piés*, sin *ceñal* ni *pena*, y toca sin oro, cubiertas las cabezas con los dichos mantos doblados, con el mismo apercibimiento de perder "*fasta la alcandora*" (la camisa).

15º Que ningún judío ni judía usaran de paño, cuyo valor excediera de treinta maravedises vara, perdiendo la vez primera que lo hicieren toda la ropa, recibiendo la segunda cien azotes, y perdiendo la tercera todos sus bienes, con otros cincuenta azotes por añadidura. De las ropas que tenían, podían hacer *tabardos* y *mantos*.

16º Que ningún judío pudiese variar su domicilio, sin perdimiento de bienes, quedando corporalmente a la merced del rey.

17º Que ningún señor, caballero, ni escudero acogiese en sus villas, o lugares a los judíos que abandonaran sus primitivas moradas, enviándolos luego con todo lo que llevaran consigo, a las juderías respectivas. El señor, caballero o escudero que los recibiera, incurriría en la multa de cincuenta mil maravedises por la primera vez, perdiendo a la tercera el señorío.

18º Que no pudieran los judíos afeitarse la barba ni cortarse el cabello, con pena de cien azotes y cien maravedises.

19º Que no tomaran los judíos a soldada ni a jornal cristiano alguno para labrar sus heredades, ni sus viñas, así como construir sus casas, u otros edificios, bajo el castigo de cien azotes por la vez primera, cien azotes y mil maravedises por la segunda, perdimiento de todos los bienes y otros cien azotes por la tercera.

20º Que no pudieran los judíos ejercer los oficios de albitares, herradores, carpinteros, jubeteros, sastres, fundidores, calceteros, carniceros, pellejeros, mercaderes de paños, ni vender jubones, zapatos, ni calzas, ni coser las ropas de los cristianos, ni sus jubones ni otra prenda alguna, bajo las penas comprendidas en el precedente mandamiento.

21º Que no fueran recueros ni conductores de ninguna mercadería absteniéndose sobre todo de traficar con aceite, miel, arroz u otras cosas de comer, bajo el mismo apercibimiento.

22º Que pudiera ser acusador cualquier vecino, ya de la ciudad, villa o lugar, donde los hechos acaecieren, cabiéndole en

galardón, la tercera parte de las multas impuestas en cada caso; mas sin concederle poder para apoderarse de los judíos infractores que deberían en todo caso ser juzgados y sentenciados por los tribunales y jueces reales.

23º Que los judíos que emigrasen y fueren tomados en el camino, perdieran todos sus bienes, siendo declarados cautivos del fisco.

24º Y, finalmente, que ni los alcaldes ni los jueces, merinos, regidores ni otra persona alguna, aunque tuviese imperio mero-mixto, pudiera alterar, ni levantar, así en lo criminal como en lo civil, ninguna de las penas impuestas en las leyes precedentes, sin perder el señorío y los oficios que tuviesen. (Biblioteca Nacional de Madrid. Gabinete de MSS.)

Dimensión Imaginaria

LA POESÍA GAUCHESCA*

Por A. VALBUENA BRIONES

Ensayo Histórico

EL romanticismo señalaba la ruta de las literaturas nacionales y del folklore. Lo pintoresco y lo regional, que tomaron importante desarrollo en la reacción del realismo, eran una consecuencia de la actitud romántica. A las ensoñaciones brillantes de cosacos, gitanos y corsos sucedieron los estudios metódicos de las costumbres populares, de los dialectalismos, de los tipos, en definitiva, del medio ambiente sobre el que llamó la atención con insistencia Taine.

En el Río de la Plata la figura del gaucho era propicia para una buena interpretación literaria. Un rápido estudio de su personalidad nos revela la fuerza expresiva y literaria de este héroe popular, que alcanzó su importancia como tipo social en la segunda mitad del siglo XVIII y en gran parte del XIX.

Los orígenes se pierden entre hazañas de crímenes y la-trocinos. Este centauro tuvo como escenario de sus acciones la pampa—"inmenso campo verde", la llamó Hernández.¹ Montado en su pingo o redomón² recorría la extensa llanura. Sarmiento acertó al aplicar al gaucho aquellas palabras de Víctor Hugo sobre los árabes y tártaros:

No podría combatir a pie; no hace sino una sola persona en su caballo. Vive a caballo; trota, compra y vende a caballo; bebe, come, duerme y sueña a caballo.³

* Agradezco la ayuda recibida de la "Wisconsin Alumni Research Foundation", que ha hecho posible este trabajo.

¹ Versos 1491-1492 de *La vuelta de Martín Fierro* de JOSÉ HERNÁNDEZ. Edición consultada al cuidado de E. R. Tiscornia, T. I, B. A., 1925, p. 194.

² Pingo, caballo de montar; flete, buen caballo, redomón, caballo a medio domar.

³ D. F. SARMIENTO, *Facundo; civilización o barbarie*, Ed. consultada, 1952.

Fue bravo defensor de su libertad y luchó contra los blancos que quisieron esclavizarle o contra los que intentaron mermar su ansia de independencia:

El gaucho —dice Leguizamón— es el producto más original y auténtico de nuestra tierra. En su estructura étnica se confundieron principalmente las ardientías del conquistador español con la bravura y la astucia del indio aborigen.⁴

Su sicología estaba de acuerdo con la vida que llevó. Era silencioso y buen observador en lugares nuevos para él. Saboreaba la charla con sus amigos, y se descosía en animada conversación en el *boliche*. Amigo de fiestas y de reuniones, gustaba del canto de los *payadores*, mientras sorbía su caña. Tenía aventuras amorosas con las *chinas* del lugar. Repetía a menudo proverbios en un tono sentencioso que le era peculiar.

Usaba particular indumentaria. Se tocaba con un sombrero de ala ancha o recogía su luenga cabellera con una cinta, la célebre *vincha punzó*. Vestía camisa a rayas y sobre ella el *poncho*,⁵ y como pantalones el famoso *chiripá* o manta que se cruzaba entre las piernas y que se fijaba al cuerpo con el cintito. Este fue sustituido por la *bombacha*, cuyos extremos se recogían en la bota de cuero. Sus armas eran el cuchillo largo o *facón* y las *boleadoras*, que consistían en una cinta de cuero o cuerda, dividida en tres cabos, a cada uno de cuyos extremos iba atada una piedra o bola de metal.⁶

⁴ MARTINIANO LEGUIZAMÓN, *La cuna del gaucho*, Buenos Aires, 1935.

⁵ "Manta cuadrilonga de lana, de hilo o de vicuña, generalmente con una abertura en el centro, para pasar la cabeza". Del "Índice de notas y glosario", *Poesía Gauchesca*, edición de J. L. Borges y A. Bioy Casares, V. II, Buenos Aires, 1955.

⁶ Es una peligrosa arma arrojadiza, y así lo creyó don Diego de Alvear quien a finales del siglo XVIII, advirtió al gobierno español de la conveniencia de formar un cuerpo compuesto por gauchos. Hay una extensa bibliografía sobre el gaucho. He aquí algunos títulos: VICENTE ROSSI, *El gaucho, su origen y evolución*, Río de la Plata, 1921; JAVIER DE VIANA, *La Biblia gaucha*, B. A., 1925; MARTINIANO LEGUIZAMÓN, *La cuna del gaucho*, B. A., 1935; JOSÉ AGUSTÍN BASUALDO, *El gaucho argentino*, B. A.; PEDRO DE PAOLI, *Trayectoria del gaucho*, B. A., 1944; EMILIO A. CONI, *El gaucho*, B. A., 1945; MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, *Trayectoria del gaucho y su cultura*, 2ª Ed. 1949; PEDRO INCHAUSPE, *La tradición y el gaucho*, B. A., 1956; AUGUSTO RAÚL CORTÁZAR, *Indios y gauchos en la literatura argentina*,



José Hernández



Una carátula del Martín Fierro



Los extranjeros que visitaron el país, a comienzos del siglo XIX, en misiones geográficas, científicas u oficiales, se fijaron en el rico pintoresquismo de este tipo popular.⁷

Sus "diarios" abundan en notas sobre las vívidas impresiones que los gauchos les causaron.

Head nos dice:

El carácter del gaucho es con frecuencia muy estimable siempre hospitalario. El viajero es bien recibido en su choza y se le atiende con una natural dignidad que no espera encontrar en un lugar tan miserable.⁸

Carlos Darwin, el famoso naturalista, hizo unas curiosas observaciones—fruto de atracción e incomprensión al mismo tiempo—no pudiendo dejar inadvertida la estupenda personalidad:

Los gauchos u hombres del campo son muy superiores a los de las ciudades. El gaucho es siempre muy atento, cortés y hospitalario. No conocí a ninguno que se comportara rudamente conmigo. Es modesto, tiene un concepto de la dignidad y al mismo tiempo es osado y atrevido. Sin embargo, hay muchos robos y derramamientos de sangre; el hábito de llevar constantemente el cuchillo es la causa de todo ello. Es lamentable saber cuántas vidas se pierden por disputas insignificantes. Al luchar, el gaucho

Instituto Amigos del Libro Argentino, B. A., 1956; MADALINE WALLIS NICHOLS, *The gaucho*, Inter-American Bibliographical and Library Assoc. Publications, series I, vol. 7, Durham, North Carolina, 1942.

⁷ Existe una rica información sobre estos temas hecha por extranjeros: E. E. VIDAL, *Pictures and illustrations of Buenos Aires and Montevideo*, London, 1820, F. B. HEAD, *Rough Notes...* London, 1826; J. ANDREWS, *Journey from Buenos Aires, through the provinces of Córdoba, Tucumán and Salta to Potosí*, London, 1827; C. DARWIN, *A naturalist's voyage around the world*, V. III, of Robert Fitz Roy's *Narrative of the surveying voyage of H. M. S. "Adventure and Beagle"*, London, 1839; J. and W. ROBERTSON, *Letters on South America*, London, 1843; W. MC CANN, *Two thousand miles ride through the Argentina provinces*, London, 1853; R. A. SEYMOUR, *Pioneering in the pampas...*, London, 1869.

⁸ F. B. HEAD, *Rough Notes taken during some rapid journeys across the pampas and among the Andes*, Boston, 1827, p. 31.

trata de marcar el rostro de su adversario con un corte en la nariz o en los ojos, lo cual puede verse por las horribles y profundas cicatrices.⁹

Se estableció así una literatura inglesa sobre temas gauchos que condujo a la literatura de invención. Hudson y Cunningham Graham ocupa el lugar preferente por sus narraciones criollas.¹⁰

El romanticismo argentino inició un acercamiento a los temas criollos. El poeta de este período se interesó por el gaucho, lo estudió, lo interpretó y lo transformó en materia de poesía. El retrato ofrecido estaba, por lo tanto, dentro de los límites de una retórica artística y de una convención ideológica. Era un gaucho estereotipado, modificado por la lente del escritor, de acuerdo con este gusto y estética. Sin embargo, el romántico no produjo un tipo superficial, como una crítica ligera pudiera apuntar, sino un personaje resultado de una "manera" artística. Para lograr su objetivo trató de obtener un ambiente verosímil, recurriendo al folklore, y al dialecto. Seleccionó aquellas costumbres y aquellos vocablos que creyó más pertinentes para su elaboración. Los temas podían ser ya nativos y el verso recibió en su seno expresiones dialectales, que confirieron el ambiente pintoresco apetecido. El gaucho y la pampa fueron motivos de inspiración en la poética romántica.

Esteban Echeverría,¹¹ formado en la estética francesa del romanticismo, admiraba a Chateaubriand y había estudiado en

⁹ CHARLES DARWIN, *The Voyage of the Beagle*, Ed. consultada, New York, 1909, p. 169-170.

¹⁰ G. E. HUDSON, *The Purple Land that England lost*, London, 1885. R. B. CUNNINGHAM GRAHAM, *The Ipane*, London, 1899.

¹¹ Esteban Echeverría nació en Buenos Aires en 1805. Hijo de José Domingo Echeverría, vizcaíno, y María Espinosa, porteña. Estudió en el *Colegio de Ciencias Morales*. Tuvo buena amistad con Juan María Gutiérrez. De 1826 a 1830 residió en París. Allí realizó sus estudios superiores. En 1832 fue a Mercedes, Uruguay, por motivos de salud. Publicó sus poemas bajo el título de *Rimas* en 1837. Se comenetró con la vida del campo en la estancia *Los Talas*, cerca de Buenos Aires. Bajo su tutela se fundó la *Asociación de Mayo*. Perseguido por Rosas se retiró a Montevideo en donde halló la muerte en 1851. Obras: *Elvira o la novia del Plata*, Buenos Aires, 1832; *Rimas*, B. A., 1837; *El matadero*, 1871 —damos la fecha de redacción como de 1846—; Véanse: *Obras Completas*, al cuidado de Juan María Gutiérrez, cinco volúmenes, Buenos Aires, 1871-1874.

París las teorías renovadoras de los hermanos Schlegel. Dirigió el movimiento romántico en el Río de la Plata. Su volumen *Rimas* imponía el nuevo estilo, 1837. En la colección iba incluido un poema que resaltaría entre los otros "La cautiva" en nueve partes y un epílogo.¹² Composición romántica basada sobre un tema nativo. La intención era la de conmover el espíritu del lector al describir la noble pasión de la heroína, y el dolor que padece, debido al malhadado infortunio que la persigue hasta su muerte. Pero María era la esposa de un capitán de frontera; y fueron capturados por los indios y huyeron por el desierto bajo la amenaza de la persecución. . . La ambientación rural obtenía un primer interés. Así lo confesó el propio autor:

El principal designio del autor de "La cautiva" —dice— ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto; y para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado, en las vastas soledades de la Pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y del infortunio. El suceso que poetiza, si no cierto, al menos entra en lo posible; y como no es del poeta contar menuda y circunstanciadamente a guisa de cronista o novelador, ha escogido sólo, para formar su cuadro aquellos lances que pudieran suministrar más colores locales al pincel de la poesía; o más bien ha esparcido en torno de las dos figuras que lo componen, algunos de los más peculiares ornatos de la naturaleza que las rodea.¹³

Documento que nos enseña el *arte* del escritor. Ha usado "de intento" "locuciones vulgares" para obtener la ambientación deseada. Este es el procedimiento de una poesía intelectual que "consiste principalmente en las ideas". Manera que transformaba. No se imitó, sino que se idealizó "la tosca e imperfecta realidad de la naturaleza". La técnica o versifi-

¹² Cada parte lleva como lema una cita de un autor. En *El desierto* de HUGO; en *El festín* de DANTE; en *El Puñal* de CALDERÓN; en *La Alborada* de MANZONI; en *El pajonal* de DANTE; en *La Espera* de MORETO; en *La quemazón* de LAMARTINE; en *Briam* de AN-TAR; en *María* de PETRARCA; en el *Epílogo* de LAMARTINE.

¹³ E. ECHEVERRÍA, *Adverencia*, al frente de los *Rimas*, B. A., 1837. Hemos consultado las *Obras completas* de ESTEBAN ECHEVERRÍA, T. V, escritos en prosa con notas y explicaciones por D. Juan María Gutiérrez, B. A., 1874, pp. 143-144.

cación era típica de la escuela. Suponía amplia libertad. El uso de diferentes metros corrobora lo dicho. La descripción del *malón*¹⁴ en octosílabos, por ejemplo, está bien lograda.

La obra de Echeverría inició y estableció una línea de interpretación artística de los temas criollos.

Gutiérrez, contemporáneo de Echeverría, y Mitre, que pertenecía a la generación siguiente, participaron en el romanticismo de tema nativo. Juan María Gutiérrez,¹⁶ compuso poemas como "Los amores del Payador" 1838, y "Dos jinetes" que siguen la ruta señalada por el autor de "La cautiva".

El estadista Bartolomé Mitre¹⁶ fué también poeta de consideración. Discípulo de las ideas de Echeverría tuvo el acierto de tratar un tema de gran fortuna literaria: el del payador Santos Vega, al que atribuyó bases históricas.¹⁷ Sus composiciones las recogió en un volumen *Rimas*, 1854. Una sección del libro responde al título de *Armonías de la pampa*. En ella se agrupan un número de poesías que son secuencia de las teorías del *arte echeverriano* ("A un ombú en medio de la pam-

¹⁴ Ataque imprevisto de los indios a los cristianos.

¹⁶ Juan María Gutiérrez nació en Buenos Aires en 1809. Huyó por motivos políticos a Montevideo y viajó por Europa y América del Sur. Ministro de Relaciones Exteriores con Urquiza en la Confederación. Nombrado Rector de la Universidad de Buenos Aires en 1861, y Jefe del Departamento de Escuelas. Falleció en Buenos Aires en 1878. Sus *Poesías* fueron publicadas en 1869. Véase: *Historia de la literatura argentina*, vol. III, "Los proscritos" de RICARDO ROJAS, Buenos Aires, 1920.

¹⁶ El gran estadista argentino Bartolomé Mitre, nació en Buenos Aires en 1821. Vivió proscrito en Montevideo y luego en Bolivia durante el período de Rosas. Gobernador de B. A. en 1860 y Presidente de la nación de 1862-1868. Dos años más tarde fundó el diario *La Nación*. Llevó a cabo diversas misiones diplomáticas. Falleció en Buenos Aires en 1906. Sus *Rimas* vieron la luz en 1854. Su importancia es primordialmente como historiador: *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, 1858; *Historia de San Martín y de la emancipación americana*, 1887-1890.

¹⁷ En una nota a su composición, Mitre afirmaba: "Histórico. Santos Vega murió de pesar, según tradición, por haber sido vencido por un joven desconocido en el canto que los gauchos llaman de contrapunto, o sea de réplicas improvisadas en el verso, al son de la guitarra que pulsa cada uno de los cantores. Cuando la inspiración del improvisador faltó a su mente su vida se apagó. La tradición popular agrega que aquel cantor desconocido era el diablo, pues sólo él podía haber vencido a Santos Vega".

pa", "A Santos Vega payador argentino" "El pato, cuadro de costumbre", "El caballo del gaucho").¹⁸ Se observa en su me-
nester una mayor aceptación de voces populares —muy limita-
da en Echeverría y Gutiérrez— caíste, derrepente, espuela na-
zarena, pago, pechada, repunte. . .).¹⁹

La literatura romántica de inspiración criolla —llamada
poesía culta gauchesca— ostenta una importante expresión en
la obra de Rafael Obligado.²⁰ Este fue un poeta retrasado
en la cronología, pues esgrimió los cánones de Echeverría en la
puesta del siglo XIX, alcanzando incluso la centuria presente.
El arte de Obligado, aunque sea, en esencia, el mismo que el
del autor de "La cautiva" tiene complicaciones literarias que
le otorgan personalidad y autonomía. La idea del progreso
que destruye al gaucho y el uso de símbolos son las dos carac-
terísticas más diferenciadas. Para comprender la obra de Obli-
gado es necesario tener en cuenta los acontecimientos literarios
en el Río de la Plata hasta 1885, fecha de la publicación de sus
Poesías.

La literatura gauchesca tiene dos vertientes. Una culta,
que estamos estudiando, y otra popular, cuyo comienzo se ha
fijado en los albores del siglo XIX, especialmente en torno a

¹⁸ Al final de su composición *A Santos Vega*. . . , Mitre escribe una nota, cuya ideología a pesar de sus protestas de originalidad es, como puede verse fácilmente por el fragmento que transcribimos, una continuación de los conceptos expuestos por Echeverría: "Esta composición pertenece a un género que puede llamarse nuevo, no tanto por el asunto cuanto por el estilo. Las costumbres primitivas y originales de la pampa han tenido entre nosotros muchos cantores, pero casi todos ellos se han limitado a copiarlas toscamente, en vez de postizarlas, poniendo en juego sus pasiones modificadas por la vida del desierto, y sacar partido de sus tradiciones y aun de sus preocupaciones. Así es que, para hacer hablar a los gauchos, los poetas han empleado todos los modismos gauchescos, han aceptado todos sus barbarismos, elevando al rango de poesía una jerga, muy enérgica, muy pintoresca y muy graciosa, para los que conocen las costumbres de nuestros campesinos, pero que por sí no constituyen lo que propiamente puede llamarse poesía. La poesía no es la copia servil, sino la interpretación poética de la naturaleza moral y material, tanto en la pintura de un paisaje como en el desarrollo lógico de una pasión o de una situación dada". Citamos por *La poesía gauchesca en lengua culta*, Introducción y notas biográficas de Rafael R. Rodríguez López, B. A., 1953, pp. 50-51.

¹⁹ Véase: *La iniciación intelectual de Mitre* de A. PAGES LARRAYA, Buenos Aires, 1943.

²⁰ RAFAEL OBLIGADO nació en Buenos Aires en 1851. Pasó su

la figura del uruguayo Hidalgo. Se definía por el uso del habla dialectal. Era una literatura regional, limitada y no apreciada por los intelectuales argentinos. Esta poesía secundaria adquirió una primordial importancia con la obra de Del Campo y Hernández, los cuales compusieron una poesía realista de grandes valores literarios. Expresión gauchesca que obtuvo sus hitos más preeminentes en 1866, 1872 y 1879, significando el triunfo literario de la forma dialectal. La crítica argentina no se avino con esta nueva tabla de valores y hubo que esperar hasta que la crítica exterior otorgara el espaldarazo definitivo. La obra de Obligado representó la reacción culta frente a la corriente popular. El estandarte de un arte que idealizaba y no que retrataba era la tónica del poeta porteño que dirigía los cenáculos de la época.

Nunca —díjome Rafael— he soñado con ser poeta gauchesco ni he imaginado disfrazarme con una indumentaria y una mentalidad, ajenas a mis hábitos y a mi pensamiento, por más que haya vivido, y aún viva gran parte del año, entre gauchos de verdad, sienta las palpitaciones de su corazón llegándome éstas al alma a lo vivo; haya gustado de las trovas melancólicas de sus payadores pampeanos, vibrando todo mi ser al experimentar que sus sonidos parecían incrustarse en los oídos del que tales vidalitas escuchaba al son de la guitarra campera, la que muda los tonos alegres en tristezas; y me haya esmerado, poniendo en perfección las cosas, por interpretar sus leyendas en mis versos. Mi Santos Vega busca personificar el alma del gaucho y sacar de ella una imagen muy acabada y hermosa, pero no hice uso de la forma dialectal de su habla, porque en la lengua castellana —como alguien lo ha observado— no han entrado aún de rondón todas las civilidades que antes estaban en jerga, y he considerado a ésta del todo falsa en labios puebleros, no queriendo competir con lo que han hecho todos los que hasta aquí han

infancia y adolescencia en la finca de sus padres, la "Vuelta de Obligado", junto al Paraná. Abandonó su estudios en la Facultad de Derecho para dedicarse por entero a su vocación literaria. Publicó sus *Poesías* en 1885. Fue fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Recibió el título de *doctor honoris causa* de dicha universidad. Fue correspondiente de la Real Academia Española. Murió en Mendoza en 1920. La edición definitiva de sus *Poesías*, dirigida por su hijo Carlos Obligado, apareció en Buenos Aires en 1921.

cultivado con dudoso desvelo eso que se llama literatura gauchesca.²¹

El tomo de *Poesías* de 1885 sostuvo la lucha por una estética más refinada, pero de menor fuerza expresiva. En él se incluyó el famoso poema "Santos Vega", aunque no en su forma definitiva. Este se publicó nuevamente dos años más tarde en una edición especial. El nuevo canto añadido, que ocupaba el lugar de tercero, lo completaba. Rafael Obligado, poeta consciente y cuidadoso, tuvo constancia y vocación en su arte y presentó una nueva edición de *Poesías* en 1906. Bajo el epígrafe de *Leyendas argentinas* iba el "Santos Vega", "La Salamanca", 1893, "La mula ánima", 1892, "El yaguarón", 1905, "El Cauí", 1894 y "La luz mala", 1883.

Su poema más conocido es el "Santos Vega", compuesto de las partes siguientes: "El alma del payador" 1877, "La prenda" —anterior a 1882—, "El himno del payador" 1887, y "La muerte" —anterior a 1882. Suma en total 550 versos, en décimas. El tema del payador había sido llevado a la literatura por Mitre y Ascasubi en la poesía, y por Eduardo Gutiérrez en la novela. Se ha aceptado la historicidad del personaje gauchesco.²² El procedimiento de la figura histórica que fundamenta la literaria es corriente en el género. Buenos ejemplos son Juan Moreira, Segundo Sombra, y Florido.

La arquitectura del poema de Obligado está finamente sustentada. Comienza con la evocación del espíritu del payador, que cual una sombra recorre la pampa:

Dicen que, en noche nublada,
 si su guitarra algún mozo
 en el crucero del pozo
 deja de intento colgada,
 llega la sombra callada,
 y, al envolverla en su manto,
 suena el preludio de un canto
 entre las cuerdas dormidas,
 cuerdas que vibran heridas
 como por gotas de llanto.

Estrofa III

²¹ *Nosotros*, n° 131, año XIV, Buenos Aires, abril, 1920.

²² Véase: *La literatura gauchesca y la poesía gauchesca* de C. A. LEUMANN, Buenos Aires, 1953.

En este escenario fantástico se coloca la figura de la amada, que espera la venida del gaucho bajo un ombú. En esta caracterización espectral que Obligado le confiere—pudo ser idea germinal de Segundo Sombra— Santos Vega se aparece a la gauchada, cuando ésta celebra el juego del *pato*, y pronuncia una arenga patriótica, conmovedora, acompañado de su guitarra.

El canto final recoge el clímax de la leyenda. La lucha por la maestría del canto entre el payador y un extraño personaje Juan Sin Ropa—símbolo de la ciencia—²³ Vega es vencido y su contrincante, convertido en serpiente, se esfuma entre las ramas del ombú, produciendo una lluvia de escamas que hace desaparecer al gaucho. Vibran emocionadas las últimas palabras del payador:

—Adiós, luz del alma mía,
 adiós, flor de mis llanuras,
 manantial de las dulzuras
 que mi espíritu bebía;
 adiós, mi única alegría,
 dulce afán de mi existir:
 Santos Vega se va a hundir
 en lo inmenso de esos llanos. . .
 ¡Lo han vencido! ¡Llegó, hermanos,
 el momento de morir!

La poesía de Obligado enfrenta el mundo poético—fantasía— con los símbolos del progreso que anuncian la muerte de la tradición legendaria.²⁴

Los románticos habían estilizado al gaucho y su interés estribaba en la idealización del personaje histórico sin velar su pintoresquismo. Pero a lo largo del siglo XIX se había desarrollado una poesía regionalista en formas dialectales. Esta corriente popular, que tiene sus firmes comienzos en los

²³ Carlos Alberto Leumann en su estudio citado ha precisado la personalidad histórica de Juan Sin Ropa, en Celestino Dorrego, quien "tocaba la guitarra y cantaba [tan] magistralmente; que sus amigos venían a buscarle a altas horas de la noche y salía al llamado, a medio vestir. . ." p. 47.

²⁴ Véase el estudio de Juan Valera incluido en las *Cartas Americanas*, Madrid, 1889, primera serie, pp. 51-61.

primeros años del ochocientos,²⁵ iba a ser la fuente directa de los grandes poemas gauchescos en la segunda mitad del siglo.

Poesía de intención política, cuyo valor literario era accidental. La sátira o la denuncia propagaba ideologías entre el paisanaje. Su estructura era una derivación de las coplas y cantares que en España surgieron durante la invasión napoleónica y en el período de la reacción absolutista de Fernando VII. Así lo nota Falcao Espalter:

Fue la literatura popular española la que fecundó en nuestra tierra el nacer de la literatura gauchesca.²⁶

El payador²⁷ cantaba e improvisaba estas coplas al aire de su guitarra. Muchas veces la forma era dialogada y recibía el nombre de *payada de contrapunto*. Era normal que intervinieran varios contendientes que preguntaban y respondían. Estos fueron los famosos *Diálogos*.

El octosílabo en sextinas, redondillas, cuartetas y décimas —que se habían hecho populares en América— y sus combinaciones fue la medida utilizada. Falcao Espalter y Ayestarán citan el *trovo*, que

Consta de una cuarteta octosilábica llamada *cabeza* y de cuatro estrofas de décimas llamadas *pie*.²⁸

El *cielito* tuvo mayor popularidad, compuesto en cuartetas octosilábicas, cuyos versos pares riman en asonante —es normal encontrar la rima en consonante. Las estrofas pares

²⁵ A. J. Battistesa ha estudiado como antecedente de esta expresión poética cinco décimas que relatan la vida del gaucho (en el país expresado...), incluidas en la *Relación de lo que ha sucedido en la Expedición de Buenos Aires, que escribe un Sargento de la Comitiva, en este año de 1778*. Véase "Antecedentes de la poesía gauchesca en el siglo XVIII" de J. A. BATTISTESA en *Sur*, nº 14, año V, Buenos Aires, noviembre de 1935, pp. 90-98.

²⁶ MARIO FALCAO ESPALTER, "La poesía gauchesca", en *Historia sintética de la literatura uruguaya*, plan del señor Carlos Reyles, Montevideo, 1931, estudio 2.

²⁷ Payador o Pallador, del quechua paclla —campesino. "Coplero y cantor popular y errante en la América del Sur", R. A. E. Para otras posibles etimologías véase el *Vocabulario* de E. F. TISCORNIA en su edición del *Martín Fierro*, B. A., 1925, pp. 454-455.

²⁸ LAURO AYESTARÁN, *La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay*, tomo I (1812-1838), Montevideo, 1950, p. 20.

repite como estribillo el primer verso y el comienzo del segundo. El patrón de estos estribillos que admiten ligeras variantes es:

Cielito, cielo que si
cielito...

En los albores de esta poesía popular surge la figura del uruguayo Bartolomé Hidalgo,²⁹ a quien se atribuye la composición, "El gaucho de la Guardia del Monte contesta al manifiesto de Fernando VII y saluda al Conde de Casa Flores". Tal vez el poema que tenga mayor valoración por la viveza y el colorido sea el titulado "Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano de todo lo que vio en las Fiestas Mayas de Buenos Aires de 1822", —precedente del *Fausto* de Del Campo.

Este tipo de poesía dialectal posee indudablemente gracia, pintoresquismo, imágenes acertadas y originalidad. Pero no pasa de un tono menor de atractivo local. Hilario Ascasubi en los 19 años que permaneció exilado en Montevideo publicó

²⁹ BARTOLOMÉ HIDALGO nació en Montevideo, en 1788. Era de constitución débil. Se ha formulado la hipótesis de que fuera mulato, debido a los calificativos "mulatillo" y "oscuro montevideano" que se le aplican. Fue dependiente en el comercio de Martín José Artigas, padre del célebre político. Luchó contra los ingleses en la invasión. Ocupó el cargo de Oficial Mayor del Ministerio de Hacienda y fue Censor de la Casa de Comedias en donde estrenó su obra "Sentimientos de un patriota". Casó con Juana Cortina. En los tres últimos años de su vida 1820-22 intensifica su producción literaria. Murió tuberculoso en Morón, cerca de Buenos Aires, en 1822.

Obras. Composiciones poéticas: *El gaucho en la guardia del monte contesta al manifiesto de Fernando VII, y saluda al Conde de Casa Flores con el siguientes cielito en su idioma; Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las islas del Tordillo y el gaucho de la Guardia del Monte; Nuevo diálogo patriótico entre Ramón Contreras, gaucho de la Guardia del Monte, y Chano, Capataz de una estancia en las islas del Tordillo; Al triunfo de Lima y el Callao, cielito patriótico que compuso el gaucho Ramón Contreras; Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano de todo lo que vio en las fiestas Mayas de Buenos Aires, en 1822.*

Teatro: *Sentimientos de un patriota*, 1816.

Bibliografía: *El poeta uruguayo Bartolomé Hidalgo. Su vida y sus obras*, 2ª Ed., Madrid, 1929, de MARÍA FALCAO ESPALTER, *Vida y obras de Bartolomé Hidalgo*, Montevideo, 1944, de NICOLÁS FUSCO SANSONE.

hojas sueltas y folletos en los que seguía el tipo de composición que había impuesto Hidalgo. Más rico en recursos que su antecesor, su fin era el mismo. He aquí la confesión del autor:

Después de algunos años consagrados al sostén de los principios de libertad y civilización, en que, teniendo en vista ilustrar a nuestros habitantes de la campaña sobre las más graves cuestiones sociales que se debatían en ambas riveras del Plata, me he valido en mis escritos de su propio idioma, y sus modismos para llamarles la atención, de un modo que facilitara entre ellos la propagación de aquellos principios...³⁰

Manuel Gálvez ha descrito en *El gaucho de los cerrillos* el mundillo satírico y panfletario del Río de la Plata en el que se trataba de desprestigiar a políticos encumbrados con hojas volantes que incluían pícaros comentarios. Dentro de la misma tónica Ascasubi publicó *Aniceto el Gallo, gacetero prosista y gauchi-poeta argentino*, periódico que apareció en Buenos Aires en 1853 y que reunía bajo el personaje literario de pintoresco nombre una serie de composiciones en verso y prosa. Tal fue el éxito de las gacetillas de Ascasubi que le salió un imitador y discípulo que firmaba con el seudónimo de *Anastasio el Pollo*. bajo este nombre se escondía la personalidad de Estanislao del Campo, a quien debemos el primer poema gauchesco de valor literario, el *Fausto, impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera*, que apareció en el *Correo del Domingo*, septiembre 30 de 1866. Con esta fecha se iniciaba la literatura gauchesca de caracteres realistas.

El éxito de la obra de Del Campo significaba el triunfo realista frente a las modas románticas. La lucha entre ambas tendencias empezaba a inclinarse en favor de los imitadores de la vida natural. Aunque los cultos no reconocerían el valor de los poemas gauchescos hasta después de las críticas encomiásticas hechas en Europa por Menéndez y Pelayo y Miguel de Unamuno, el pueblo con ese instinto certero, que a veces tiene, les había dado ya su devoción ilimitada. El *Martín Fierro*

³⁰ HILARIO ASCASUBI: *Paulino Lucero o Los Gauchos del Río de la Plata cantando y combatiendo contra los tiranos de las repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay* (1839 a 1851), París, 1872.

de Hernández tendría una acogida sin precedentes. Fue y es el libro nacional de los argentinos.

El *Fausto* volvió a imprimirse al cabo de un mes largo (8 de noviembre de 1866) con los juicios de Juan Carlos Gómez, Ricardo Gutiérrez y Carlos Guido Spano. El primero le censuraba entre elogios, el uso del dialecto. Guido Spano apreciaba el ingenio y el sentimentalismo de algunos momentos y Ricardo Gutiérrez, a quien estaba dedicado el poema, hacía un conciso resumen que termina con las siguientes palabras:

tiene un caudal de encantadora y sentimental poesía, revestida bajo una sencillez tan admirable que no la hace extraña en boca de un paisano.³¹

La obra tiene menester literario. Por la viveza, la gracia y el donaire el *Fausto* es una joya cincelada que reluce en el género gauchesco. Mantiene una línea de interés que no decae en sus 1278 versos. Poema burlesco en el que un gaucho, Anastasio el Pollo, ha asistido a la representación de la ópera *Fausto* de Gounod creyendo que todo lo que ha visto es un acontecimiento verdadero, y cuenta sus impresiones a su amigo Laguna.

El tema se basaba sobre una anécdota auténtica: La representación del *Fausto* de Gounod con libreto de Michel Carrié y J. Barbier en el Teatro Colón, el 24 de agosto de 1866.³²

Las descripciones de Mefistófeles, de Margarita y de la naturaleza pueden dar una idea de los valores que encierra la obra. Como ejemplo podemos citar la descripción del amanecer (versos 849-880). Excepto el primer canto que está compuesto en décimas, los cinco cantos restantes están escritos en redondillas con la peculiaridad de que la última estrofa es una décima.

³¹ RICARDO GUTIÉRREZ: *Carta a D. Estanislao del Campo*. Incluida en la ed. del *Fausto*, hecha por la Biblioteca Nacional de B. A. 1940, p. 11.

³² A. J. BATTISTESA en una conferencia dada en el *Instituto popular de conferencias*, "Génesis periodística del Fausto", descubrió un antecedente de la obra en una relación del mismo poeta que con el título de "Carta de Anastasio el Pollo sobre el beneficio de la señora La Gruya" fue publicado en *Los Debates*, B. A., 14 de agosto, 1857. Véase *Anales del Instituto popular de conferencias*, vigesimoséptimo ciclo, año 1941, t. XXVII, pp. 309 a 321, B. A., 1942.

Menéndez y Pelayo tuvo frases aprobatorias para esta rejocante composición.

La obra en verso de Del Campo³³ fue publicada con un prólogo de José Mármol (1818-1871) —*Poesías*, 1870. El autor de los *Cantos del Peregrino* reconocía la trascendencia de la obra gauchesca, y le daba el espaldarazo oficial.³⁴

En los últimos años de su vida Hilario Ascasubi³⁵ fue a París con el propósito de imprimir sus hojas y folletos gauchescos. Parece el gesto como si *el Gallo* no estuviese dispuesto a admitir competencia de *Pollo* alguno. Entre sus papeles se encontraba la historia de los *mellizos de la Flor*, que se había publicado parcialmente a mediados del siglo. Era su obra desinteresada, como advertiría Tiscornia, pues no respondía a un fin político inmediato. Quizá con el deseo enérgico de ser por antonomasia el poeta gauchesco, gloria que le había arrebatado su discípulo Del Campo con su *Fausto*, se dio a la tarea:

³³ ESTANISLAO DEL CAMPO nació en Buenos Aires en 1834. Era de ascendencia española. Estudió en la Academia Porteño-Federal bajo la dirección de Florentino García. Participó en la defensa de Buenos Aires en 1853. Se casó con Carolina Lavalle sobrina del general Juan Lavalle, en 1864. Mantuvo estrecha amistad con Guido Spano del que fue conuñado. Secretario de la Cámara de Diputados. Diputado Nacional por los Alsinistas de la provincia de Buenos Aires. Oficial Mayor del Ministerio de la Provincia, en el período de la vicepresidencia de Alsina. En 1870 publicó su obra *Poesías* con prólogo de Mármol. Murió en 1880.

Véase: *Vida de Anastasio el Pollo (Estanislao del Campo)* de M. Mujica Láinez, Emecé Editores, S. A. Buenos Aires, 1948.

³⁴ Bibliografía: *Fausto* de Estanislao del Campo. Facsímil de la primera edición con un estudio de Ernesto Mario Barrera, Prólogo de Raúl Quintana, Buenos Aires, 1940; "Estanislao del Campo", por Miguel D. Etchebarne, en *Los Poetas Gauchescos*, Buenos Aires 1945; *Fausto* por Estanislao del Campo, *Presentación* por Emilio Ravignani, manuscrito del Fausto de la colección Leguizamón por Amado Alonso, 2a. ed., 1946.

³⁵ HILARIO ASCASUBI nació en 1807 en la Posta de Fraile Muerto. Su padre Mariano era andaluz y su madre Loreta Elia de Córdoba argentina. Estudió la primera enseñanza en el Convento de San Francisco. Viajó en su juventud. Estaba en Salta dirigiendo la edición de *La Revista Mensual*, en 1824. Asistió a la guerra con el Brasil. Se hizo miembro del *partido unitario* 1828. Huyó de la tiranía de Rosas al Uruguay. Volvió poco después a Buenos Aires y fue apresado. Después de dos años en la cárcel se fugó refugiándose en Montevideo. En la ciudad uruguaya adquirió renombre como escritor gauchesco. Desempeñó diversos trabajos: "importador de camisas, vendedor de lanas, corredor de alhajas y panadero". A las órdenes de Urquiza, en calidad

Incorporado sobre las almohadas del lecho, o sentado frente al escritorio, cuando su mal (la gota) se lo toleraba, dedicó ocho meses enteros a concluir su poema.³⁶

En el prólogo a la edición famosa, que comienza desilusionadamente "París no es para todos los hombres el paraíso de la tierra: . . .", nos dice el fruto de sus esfuerzos:

Santos Vega a los Mellizos de la Flor, que tal es el nombre que le he dado al libro que forma el primer volumen de mis obras,

de teniente coronel, participó en la batalla de Monte Caseros. Al ver el cariz de los acontecimientos posteriores se separó de Urquiza y le criticó desde su periódico *Aniceto el Gallo*. . . Dirigió muchas de las reformas de la ciudad de Buenos Aires: instalación del gas, construcción de ramales ferroviarios, edificación del Teatro Colón. En 1862 fue a París en misión oficial, enviado por Mitre. En la ciudad francesa plantó un sauce llorón junto a la tumba de Alfred de Musset en el Cementerio de Père-Lachaise, cumpliendo el deseo del poeta francés:

Mes chers amis, quand j'ai mourrais
plantez un saul au cimetière.
J'aime son feuillage éploré. . .

Publicó su obra completa en tres tomos, en la editorial Paul Dupont el año de 1872, en París. Muere en Buenos Aires, en 1875.

Entre los poemas gauchescos de Ascasubi citamos: "Jacinto Amores, gaucho oriental", haciéndole a su paisano Simón Peñalva, en la costa del Queguay, una completa relación de las fiestas cívicas, que para celebrar el aniversario de la jura de la Constitución oriental se hicieron en Montevideo en el mes de julio de 1833". "El truhiflor remitido de un sargento oriental del ejército del general Fructuoso Rivera, para el número 4 del periódico titulado *El gaucho en campaña* el cual se publica en Montevideo" 1839; "Juan de Dios Oliva y otros dos gauchos orientales platicando el día 11 de junio de 1843, en el campamento del general don Frutos Rivera"; "Diálogo que tuvieron en el Cuartel del Retiro el día 30 de mayo último, entre el paisano Salvador Ceballos, recién pasado del campo del enemigo, y Anselmo Alarcón, soldado de la guerrilla de caballería del mayor Vila", 1853; Bibliografía. J. M. Torres Caicedo: "Biografía de Hilario Ascasubi" en el *Correo de Ultramar*, París, 24 de julio de 1861; Rafael Hernández: *Penuajó*, Nomenclatura de calles. Breve noticia sobre los poetas argentinos que en ellas se conmemoran, B. A., 1896. E. F. Tiscornia: *Poetas gauchescos*, B. A., 1940; Manuel Mujica Láinez: *Vida de Aniceto el Gallo* (H. Ascasubi), B. A., 1943; Lauro Ayestarán: *La primitiva poesía gauchesca en el Uruguay, (1812-1838)*, Montevideo, 1950.

³⁶ MANUEL MUJICA LAÍNEZ, *Vida de Aniceto el Gallo* (Hilario Ascasubi), Buenos Aires, 1943, p. 187.

fue comenzado en el año de 1850, no habiendo en aquella época de vicisitudes tenido tiempo para hacer otra cosa que las dos entregas publicadas en 1851, las que constaban de sólo diez cuadros con mil ochocientos versos, mientras que hoy el volumen o sea el poema entero consta de sesenta y cinco cuadros y más de trece mil versos.³⁷

La historia folletinesca de los *Mellizos de la Flor*, Jacinto el bueno y Luis el *matrero*, con las persecuciones de que éste es objeto, dirigidas, en parte, por su antagonista el Sargento Berdún, da pie para una maraña de episodios y peripecias. La narración está contada por Santos Vega a los amigos Rufo Tolosa y su china Juana Petrona.

El viejo coronel había logrado ofrecer al público la obra gauchesca de mayor sentido narrativo y que aporta mayor información.

En el mismo año de 1872 veían la luz otros dos poemas del mismo género los "Tres gauchos orientales" de Antonio D. Lussich y "El gaucho Martín Fierro" de José Hernández.

El uruguayo Antonio Lussich³⁸ ocupa un lugar definido en la gauchesca. Cultiva esta poética con devota honestidad y deja escritos tres poemas extensos: Además del citado, "El matrero Luciano Santos" y el especialmente alabado por Falcao Espalter "Cantalicio Quirós y Miterio Castro en el Club Uruguay", que está inspirado en el *Fausto*, pero que junto al episodio chusco no rehuye el grosero.

Jorge Luis Borges ha señalado cuidadosamente la relación entre Lussich y Hernández y considera "Los tres gauchos..." como

un borrador incontinente, lánguido, ocasional, pero utilizado y profético del *Martín Fierro*.³⁹

³⁷ HILARIO ASCASUBI: *Santos Vega o los mellizos de la Flor*, Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778 a 1808), París, 1872, Prólogo, p. XLVIII.

³⁸ ANTONIO D. LUSSICH nació en Montevideo en 1848. Hijo del austríaco Felipe Lussich, marino. Lussich trabajó en los negocios de su padre hasta que se alistó en el Partido Blanco. Publicó *Los tres gauchos orientales* en B. A., 1872. Un año más tarde dio a la imprenta *El matrero Luciano Santos*, B. A. Murió en Montevideo en 1928. Véase *La poesía gauchesca* de Falcao Espalter, trabajo cit.

³⁹ JORGE LUIS BORGES: "La poesía gauchesca", en *Obras Completas, Discusión*, Buenos Aires, 1957, p. 31.

En diciembre de 1872, en una pobre edición, veía la luz un libro que iba a tener extraordinarias repercusiones: *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández.⁴⁰

La obra nace con objetivos políticos. Es una enérgica protesta contra el destino del gaucho. Su sentido social y político ha sido estudiado con cuidadoso detallismo por Pagés Larraya, quien al publicar las *Prosas del "Martín Fierro"*⁴¹ ha relacionado hábilmente con el poema las circunstancias políticas en las que su autor se debatió. La obra y su continuación *La vuelta de Martín Fierro* 1879, alcanzan valores universales. Su ajustada estructura de contenida emoción sobrepasa los cauces previstos. Una química mágica y perfecta ha hecho el milagro. El gaucho se hace inmortal con el poema. El género permanece concisamente definido. Poesía narrativa de características épicas. Posee un alto sentido dramático, y su realismo es tan exacerbado que bordea la hipérbole.

⁴⁰ JOSÉ HERNÁNDEZ nació en el caserío de Perdriel, partido de San Martín, provincia de Buenos Aires, en 1834. Hijo del rosista Rafael Hernández, y de Isabel Pueyrredón, cuya familia fue perseguida por Rosas. Su madre murió cuando el poeta tenía 9 años. Trabajó con su padre cuando éste fue designado mayordomo de los establecimientos que formaban la gran asociación de ganaderos. Vivió temporadas en la estancia "La Primavera", residencia de su hermana Magdalena. Siguió la carrera militar y alcanzó el empleo de capitán ayudante del Coronel Hornos; un desafío de honor le obligó a abandonarla. Asistió a las luchas intestinas en 1859 como ayudante de Urquiza. Abandonó las armas e ingresó como oficial taquígrafo para el Senado. Se casó con Carolina González del Solar en la Catedral de Buenos Aires, 1863. Dirigió el periódico *El Argentino* opuesto a Mitre. Con la subida al poder del general, hubo de refugiarse en Uruguay. En estos años cambiantes todo podía suceder, y Hernández fue elegido Fiscal General de Estado en 1867. En 1870 era propietario del periódico *El Río de la Plata* contrario a Sarmiento, que ocupaba la presidencia. Hernández tuvo que cerrarlo y que expatriarse en el Brasil. En 1872 estaba hospedado en el "Hotel Argentino" de Buenos Aires en donde terminaba el *Martín Fierro*. Adquirió la imprenta del Plata en 1879 y fue nombrado diputado provincial, y al año siguiente, Senador, cargo que ocuparía hasta su muerte en 1886.

Bibliografía: *Diccionario biográfico americano* de J. D. Cortés, París, 2 ed. 1875. *Nomenclatura de las calles. Breve noticia sobre los poetas argentinos que en ellas se conmemoran* de Rafael Hernández 1896. *Vida de José Hernández* de José Roberto del Río, B. A., 1942. *José Hernández* por Manuel Gálvez, B. A., 1945.

⁴¹ ANTONIO PAGÉS LARRAYA, *Prosas del Martín Fierro*, con una selección de los escritos de José Hernández, ed. Raigal, B. A., 1952





Curiosa es la personalidad del autor. Luchó por sus ideales contra enemigos tan poderosos como Mitre y Sarmiento, y supo asegurarse un puesto en el Senado.

Político diligente, llegó a ser propietario de un periódico de breve vida *El Río de la Plata*.

Tuvo una marcada tendencia a la obesidad. De "globulosa" la calificó Mansilla. Gozaba de excelente memoria, como puede deducirse por la conocida anécdota que relata su hermano Rafael. Gustaba de la conversación, era de gran verborrea y hacía gala del tono profundo de bóveda característico en él. Era bajo y su cultura limitada, pero no su energía. En su juventud había aprendido la vida gaucha en Camarones y en Laguna de los Padres. Doña Belmira, amiga del poeta, lo describió *morocho*, de barba larga, de profundo color negro, muy poblada, lo mismo que el cabello. Y Olivera nos da una aguda descripción:

Era un hombre afable, bueno, modesto. Lo miraban como a un discípulo retardado en el arte social de ocultar la verdad. Y, en efecto, no tenía cortesía ni urbanidades en el espíritu, para la mentira. Veía las cosas con claridad y decía su pensamiento sin imaginar que se llevaba por delante exquisitos ceremoniales.⁴²

A partir de 1873 sus amigos le llamaban Martín Fierro. Caso insólito de compenetración entre personaje y autor.

En la carta-introducción dirigida a José Zoilo Miguens, Hernández nos declara el intento de la obra:

Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que les es peculiar; dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y los arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.⁴³

El poema *El gaucho Martín Fierro* y su continuación *La vuelta de Martín Fierro*, se desenvuelve en un tono elegíaco.

⁴² CARLOS OLIVERA: *Medallas*, La Plata, 1909, p. 191.

⁴³ JOSÉ HERNÁNDEZ: *Carta a D. José Zoilo Miguens*, en el *Martín Fierro*, edición de Carlos Alberto Leumann, p. 153.

El destino inflexible maneja los personajes como marionetas, quienes acatan su suerte. La importancia del poema radica en su valor humano. Martín Fierro en su anécdota sencilla y verdadera hace vibrar las grandes incógnitas metafísicas y los problemas más acuciantemente reales: el amor, la amistad, la sociedad, los hijos, la gloria, el fracaso, la miseria. . . El héroe recorre dos sendas paralelas, una exterior de aventura y peripécia y otra interior, de amargura que abre el camino del pensamiento al contacto con las experiencias y los sinsabores. Poema que dice sobre cosas trascendentales. El gaucho rompe su localidad para ser el hombre en la lucha por la vida. Leumann tiene sobrada razón al afirmar que el Martín Fierro es "un poema elementalmente religioso", porque Martín Fierro tiene conciencia y se enfrenta con ella sin rodeos. La memoria que cambia con dorado polvillo el pasado es su sostén más fuerte. Se reiteran las expresiones de añoranza. *¡Ah tiempos!, Recuerdo, ¡qué maravilla!* Memoria angelada y una tenue esperanza ayudan a este *homo viator* en su camino.

El gaucho Martín Fierro, escrito en sextinas octosilábicas consta de 2,316 versos.

El elemento épico pierde algo de su briosa acción, porque el relato se extiende en primera persona. El héroe en un clímax de desesperanza y tristeza cuenta su historia:

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela,
que al hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela. . .

Con certera y rápida sucesión de imágenes describe la vida del campo. Las reflexiones que acompañan la narración son modelo de soltura y colorido. La anécdota del gaucho, que es obligado por la leva a abandonar rancho y familia, sirve al autor para darnos una pintura de costumbres y ambiente, coloreada con el dejo amargo que la fatalidad impone. La guerra no trae honra ni gloria, sino miseria y humillación. El retrato vivo y pintoresco de la indiada es interrumpido para esbozar la grotesca cara de la muerte. En el encuentro, el contendiente de Fierro cae:

Ay no más me tiré al suelo
y lo pisé en las paletas.
Empezó a hacer morisquetas
y a mesquinar la garganta,
pero yo hice la obra santa
de hacerlo estirar la geta.

¡Dura la vida de los hombres de frontera! El cinismo da vigor a la confesión terrible. La mueca burlona esconde el dolor que produce el peligro.

Hernández hace alarde de una forma concisa que en un mínimo espacio ofrece una fiel y clara imagen. Veamos dos ejemplos. En el cantón aumentan los malos tratos y la miseria. Martín Fierro exige que se le de la paga. Escuetamente nos dice el resultado

Y todo era alborotar
al ñudo, y hacer papel.⁴⁴

Escojemos otro momento. Ha desertado y vuelve a sus pagos —a su lugar—, pero no encuentra la que dejó:

¡Sólo estaba la tapera!⁴⁵

El gaucho sigue una escuela de encanallamiento de la que a veces es difícil escapar. Uno de los episodios más logrados es la provocación y lucha con el moreno en la milonga —baile— de un boliche. Se ha endurecido el alma del protagonista.

Sus movimientos después de haber matado injustamente a su rival son de cruel exhibición:

Limpié el facón en los pastos,
desaté mi redomón—,
monté despacio, y salí
al tranco pa el cañadón.⁴⁶

Fierro tiene conciencia y cuando la borrachera se le pasa comprende con dolor lo que ha hecho.

⁴⁴ Al ñudo, significa en vano.

⁴⁵ Tapera —rancho en ruinas.

⁴⁶ Cañadón —Cañada honda.

Hernández no quiere dejar a su personaje a solas con su meditar y le da un amigo: El policía que saldrá a defenderle en la emboscada. Cruz es un tipo semejante a Fierro. La adversa fortuna y la injusticia social han guiado sus pasos. Martínez Estrada ha sugerido la ingeniosa teoría de que Cruz es el reverso de la personalidad de Fierro.

El canto XIII que cierra el libro es una curiosa invocación de lo creado, cuyo centro es el hombre, quien ha recibido más bienes que los otros seres del universo, pero también más penas, pues las dos cosas trae el entendimiento.

Martín Fierro rompe la guitarra cuando los dos amigos cruzan la frontera huyendo de la civilización. El desierto silencia su memoria.

Hernández informaba con satisfacción que el Martín Fierro había tenido

una acogida tan generosa, que en seis años se han repetido once ediciones con un total de cuarenta y ocho mil ejemplares.⁴⁷

El poeta animado, por estos resultados, compuso su continuación *La vuelta de Martín Fierro*, que apareció en 1879, impreso por la editorial Coni. La obra presenta nuevas facetas en su arte. La arquitectura es más compleja, se tiende a la relación minuciosa de lo anecdótico (la lucha con el indio, la enfermedad de Cruz) y da entrada a otros personajes, los cuales cuentan su historia y perfilan con sus vidas la figura del protagonista. Martín Fierro se transforma en símbolo. La protesta social de la situación del gaucho⁴⁸ deja paso a una lección virtuosa. Hernández quiere dar "naciones morales". Sus personajes ofrecen una enseñanza. La valentía rebelde del héroe es suplantada por la prudencia.

Martínez Estrada observa la transformación:

Más que el Personaje —dice—, lo que cambia es la Obra entera. En *La Vuelta* hay otra visión de las cosas, otra posición del Autor frente al mundo y otro sentido para su obra. Algunos de los

⁴⁷ JOSÉ HERNÁNDEZ, "Cuatro palabras de conversación con los lectores", en *La Vuelta de Martín Fierro*, ed. consultada de Leumann, p. 267.

⁴⁸ Véase: "El sentido social de Martín Fierro", en *El espíritu riollo* de Enrique Espinoza, Santiago de Chile, 1957.

rasgos característicos pasan de Martín Fierro a otros personajes: El Hijo Segundo y Picardía en lo biográfico, el Hijo Mayor en lo síquico.⁴⁰

La fuerza generatriz que tiene el poema se desdobra en otros poemas de menor extensión, interpelados en la misma estructura, que tienen independencia propia y que navegan en la ruta de la fama de Martín Fierro: La historia del Hijo Mayor, la historia del Hijo Segundo y la historia de Picardía. Los tres poemas son una réplica en tono menor de la aventura del protagonista. Tienen propiedades y características individualizantes. Los dos hijos de Fierro y el hijo de Cruz, Picardía, prolongan el poema, como, en la realidad, la vida se continúa en la descendencia.

Estas historias guardan un eco claro y definido de la literatura tradicional española. Comentaristas del poema como Unamuno,⁵⁰ Salaverría⁵¹ y Azorín⁵² han insistido en la relación entre en el *Martín Fierro* y la literatura española del Siglo de Oro. El viejo y el niño, es decir, Vizcacha y el Hijo Segundo, son una nueva visión literaria del tema iniciado en el *Lazarillo de Tormes*. Las escenas que relata el Hijo Mayor sobre la vida en la cárcel pueden relacionarse con aquellas de Carlos García sobre el mismo motivo en *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, París 1619. La historia de Picardía —hágase atención en el nombre simbólico que lleva— es una interpretación más de esa caterva de pícaros que recorre la literatura del barroco, ya sea en una obra de Mateo Alemán ya de Esteban González.

Martínez Estrada y J. L. Borges han llamado la atención sobre la caracterización espléndida de Vizcacha, viejo egoísta e irritable, que vive en compañía de sus perros y que padece un fin tétrico. Sus proverbios y refranes encierran la sabiduría del campo y de la vida. Otro personaje secundario interesante es el moreno que reta a Fierro a una payada al contrapunto y que

⁴⁰ EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, Ensayo de interpretación de la vida argentina, 2 vols. B. A., Vol I, *Las figuras*, 1948, pp. 73-74.

⁵⁰ MIGUEL DE UNAMUNO, *El gaucho Martín Fierro: poema popular gauchesco de don José Hernández*, en La Revista Española, Madrid, febrero de 1894.

⁵¹ J. M. SALAVERRÍA: *El poema de la pampa, "Martín Fierro"* y el criollismo español, Madrid, 1918.

⁵² AZORÍN: *En torno a José Hernández*. Buenos Aires, 1939.

con astucia exige de su rival la explicación de conceptos tan difíciles como el tiempo, la medida, el peso y la cantidad. Viene a vengarse por la muerte de su hermano. Pierde en la batalla, pero goza el triunfo de que Fierro no le acepte su desafío a cuchillo.

El canto final entreabre las puertas del mito. Martín Fierro da consejos a sus hijos y ahijado, y se despiden después de haber decidido cambiar el nombre y hacer un pacto secreto.

El lenguaje de Hernández es sencillo si se compara con el alarde de vocablos dialectales de Lussich o Del Campo.

La obra debido al hecho de su profundidad humana es apta a diferentes interpretaciones. Martínez Estrada en su excelente exégesis ha demostrado las posibilidades del poema a este respecto.⁶³

El *Martín Fierro* es considerado el libro nacional de los argentinos. Entre las ediciones de este libro en Buenos Aires deben mencionarse: la de 1894 con litografías originales de Carlos Clerice y prólogos del autor. La culta de E. F. Tiscornia de 1925. La de Santiago M. Lugones en 1926. La cuidada de Carlos Alberto Leumann en 1945.

Ha tenido reiteradas continuaciones e imitaciones. Bartolomé Rodolfo Aprile ha escrito *El hijo de Martín Fierro*, B. A., 1933, basando el argumento en el tercer hijo de Fierro.

Otra continuación de envergadura es *Nemesio*, Buenos Aires 1938, de J. R. Rodríguez Morel que narra lo que Fierro no dijo. El título lo da el nombre de un hijo del héroe. Se describe la muerte de Martín Fierro.

Entre las imitaciones recordamos *El gaucho Juan Acero. émulo de Martín Fierro* de Anastasio Culebra, 1901; y *El gaucho Floro Corrales* de J. M. Monty Luco, B. A., 1949; y el *Romance de Lucero Albornoz* de Roberto Gorostiaga, 1954.

El triunfo de *Martín Fierro* y su aceptación crítica tiene historia. La valorización viene de España. Miguel de Unamuno primero y a poco Menéndez y Pelayo elogiaron el poema sin reservas.

⁶³ Véase: *El poeta creador. Cómo hizo Hernández "La vuelta de Martín Fierro"*, por CARLOS ALBERTO LEUMANN, B. A., 1945. Puede consultarse también "El Martín Fierro y la poesía tradicional" de FEDERICO DE ONÍS, Homenaje M. Pidal, II, pp. 403-16, Madrid, 1925; *Martín Fierro su autor i su anotador* de V. ROSSI, Río de la Plata, 1939; *El Martín Fierro* de J. L. BORGES con la colaboración de M. GUERREIRO, ed. Columba, Buenos Aires.

Unamuno apreciaba el poema fervorosamente:

En Martín Fierro se compenentran y como que se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; diríase que el alma briosa del gaucho es como una emanación del alma de la Pampa, inmensa, escueta, tendida al sol, bajo el cielo infinito, abierta al aire libre de Dios.⁵⁴

Menéndez y Pelayo acepta el juicio del crítico vasco y une a él su visión favorecedora.⁵⁵

Leumann llamaba la atención sobre el hecho de que lo que era alabado en España, fuera censurado en Argentina:

Otra sorpresa: Menéndez y Pelayo, y otro escritor de España, todavía joven, pero ya de mucho prestigio, Unamuno, que también alabó, y con gran entusiasmo, esa obra menospreciada en Buenos Aires, tampoco ponía el mínimo reparo al empleo del lenguaje gaucho.⁵⁶

No se haría esperar mucho la revisión del Martín Fierro. Leopoldo Lugones daba unas conferencias en el Teatro Odeón, en Buenos Aires, 1913. Afirmaba en ellas que el Martín Fierro era el poema nacional de los argentinos. Tal juicio causó una revolución literaria. La revista *Nosotros* abrió una encuesta con la siguiente circular:

Las lecturas de Leopoldo Lugones han puesto de actualidad el *Martín Fierro*. Lo que algunos pensaban y unos pocos habían publicado por escrito con audacia de paradoja, Lugones lo ha sostenido sin ambages con todo el prestigio de su talento: *El Martín Fierro* es nuestro poema nacional por excelencia, la piedra angular de la literatura argentina. Ricardo Rojas lo ha repetido con personal convicción en su conferencia inaugural del curso de literatura que dicta en la Facultad de Filosofía y Letras: el Martín Fierro es nuestra *Chanson de Roland*, nuestra *Gesta de Mio Cid*.

El problema literario que plantean estas rotundas afirmaciones es de una importancia que nadie puede desconocer...⁵⁷

⁵⁴ MIGUEL DE UNAMUNO: *El gaucho Martín Fierro*. . . art. cit.

⁵⁵ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de la poesía Hispano-Americana*, tomo II, Madrid, 1913, pp. 473-477.

⁵⁶ CARLOS ALBERTO LEUMANN: *La literatura gauchesca y la poesía gaucha*, Buenos Aires, 1953, p. 26.

⁵⁷ *Nosotros*, Año VII. Junio de 1913, número 50.

Terminaba pidiendo la opinión de los intelectuales. Las contestaciones fueron de diversa índole. Intervinieron Leguizamón, Enrique Vedia, Rodolfo Rivarola, Manuel Gálvez, Juan Más y Pi. Gálvez establecía el extremismo en defensa de la cuestión. Juan Más y Pi encontraba serios inconvenientes a las comparaciones con los poemas de gesta.

La polémica era candente. Manuel Ugarte intervenía con mesura, y Korn y Achaval denegaban el valor de poema nacional a la obra de Hernández. Cerraban la polémica, que parecía interminable, Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas con dos libros documentados. Lugones ofrecía *El payador* en 1916 y Ricardo Rojas *Los gauchescos* en 1917.⁵⁸

La literatura gauchesca desde ese momento sobrepasaba el valor literario, para obtener el galardón máximo de nacionalidad.

La poesía de tema gauchesco tiene su primera expresión importante en el romanticismo. El culto Echeverría, que impulsó la moda de Víctor Hugo en Argentina inició el género con *La Cautiva*. Existía una tradición popular que se remontaba a los comienzos del ochocientos pero que no tenía valores literarios. El realismo trajo consigo la imitación de este tipo de poesía. Un poeta, Del Campo, se inspiró en los payadores logrando una clamorosa acogida. Trata al gaucho desde un ángulo entre sentimental y cómico. *El Fausto* inició la poesía gauchesca de características realistas e introdujo la expresión dialectal en la obra de arte. *El Martín Fierro* 1872-1879 es la obra representativa de esta tendencia que alcanzó el dictado de nacional.

En el siglo XX el movimiento nativista es una continuación de la poesía criolla con la originalidad de introducir en los temas la metáfora vanguardista. El uruguayo Fernán Silva Valdés es la figura más caracterizada.

La corriente no se interrumpe. Basta echar una ojeada al *Panorama de la poesía gauchesca y nativista del Uruguay*, 1941, compilada por el poeta Serafín J. García, para comprobar la riqueza generatriz de los clásicos gauchescos.

⁵⁸ RICARDO ROJAS: *Historia de la literatura argentina*, tomo I, *Los gauchescos*, Buenos Aires, 1917.

INTRODUCCIÓN A LA POESÍA DE CÉSAR VALLEJO

Por Alejandro LORA RISCO

NINGUNA expresión poética más llena de fogsidad y decisión que la de Vallejo.¹ ¿Cómo, sin embargo, resulta al mismo tiempo la más triste? Ninguna penetra los terribles misterios del ser con más estrago, enfrentándose a las palpitaciones últimas de la muerte y del más allá. ¿Cómo ha podido ser, pues, la más afirmativa y viril? Ninguna tan imaginativa y fácil de invención, de audacia metafórica, de rica intuición idiomática, de jugos y valores humanos. ¿Por qué, no obstante, se ha parado frente a la tradición y, revocándola, le ha dado la espalda, enorme espalda atribulada del poeta...?

Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de itsmarse.

(“Los anillos fatigados”, *Los heraldos negros*.)

He aquí los dos impulsos básicos, de vivir y morir, en que se abre el alma del poeta. Uno, parece proceder de su conciencia, tiene que proceder de su conciencia; el otro, por el contrario, obedecería a la acción de una resaca inconsciente, o a una fuerza oscura que sin cesar lo avienta hacia el abismo. No es una simple *impresión* del poeta: lo sabe, está seguro de ello, lo explica: *combatido por dos aguas encontradas que jamás han de itsmarse*. Dos aguas, o dos corrientes, o dos conciencias que jamás han de unirse, lo combaten. No es que lo afecte, repito, una vaga impresión, sino la certidumbre, que consta, de haber tocado en sí un poder enemigo, una fuerza

¹ Las presentes páginas pertenecen al primer capítulo de un ensayo del autor sobre la poesía de César Vallejo.

que actúa directamente contra él. Tan contraria le es esa fuerza, que insiste: *Hay ganas de . . . no tener ganas, Señor.*

Su primer libro, *Los heraldos negros*, casi en la totalidad de sus versos, despliega esta contradicción, tan radical, entre dos actitudes polarizadas de su espíritu: la voluntad consciente y el designio inconsciente. La primera, ello cae de su peso, trata de llevar la expresión hacia un horizonte poético de culta envergadura, entre culterano y barroco, emparentado muy de cerca con Herrera y Reissig y, de más lejos, con Darío. Pero, tenga o no qué ver con la historia de sus influencias —problema de estilística reservado a los doctos—, de hecho, se marca suficientemente allí, en *Los heraldos*, la inclinación a llevar el verso prendido de una clara imagen conceptual —ánimico-simbólica— y de sus necesarias implicaciones estético-formales. Sólo que esta tendencia poderosa no es absoluta. A su lado, aparece la opuesta, que viene a introducir al poema, de un envión, en lo subliminal. Esto da lugar a diversos contrastes curiosísimos, que hablan de modo casi expreso de aquella hondura o sima vallejana que más tarde ha de constituir el surtidor de su inconfundible lenguaje.

Para abreviar, examinemos el poema "Espergesia", con su extraña mezcla de claridad y confusión y cuyas últimas estrofas son contrarias al estímulo que parecía regirlo y ordenarlo:

Todos saben que vivo,
que mastico. . . Y no saben
por qué en mi verso chirrian,
oscuro sinsabor de fétetro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben. . . Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda. . .
Y no saben que el Misterio sintetiza. . .
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nació un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

La filosofía del poema y su expresión simbólica no son difíciles de esclarecer. Mas la cruda simbolización de esa filosofía, o del sentimiento morboso que ella implica, sin perder un hilo racional, se va adelgazando hasta convertirse, en los dieciséis últimos versos, en una mera cuestión de palabras. El concepto, sin dejar de aludir a un referente presumiblemente lógico, se libera de todo contenido y surge, en su lugar, apenas, un simple juego de palabras. Los símbolos que expresan el pavor de la existencia—*Esfinge, Sombra gorda, Luz tísica, Joroba*— se desvanecen y acaban en un giro, casi un gesto, de perplejidad e indiferencia: *de las lindes a las Lindes*. Y además, en una conclusión moral: *Yo nací un día que Dios estuvo enfermo, grave*. Nada se expresa en aquel giro, pero se supone que contiene una clave, acaso la clave misma del misterio. Contemplando el poema, en un principio, como fábrica y objeto en sí, va perdiendo forma, ondula, oscila, flaquea, para acabar incorporando un elemento que no puede ser contenido o expresado por él: dos palabras juegan como en una especie de burla. Casi, empero, una burla sacra: *de las lindes a las Lindes*.

Entonación rítmica, combinación métrica y conato de rima denuncian todavía un estilo, o mejor, una técnica, inspirada en fuentes conocidas; sin embargo, por una rara casualidad, allí está el tono, entre irónico y trágico, que lo ha de caracterizar en el futuro. El contenido o la motivación estilístico-conceptual de este poema, "Espergesia", al dislocarse del conjunto del libro—aunque no por eso deja de tener notables e inconfundibles precedentes: poemas que en cierto modo lo preparan—, rompe una súbita puerta y apunta como hacia un vacío, hacia algo en sí mismo enigmático y, sin duda, rigurosamente tiránico. Los adjetivos simbólicos, por supuesto, menudean. *Dios, Esfinge, Sombra, Desierto, Misterio, Lindes*, están aludiendo a una realidad quizás inasible, pero ya presente, hundida y clavada en la carne del poeta, real dentro de él mismo. *Todos saben. . . y no saben* que esta luz diurna en que pretende ordenar sus sentimientos y vestirlos con una entonación adecuada y comunicativa—estilístico-conceptual, o simbolista—, se la ha tragado, al fin, la *Sombra gorda*, que todavía no se ve, pero se columbra con su terrible densidad de misterio. Justamente, entonces, el poeta se dispone a dar el salto, a caer y enterrarse en la *Sombra*, en cuanto el *Misterio sintetiza*, y así en realidad,

lo consigna: *el paso meridiano de las lindes a las Lindes*. Apenas una mayúscula se encarga de cambiar por completo la acepción de un mismo vocablo, lindes, destinado a zanjar la frontera que divide dos zonas inmediatas, pero opuestas, de la concepción del mundo del poeta.

Diríase que "Espergesia" es el único final, por decirlo así, lógico de *Los heraldos*, libro que se caracteriza, como lo vamos a ver en su oportunidad, por mantener dentro de un esteticismo cerrado (orden simbolista) aquellas dos fuerzas encontradas que *combaten* al poeta y no le permiten cumplir siempre, elevadamente, con viva entrega a las delicias del equilibrio estético, los anhelos de su estro, de su posesión artística de la belleza, o, simplemente, de su voluntad de forma.

"Espergesia", pues, vendría a ser como la decisión última y superior de abandonar el camino y el orden estético de *Los heraldos*, propósito tan lúcidamente expresado que nos viene a servir como una llave de análisis de todo libro. Ello nos permite comprender, por ejemplo, poemas como "Romería", "El palco estrecho", "En las tiendas griegas", "Ágape", "Rosa blanca", "Eneida", e innumerables versos saltados del contexto. Pasa en todos lo que con "Espergesia", o por lo menos lo que "Espergesia" nos deja adivinar ampliamente: que el poeta siempre está a punto de virar de una comprensión simbólica de la realidad (imagen plástico-musical) hacia una estructura estilística diferente, en que se desequilibran el diapason de los versos y, a la vez, el sentimiento intuitivo de la belleza; revolviéndose contra todo ello por la acción de fuerzas anímicas cuyo sentido oculto no ha comprendido, pero tan poderosas como para arrancarlo de la estética, o al menos de su objeto estrictamente plástico-rítmico, y desviarlo hacia una conceptualización crítica de la armonía y de las perturbaciones ontológicas del ser.

Puede decirse que "Espergesia" no es sólo el final de una etapa de la poesía de Vallejo, la de *Los heraldos negros*, sino precisamente el comienzo de *Trilce*, ese libro único, en el cual el poeta, desentendiéndose, en suma, de lo formal, va a volcarse de lleno, pero esta vez consciente de su propia fuerza demoníaca, en lo que el *Misterio sintetiza*, en la *Sombra gorda*, sin miedo a las *Esfinges* —*así pasa la vida, vasta orquesta de Esfinges*— ni al *Desierto*, ni al *Sahara azul de la Substancia*, ni a tantas otras simbolizaciones del límite trascendental y de lo

incognoscible. En *Trilce*, precisamente, habrá saltado de estas simples *lindes* a las *Lindes*, para arrebatarnos su auténtico e innominado sentido. Tengamos, mientras tanto, presente que el horror que consumía a Vallejo en *Los heraldos negros* se transformará en *Trilce* en un arrebató metafísico y en una translimitación ontológica.

Ya sabemos, pues, por qué y cómo se origina el desgobierno lírico de *Los heraldos*. No se trata de impericia técnica, ni de la intención de enredar en lo oscuro nociones poéticas conceptualmente poco claras y derechas. Esa inclinación irresistible a escapar de las márgenes del pensamiento poético y dejar aparecer un contenido de conciencia no dominado, rayano en la absurdidad, y situado, a veces, a poca distancia de la locura, invalida por entero la tenue forma simbolista y sus cerebrales derivaciones estróficas, su ritmo, su misma tersura y fluidez, para marcar un divorcio entre la dicción tradicional y culta, por un lado, y la expresionista y arbitraria, por el otro. Indudablemente, en *Los Heraldos negros*, Vallejo no estaba maduro, pero sí ya estaba bien decidido a penetrar por su propio camino y recorrerlo hasta el fin.

El caso es que ese camino no ha tenido que ser metódicamente construido por Vallejo. Es anterior a él, y en cierto modo preexiste. Aparte del hecho de que la poesía surge de un destello y se estructura en un sistema, larga y porfiadamente elaborado, no se puede decir que Vallejo intentase, ni siquiera de lejos, la codificación de un canon estilístico. En realidad, aparece incrustado, como se ve en su obra primeriza, en la roca diáfana del simbolismo, y toda su tarea aparente consiste en desprenderse, en desencajarse de allí. Lo que consigue ya en uno de sus más tempranos sacudones. Por ello puede sostenerse que el camino de *Trilce* le brota de lo íntimo, que pertenece a la raíz de su ser y que lo obedece y secunda, mejor que lo inventa.

Vallejo, en *Trilce*, desciende a las más inescrutables oscuridades de la vida, donde la plenitud inabarcada del alma inconsciente se exhibe y comunica, por inmersión directa, con otra dimensión ontológica. Lo que en *Los Heraldos negros* es una vaga aspiración, *Oh lo que es uno por todos*; una aspiración poética puesta a raya, interferida por inesquivables perturbaciones de orden patológico, y hasta por una razón demasiado rígida y escueta, *El pensamiento, el gran General se ciñó*

de una lanza decidida: en *Trilce* llegará a ser, por fin, una mística e inesperada unión con el *todo*, y de una manera tan peculiar que es preciso llegar al capítulo pertinente para explicarlo.

Ahora tenemos que tratar de comprender a dónde llevará a Vallejo el conflicto entre sendas direcciones de su sentimiento del mundo y de la vida. Cómo el poeta deja en libertad la tendencia inconsciente y cómo al mismo tiempo la vigilancia del Espíritu recae sobre ella con una fuerza de penetración inexorable. Vamos a poder constatar, por último, por qué la oscuridad cerrada del lenguaje de *Trilce* se confunde con la claridad de su mirada al atravesar, desde la conciencia, los fríos y profundos espacios de la vida inconsciente. Sí, ¿por qué es ininteligible *Trilce*, por qué es abstruso para revelar los misterios del ser, encarados desde las tinieblas abisales de la expresión? Pero volvamos, por ahora, a los versos de *Los heraldos*:

Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de itsmarse.

En estos versos coexisten las dos formas contradictorias del sentimiento de la vida en Vallejo: afirmación y negación simultánea de la existencia. *Ganas de volver, de amar... ganas de no ausentarse, ganas de morir... hay ganas de no tener ganas, Señor*. Estas *ganas*, tan peculiares lingüísticamente, significan un afán casi mórbido e indistinto de vivir o morir, como una nebulosa sentimental donde no tiene cabida el intelecto ni la voluntad; el apetito vital es vago y desapacible y la naturaleza de su satisfacción poco importa en tanto persista como difusa aspiración. Pero tras este indescriptible juego visceral, no obstante, a campo traviesa, se presenta el Espíritu y con su lenguaje arcano, envuelve, domina, concierta el sentido de la estrofa. Lo curioso es que dice con términos precisos y claros un pensamiento que en realidad carece de concepto, siendo así que en este poema el concepto debería estar apuntalando, en todo instante, a la imagen poética: *hay ganas de morir, combatiendo por dos aguas encontradas que jamás han de itsmarse*. Seguro de saber, de referirse concretamente a algo, no expresa ni comunica, sin embargo, más que el misterio, un absurdo.

¿Son dos fuerzas enemigas entre sí las que, al enfrentarse, indirectamente lo combaten, o actúan precisamente para oponerse y combatirlo a él, de común acuerdo? ¿Se trata de comunicar las dos aguas sin que se mezclen entre sí, o de fundirlas, más bien, en una sola corriente amigable? No podemos saberlo, y no es necesario averiguarlo por ahora. Lo que importa es considerar el salto estilístico que va del enunciado conceptual *ganas de vivir o morir* a otra enunciación arcana, donde reside, en secreto compartimento, la explicación de la primera: hay ganas de vivir o morir precisamente porque dos aguas lo combaten para que no pueda vivir ni morir, sumergiéndolo en el atroz sentimiento de una indescifrable dualidad. (En los días postreros de su vida, volverá a reafirmar esta vivencia, así: *¿Qué me da, que ni vivo ni muero?*).

Pero la explicación posible no es en modo alguno filosófica, como podría parecer a simple vista. Por su forma, sintáctico-racional, es un concepto claro, que enuncia ideas concretas, nombra seres y cosas conocidas, o representables en un plano de abstracción metafísica, pero en su ilación no encierra verdaderamente un contenido ni una idea que satisfaga a la lógica, ni menos que se cumpla y abastezca a sí mismo como toda representación racional. Sí, no sólo se ha efectuado un desplazamiento imprevisto, sin transición; hay que añadir que el intelecto habla de cosas claras para el poeta que carecen de toda referencia objetiva y significación en el contexto. De tan concretas, ya no dicen nada. ¿Por qué dan ganas de vivir y morir "combatido por dos aguas encontradas que jamás han de itsmarse"? El símbolo no satisface al juicio racional, pero tampoco al conocimiento poético. Parecería dirigirse hacia valores metafísicos, mas tampoco es así, por aquello de que *hay ganas de no tener ganas*, y porque el impacto de la locución recae sobre una actitud reconcentrada en los órganos vitales, inmediatos, apetitivos, ganosos de una participación incomprensible.

Aunque, expresa Vossler, "en el MENTAR está el valor espiritual del habla, no implica necesariamente que este MENTAR haya de ser racional o intelectualmente comprensible: se puede, verbal y psicológicamente, mentar un puro disparate". A todo ello nos tiene acostumbrados la poesía moderna. Pero Vallejo nos hace darnos más literalmente que nadie con ese puro disparate sintáctico, con esa mención orgánica que, cuan-

to más justa, precisa y celosa de su imaginario concepto, más se nos muestra como un disparate mayúsculo, intraducible, aunque estremecido, tremante, perturbador. Vallejo nos dice a menudo cosas meridianas que no comprendemos, que no encajan en las luces de la razón ni en las de la poesía. De tal manera que, al encarnarnos con ellas, debemos remontar la concatenación literal y lógica de los valores o significados individuales, para tomar posesión íntegra del símbolo, o del síndrome, si se quiere, que es lo que son estas imágenes verbales, solamente en apariencia muy precisas. ¿Cuáles pueden ser sus relaciones con el mundo mágico del poeta? Es indudable que Vallejo habría penetrado en una esfera de la Existencia donde el yo se revierte en la totalidad, donde la vida personal e intrínseca se transforma y aboca una cuestión enteramente impersonal. Ya no es el poeta el que expresa directamente el símbolo, sino alguien que habla a través de él. Se sirve, digamos, de la razón humana para vaciar un hermetismo substancial, con su formulación directa, explícita, donde todo estaría medido e incluido por un rasgo de coherencia intelectual. El enunciado se encadena paso a paso, sin dejar un resquicio, como si estuviera copiándose el *objeto* en su presencia, y no obstante, la oscuridad final sobreviene: se ha definido lo blanco por lo negro: *combatido por dos aguas encontradas que jamás han de itsmarse*.

La impremeditada y súbita traslación del concepto poético desde el área de una imagen normalmente inteligible, hasta una zona expresiva donde las huellas de la misma se borran y desaparecen, constituye, de *Los heraldos negros* a *Trilce* (con diversas variantes de intensidad en los primeros) la forma habitual y genuina de la expresión vallejjiana. La coherencia —modulada en el doble plano conceptual y estilístico, propio de *Los heraldos*—, se desarma, se trunca de repente para asir y abrochar una *idea*, un pensamiento sin contenido real —ni ideal—, pero lexicografiado con la misma nitidez de todo proceso armónico de conceptualización. Este, por ejemplo:

Traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes de tiempo
en una misma campana.

En *Los heraldos negros*, desde luego, la ruptura, o el salto, no es siempre incisivo, y apenas si se nota. Pero en *Trilce*, su primera producción madura y típica, es evidente. *Trilce* ya no busca otra cosa que la oportunidad de señalar el misterioso paréntesis—y a veces todo el poema es sólo paréntesis—que se abre con la cláusula del motivo poético y se cierra en el instante en que ella se transforma en todo lo contrario, en alusión secreta. Las significaciones pertinentes a una imagen de contextura sintáctica o metafórica se suspenden y desvanecen casi de entrada, para vaciar de golpe el contenido enigmático del poema, y sin cuidarse para nada de la inteligibilidad ni de la contextura orgánica del verso. El poema VII, típicamente dice así:

Rumbé sin novedad por la vetuada calle
que yo me sé. Todo sin novedad,
de veras. Y fondeé hacia cosas así,
y fui pasado.

Doblé la calle por la que raras
veces se pasa con bien, salida
heroica por la herida de aquella
esquina viva, nada a medias.

Son los grandores,
el grito aquel, la claridad del careo,
la barreta sumersa en la función de

¡ya!

Cuando la calle está ojerosa de puertas,
y pregona desde descalzos atriles
trasmañanar las salvas en los dobles.

Ahora hormigas minuterías
se adentran dulzoradas, dormitadas, apenas
dispuestas, y se baldan,
quemada pólvoras, altos de a 1921.

Actitud libre del poeta, enderezada a conciencia, y, sin embargo, tan fresca como la iprovisación de un alienado. Del

tratamiento esteticista de valores y metáforas, ya no quiere, o no puede acordarse. La etapa culterana o barroca —ensañaciones y delicias a la zaga de Herrera y Reissig, de Darío, de Samain, etc.— ha sido breve, y no sin señalar allí, como hemos dicho, la verdadera intención de su poetizar. *Trilce* ya es otra cosa. Su tema central, el asunto mismo de la imagen, es la ausencia de tema central y de imagen, es decir, el apartamiento voluntario e implacable de todo lo que signifique rastro de taracea simbolista. No necesitó tocar al cisne de entorchado plumaje para torcerle el cuello. Le bastó sacudir el lomo de la imagen, fragmentarla y pulverizarla, dejando en libertad un borbollón de palabras.

Las coincidencias del lenguaje de Vallejo con el surrealismo nada tienen que ver, por supuesto, con la técnica de éste. Vallejo carece de programa antiestético, antiliterario. Está solo, angustiado, frente a un mundo donde los actos orales no rebotan, no hacen eco, no desencadenan, para decirlo con una fórmula del átomo, la materia que tocan. La palabra que se necesita de ariete, para penetrar en el desconocido rumbo, por donde nadie cruza indemne, no ha sido aún creada. Vallejo se la va a crear.

Trilce persigue, no ya el dibujo de la metáfora poética, sino el trance mismo —otro punto de contacto periférico que lo aleja, al mismo tiempo, del surrealismo—, la sacudida y el escalofrío rasgantes, los síntomas externos de la penetración de lo insondable y prohibido. De allí, precisamente, que en lugar de la *imagen*, el instrumento estético de *Trilce* —insólito en poesía— sea la palabra, la desnuda palabra adentrándose entre los resquicios del ser: un nombre de *sí misma* absolutamente nuevo, original, autárquico, directo. Tal es la turbadora anarquía de *Trilce*.

Resulta por demás evidente que, sobre la compostura y solidez esteticista de imágenes y sensaciones, predomina la atención profunda del espíritu, atisbando inflexible los flujos misteriosos del ser. Podría decirse que las sensaciones ya no tejen el hilo ni quieren ablandar la materia del pensamiento poético. Toda la poesía moderna se levanta sobre este puntar esteticista: el de las sensaciones transmutadas. Pero la cualidad sensible de las cosas no es ya el fin ni el medio de la expresión vallejana. En los *Poemas humanos*, expresará:

Ay, como la sensación arruga tanto,
ay, como una idea fija me ha entrado en una uña.

.....
La sensación me arruga, me arrincona.

Y, en efecto, una idea fija, como una astilla en la uña, mantiene ávido y despierto su "dolor de conciencia", su lucidez *subconsciente*. No se trata de trasladar la realidad del plano común y cotidiano al de la fantasía, sino de depurar la esencia humana de toda realidad, casi de toda sensación. La palabra, por sí misma, debe ser un acto, un todo, una evidencia suma. Algo así como una piedra colgada al cuello con la que se hunde el poeta en el incognoscible abismo. El poeta se concentrará hasta el dolor —*túneles de dolor*— para escuchar esa palabra y volverse *otro*. ¿No ha terminado escribiendo, en los *Poemas Humanos*: "a lo mejor, soy otro"?

La emoción poética persigue, así, ante todo, una clave central, un símbolo óptico, que, como una exclusiva, al abrirse, deja pasar el infinito. De un verbo ascético, sabidor y pugnar, vehemente y dulce, surgen las respuestas arcanas: *oyendo el tanteo profundo*. Del choque impiadoso de los términos, las chispas de lo ineluctable: *obs de ayes*. La palabra no toca ni describe nada: anuncia, capta, oye en los senos del misterio: *Absurdo, sólo tú eres puro*. Es una senda que tiene su fin en sí misma, en su crecimiento ininterrumpido y único. Gracias a ella, Vallejo puede transitar, impertérrito, por un oscuro mundo aún no revelado: *fósforo y fósforo en la oscuridad; estoy ojeando, ¿no oyes jadear la sonda?; tu mudez que me asorda; tímpanos alucinados; las ojerás se irritan divinamente; de agacharme a agauitar al fondo, a puro pulso; arrastrarse bajo túneles, más allá, bajo túneles de dolor; hacia otro más allá; y fui pasado; sacando lengua a las más mudas equis; en la confluencia del soplo y el hueso; husmeo los tuétanos; a la caza de teclas de resaca; ¿no oyes tascar dianas?; etc., etc. ¿Qué nos puede asombrar, si él mismo lo ha dicho: Soy la sombra, el reverso?*

Vallejo no ha compuesto *Trilce* como un esteta compone sus poemas. Ni es un artífice ni está *jugando* realmente frente al mundo: no vibra en él con la función del *gozne*. Vallejo ha olvidado el mundo. Todo *Trilce* no es más que un solo *recuerdo*, una a la vez trágica y simple evocación de sus dos vidas

diferentes: la de su pasado inmediato, que volverá a extraer del seno de su infancia —en una forma peculiarísima que después examinaremos— y la de *otra* vida profunda, universal, que ha *olvidado* por completo, pero cuyo sentido se dispone a penetrar y arrancar al mundo de las sombras: *sacando lengua a las más mudas equis*. He aquí el nudo de la existencia valle-jiana. El poeta trabaja tan perdido, tras la otra cara, invisible, de la realidad, se ha identificado a tal punto con su haz tenebroso, que, hundido en la oscuridad radiante del misterio, ya no se ve a sí mismo. Vallejo es él mismo una sombra: *Soy la sombra, el reverso. . . el anverso de cara al reverso, al borde del fondo voy*. Pero así se ha encontrado como quería, y en la única forma que podía encontrarse: trágicamente. Ya volveremos sobre ello.

Ahora quizá podemos comprender por qué la acción poética valle-jiana propaga de improviso tan insólito desequilibrio formal, adivinar qué fuerza se desata y vuelca a su imaginación y la arrastra *hacia otro más allá*; por qué, en fin, el poema se disgrega como si terminara antes de tiempo, muchas veces ahogado en un cláusula concisa, pero que no enuncia más que un absurdo *inteligible*. Si hay un resorte secreto que acompaña, cuando menos se piensa, lo que nos gustaría llamar la *historia* poético-conceptual de la *imagen*, debemos suponer, entonces, que el dominio técnico ha cedido para dejar pasar un nuevo estímulo, inconsciente, sin duda, pero vigilado con incontrarrestable voluntad; y que hay, pues, un momento en que el espíritu del poeta renuncia a dirigir, a comandar el equilibrio y la traza formal de la estructura poemática, para entregarse, pleno de lucidez, a las fórmulas sutiles o indefinidas de una comunicación más arcana. En ese punto es cuando palmariamente tiemblan o se pronuncian las palabras, ora para estampar, con seguridad inexorable, una cláusula definitiva, pero enigmática, ora para revolverse o escapar a la indiscifrable emoción. Tengamos, por último, presente que la imagen poética no cursa ilesa el tránsito de la fantasía a la forma. Sufre, de pronto, una alteración que viola su contexto y la atrae con vértigo al fondo de la sima: un significante preciso que carece del correlativo significado: *un tropo sibilitico*.

Contra este poder interior insobornable, que lo mueve a torcer, bruscamente, la dirección de su cosmos representacional, ha de estrellarse, a cada paso, la concepción pura, neta y cons-

cientemente encaminada, del Espíritu. De un lado, tiene que escuchar revelaciones impensadas, claves abrumadoras, perentorias y nítidas —*cuanto el misterio sintetiza; de agacharme a aguaitar al fondo*—, y, del otro lado, abrir ante sus ojos los órdenes externos que se han de ensamblar movidos por la libre voluntad concepcional del poeta. Pero si ello significa un choque que jamás se resuelve en la emoción ni en la idea, arranca de allí a la vez, cierta sugestión esotérica, paranormal, llave maestra con que aboca, al fin y a la postre, en el simbolismo más puro: el de la palabra como referente, signo y símbolo, todo a un tiempo.

Dos tipos de problemas fundamentales tenemos que discernir en la obra poética de Vallejo. Uno, se refiere a las sin-tonizaciones poéticas del inconsciente, cuyo flujo trascendental diluye o fracciona el poema en una sucesión de instantes in-continuos, sin referencia objetiva que pudiera servirnos de hilo de unión o costura evidente, destacándose al cabo cierto enunciado inconsútil, simbólico, enigmático. El otro, es el que atañe a su actitud meditativa misma, cuya piedra angular es una ética cristiana, cierta imagen del hombre y hasta una metafísica... , digamos por ahora peculiar.

Fenómeno de los más singulares y estupendos es este despliegue inusitado de un lenguaje que se produce, al parecer, por balbuceos, y que, sin embargo, contiene plétóricos mundos de substancia y valor comunicativo. Mucho se le ha prodigado a Vallejo aquel epíteto, y, desde luego, usado con cierta discreción, nos es indispensable para valorar algunos aspectos de su obra. Pero tengamos muy presente que un poeta que agota la expresividad, aunque ésta se produzca por saltos, en forma por demás desconcertante o inaudita, así por ejemplo bajo una apariencia balbuciente, es porque contiene un lenguaje completo, que realiza y cumple, sin empacho, su primordial función de *expresar*. Puesta en relación inmediata con el intelecto, hay, claro, balbuceo, incoherencia, disconformidad, delirio. No así *devuelta* a su fuente, situada en el flujo poe-mático mismo, que como sabemos, determina un contacto abis-sal entre dos *tiempos* diferentes: el histórico y el metafísico.

En pocos poetas puede verse de una manera tan precisa cómo el fondo del poetizar arrambla los estrictos alvéolos for-males y se impone como ardiente y devastadora función expre-siva. Sin ordenar en modo alguno el sesgo formal del contex-

to—su cadena sintáctica—, sin ampararse en el fijo maderamen estrófico, sin desenvolver con ponderación los valores, de acuerdo con las clásicas normas de la dicción, y el progresivo traslucimiento de la imagen, Vallejo resuelve en un tris el serio problema de la espontaneidad comunicativa. Balbucea, y se hace entender directamente; irrumpe, zigzaguea una cláusula, y prende la emoción; sentencia en clave, y se condensa de inmediato su contenido misterioso. No hay dilataciones ni morosidades. Prende como la chispa en materia inflamable, instantáneamente.

No obstante, repito, desde el punto de vista del pensamiento racional, o, si se quiere, del pensamiento sintáctico-racional—rastro que no desaparece en la poesía simbolista, ni aun en pleno confusionismo poético—, es impenetrable. Su lenguaje brota y crece empapado de oscuridad, o a través de una claridad a la que no se halla uno acostumbrado, y quizás nunca nos acostumbraremos. No es oscuro porque descienda, ex profeso, del concepto perspicuo a lo impreciso, como si la impotencia conceptual lo rebajase al poco airoso papel de un intelecto invertebrado, de escasa monta o inepto para aprehender sus objetos. Todo lo contrario, es oscuro porque se refiere a un orden de existencias que la razón clara y distinta no puede elucidar, ni siquiera en el caso de que la más alta retórica poética lo disuelva en su mortero transfigurador. Procede, en realidad, no de lo consciente, sino de aquellas zonas misteriosas con las que la conciencia jamás toma contacto (por excepción, la poesía tradicional nos permite tener de ello un vislumbre.) Se trata, por lo tanto, de completar la imagen consciente del espíritu vallejiano con el vago, confuso, pero certísimo y real borbollón del inconsciente (metafísico). El poeta lo habita, según vimos, casi en forma absoluta:

Soy la sombra, el reverso: todo va
bajo mis pasos de columna eterna.

Desde luego, no le es fácil asomarse a esas simas. Puede perecer en medio de su autocontemplación abismática. A menos que el hombre, heroicamente, esté respaldado por el poeta. ¿No es el poeta, acaso, el único capaz de revelar y atrapar lo entrevisto, rápidamente, antes que lo otro, lo incomprensible—*la claridad del careo; la barreta sumersa en la función de ¡ya!*— a falta de un hombre, de una mención o de un simple

símbolo lógico (que no existe), devore a la criatura, audaz y temerariamente asomada: *al borde del fondo voy?* No es otro el sentido de este asombroso poema, en el que muestra al desnudo el juego demoníaco de su triunfal aniquilamiento. El supérstite, dice:

Foragido tormento, entra, sal
por un mismo forado cuadrangular.
Duda. El balance punza y punza
hasta las cachas.

A veces doyme contra todas las contras,
y por ratos soy el alto más negro de los ápices
en la fatalidad de la Armonía.
Entonces las ojeras se irritan divinamente,
y solloza la sierra del alma,
se violentan oxígenos de buena voluntad,
arde cuanto no arde
y hasta el dolor doble el pico en risa.

Pero un día no podrás entrar
ni salir, con el puñado de tierra
que te echaré a los ojos foragido.

El último verso de la estrofa central: *y hasta el dolor doble el pico en risa* por su contextura incomparable y el cambio imprevisto del tiempo verbal, remata en una forma hondamente significativa el descomunal esfuerzo del poeta —*ha triunfado otro ay*. Allí está su drama sico-metafísico expuesto de mano maestra, registrado con asombrosa exactitud. Es uno de los poemas más subyugantes, y hasta de un patetismo que maravilla, pues absorbiéndonos en la contemplación del fenómeno lingüístico —de una flexión tan rica que el propio Vallejo lo denominará en los *Poemas humanos*, *mecanismo tigre*— ni siquiera es necesario percibir el estertor intrínseco de la hecatombe, el descoyuntamiento de los huesos, la audaz y convulsiva translimitación de la frontera ontológica, en cuya sima, *el alto más negro de los ápices en la fatalidad de la Armonía*, *solloza la sierra del alma*, y, seguro del triunfo que lo derrumba, o del horrible dolor que lo levanta, *arde cuanto no arde y hasta el dolor doble el pico en risa*.

Dándose *contra todas las contras*, victoria y derrota, llanto y risa, horror y contemplación, vida y muerte son una sola crispadura, una sola sustancia en el ardiente frenesí de la rebelión. Porque no se puede negar que la conciencia del salto prohibido transforma el sentimiento, fundamentalmente, en un acto de rebelión.

Ni qué decir tiene que estamos en presencia de una de las confesiones más sabrosas y, sin duda, más entonadamente dramáticas, del poeta, en lo que concierne, al menos, al nudo parasicológico de esta clase de experiencias. Sin referirse a un solo gesto externo, ni, en general, concretamente a nada, excepto al final, con la imagen-*riectus y hasta el dolor doble el pico en risa*, expresan estos versos, con extraordinaria celeridad y limpidez, cómo el poeta, convulsionado, desgarrado, se desgoberna al hundirse en las profundidades de la caza abisal, tantas veces expuesta en términos incomprensibles: *de agacharme a aguaitar al fondo, a puro pulso; a la caza de teclas de resaca; oyendo el tanteo profundo; husmeo los tuétanos; y fondeé hacia cosas así, y fui pasado; hacia otro más allá*, etc. Habitante nato de las *sombras*, no podía dejar de revelarnos, alguna vez, qué le acontece cuando escapa de la oscura luz del mediodía (conciencia) y se traslada, en un desintegrativo descenso espiritual, *delta al sol tenebroso*, al otro lado de la realidad: *y por ratos soy el alto más negro de los ápices en la fatalidad de la Armonía*.

Doyme contra todas las contras, solloza la sierra del alma, las ojeras se irritan divinamente, se violentan oxígenos de buena voluntad, arde cuanto no arde y hasta el dolor doble el pico en risa. . . son, pues, términos capaces de significar, con harta plenitud, el forcejeo, la crisis de la demudación mística, el acto de transmutarse el cuerpo y brotar el alma, tras contorsiones, sacudidas, espasmos y miedos terribles, en el elemento misterioso del ser, donde todo es incomunicable y prohibido. A este acto abisal denomino *trashumancia ontológica*, y el propio Vallejo, indirectamente la denuncia en el párrafo de una *carta* a Antenor Orrego: "Dios sabe, decía el poeta, hasta qué bordes espeluznantes me he asomado, colmado de miedo, temeroso de que todo se vaya a morir a fondo para mi pobre ánima viva". Misteriosa frase y confesión inestimable. Parece, ya, la confesión de un mártir. La conciencia, su vida consciente, sólo tiene sentido, para él, en función de las predicciones y reve-

laciones de ese pozo sin fondo, subliminal, hasta cuyos "bordes espeluznantes me he asomado".

Mas, si las regiones donde el poeta y el hombre —inseparablemente unidos, agrandándose en su recíproca contemplación—, se reúnen, son tan inaccesibles, peligrosas y arcanas, puede comprenderse por qué el problema estilístico de Vallejo no es el componer, según un canon u otro, ya sea culto, tradicional o revolucionario, cuanto el de manar sencillamente la expresión, el de romper a hablar. Su estilo es vallejiano de nacimiento; es anterior al idioma gramatical y mentalmente conformado. Elemental, bárbaro, primigenio, cuando Vallejo poetiza, no hace más que apuntar al nacimiento del verbo: da con las palabras, engendra menciones sin objeto, inventa lo ignoto, término a término, palabra por palabra, como si cada significancia fuera, en realidad, anterior y posterior a su origen. Para enterarse de lo que le pasa, y de cuanto puede pasarle, Vallejo tiene primero que decir, que hablar inaugurando el Verbo. Es un procreador incansante del lenguaje.

Sin duda, así es en el génesis de todo auténtico poetizar. Pero mientras la poesía perenne cultiva cuidadosamente tan original encumbramiento del verbo, la de Vallejo, al contrario, vive de su propio desorden, se alimenta de su misma exorbitancia caótica, toma fuerza y esplendor de su debilidad y apesaramiento congénitos. De ahí que balbucir, crepitar, barbotar, no son impedimentos. Constituyen el vehículo mismo de la comunicabilidad, incisiva y profunda. He aquí el giro que resume la fuerza, la frescura y la originalidad irreducible de su palabra: *sufriendo como sufro del lenguaje directo del león...*

LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS

Por *Miguel ANGEL ASTURIAS*

— ¡Y^A se están mamando otra vez los gringos!
La Anastasia, Anastasia, sin apellido, ni reloj, ni calzón, todo al aire como la gente del pueblo, el nombre, el tiempo, el sexto no se contuvo lo dijo, lo dijo, lo dijo como todas las mañanas al asomar la cara por la puerta de "El Granada", salón de baile, bar y restaurante donde vendían helados con olor a peluquería, chocolates envueltos en relumbres de estaño, sandwiches de tres y más pisos, refrescos con espuma de mil colores y trago del extranjero:

— ¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

La puerta caía sobre el salón. Sillones de cuero rojizo, angulosos, pesados, propios para gente holgazana o borracheras corcoveadoras y mesas redondas, amplias, bajas, con lo de encima de una madera porosa que en lugar de limpiar se lijaba todos los días, para que siempre estuvieran limpinuevas, como acabaditas de estrenar.

Y todo lucía como las mesas, limpinuevo, acabadito de estrenar, menos los lustradores, niños miserables, sucios y haraposos que parecían viejos.

— ¡Lustre!... ¡Lustre!... ¿Se lustra cliente?... ¡Una sacudidita!...

Todo lucía nuevo a las 10 de la mañana. ¡Qué 10 de la mañana, si ya iban a ser las 11!...

Nuevo el piso de cemento que brillaba como alfombra de caramelo, nuevos los ventanales, nuevos los espejos donde se perseguían a velocidad de relámpagos de colores, las imágenes de los automóviles que paseaban sus carrocerías flamantes por la Sexta Avenida; nuevos los peatones mañaneros que iban por las aceras empujándose, topeteándose abriéndose paso, piropeo va y mirada viene, entre saludos, abrazos, golpes de sombrero y adioses con la mano; nuevas las paredes decoradas con motivos tropicales nuevo el piso alabastrino y las lámparas

de luz indirecta gusanos de cristal que soltaban por la noche alas de mariposas fluorescentes; nuevo el tiempo en el reloj redondo, nuevos los meseros de pantalón negro y chaquetín blanco a lo torero, nuevos los borrachos gigantes, rubios contemplando con los ojos azules, conservados en alcohol, el hormiguero de la ciudad mestiza, y nueva la Anastasia con su voz de mulata gangosa:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Jefes y soldados de uniforme verdoso se acuartelaban desde muy temprano en "El Granada" a beber *whisky and soda*, masticar chicles y fumar cigarrillos de tabaco fragante, unos cuantos fumaban pipa todos ajenos a lo que pasaba alrededor de ellos en aquel país totalmente ajenos, aislados en la atmósfera extraterritorial de su poderosa América.

La clientela matinal ocupaba las mesas vecinas. Agentes viajeros, sin más compañía que sus valijones de muestras, desayunaban almuerzos, mientras devoraban con los ojos las viandas de algún magazine, servidas en páginas de porcelana. No sólo de pan. . . , el *bussinesman* vive de anuncios. Entraban y salían bebedores del país, al trago mañanero. Lo ingerían y a escupir a la calle. Les disgustaba la presencia de la soldadesca extranjera. Eran aliados, pero les caían como patada. Otros, menos sudados de soberanía, por haber sido educados en los *Yunait Esteit* o haber trabajado en la *Yunait*, no les molestaba instalarse en el bar o en el salón junto a los yanquis, y no sólo hablaban, sino eructaban inglés, habilidad que lucían a gritos, sin faltar los que por dárselas de viajados, sin hablar ni entender aquel idioma, exclamaban a cada rato: ¡O-kay. . . o-kay America! . . .

Los soldados se despernancaban a sus anchas, una pierna alargada bajo la mesa y la otra en gancho sobre el brazo del sillón. Algunos, tras apurar de tesón el vaso de *whisky and soda*, golpeándolo al dejarlo sobre la mesa ya vacío, hablaban de seguido un buen rato. Callaban y seguían hablando. Hablaban y seguían callados. Como si cablegrafiaran. Otros, apartándose el cigarrillo o la pipa de la boca, soltaban exclamaciones tajantes, recibidas por sus compañeros con grandes risotadas. Los que estaban en el *bar*, de espaldas a la concurrencia que ocupaba el salón, se volvían con todo y el banco giratorio, sin abandonar el trago, rubios los cabellos, azules los ojos, blancas las manos, para indagar quién había dicho lo que

festejaban sus camaradas, y aplaudirlo. Lucían, como soldados imperiales, los dedos con anillos y las gruesas muñecas con pulseras de oro...

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Tía, cuidado la oyen!... —decía a la mulata un chiquillo flaco que la coleaba por todas partes.

—¡Onque me oigan... vos si que me gustás... caso entienden castilla!

El *barman* recibía los pedidos de la bodega entre gruñidos y rascones de cabeza.

—No es que los traigan tarde —se decía—, es que esta gente de la base militar está aquí desde que Dios amanece...

Los ojos achinados, el tajo de la boca bajo los bigotes lacios, un "puro tiburón" en la penumbra.

De las cajas y canastas tomaba las botellas como espadas, las desenfundaba de sus vainas de paja, y las alineaba en orden de ataque, convertidas en soldados. Los *whiskys* a la descubierta, tropa de choque, seguidos de las botellas de ron importado y ron del país, acaramelado y purgativo, de las botellas de gin, ladrillos transparentes llenos de fuego blanco, de los coñacs condecorados, de las botellas de vino generoso, envueltas en papel de oro, de las botellas de licores con algo de sirenas en las redes...

Y mientras el *barman* alineaba las botellas, el ayudante que atendía a la clientela, le decía:

—Moradas tengo las uñas de estar quebrando ajeno, señor Mincho, y lo peor es que por ratos se me va a la cabeza...

El olor a elixir paregórico del ajeno, que no era ajeno, sino pernod le mareaba y se le amorataban las uñas de mantener entre los dedos los vasos con pedazos de hielo en que la gota del grifo iba quebrando aquella bebida de color seminal.

—Tía, yo digo que entro... —insinuó el chicuelo a la Anastasia, cansado de estar frente a la puerta, sin hacer nada, un pie sobre el otro.

—Entrá, pues, entrá... —empujó la mulata al chiquillo flaco, tiñoso de mugre, casi con escamas tras las orejas y el cuello, rotas las escasas ropas, los pies descalzos y uñudos.

El chico medio haciéndose el cojo, la boca torcida y un hombro caído para inspirar más lástima, entraba con el sombrero en la mano a pedir limosna. De la puerta corría a las mesas ocupadas por los gigantes rubios. Junto a ellos se miraba

más negro. (¡Ay, suspiraba la Anastasia desde la puerta, qué prieto que se ve mi muchachito entre la concurrencia!) Los soldados, sin dejar de mover las mandíbulas rumiantes y hasta las orejas, masca que masca chicles, le botaban algunas monedas en el sombrero. Otros le ofrecían *whisky*, otros le alejaban con la brasa del cigarrillo. Los meseros le espantaban, como a las moscas, a servilletazo limpio.

Un sargento canoso de piel colorada, dirigiéndose al em-



pleado que atendía la caja registradora detrás de un mostrador de cigarrillos, confites, chocolates y caramelos, gritaba:

—¡No espantajlo, matajlo de una vez... insecto matajlo... matajlo... todos los hispanish insectos!

Y reía de su broma, mientras el chicuelo ganaba la puerta más corriendo que andando, asustado por los trapazos que con las servilletas le lanzaban los sirvientes.

—Arreuniste tanto así... —anunciaba la Anastasia al sobrino juntando y sopesando las monedas en una sola mano.

El chico le dejaba el sombrero y corría a pedir uno de los papeles con letras y caras de leones, caballos y gente, que repartían en la puerta del cine. Eso quería ser él, cuando le diera permiso su tía: repartidor de programas. Así entraría gratis al cinematógrafo.

—¡Para estar encerrada en lo oscuro, Ave María, por cuánto iba yo a pagar!... —le cortaba la Anastasia, cada vez que él le pedía que lo llevara al cine. —Los pobres, sin necesidad de pagar, como no tenemos luz de esa eléctrica, cuando empieza la noche empieza nuestro cine. ¡No, mi hijito, cuesta mucho la vida para andar gastando... los ojos en lo oscuro!

—¿Insectos los hispanish?... —preguntó en inglés, recogiendo el dicho del sargento, un parroquiano joven que ocupaba una mesa con otros amigos—. ¡Insectos pero necesitan de nosotros!...

—¡México, insecto que picar muy duro —tartamudeó aquél en español alzando la voz—, la Centroamérica, insectos chiquitos, locos... Antillas, no insectos, gusanos, y la Sudamérica, cucarachas con pretensiones!

—¡Pero necesitan de nosotros!

—¡En Minnesota no necesitamos amigo! ¡Minnesota no ser Washington ni Wall Street!

La voz de un tercero, desde otra mesa, interrumpió vibrante:

—¡Díganle que se vaya a la... bisconvexa!

Bocinazos de automóviles último modelo que paseaban la Sexta Avenida, entre el ir y venir de los peatones. Mediodía. Calor. "El Granada" a reventar. Todas las mesas ocupadas. El *barman* o el milagro de la multiplicación de los tragos. Tomaba las botellas al tacto, sin verlas, y se las pasaba al aire de una mano a otra, ya listas, ya inclinadas para verter el líquido. Los meseros no se daban alcance. La caja registradora en un

solo repique. El teléfono. Los periódicos. La rocola. La Anastasia...

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

En las calles, altoparlantes anunciando películas y teatros —¡El Gran Dictador, de Charles Chaplin!... ¡El Gran Dictador!... ¡El Gran Dictador!...—, más galillo que megáfono; choferes ofreciendo sus taxis, más labia que galillo; vendedores de billetes de lotería, la fortuna con la pobreza del brazo, y el sobrino de la mulata de mesa en mesa, aprovechando que el servicio por atender a la clientela, no tenía tiempo de ocuparse de su mínima persona.

Pero al mediodía nó juntaba mayor cosa. Mucho caballero encopetado y mucha dama enguantada, emplumada, empolvada, pintada, peinada, perfumada, y apenas si sacaba dos o tres monedas. Unos se hacían los sordos, otros los distraídos, y aunque el chiquillo se atrevía a tocarlos, urgido por la necesidad, con sus pobres manos sucias, seguían conversando, sin hacerle caso, como no fuera para echarle fuerte, amenazarlo con la policía o preguntarle en forma agria y destemplada, si no tenía padres que lo mantuvieran. El rapaz se quedaba sin saber qué contestar, los ojos y el olfato en las sabrosuras que los criados repartían en las mesas, entre el traguerío y los ceniceros, sabrosuras que aquella gente *bien* comía con los dedos, entre sorbo y sorbo de trago.

—Porque debes tener tus padres... —le reclamó alguien.

—Papá tal vez que tenga... —susurró el chiquillo.

—¿Y mamá?

—No mamá no tengo...

—Se te murió...

—No...

—¿La conociste?

—Es que yo soy sin mamá...

—¿Cómo es eso? Todo el mundo tiene su madre...

—Pero yo no tengo... Mi papá me hizo en una mi tía...

Entre risas y chanzas, bromas y palabras que sonaban en sus oídos, pero que no tenían sentido para él que no las entendía: adefesio... golfín... homúnculo..., pasaba el andrajoso sobrino de la mulata, el sombrero en la mano tendida y en los labios la voz triste del que pide dinero con la boca que se le hace agua al olor del jamón y el queso servidos entre panecillos tostados, granos de maíz reventado al tueste, papalinas

con picantes lunares de pimienta y aceitunas color de joyas comestibles.

A partir de ese día, todos lo llamaban y todos le daban monedas, haciéndole repetir, entre risas y risotadas: "Mi papá me hizo en una mi tía. . ."

El salón quedaba vacío después de la una y media, a eso de las dos de la tarde. La Sexta Avenida casi desierta. Tol-dos de lona echados sobre las aceras defendían la siesta del negocio, donde el *barman* y los gigantes rubios seguían en las mismas: *whisky and soda*, ajenjo, cerveza, gin, cocteles y "sub-marinos" de ron con cerveza o cerveza con ron revueltos en un solo vaso. El orden de los factores no alteraba la borrachera.

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Un giba, enano, corcovado, de brazos muy largos, entró a ofrecer servilletas de papel. Al hablar le espumaban las comisuras de los labios, como si las muestras que sacaba de su bolsón de cuero negro fueran anunciadas por aquellas servilletas de saliva que le salían de la boca. Consiguió el pedido haciéndose de la vista gorda con el gerente de compras que le restregó algunos billetes de lotería en la joroba.

—Las tres de la tarde, y yo sin probar bocado, maldita sea! —dijo al salir con su corcova, su bolsón, su saliva y sus servilletas.

Y ya en la calle:

—¡Y maldito sea este negocio en que se me toma de talismán de cabronzuelos!

En la puerta asaltó al gerente un gestor de anuncios con menos suerte que el jorobado.

—Si estoy lleno de gringos, para qué voy a gastar mi plata en publicidad. . .

—Para que vengan los del país. . .

—¡Mejor que no vengan! Si es por eso no anuncio. Sólo me vienen a armar líos.

A las cuatro de la tarde desaparecía en el cine el primer borbotón de gente y de flamantes automóviles de alquiler bajaban más soldados a la puerta de "El Granada". Venían de la base militar situada en las afueras de la ciudad o, como se decía oficialmente, en algún lugar de América. Y apenas si se detenían a pagar al chofer. Uno, el que pagaba. Los demás precipitábanse al interior, cuatro, seis, ocho, cuantos cabían por las puertas pidiendo whisky, cerveza, ginebra, coñac, ron,

entre manotazos amigables, clinches boxísticos y las acrobacias de los que agarrados a la barra del bar desde las horas de la mañana, por instinto prensil, se despegaban de los asientos, soltaban la barra y se iban trastumbando para dejar lugar a los compañeros del relevo.

No lejos del bar, damitas y caballeros iban llenando las mesas en el salón de te. Menos cinco. Las cinco menos cinco de la tarde. Señoritas cuya elegancia consistía en imitar a alguna de las artistas célebres de la pantalla, la de sus preferencias, y muchachos que vivían con ellas escenas cinematográficas, románticas o audaces. Penumbra cómplice, luz de terciopelo, música hawaiana. Entre los tórtolos, una que otra mesa de amigas recién casadas en edad de castañuelas, afanadas por no perder la línea y no perder a la sirvienta, maceta de barro que les acompañaba a todas partes con el bebé en brazos y los pañales y las mudas en un bolsón bordado. Por aquello de no dejar morir el gusanito alcohólico o curar al ro-ro de los cólicos, las más adictas se aventuraban a tomar anís con agua.



Colillas de cigarrillos rubios pintadas de rojo de labios llegaban en las tazas, como ex-libris del te, al lavadero donde el señor Bruno y su equipo de lava-trastes iban dejando la vajilla como espejo, al par que comentaban:

—Se van las del te, entra y sale gente, y los soldados de la base sin moverse del bar. ¡Esos sí que le hacen fijo al tormento! Hay uno con cara de remolacha que se ajuma con los ojos abiertos, como si fondeara sentado y otro que se queda mirando, mirando, como si a cada trago se fuera yendo más y más lejos, y un como aviador él, grandonón, al que le agarra por tentarle la cara a los que están cerca.

—Pero las del te... quiero, son las que ensuceyan más trastes. ¡Chanclas de por... allí no más, por no decir de por... quería!

—Y no dejan ni agua. Se salvan las tazas porque no se comen —dijo el más viejo.

—¡Ah, cómo no, abuelito, que le iban a dejar su pastel de coco, su embarrón de mantequilla, su chiquiador con betún colorado, de ese que se untan en la jeta!

—¡No seas tan cualquier cosa, vos, hombre, ni que anduvieras por las "Cinco Calles", para hablar así! ¡Estás en "El Granada", jocicón!...

El señor Bruno intervenía:

—Siquiera hicieran el oficio callados. Es el mayor defeuto de ustedes. ¡Jodidos, qué les importa que las señoras no se coman las tazas, porque no se comen, y que ensuceyan más trastes de los necesarios, qué... Para eso hay agua, jabón y manos! El trabajo aquí es seguro y bien pagado. Para qué fijarse entonces en lo que a uno de pobre no le va ni le viene...

—Es que usted, don Bruno Salcedo, es del tiempo de la nanita en que el pobre como el buey. De los que creen que el rico porque tiene pisto vale más que uno...

—¡Más que dos... masque tres... aquí no mascás nada, viejo, porque donde el rico masca, el pobre se queda al corte.

Los restos de cadáveres de pollo y gallina que venían al lavadero en los platos, enmantecados, anunciaban la cena.

—Los gringos sólo esto comen... —comentó un muchacho de ojos verdes, levantando una pierna de pollo mal mondana para enterrarle los dientes de indio, filosos, y con la boca sucia de carne pegada al hueso, agregó: —... y por decir pollo, dicen *chiquen*...

—Aguantan muchá —dijo otro— que yo estuve sirviendo en la casa de un español de por el "Puente Chispas", que tampoco decía pollo, sino pol-yo...

—Pues los de la base sólo esto comen, y a pura uña, y a pura uña, sin tenedor ni cuchillo, quién sabe si en su tierra

no son del "hotel de los agachados" como nosotros y aquí vienen a pasar de místeres...

—¡Naide es profeta en su tierra, pero, vos, prieto, aunque te vayas a la China nunca serás míster!

—¡Míster...ioso, no pero seré don, donde quiera que esté parado!

—¡Donde puyan con caña serás Don!

—¿Don?... ¿De dón...de, si es indio mi compañero? —interrumpió un tercero.

El agua bañaba las manos morenas que manipulaban los platos de porcelana blanca, las tazas floreadas, las copas de cristal, los vasos de todas formas y tamaños, los cubiertos de metal plateado, deshaciendo las nubes de jabón que momentáneamente enturbiaban las pulidas superficies.

—¡Ganancia! ¡Ganancia!... —gritaban a coro cuando se estrellaba un plato en el suelo.

Y el encargado de limpiar los platos de las mejores sobras de comida, antes de entrar al lavadero, venía con una escoba a barrer las "chinitas" o pedazos de porcelana. Juan Nepomuceno Rojas, se llamaba.

Barría y rezongaba. ¡Rompen, rompen, rompen, como si fuera de ellos! Antes no era así. Lo ajeno se cuidaba más que lo propio. Había vergüenza, mucha vergüenza. Lo moderno es sinvergüencería y nada más...

Y, mientras rezongaba, se iba llevando a escobazos los pedazos de porcelana, que de los trastes rotos, él, Nepomuceno Rojas, era el primer pagano, fuera del dueño, pues no pocas veces se trozó los dedos al recoger la basura con restos de vasos o copas, ya que si no se hacían añicos a la vista de todos, buen cuidado tenían los responsables de esconder los pedazos, sin decir nada. Allá que se friegue el que saca la basura. Por algo se queda con las mejores sobras de comida. Juan Nepomuceno Rojas, como le llamaban, aunque el uso y abuso que había hecho, como todo buen cristiano, de su tubo digestivo, mejor hubiera sido bautizado con el nombre de Juan Nepomuceno-como-desayuno-almuerzo-meriendo Rojas.

La Anastasia volvía de por "La Concordia", un parque triste como el purgatorio, a eso de las 10 de la noche. Antes de abandonar el parque, entre un árbol y una estatua, hacía su necesidad menor. El sobrino cuidaba de que no fuera a venir la policía o a pasar gente, silbando bajo las estrellas, silbando y jugando con los pies descalzos en la arena mojada de sereno.

—¡No tenés juicio con los piesés! ¡Te acomodás y no hacés las cosas como se debe! Todo es que yo me encuclille para que empecés con la bailadera. Silbá cuando venga alguno, pero no porque sí.

—Yo porque no oigan los ruidos que usted hace, tía. . .

—¡Malcriado! ¡Sólo para malcriado servís!

Tía y sobrino regresaban de "La Concordia" a la esquina de "El Granada", aire de día, noche de cáscaras, trajinados y lentos, hurgando con los ojos que se les salían de los párpados, los escaparates con panes rellenos de frijoles negros espolvoreados de queso duro, panes con encurtidos y lenguas de lechuga, panes con chorizo, chiles rellenos y rellenitos de plátano bañados en polvo de azúcar. . .

La Anastasia cerró los ojos y con el sobrino de la mano atravesó la calle para alejarse lo más ligero posible de aquellas tiendas con tilicheras alumbradas frente a la solemne oscuridad de San Francisco. Huía de las tentaciones, la manita helada del sobrino en su mano de vieja, el ruido de los pequeños pies del chico en las baldosas mojadas de sereno y la balumba de sus fustanes con aire, y no se detiene sino pasa frente a Santa Clara, pequeño templo vecino del gran templo franciscano, donde se santiguó y santiguó al sobrino, y profirió palabras misteriosas y amenazadoras contra los ricos, poniendo como testigo al Señor de Santa Clara, un lienzo de Jesús con la cruz a cuestras que al fondo del sagrado edificio estaría alumbrado con lámparas de aceite.

Ya se oía la música de "El Granada", a donde llegaron casi en seguida. La prisa de las tripas. El peludo de don Nepo quizás les regalaba algo de comer. Llegar, asomar a la puerta y soltar la lengua la Anastasia, todo fue uno. Lo dijo, lo dijo, lo dijo, no pudo contenerse:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

—¡Cállese tía, la van a mandar presa!

—Estarán para eso, con la música, el baile y la jáquima que se cargan. Y como es de aquí y ni ahora que los conozco. . . En Bananera, hace rato, los vi siempre borrachos. . . Pero mejor me acuerdo que fui joven, porque me entra la duda de lo que fui, y es lo más triste de la vejez, dudar que una fue joven.

—Tía, si quiere entro. . .

—Yo decía, m'hijo. . .

El rapaz se colaba, menudo, astroso, prieto, y lograba que-

darse largo rato entre las mesas. Era mucho el gentío y los meseros se hacían los desentendidos para que también participaran en la fiesta los que, como el chico, entraban a pedir fichas, cigarrillos o comida.

Los gigantes rubios, cada vez más borrachos, compraban diarios en español para pasar la nariz por un idioma que no entendían, billetes de lotería, revistas en inglés y ramitos de violetas, jazmines, camelias, magnolias, flores que ofrecía en un canasto recubierto de musgo verde, una mujer de porte mediano que de joven debió ser bonita. Pellizcaba a los soldados. Así tal vez me compran, decía, pero era puro pretexto. Les enterraba las uñas por saber de qué estaban hechos aquellos muñecotes de celuloide y porque de repente alguno de todos se entusiasmaba con ella, o con alguna de las muchachas que ofrecía.

—¡Tengo un virguito... le gusta el ramito?... ¡Tengo una casada... le gusta el ramito de violeta morada?... ¡Véngase, don místico, es cuestión de ir a una pieza aquí cerca, aquí detrás, a la vuelta, en el callejón, allí le tengo a la muchacha!...

La Anastasia le cuidaba el canasto a la Niña Gúmer, cuando alguno de los gigantes, bestializado por la mezcla de bebidas, salía tras ella a tomar la mercancía allí cerca.

—Porque el místico este no ha de querer ir más lejos, por la Veinte Calle sí que hay dónde escoger... —explicaba y hablaba la vendedora de flores al intérprete ocasional que los acompañaba, algún paisano agringado que a caza de fino qué fumar y whisky qué beber gratis, se prestaba a cualquier oficio.

—No, no, el señor está muy apurado, *my good!*, —traducía el intérprete.

—¿Por qué no les han de pagar los hombres porque los engañen un rato así si pagan porque los engañen toda la vida?... —se quedaba diciendo la mulata, con el canasto de flores a sus plantas, en la cruz de las calles como sueños. —¡Lo malo está en esas malditas que por necesidad... necesidad putífera es esa...! ¡Ja, tener una qué ver con un hombre que no quiere o que no le cae bien... carroceada me daba el diablo! ¡Yo, no es por darme charol, pero sólo le di gusto al cuerpo con hombres que quise! Sin ir muy lejos: el padre del muchachito. Tía, le impuse que me dijera desde que nació, y así se acostumbró. Nada de mamá. Tía y nada más. Pero lo malo también está, no sólo en esas, sino en esta tortolita vende-flores

que parece que no mata una mosca... ¡Ramitos! ¡Ramitos... y es pura conseguidora... y yo consentidora... consentidora por estar cuidando este canasto!

Con la punta del pie, calzado con una chancleta, pateó la cesta de gardenias, jazmines, violetas, hasta media calle. De los cables eléctricos goteaba el sereno. Las estrellas numerosas, titilantes.

Un joven algo quitado de hombros se detuvo a ver qué pasaba. Alto, delgado, con cuerpo de botella.

—¡Pobre señora, se le cayeron las flores? La ayudaré a recogerlas...

—No son mías, no es mío el canasto... —apresuróse a responder la mulata, y estuvo a punto de añadir: —Caballero, cuándo me ha visto a mí, planta de tabaculona...

Pero aquél fue el que ayudó a poner las cosas, y las flores, en su lugar:

—¡Ah, son de la Gúmer!... Bien quería reconocer el canasto... —y mientras la ayudaba a recoger los ramitos de violetas y jazmines, le soltó al oído con la boca perfumada de sen-sen: —¿No sabe si traería la Gúmer "iguanita del mar"?...

—No dijo nada. Dejó el canasto, yo me quedé cuidándoselo, y la culpa del aire se me cayeron las flores que, Dios se lo pague, usted me ayudó a recogerlas.

—Pero tampoco trajo claveles. Si vuelve, dígame que no me trajo ni mi clavel ni mi "iguanita del mar".

La mulata, sin darse por entendida de lo que aquel vicioso infeliz le pedía, cortó en seco:

—Cuando vuelva se lo diré...

—¿Iría lejos?

—No sé...

—O, si no dígame que me busque aquí en "El Granada". Voy a estar por el bar o por el pasillo que da al mingitorio.

La Anastasia se acomodó a la orilla del andén para hacer tiempo.

—¡Del agua mansa, líbranos señor!... —se dijo, hablando con los ramitos de jazmines que le recordaban bodas, primeras comuniones y muertes. Las violetas no le recordaban nada. Olor... olor a un perfume que tuvo un su fulano prieto que apeataba a buitres. —Del agua mansa... esta Gumercindita que parece una dama de compañía, además de conseguidora, comercia con "iguanita del mar". Por lo verde la deben llamar así, o porque las iguanas respiran y parece que estuvieran fu-

mando mariguana, rociadas de chispitas, babosas y frutales. ¡Qué mala gente! ¡Comerciar hasta con "iguanita del mar" cuando lo que saca de las flores le da para vivir, de las flores y de las mujeres! Prueba, el negociazo que hizo la otra noche. Uno de los jefes, el que más galones tenía, dispuso comer ramitos de flores para que se le fuera el aliento de briago. Veintitres ramitos se mascó, uno tras otro. Estaba que no podía tenerse en pie de la papalina y comía flores para que su novia no le conociera, por el huelgo, que no era huelgo, sino estocada, que había bebido más de la cuenta. "¡Déjese de novia, yo le tengo una buena muchacha!...", le respiraba encima la Niña Gúmer, acercándole el canasto lo más posible para que siguiera alimentándose de claveles, jazmines, violetas. Pero el jefe se quedó dormido, sin oír las ofertas, después del banquete de flores. Uno de sus compañeros, pelo color de zanahoria, celebraba el florido atracón a carcajada limpia, aplaudiendo, pataleando, dando puñetazos en las mesas, y sólo cuando estuvo extenuado de tanto reír, patalear y golpear con los puños, pagó a la vendedora el gasto de vitaminas perfumadas que su jefe devolvía en vómito de pétalos.

La mulata se rascó la cabeza. Pensar come por dentro. Y se levantó nalgueándose el trasero helado a dos manos, para botarse el frío y el polvo del andén. Entre recordar, cuidar el canasto y asomar a la puerta a ver qué pasaba con el sobrino, cupo una desperzada y un bostezo que la hizo decir con la voz aflautada:

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Se asustó. En el silencio de la madrugada se oyó tan recio. Volvió a ver a todos lados. Nadie. La calle desierta. Los choferes dormidos en sus autos, como indios muertos encerrados en urnas de cristal. Los policías andando como sonámbulos. Capa amarilla y una toalla envuelta al cuello.

La niña Gúmer vino, recogió el canasto y se hizo noche, sin decirle adiós. Mal agradecida. Tal vez no la vio. Aunque estuvo mejor. Era hacerse de delito cuidar el canasto en que quizás había "iguanita del mar" entre tanta flor de olor. Lo malo es que se fue y no le dejó lo que le tenía reofrecido. Por eso, sin duda, se hizo la desentendida. Unas píldoras de valerianato de quinina contra la calentura y los fríos. Le volvió el paludismo de resultas de un aguacero que les cayó no hace mucho. ¿Un aguacero? Un diluvio. Llevó con el sobrino a la casa como nadando bajo de agua.

En el bar seguía el forcejeo obsequioso de los amigos que se brindaban tragos y más tragos, amigos y conocidos, y que terminaban bebiéndose los tragos de los otros cuando tocaban a rebato. Y más adentro, en el salón de baile, la rocola incansable. Una música intestinal salida del vientre iluminado del gran aparato de colores chillones, excremento resonante con todos los filis del chirrido, acompañaba el sangoloteo de las parejas que bailaban *Cheek to Cheek*. Los gringos no dejaban mujer sentada, ventaja inconmensurable para las poco agraciadas que no siempre encontraban en otras fiestas y reuniones de confianza quién las sacara a bailar. Aquí bailaba todo el mundo: viejas, jóvenes, bonitas, feas, y en bailando, aunque las llamaran "gringueras".

Las menos diestras en los *boogie-boogie* terminaban desuartizadas. A cada baile frenético, escabullíanse al interior. Se bebe mucho líquido tomando el whisky con agua y luego que la vejiga se mueve de lo lindo con esos bailes modernos. La vejiga y todo lo que le queda cerca. Por eso, tal vez, y sin tal vez, son tan deli... *los boogies*, más deli... que los *bluses*, por ejemplo... aunque los *bluses* también son deli... ¡Sí, sí... (todo esto se hablaba en la *toilette* de señoras), los *bluses* son más deli... que los *boogies*, porque son más deli... cados, en eso estamos de acuerdo, pero que los *boogies* son más deli... que los *bluses*, tampoco se puede negar, porque son más deliciosos...

—¡Cuánto arrejuntaste, sobrino, cuánto!... —exclamó la Anastasia al salir el chico con la mano en el sombrero lleno de monedas. —Te fue mejor que a la parienta, la noche aquella que el mister dispuso comerle las flores...

—¿Parienta? ¿Qué es nuestro, tía?

—Ser no es nada, pero como es pobre, es de la familia.

Sábados y domingos se arrinconaba la rocola. Jazz-band y marimba electrizaban las horas de esas noches de mayor concurrencia. La marimba en el suelo, como serpiente con patas, y el jazz arriba en un medio coro de iglesia, altura desde donde, bajo el dedo convertido en batuta de un mofletudo serafín de pelo color de fósforo, que fungía como director de aquella nueva sublevación geológica, cuerdas, maderas y metales ensordecían el ambiente con todos los ruidos y silencios del comienzo del mundo, desde la percusión de las piedras hasta el vajido de la marea que pausa antes de reventar. Entre la hecatombe de la formación y las frustraciones de las sonoras islas, la

mudez del silúrico profundo que el jazz repite, fragmenta, acompasa, convierte en frenesí, estertor, tempestad, estridencia cortados de golpe, sustituidos de golpe por abismos de silencio tan profundo, que se necesitarán nuevos y más brutales y más furiosos choques de moléculas de metal ardiendo, de maderas tremantes, de pellejos de bestias calcinadas por la vibración, para lograr el pleno sonido, el máximo clamor de las materias doloridas y gozosas, sólo que una vez conseguido, súbitamente callara todo, todo... el tiempo de un compás abismal que más pronto yugulará la tempestad del jazz en nuevas y furiosas combinaciones.



Las dos de la mañana. Faltaban mesas. Más mesas. Faltaban sillas. Más sillas. Más mesas. Más sillas. La pista de baile se reducía. Más mesas. Más sillas. Más sillas. Cada vez menos pista. Cada vez más parejas. No bailaban. Se movían en rededor de un mismo lugar, apretujadas, incrustadas, entre el sueño de la ebriedad y el humo de los cigarrillos, besándose, hablándose, lamiéndose como las primeras criaturas en medio de las conflagraciones del origen del mundo, de las que el jazz era imagen. No bailaban. No se movían. No hablaban. Se daban los huelgos de seres tiernos, nebulosa humana vulnerable en medio del furioso desbordamiento de las materias ígneas de los saxofones, de los platillos lunares chocando, del tumbido de los timbales, del zumbido de las cuerdas, de los panzacos del piano, del traqueteo de los senos telegráficos de las maracas, todo anterior al silencio que también es el jazz.

Aplausos, gritos, voces, risas... ¡Más whisky! ¡Más soda! ¡Más gin! ¡Coñac! ¡Ron! ¡Otras cervezas! ¡Champán!...

La sala a media luz. ¿Blus o tango? Tango... Los bandoneones se abren del tamaño de la pampa... pampa argenti-

na... pampa que cabe en los brazos... Y después del tango, un bolero.

La concurrencia lo coreaba cuando sabía la *letrina*, como llamaba un poeta local a la letra de los boleros.

Y después de la orquesta, al terminar el bolero, seguía la marimba. Tres compases largos, lentos, a cargo del que tocaba los bajos:

¡Pon!... ¡Pon!... ¡Pon!...

Don Nepo Rojas, como le llamaban en su casa, en el trabajo, en todas partes, acortando aquel Juan Nepomuceno Rojas Contreras, con que le bautizaron, al oír aquellos tres graves trémolos subir de la profundidad a la superficie del maderamen sonoro, bendecía las tres de la mañana. Lindo vals. El final de la tarea.

En sus dominios todo estaba listo para apagar la luz y marcharse: la basura en los toneles alineados a lo largo de un tabique construido con tablas de cajones de mercaderías. Como herrar bestias herraban estos cajones misteriosos nombres (Calcuta, Liverpool, Amsterdam, Hon-Kong, Shangai, San Francisco...), y bajo la capa, sobre una banca del zaguancito por donde salían los empleados, la bolsa con desperdicios de comida, los mejores para su casa, los otros, para la Anastasia. A la mulata lo que más le gustaba eran las salchichas, la gallina o huesos de gallina con arroz, los desechos de los "*bamburgs*" picantes, las papas fritas y la mayonesa. De todo iba, hasta pasteles medio mordidos para el sobrino mocoso.

Al iniciarse el vals, después de los tres primeros compases, con todas las teclas de la marimba vibrando, la concurrencia coraba:

—¡Son las tres de la mañana...!

—¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

Nadie lo oía, ni ella misma con el hambre que le zumbaba como panal en los oídos, ni el sobrino dormido en el quicio de la puerta vecina, la cabeza sobre el bracito que le servía de almohada, carne y harapos, la cara tapada con el sombrero de recoger las limosnas, los pies de cáscara de fruta, negra la planta de andar descalzo.

Sin perder tiempo, al oír el vals, John se levantó a bailar con una criollita modosa, con más películas en la cabeza que las bodegas de *la Metro* y pronto se perdieron entre las parejas que bailaban cantando: "Son las tres de la mañana...", cada vez que coincidía con la música.

John bailaba mecánicamente, un suave ruido de hélice de avión le zumbaba en las narices, bailaba por bailar, y la criollita por hacer la conquista, no porque le faltaran enamorados, tenía por cientos las docenas, sino por la novedad y porque se parecía a su soñadísimo.

Por momentos, John sentía a la criollita apretarse lo más que podía a su flemática persona, mientras ésta, sin pensar en el ser físico que llevaba enfrente, entrecerraba los ojos y acariciaba con las pestañas el encanto de sentirse en brazos de su John, el de la pantalla. Su cabellera negra, partida en dos cascadas de azabache, seguía los compases del vals, como un péndulo que marcara también las tres de la mañana sobre sus finos hombros. Se curvaba lo más que podía. Frotar la comba de su fino vientre a la hebilla del cinturón militar de John. La hebilla con la estrella dorada de los aviadores. En la última película, su John hacía papel de soldado herido en el frente de batalla. ¡Tan redivino que estaba!...

—¡Tan redivina la guerra!... —dijo y su compañero, el John de carne y hueso, sin esperar a que terminara el vals, ya interminable, se detuvo frente a su mesa y apuró su vaso de whisky.

—¡John!... ¡John!... —trataba la criollita de contenerlo, pues tras apurar su vaso de whisky, se bebía los whiskys de las otras mesas.

La guerra... la guerra... del otro lado de la noche de pestañas tropicales, la guerra...

Un bolo...

—¡Bolo, porque soy del país... si fuera extranjero, sería ebrio! —salió diciendo un cincuentón. Llevaba el sombrero hasta las orejas para no perderlo y una botella en la mano para no perder la que llevaba... la botella?... no, la que llevaba en él, no en la botella...

—¡Serían las dos... serían las tres... cuatro, cinco, seis de la mañana!... —cantaba. —¡Serían las dos... serían las tres... cuatro, cinco...

Se le fue la voz. Una mujer estaba que ya mataba a un chico.

—¿En quién... en quién te hizo tu padre?... ¿En quién... en quién... me vas a decir en quién?... ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí me lo vas a decir! ¡Pedazo de lépero! ¡Deslenguado! ¡Desacreditador!...

El sobrino fue sacado del sueño por la Anastasia que lo tenía de una oreja y lo levantaba en vilo. Sin saber bien lo que pasaba, dando de gritos, los labios en un temblor, se le mojaban los ojos con la pasta del sueño enlagrimado, mientras aquélla, enloquecida de ira, sólo miraba en el infeliz chiquillo al ingrato enemigo encubierto que la traicionaba.

El bolo se acercó a quererle decir:

—¡No sea bestia, cómo le pega a esa criatura!...

Pero todo se le fue en babas y eructadera.

—¡Ya me contó, ya me contó el señor Nepo—seguía la Anastasia— que de gracia agarraste desacreditar a tu tía, para sacarle pisto a esas porquerías de la suciedad... sí, sí... de la suciedad, porque esos no son sociedad, sino suciedad!... ¡Prestarte por unos centavos para que se rían de nosotros!... ¡Pero me lo vas a repetir, aquí que tu padre te hizo en una tu tía!... ¡Aquí estoy para oírte, para eso estoy aquí... decí... decí... decilo ante mí... en mi cara... no por detrás... bandido!

El chico logró desasirse de las uñas de la mulata que lo hamaqueaba de la oreja, no sin dejarle en los dedos un puño de pelo, le arrancó hasta el cuero cabelludo, ciega de rabia, vociferante, mientras el bolo, tras empinarse la botella, para no perder la consabida, siguió calle abajo cantando:

—¡Serían las dos... serían las tres... cuatro... cinco... seis...

Los que tocaban la marimba, curvas las espaldas de cansancio, enguantadas las manos de sudor, el pelo en desorden sobre la frente seguían tocando, tres veces hicieron repetir el vals, cuando la Anastasia se asomó a la puerta:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... el vals... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... en una mi tía... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Ya se están mamando otra vez los gringos!

(Este es el primer capítulo de la novela *Los ojos de los enterrados*, tercera de la trilogía bananera, que abarca dos títulos ya publicados: *Viento fuerte y el papa verde*. *Los ojos de los enterrados*, se publicará a mediados del presente año por la Editorial Losada, en Buenos Aires).

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA REVISTA EL DIA 6
DE JULIO DE 1960 EN LOS
TALLERES DE LA EDITO-
RIAL CVLTVRA, T. G., S. A.,
AV. REP. DE GUATEMALA
NUM. 96 DE LA CIUDAD DE
MEXICO, SIENDO SU TIRA-
DA DE 1,900 EJEMPLARES.

Gran Estación Central



2,000 Núcleos

de un Organismo Gigantesco



FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

C U A T R O
 NUEVOS LIBROS DE
 "CUADERNOS AMERICANOS"



	<i>Pesos</i>	<i>Dls.</i>
51. VIDA Y SENTIDO, por Luis Abad Carretero	35.00	3.50
52. PACTO CON LOS ASTROS, <i>Galaxia y otros poemas</i> , por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
53. LA EXPOSICIÓN, <i>Divertimiento en tres actos</i> , por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
54. EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS EN-SAYOS, por Jesús Silva Herzog	15.00	1.50



Apartado Postal 965

Tel.: 23-34-68

Av. Coyoacán 1035

México 12, D. F.

Documentos para
LA HISTORIA DEL MEXICO
COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA
ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
141 pp., rústica, \$130.00

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS
PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican;
239 pp., rústica, \$200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8885

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO I. D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	25.00	2.50
1946	25.00	2.50
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	25.00	2.50
1948	.. 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	.. 2	20.00	2.00
1951	Números 5 y 6	20.00	2.00
1952	.. 1, 2, 3, 4 y 6	20.00	2.00
1953	.. 2, 3 y 6	20.00	2.00
1954	.. Agotados		
1955		
1956	.. 1, 2, 4 y 5	17.00	1.50
1957	.. 1 al 5	17.00	1.50
1958	.. 1, 2, 3 y 6	17.00	1.50
1959	Números 1, 2, 3, 5 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México	\$ 75.00
Otros países de América y España Dls.	7.30
Europa y otros Continentes	8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México	\$ 15.00
Otros países de América y España Dls.	1.40
Europa y otros Continentes	1.65



Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

SUR

FUNDADA EN 1931
Y DIRIGIDA POR
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración:
SAN MARTIN 689, BUENOS AIRES
T. E. 31-3220 y 32-2879

Jefe de Redacción:
JOSE BIANCO

COMITE DE COLABORACION:

ERNEST ANSERMET	EDUARDO MALLEA
ADOLFO BLOY CASARES	EZEQUIEL MARTINEZ ESTRALA
ALBERTO LUIS BIXIO	H. A. MURENA
JORGE LUIS BORGES	SILVINA OCAMPO
CARLOS ALBERTO ERRO	MARIA ROSA OLIVER
WALDO FRANK	ALFONSO REYES
ALBERTO GIRRI	FRANCISCO ROMERO
ALFREDO GONZALEZ GARAÑO	ERNESTO SABATO
EDUARDO GONZALEZ LANUZA	JULES SUPERVIELLE
RAIMUNDO LIDA	GUILLELMO DE TORRE

CONICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION:

Número suelto \$ 25.00.

SUSCRIPCION ANUAL:

Argentina y países limítrofes:	Otros países:
Anual \$ 120.00	Anual 6 Dls.
Número suelto ... \$ 25.00	Número suelto: ... 1 U\$S

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE
LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U.
PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

Director-Editor (permanente): ALFREDO A. ROGGIANO.
Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa.

Director Literario (1959-1961): JOHN E. ENGLEKIRK,
Department of Spanish and Portuguese,
University of California, Los Angeles.

Comisión Editorial (1959-1961): Alceu Amoroso Lima, Donald F. Fogelquist, Ernesto Mejía Sánchez, Helena Percas, Allen W. Phillips,
Aníbal Sánchez Reulet y José Vázquez Amaral.

Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU,
Department of Romance Languages,
Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y Europa.

Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, dirijase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, dirijase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Buarque

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



**SECUNDARIA y
PREPARATORIA
Externos**

**Abraham González 67
Tel.: 35-51-95**

**KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos**

**Reforma 950, Lomas
Tel.: 20-45-72**

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. **VOCALES:** D. Ernesto J. Amescua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanellas, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Díez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilia, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. **SECRETARIO:** Lorenzo Alcaraz.

NOVEDADES

CORONA DE SOMBRA

por Rodolfo Usigli
(3a. Edición)

Precios:

México	España y América	Europa
\$15.00	1.50 Dls.	1.75 Dls.



"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

HUMANISMO

SUMARIO DEL NUMERO 54

<i>Págs.</i>		
7	Evocación de Sandino	<i>Edelberto Torres</i>
19	Testimonio Puertorriqueño	<i>José Ferrer Canales</i>
27	El Estado Inexistente	<i>Wildebaldo Bazarte Cerdán</i>
46	América desde el balcón Afroasiático	<i>Ernesto Guevara</i>
49	Los orígenes sociales del liberalismo europeo	<i>Francisco López Cámara</i>
56	José White en el recuerdo de un discípulo	<i>Carlos A. Echanove</i>
62	Cuelgamuros, Valle del Odio	<i>Volga Marcos</i>
67	A Camilo	<i>Manuel Navarro Luna</i>
69	Obsolencia y Ubicación Provincial de los Ingenios en Cuba	<i>José Gatria</i>
83	Documentos (Carta a Eisenhower, de intelectuales cubanos) y Discurso de Fidel Castro el 26 de octubre de 1959	
115	Cuba en Marcha. Armas para defender la Revolución	<i>José Prado Laballos</i>
121	Legislación Revolucionaria	<i>Tirso Clemente</i>
162	Noticias de libros	
172	Fe de erratas de la edición anterior Carta de Waldo Frank a Fidel Castro (cuarta de cubiertas)	

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dts.
1. CANARIAS LA LUZ, por León Felipe		(agotado)
2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leal	18.00	1.60
3.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (I), por Juan Larrea.....	10.00	1.00
4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (II), por Juan Larrea.....	10.00	1.00
5.—ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.....		(agotado)
6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, por Faldú Franch		(agotado)
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez.....	18.00	1.60
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor.....	18.00	1.60
9.—MARTÍ ESCRITOR, por Andrés Iduarte		(agotado)
10.—JARDÍN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMÉRICA, por Gregorio Bermann		(agotado)
12.—CORONA DE SOMBRA, por Rodolfo Usigli (tercera edición)	15.00	1.50
13.—EUROPA-AMÉRICA, por Mariano Picón Salas	18.00	1.60
14.—REFLEXIONES SOBRE MÉXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog		
15.—DE BOLÍVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz		(agotado)
17.—LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez.....	10.00	1.00
18.—LA PRISION, NOVELA, por Gustavo Valdéz		(agotado)
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS. GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (empastado)		
20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Blasco	12.00	1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña.....	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arceles		(agotado)
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvarés Acosta	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarés Acosta	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	5.00	0.50
29.—DIMENSIÓN IMAGINARIA, por Enrique González Rojo.....	10.00	1.00
30.—AMÉRICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	10.00	1.00
31.—DIMENSIÓN DEL SILENCIO, por Margarita Paz Paredes.....	10.00	1.00
32.—ACTO PERDIDO DE Germán Pardo García	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERO. Cuanto millo. Verbalón castellano de León Felipe	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANÍA, por José Tiquet	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Bentes	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García.....	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRÍNCIPES, por Felipe Cossío del Pomar	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por Luis Suárez	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Torriello.....	20.00	1.80
40.—EL HECHICERO, por Carlos Solórzano	5.00	0.50
41.—POESÍA RESISTE, por Lucila Valdés	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCIÓN GUATEMALTECA, por Luis Cardoso y Aragón	15.00	1.50
44.—RAZÓN DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE FAJAROS, por Griselda Alvarés	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOLVIO GUSANO, por Fernando Alegria	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdalena	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50
51.—VIDA Y SENTIDO por Luis Abad Carretero	35.00	3.50
52.—PACTO CON LOS ASTROS, Galaxia y otros poemas, por Luis Sánchez Pontón	15.00	1.50
53.—LA EXPOSICIÓN, Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	15.00	1.50
54.—EL MEXICANO Y SU MORADA Y OTROS ENSAYOS por Jesús Silva Herzog	15.00	1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por Sara de Ibañeta	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Gaa	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José G. Zuno	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" Núms. 1 al 100, por Angel Flores	30.00	3.00

REVISTA: SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1960 (6 números.)

MEXICO	75.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		7.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		8.50

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	15.00
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA	1.40
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	1.60

Ejemplares atrasados, precio convencional

NUESTRO TIEMPO

Adolfo López Mateos
Oswaldo Dorticós Torrado
Loló de la Torre
Julio Álvarez del Vayo

México y Cuba.
Cuba y México.
La revolución y la cultura cubana.
El fracaso de París. Reflexiones sobre la coexistencia pacífica.
España y la guerra fría. I. El cerco diplomático.

Vicente Girbau León

Nota, por FEDRO GUILLÉN

HOMBRES DE NUESTRA ESTIRPE

Tomás G. Ferrín

Dos jornadas—la de plata y la de oro—en la vida de Gregorio Marañón.

Juan Cuatrecasas
Ceferino Palencia

El sentido hipocrático de Marañón.
El doctor don Gregorio Marañón en su obra literaria.

Indalecio Prieto
J. Reforzo Membrives

La ideología de Marañón.
La personalidad polifacética de Marañón.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Emilio Sosa López

La naturaleza humana y el sentido del sacrificio.

Frederic H. Young

La filosofía contemporánea en los Estados Unidos: 1900-1950.

PRESENCIA DEL PASADO

Marcel Bataillon

Introducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima.

Eduardo Ortega y Gasset

Comprensión histórica. Rectificación de rumbos. La Inquisición.

DIMENSIÓN IMAGINARIA

A. Valbuena Briones
Alejandro Lora Risco

La poesía gauchesca.
Introducción a la poesía de César Vallejo.

Miguel Ángel Asturias

Los ojos de los enterrados.